tombooktu.com



tiéntame sin límites

Elena Montagud

www.erotica.tombooktu.com

Tiéntame
sin límites

Tiéntame
sin límites

Elena Montagud



www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#TientameSinLimites

Colección: Tombooktu Erótica
www.erotica.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Titulo: *Tiéntame sin límites*
Autor: © Elena Montagud

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Digital: 978-84-9967-721-7
Fecha de publicación: Marzo 2015

Depósito legal: M-4968-2015

Para todas mis tentadoras y tentadores.
Gracias por querer continuar la intensa historia de Abel y Sara.
Sois mi mayor inspiración para seguir escribiendo.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

1



Abro los ojos. Tranquilidad. Brillantez. Cosquillas en el estómago.

Todavía no me puedo creer que durante toda una semana me haya despertado a su lado, observando cómo sonreía, mirándonos ambos como si todo el tiempo del mundo fuese nuestro, disfrutando de su maravilloso cuerpo y de sus ardientes besos –y también en ocasiones cálidos–, y eso es lo que más me sorprende de él. Puede que para el resto de personas una semana no signifique nada, pero lo cierto es que para mí ha supuesto toda una vida. Me siento como si hubiese compartido cientos de años con él.

La primera noche que pasé con él en esta casa fue maravillosa. La cena romántica que me preparó y el tórrido sexo que tuvimos en su fantástica piscina superaron la mala noticia que me dio mientras comíamos: Yvonne le despidió porque Nina ya no quiere trabajar con él. Me sentí realmente mal porque pienso que, en parte, he sido yo la culpable de que ahora no tenga trabajo. Él me ha prometido una y otra vez que no le resultará difícil encontrar algo, pero me da miedo que Nina sea tan retorcida como para mover sus hilos invisibles y provocar que nadie quiera contratarlo. Sé que Abel es un fantástico fotógrafo y que no sólo trabaja con modelos. No obstante, lo que no sé es si es lo que prefiere porque, a pesar de sus palabras, me ha parecido ver una sombra oscura en sus ojos, como si realmente le doliese que Yvonne le haya rechazado. En cierto modo debe ser así: han estado juntos durante bastante tiempo y lo que ha hecho esa mujer me parece una falta de respeto. ¡Tan sólo porque la cruel Nina se lo ha pedido! ¿Quién se cree que es esa mujer? ¿Y por qué todos bailan a su ritmo? ¡Uf! Es que cada día la odio un poquito más, y mira que es difícil que yo tenga esos sentimientos, pero su actitud de diva me supera.

Evidentemente, no le he dicho nada de todo lo que pienso a Abel. En la cena ya me pidió que no lo hiciera, que simplemente me dejase llevar y que esperáramos a ver cómo se plantea el futuro. Pero yo no soy como él. Yo siempre pienso en el futuro y me cuesta un montón centrarme en el presente. A pesar de todo, lo he intentado y continúo haciéndolo. Cada día me despierto con una sonrisa para demostrarle que estoy bien, que me siento feliz de compartir todas estas horas con él y que no me importa lo de Nina.

Durante esta semana hemos hecho juntos muchas cosas, aunque no hemos salido de la casa. Hemos aprovechado el tiempo perdido y hemos practicado sexo una y otra vez: en la piscina, en las sillas del jardín, en su cama, en la biblioteca –necesitaba experimentar esa experiencia sublime una vez más y sin ir borracha–, en la ducha. Y

creo que hoy o mañana le voy a pedir hacerlo con todas esas burbujas acariciando mi piel. Jamás lo he hecho en una bañera con hidromasaje y estoy segura de que debe de ser fantástico.

Y que conste que no todo ha sido sexo. Hemos cocinado juntos. Me ha enseñado a preparar un plato de pasta que es la especialidad de su padre y que está para chuparse los dedos. Tengo que ser muy tonta, pero cocinar juntos me ha parecido algo precioso, íntimo y especial. Supongo que, cuando te enamoras, cualquier detalle es algo grande y brillante.

Alguna vez me he acercado a la gigantesca biblioteca y he cotilleado sus libros. Hay muchos que no conozco, pero me encantan todos y cada uno de ellos. Es el sueño de mi vida hecho realidad. Si yo tuviese esta biblioteca en mi casa, estaría a todas horas sumergida entre las páginas de los libros. En muchos de ellos su madre ha dejado huella con párrafos subrayados o anotaciones al pie de páginas. Continúo pensando que era una mujer muy inteligente e interesante. Sin embargo, no le he vuelto a preguntar por ella. Me pidió tiempo y es lo que le estoy dando porque quiero –y necesito– que esta relación salga bien. Cuando él crea conveniente me hablará de ella. Y entonces estaré ahí para apoyarlo en mi hombro y susurrarle que su madre estará muy orgullosa de él dondequiera que se encuentre.

No voy a negar que su pasado es algo que todavía me provoca inquietud. Sé que es un hombre con sombras aunque intente transmitir luz. Pero esa actitud de no abrirse, de recelar, de guardar el recuerdo de su madre con un candado, es la que me muestra que no ha tenido una vida sencilla. He especulado mucho sobre lo que le pudo suceder. Sé que murió cuando él era bastante pequeño y que su familia lo pasó bastante mal. Lo que no tengo claro es la causa de su muerte. He imaginado diversas opciones, la más plausible es que ella estuviera enferma y puede que de alguna enfermedad muy dura. Quizá Abel, con lo pequeño que era, fue testigo de cómo una de las personas a las que más amaba se marchitaba poco a poco. Sé que soy bastante dramática, pero es lo único que se me ocurre ante tanto secreto.

Tengo claro que la vida no es sencilla para nadie. La mía tampoco lo ha sido, así que puedo llegar a comprenderlo. Mi padre no ha sido el modelo de hombre que yo esperaba. Lo fue durante un tiempo, cuando yo lo adoraba de pequeña, pero de eso me parece que ha pasado tanto tiempo. Abel es huérfano de madre, pero yo me he sentido muchas veces así aunque mi padre aún esté vivo. Por eso, quiero estar preparada para cuando decida confesarse. Demostrarle que puedo sostener su dolor y unirlo al mío. Ambos superaremos la ausencia de nuestros padres otorgándonos nuestra presencia. Somos dos personas que se encontraban solas en el mundo, como si no hubiese un lugar preciso para ellas, pero que por fin se han encontrado.

—Nena…

Doy un brinco. Su voz me ha sobresaltado entre tantos pensamientos. Así soy yo: cuando me despierto por las mañanas mi mente ya está trabajando a mil por hora. Creo que en unos cinco minutos habré repasado no sólo esta semana con él, sino casi toda mi vida.

—¿Sara? –Pega la nariz a mi cuello.

Yo me hago la remolona. Atrapo su mano que me está agarrando de la cintura y le acaricio los dedos. Él suelta un suspiro a mi espalda y se arrima más a mí.

—¿Estás despierta?

—Sí.

—¿Por qué no me has avisado?

—¿Para qué tendría que haberlo hecho? Estoy bien aquí tumbada contigo. –Cierro los ojos para concentrarme en la maravillosa sensación que es tenerlo abrazándome.

No contesta. Se suelta de mi mano y desliza la suya por mi vientre. Estamos semi desnudos, así que mi cuerpo reacciona bien pronto a sus caricias. La carne se me pone de gallina en el momento en que uno de sus dedos hace un círculo en mi vientre.

—Estaba soñando contigo –murmura, con la voz pastosa por el sueño.

Noto su erección contra mi trasero. Se me escapa un pequeño suspiro.

—Y por lo que veo era un sueño húmedo –me echo a reír.

—No lo sabes tú bien. –Me aparta el pelo de la nuca y me da un suave beso–. ¿Quieres que te lo cuente?

—Vale.

—Nos habíamos ido de viaje –empieza, apretándose más contra mí. Ya no hay espacio entre nuestros cuerpos. Su pecho desnudo se pega a mi espalda y el contacto de su piel me activa toda–. A una de esas islas paradisiacas como te he prometido. –Su mano sube por mi vientre hasta colocarse en la curva de uno de mis pechos–. Tú te habías metido en el mar y yo te observaba desde la arena. Podía apreciar tu cuerpo desnudo, brillante por las gotitas, tu pelo mojado cayendo por tu cuello y cubriéndote los pechos como si fueses una Eva. En el sueño me parecías la primera mujer del mundo, y yo el primer hombre. Los primeros que iban a descubrir los placeres del sexo.

—Qué poético te has despertado hoy –susurro, contoneando las caderas a un lado y a otro. Su sexo se emociona más y se me clava en el coxis.

—Me llamabas desde el agua como una sirena. Yo inmediatamente obedecía tu orden y me acercaba al mar, completamente excitado. Me metía en él y nadaba hasta ti. Me esperabas con los brazos abiertos, me rodeabas con ellos y me besabas como tú sólo sabes hacer.

—¿Y qué más? –pregunto, curiosa.

—Te tocaba aquí… –Cubre uno de mis pechos con la mano y lo masajea con

suavidad–. Y luego aquí… –Coge uno de mis pezones y lo acaricia, para luego estirar de él con cuidado.

—Me encanta el sueño –jadeo, con los ojos cerrados.

—Después te cogía en brazos y tú enrollabas tus piernas en mi cintura, ofreciéndote toda a mí. –Baja la mano hasta mi cadera y me la coge. Me coloca de manera que se pueda rozar a través de mis braguitas. Pero lo tiene tan duro que es casi como si estuviese desnuda y lo notase en mi carne.

Se me escapa un gemido. Hace que me dé la vuelta para encontrarnos cara a cara. Observo su rostro, tan atractivo de buena mañana, y sin pensarlo más me lanzo a besarle. Sus labios me reciben con ganas. Los entreabre y yo deslizo mi lengua, apreciando la calidez de la suya. Jugueteamos un rato con ellas hasta que el sexo se me humedece muchísimo y las cosquillas me obligan a sacudir las caderas. Su pene golpea por encima de mis bragas.

—¿Y qué ha pasado después?

—Que me he despertado. Pero ahora puedo hacerlo realidad. No será en el mar, pero voy a imaginar que estas sábanas son nuestras olas particulares.

Me río. Le cojo de las mejillas y le beso una vez más. Sus labios son carnosos, con un sabor delicioso. Le muerdo el inferior y él suelta un gruñido que me pone más. Aparta la tela de mis braguitas y me acaricia con un dedo. Apenas me roza pero mi espalda se arquea sin poderlo evitar. Él aprecia mi humedad y me toca más, hasta impregnarse un par de dedos con ella.

—Me encanta que siempre estés tan preparada para mí.

Me agarro a su fuerte espalda y se la acaricio. Él pone la otra mano en mi culo y me lo estruja.

—Quiero que me hagas tuya –murmuro, con la respiración entrecortada.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Se baja el *boxer*. Yo agacho la mirada y observo su sexo maravilloso, tan duro, brillante en la punta por la humedad. ¡Joder, cómo me pone! Cada vez que lo tengo dentro rozo el paraíso. Arrimo más mi cuerpo, hasta que su puntita me toca los labios. Otro gemido se me escapa. Él sonríe y se come mis jadeos con unos cuantos besos apasionados.

—Joder, nena, eres tan sorprendente…

La melodía de mi móvil suena en ese mismo instante. Hago caso omiso y continúo concentrada en mi labor. Sin embargo, segundos después de callarse, la música vuelve a empezar. Me aparto de Abel y chasqueo la lengua. Él se encoge de hombros y me indica con un gesto que lo ponga en silencio. Me giro para coger el teléfono y, cuando lo tengo entre mis manos, observo que es Eva. En ese momento la melodía cesa pero veo que tengo un wasap. Lo leo.

«Nena, estoy ya aquí fuera. Vamos, creo que es aquí, pero no os veo por ningún lado».

¡Mierda, sí! No recordaba que habíamos quedado en que hoy mi amiga vendría a vernos y pasaríamos juntos el día.

—¡Es Eva! ¿Qué hora es, joder?

Las doce. Normal que ya esté aquí, si habíamos quedado a las doce menos cuarto. Y la pobre estará esperando ahí fuera. Abel se levanta raudo de la cama y se dirige al cuarto de baño.

—Me voy a duchar en un minuto. ¿La recibes tú?

—Sí, sí.

Lo último que veo antes de que cierre la puerta es su espléndido culo. Qué mierda. Nos hemos quedado a medias. Con las ganas que tenía de practicar sexo matutino. Cuando lo hacemos, el resto del día lo paso mucho más rejalada. Yo me levanto también y corro a vestirme. Me pongo el primer pantalón corto que encuentro y una camiseta de tirantes. Me arreglo un poco el pelo sin siquiera mirarme al espejo. Cuando lo hago, aprecio que no tengo ojeras y eso es muy raro en mí. ¡Hasta tengo el cutis mejor! Lo que hace la felicidad

Corro a la entrada. Cojo las llaves de la verja y salgo de la casa. Desde aquí ya puedo ver el coche de mi amiga y también a ella apoyada contra él fumándose un cigarro. Silbo para que se dé cuenta de que ya he salido. Ella estira el cuello y se da unos golpecitos en la muñeca.

—¡Lo siento, lo siento! –Me disculpo una vez he abierto la verja.

—Seguro que estabais dándole a la mandanga –me dice, mirándome por encima de las gafas.

—¡Claro que no! Es que me he quedado dormida –miento.

—De haberle dado a la mandanga anoche.

Se ríe y se mete en el coche para meterlo en el jardín. Yo espero junto a la piscina hasta que aparca. Cuando sale me lanzo a sus brazos y le doy un montón de besos. Ella pone caras raras.

—¿Se puede saber por qué estás tan babosa? Eso no es nada normal en ti. –Apoya una mano en mi frente.

—Sólo es que estoy contenta.

Eva sonríe y yo la agarro de la mano para meterla en la casa y enseñársela mientras Abel termina de ducharse. Nada más entrar, mi amiga suelta un silbido de admiración.

—¿De dónde saca tanto dinero este tío?

—Hombre, trabajar con Yvonne le daba muchos beneficios –le explico, encaminándome hacia la cocina.

—Madre mía, pero si parece la casa de un famoso.

—Es que él lo es. No como los famosos que tú piensas, pero lo es. –Le guiño un ojo.

Pasamos por el salón-comedor en el que ella se tira en uno de los enormes sofás y suelta gritos de emoción. Después la llevo a uno de los cuartos de baño y se queda también impresionada. –Pues si viese el otro, con la gigantesca ducha…– y, por último, le enseño la biblioteca.

—¡Me flipa la cabeza!

Corre a una de las estanterías y se pone a leer los títulos de los libros. Yo me coloco a su lado con una sonrisa que no me cabe en la cara. Cuando me quiero dar cuenta, ella me está mirando de forma pícara.

—Así que aquí es donde follasteis por primera vez.

—Pues sí. Y luego más veces. –Le saco la lengua, un poco avergonzada.

Al volver al comedor, Abel también está saliendo de la habitación en ese momento. Se ha puesto una camiseta de manga corta de Ralph Lauren y unos pantalones a media rodilla que le quedan que ni pintados. Todavía tiene el cabello húmedo y las mejillas sonrosadas por los vapores de la ducha. Viéndolo así, no puedo evitar recordar los momentos antes en la cama y me pongo otra vez. ¡Madre mía, cómo estoy últimamente!

—Hola, Eva. –La saluda, acercándose y dándole dos besos.

—Tío, menuda casota tienes. Esto tiene que haberte costado un huevo y más.

Él no contesta. Esboza una sonrisa y después me mira a mí. Yo se la devuelvo y agacho la cabeza, un poco tímida. Es extraño que Eva esté aquí como si fuésemos una pareja que viven juntos desde hace un montón de tiempo.

—Bueno, señoritas. ¿Quieren tomar algo?

Nos dirigimos a la cocina y él se pone a preparar unos zumos de naranja recién hechos. Nos anima a que le esperemos fuera, tumbadas en las sillas del jardín. Eva y yo obedecemos encantadas. Nada más salir, se quita la ropa y se queda en bikini. Yo le digo que me espere un poco, que me voy a cambiar. Me pongo también el mío y ambas nos tumbamos a tomar el sol.

—Madre mía, esto es el edén –dice mi amiga, colocándose sus gafas de sol–. Y encima nos prepara el almuerzo. –Me señala a mi espalda.

Me giro y observo a Abel salir con una bandejita en la que lleva tres zumos y unas cuantas tostadas. Nos lo comemos entre risas y cotilleos. Eva me informa de que Cyn se ha ido a su apartamento en la playa a ver si encuentra a algún jamelgo.

—Pues podría haberse venido –musito, un poco molesta.

—Pero aquí no hay jamelgos. –Le lanza a Abel una mirada de disculpa–. Bueno, me refiero a jamelgos solteros.

—Pues podríamos haber llamado a Eric –opino.

En ese momento me fijo que Abel se remueve en su asiento. Joder, quizá no debería haberlo mencionado. No hemos hablado de él desde hace un tiempo y la verdad es que no sé cómo está su relación. Lo que sé es que no han quedado ni que han hablado ni nada.

Tomamos el sol hasta la hora de comer, momento en que Abel nos vuelve a dejar solitas para preparar la comida. Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos nos avisa de que ya podemos entrar. Ha preparado pasta –me pregunto si es lo único que sabe cocinar pero, de todos modos, podría estar comiéndolo todos los días porque a mí también me encanta– con una salsa de quesos y nueces. Está tan bueno que Eva se come dos platos bien llenos.

Después de comer salimos otra vez a tomar el sol y esperamos a hacer la digestión para meternos en el agua. Abel se queda en su silla y nos contempla con una sonrisa mientras nadamos. Bueno, creo que a quien está mirando es a mí. Quizá esté recordando el sueño y verme aquí con el cabello húmedo le está poniendo, porque se le han oscurecido los ojos.

—Eres una cabrona. –Eva me abraza desde atrás, susurrándome al oído–. Menudo maromo te has buscado. Ya quisiera yo.

—Oye, que no todo es dinero, casas bonitas y comidas preparadas –me quejo, riéndome.

—¡Pero mientras disfrútalo! –Me hace una aguadilla y yo se la devuelvo.

A media tarde salimos del agua, todas arrugadas, y tomamos un poco más el sol mientras bebemos limonada que Abel ha preparado. Un rato después, Eva decide regresar a casa que le queda bastante camino. Nos damos un abrazo enorme.

—¿Entonces te vas a quedar aquí todo el verano? –me pregunta.

—Supongo que sí –respondo, con el corazón esperanzado.

Esa noche Abel y yo terminamos con lo que habíamos empezado por la mañana. Nada más llegar al fantástico orgasmo, me quedo dormida. No tengo sueños, pero últimamente duermo más tranquila que nunca y me despierto perfectamente. A la mañana siguiente, cuando yo me levanto, Abel ya está en la ducha. Dejo la cama y me dirijo a la cocina tarareando una cancioncilla. Cojo un par de naranjas y me dispongo a preparar un zumo. Me apetece escuchar música mientras preparo tostadas, así que voy al comedor y enciendo su portátil para buscar algo en el Spotify. Como siempre, no puedo evitar meterme en Facebook y cotillear las nuevas notificaciones. Y no sé por qué hay algo que me incita a buscar en Google su nombre, como ya hice una vez. Bah, ¿qué espero encontrar en Internet? ¿Sus secretos más oscuros? Aparecen páginas y más páginas en las que Nina habla sobre él, y son las que están en primer lugar. A la par que bebo, voy pasando una tras otra. En una de ellas hay algo que me llama la atención. Habla del nuevo trabajo de Abel, y la actualización data de hace un par de

días. ¿Serán fotos de esa nueva modelo que trabaja con él? Cuando pincho en la web, descubro que se trata de una revista de fotografía.

Y entonces el mundo se me cae encima.

No me puedo creer lo que están viendo mis ojos.

Las náuseas se apoderan de mí en cuestión de segundos.

Bajo por la página para descubrir con horror una foto tras otra.

En todas ellas salgo yo. Tan sólo con una camisa en unas. Desnuda en otras.

Son las fotos que Abel me hizo en el hotel de Barcelona.

El corazón me da un vuelco y me entran unas ganas tremendas de llorar.

2



Me quedo observando la pantalla como una tonta. Al cabo de unos segundos, me doy cuenta de que estoy llorando. ¡De la rabia que me anda en el estómago! Ahora mismo no puedo entender nada. Me estoy mareando. ¿Qué es esto? ¿Por qué las fotos en las que posé para él están expuestas por Internet? ¡Unas fotos tan íntimas y las va a ver todo el mundo! ¿Cómo voy a acudir a la Universidad después de esto? ¿Y si las ve mi madre? No, no es posible, no sabe usar un ordenador. Pero ¿y si alguien se las enseña? «Mira lo que va haciendo tu hija por ahí», le dirán las vecinas chismosas. Ya puedo escuchar a mi madre llorando y gritando que me he perdido, como si fuese una fresca. ¡Pero no lo soy! ¡Sólo estaba posando para él! Era algo que compartimos los dos. Se supone que son una parte de mí. Me expuse a él, le mostré mi alma en esas fotos. ¡Y la ha vendido! ¡Me ha vendido a mí!

Así que era esto a lo que se refería cuando dijo que era un hombre con ases en la manga. No puedo dejar de llorar pensando que así me demuestra que no es alguien en quien confiar. Me he entregado toda, y él sólo se ha ocultado más y más, para después traicionarme. ¡Esto es un golpe muy bajo! Al menos me podría haber preguntado. ¿Es que no pinto nada en sus decisiones? ¡Soy yo la que sale medio desnuda en esas fotos!

Puedo imaginarme sus excusas: es arte, aquellos que te miren no pensarán en ti como una mujer en cueros, es belleza a través de una imagen, te daré la mitad del dinero, todas las modelos han posado alguna vez así, esto no es para ese tipo de hombres que tú imaginas. Suelto un grito furioso y salgo al escritorio para dejar de mirar las fotos. No obstante, dos minutos después abro la página de nuevo. ¡Joder, mira, pero si es que se me ven los pezones! ¿Y si Gutiérrez no me permite pertenecer a su equipo por esto? No, no, tranquila, él no se va a enterar de esto, que salga en Internet no quiere decir que todos me vean, tan sólo aquellos interesados en la fotografía. ¡Y espero que no sean muchos!

Me tapo la cara con las manos y me echo a llorar con más fuerza. Me siento ridícula. He confiado demasiado pronto en alguien que no es nada claro conmigo. En ese momento escucho unos pasos acercándose al comedor. Cuando levanto la vista, me encuentro a Abel con tan sólo unos pantalones sueltos y el pelo húmedo. Pero no siento nada. No puedo. Me mira con expresión asustada y, sin atreverse a acercarse, pregunta con cautela:

—Sara, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Como un basilisco, doy un brinco y me planto ante él con los puños en alto. Le intento golpear en el pecho, pero me coge de las muñecas y me frena. Forcejeo un

poco más, pero al final me canso y me derrumbo con un suspiro. Me suelta una mano para apartarme el cabello de la cara. Yo continúo con la cabeza gacha, observando sus pies desnudos. Una de mis lágrimas cae en uno de ellos.

—Mírame –me ordena.

Niego con la cabeza. Me coge de la barbilla e intenta levantarme el rostro sin resultados.

—¿Por qué no?

—Eres un traidor –murmuro.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso, Sara?

En unos segundos se me acumula tanta furia que las mejillas me arden. Al fin levanto la cara y le espeto:

—¿Te ha venido bien el dinero?

Me mira confundido. Frunce el ceño y ladea la cabeza, interrogándome con sus ojos azules, que se le empiezan a oscurecer, esta vez de inquietud.

—¿De qué dinero hablas?

—¡Deja de fingir como si no lo supieras! –exclamo con los puños apretados. ¡Uf, cómo me gustaría cruzarle la cara para que quitara esa expresión de tonto!

—No, no lo sé. Así que deja de ser tan críptica y explícame lo que sucede.

Decido mostrárselo. Una imagen vale más que mil palabras. –Nunca mejor dicho–. Doy un par de zancadas y me coloco ante el ordenador, abriendo la página. En cuanto me veo con tan sólo las braguitas, me tengo que sentar porque se me doblan las piernas.

Abel se coloca a mi lado en silencio. Y así se queda unos minutos eternos. Yo lo miro, y lo miro, y lo vuelvo a mirar. Y no dice nada. ¡Se ha quedado sin palabras!

—¿Creías que no me iba a enterar? –le grito.

Me echa a un lado y coge el ratón para deslizarse por la página. Su expresión es de sorpresa. ¡Hala, ya ha vuelto el actorazo! Le he estado creyendo todos estos meses a pesar de lo mal que empezamos. He sido una ingenua al pensar que le interesaba realmente. No, tan sólo vive para su trabajo. No le importa pisotear a los demás o manejarlos a su antojo si al final consigue lo que quiere. En realidad es como Nina; son tal para cual. He estado muy loca al pensar que era yo la adecuada para él. He sido una tonta al creer que era mío.

—¿Es una broma? –Aparta los ojos de la pantalla y los clava en mí. Parece muy enfadado. Tanto, que le crujen los huesos de la mandíbula. Soy yo la que debería estarlo. ¡Y lo estoy, vaya que sí!

—¿Lo es para ti? –Le sostengo la mirada unos segundos, hasta que la aparta.

—¿Qué hacen tus fotos ahí?

—¡Eso es lo que tienes que decirme tú a mí!

No me lo puedo creer. Ahora quiere tergiversar la historia. Este se cree que puede darle la vuelta a la tortilla y quedarse tan ancho.

—Me has vendido, Abel. No sé por cuánto dinero, pero...

—No he hecho eso que dices –niega muy serio.

—¿Ah, no? ¿Y esto qué es? ¿Han aparecido mis fotos ahí por arte de magia?

—Esto tiene que ser un malentendido, de verdad. –Se acerca y me aparto de inmediato, con un gesto de asco. Me mira con los ojos muy abiertos–. Sara, ¿cómo puedes pensar que haría algo así? –Vuelve a mirar el ordenador y se le nubla la mirada. ¡Ahí está la prueba de su traición, en esos ojos oscuros!

—He sido una gilipollas –susurro, negando con tristeza. Las lágrimas se me vuelven a acumular. Al observarlo tan serio y preocupado, se me revuelve el estómago, acumulando rabia. Exploto–: ¡He confiado en ti, Abel! No sólo desnudé mi cuerpo, sino también mi corazón. –Ya me he ido al otro tema, pero es que no puedo remediarlo–. Lo he hecho desde el principio. Te acostaste conmigo y conseguiste lo que querías, luego continuaste yendo detrás de mí y también tuviste lo que deseabas. ¿Y qué me has dado tú, eh? ¿Cenas en restaurantes caros? ¿Habitaciones lujosas de hotel? ¿Qué es todo eso si después antepones tu trabajo, y uno que ni siquiera necesitabas, a esta relación que no lo parece? –Me quedo callada unos instantes, intentando recuperar la respiración.

Él no dice nada, tan sólo me observa sin parpadear, con la boca entreabierta.

—Sara, por favor. –Reacciona, dando un paso hacia delante. Automáticamente vuelvo a echarme hacia atrás y me tropiezo con la alfombra. Me coge del brazo para que no caiga. Su tacto se me antoja irreal, desconocido, a pesar de que anoche estuvimos haciendo el amor.

—¿Por favor qué?

—Lo otro no tiene nada que ver con esto. –Señala el ordenador con un dedo, sin dejar de mirarme–. He hecho cosas malas en la vida, no lo niego. Pero no soy un mentiroso. No tengo nada que ver con eso.

—¡Venga ya! –exclamo, dando vueltas por la habitación, totalmente desquiciada.

—Te lo juro. –Intenta detenerme, pero yo me muevo como un animal enjaulado–. ¿Por qué iba a vender esas fotos?

—¡Porque tu queridísima Nina te ha dado la espalda! –Me giro a él echando chispas por los ojos.

—¿Y qué? No la necesito.

Me limpio las lágrimas con los dedos.

—¿Crees que quiero que todo el mundo te vea así, Sara? Yo también estoy furioso.

—Ah, pero es arte, ¿no? –me mofo.

—¡Eres tú desnuda, y eso sólo tenía que ser para mí! –ruge. Me coge de la cintura

con violencia y me arrima a él.

Realmente está muy cabreado, incluso respira con dificultad. Es demasiado buen actor. Eso, o está diciendo la verdad. No sé qué creer. Nadie más tenía las fotos excepto él, ¿no?

—¿Existe la posibilidad de que te las hayan robado?

—No expuse esas fotos en ningún lugar –niega, confundido–. No sé cómo ha podido pasar. No soy tan gilipollas como para mostrarlas.

Joder, no tengo que caer. Si él mismo dice que es imposible, entonces sólo hay un autor de los hechos. Y es él. Lo miro con tristeza. Intenta abrazarme, y yo me revuelvo en su pecho desnudo. El corazón le late muy rápido.

—Por favor, Sara, por favor. Tienes que creerme.

—¿Cómo voy a hacerlo si eres tan cerrado?

—¿Otra vez con eso? ¡Las fotos no tienen nada que ver!

—Llévame a casa –le pido, apartándolo de mí.

—Espera, espera –dice de repente, con la vista perdida a saber en qué lugar–. Llamaré, llamaré a la revista. Los conozco.

—Ya… –sonrío de forma amarga.

—No, no me refiero a eso. Es una revista para principiantes, ni siquiera tienen buenos contenidos.

Me encojo de hombros como demostrándole que toda esa información no me interesa.

—Voy a llamar. –Va en busca de su móvil y parece totalmente decidido. ¿Me estaré equivocando?–. Te demostraré que soy de fiar.

En cuestión de segundos vuelve con el teléfono en la mano. Se acerca a la pantalla del ordenador y busca el número de contacto de la revista. Me lo muestra a medida que lo marca. A continuación pone el manos libres para que yo también pueda escuchar. Me pide silencio. Un tono, dos tonos, tres. Alguien descuelga. El corazón me va a mil por hora.

—New Photography. –Se oye la voz extrañamente aguda de una chica.

—Soy Abel Ruiz.

Un segundo de silencio.

—¿El fotógrafo? –pregunta ella con nerviosismo.

—¿Me puede pasar con alguno de sus superiores, señorita…?

—Marta –responde de inmediato.

Hasta por teléfono las tiene a sus pies. Aunque lo entiendo, tiene una voz demasiado sensual.

—Marta, ¿me pasa con el director o directora de la revista?

—No se encuentra en estos momentos. –La voz de pito de la muchacha empieza a

molestarme.

—De acuerdo –responde él con impaciencia–. ¿Y el redactor? ¿Alguien que esté a cargo de los contenidos?

—Espere un momento. Ahora le paso con Maribel.

La chica nos deja con una musiquita ambiental. Cruzo los brazos en el pecho, deseando que la espera no sea muy larga. Dos o tres minutos más tarde, otra voz de mujer, aunque más seria y adulta, dice:

—Maribel San Juan, encargada de contenidos. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Abel Ruiz. –Vuelve a presentarse.

—¡Sí! Por fin puedo escuchar su voz. –Abel y yo nos miramos confundidos al escuchar esto–. Déjeme decirle que las fotos son fantásticas y que le agradecemos que haya confiado en nosotros para…

—Verá, precisamente llamo por las fotos. –Me mira con fijeza–. No sé cómo lo han hecho, pero ustedes han publicado uno de mis trabajos sin mi permiso.

La mujer se calla al otro lado de la línea. ¿Entonces era verdad?

—Señor Ruiz, ¿qué está diciendo? –Suena ofendida–. No somos muy célebres, pero robar fotos no entra en la política de nuestra empresa.

—¿Entonces cómo puede ser que tengan mi trabajo?

—Señor Ruiz, fue usted el que contactó con nosotros por correo electrónico y nos cedió los derechos –continúa ella, muy seria.

Yo lo miro con los ojos muy abiertos. Le insto a que se conecte a su correo. Se acerca y pone la dirección y contraseña.

—¿Puede esperar un minuto, señorita San Juan?

—Por supuesto.

Se mete en la bandeja de enviados. Hay un correo de hace un par de semanas que va dirigido a la revista. El corazón me vuelve a latir con fuerza. Cuando lo abre, el mundo se me cae encima.

> Estimados:
>
> Les remito mi nuevo trabajo con la intención de que lo usen en su revista. Me parece que hacen una labor estupenda y considero que este intercambio puede beneficiarnos a ambos.
>
> A. R.

—¡Yo no he escrito eso! –exclama, lanzando el ratón al fondo de la mesa.

Lo miro disgustada, negando con la cabeza.

—Abel, por favor…

—Señorita San Juan –vuelve a dirigirse al teléfono–. Yo no he firmado ningún contrato. ¿Sabe que puedo demandarlos?

Otro silencio en la línea. La mujer carraspea y al fin contesta:

—No sé si usted es el verdadero señor Ruiz, si esto es una broma o si se está confundiendo, pero nos reenvió el contrato firmado.

Abel se lleva una mano a la cara y se la restriega con nerviosismo. Mira el ordenador, el teléfono, y a continuación a mí.

—No se han molestado en comprobar si era yo realmente –le dice a la mujer–. Les voy a demandar.

—Disculpe, señor Ruiz, es usted el que tiene problemas de…

No la deja terminar. Tras colgar, lanza el móvil contra el sofá y alarga los brazos para detenerme. Consigo escabullirme y voy directa a la habitación para recoger mis cosas. Me sigue; le escucho respirar.

—¿Qué haces?

—¿No lo ves? Me marcho.

—Ni hablar. –Me quita las camisetas que había cogido del armario–. No lo voy a permitir.

—¿Ah, no? ¿Y qué vas a hacer? ¿Me vas a atar a la cama? –Le planto cara.

Por un momento pienso que va a decir que sí, pero lo único que hace es mirarme con tristeza.

—Sara, ¿cómo es que no me crees? ¡Yo no he firmado ningún contrato! Me han jugado una mala pasada.

—Ya basta. –Termino de meter lo poco que había traído conmigo. Cojo la maleta y me dirijo al salón–. ¿Me llevas a Valencia?

—¡No! –Me coge del brazo con una inmensa fuerza–. Habíamos quedado en que pasarías aquí el verano y que haríamos un viaje.

—¿Crees que quiero después de lo ocurrido?

Una sombra que no puedo descifrar cruza por sus ojos. Al fin me suelta el brazo, pero no me deja pasar.

—¿Me vas a llevar o no?

Niega con la cabeza; las mandíbulas tan apretadas que se le marcan los huesos. Puedo ver cómo se le mueven a causa de la rabia.

—Bien, entonces llamaré a Eva.

Media hora después, mi amiga me hace una llamada perdida para avisarme de que ya ha llegado. Abel me sigue hasta la puerta. Quería mostrarme dura y enfadada, pero lo cierto es que tengo una bola de acero que me oprime demasiado el estómago.

—Sara… –Intenta darme la vuelta, pero una vez más me revuelvo. No quiero mirarlo; sé que lloraré. Su voz suena demasiado dolida, como aquella vez en que sentí que me mostraba un Abel diferente… Quizá se está dando cuenta de que la ha cagado, pero es demasiado tarde.

Abro la puerta. Su sombra se cierne sobre mí.

—Que te vaya bien, Abel. –Me despido. Y murmuro de forma amarga–: Espero que te aprovechen las fotos.

Salgo sin mirar atrás. Sé que él no se mueve de la entrada, que sigue cada uno de mis movimientos.

En cuanto entro al coche, me derrumbo y me echo a llorar una vez más.

3



Mis amigas intentan animarme, pero cada día que pasa se me antoja un infierno. No puedo olvidar su mirada confundida y su voz quebrada. No consigo escapar del recuerdo de sus caricias y sus besos. ¿Pero qué ha hecho conmigo? Estoy enganchada a él, y necesito sacármelo, borrar su sabor de cada parte de mi cuerpo. ¿Voy a poder hacerlo?

El segundo día de ausencia me envió un mensaje, rogándome que volviera para hablar. Le escribí diciéndole que necesitaba un tiempo para pensar. Eva no para de decirme que no lo perdone, que se ha pasado. Cyn se mantiene al margen, sólo me lanza miradas preocupadas.

Me he tirado una semana sin salir de casa, dedicada a observar el techo desde la cama, llorando por los rincones a causa de las películas románticas y, por supuesto, atiborrándome a dulces. Ni siquiera he ido a comprobar las notas a la Facultad. Eva decidió ir en mi lugar, y acaba de llegar para informarme de que tengo numerosas Matrículas de Honor y Excelentes. Pero en realidad no me importa. No me provoca ninguna alegría. Es como si no existiese nada más desde que conozco a Abel. Y eso no es sano.

Media hora después, Eva logra convencerme para que vaya esta tarde a ver a Gutiérrez, ya que tiene tutoría.

—Te acompaño yo, ¿vale?

Asiento con la cabeza. No me apetece nada salir sola. Todo me da miedo. Bueno, en especial que alguien me reconozca por las fotos, aunque sé que es muy improbable. Después de comer nos acercamos a la Facultad dando un paseo. Hace muchísimo calor y empiezo a sudar a mitad de camino. Estoy segura de que en un mes las temperaturas aumentarán, y los agostos son horribles en mi pueblo.

Gutiérrez me atiende al instante. Se muestra contento y amable. Yo intento sonreír, ya que no quiero que piense que no estoy contenta con su idea de formar parte del equipo. Por supuesto que es estupendo, pero en estos momentos sólo puedo pensar en el dolor que me atosiga el pecho cada vez que pienso en Abel.

—Señorita Fernández, lo que tengo pensado es que empiece conmigo a principios de noviembre. O quizá antes, para que no se sienta demasiado presionada entre el máster y esto.

—Claro, me parece bien. –Me limito a asentir.

Ensancha la sonrisa y, a continuación, se le borra. Me estudia de arriba abajo con una mirada de acero. ¿Eh, qué pasa?

—Quería decirle algo. Espero que no le moleste.

Trago saliva. ¿No me digas que ha visto las fotos?

—Normalmente no es algo que suelo hacer, pero…

Oh, no. ¡Las ha visto! Y se siente avergonzado. ¡Aunque yo lo estoy más! Me sube un terrible ardor por las orejas y agacho la cabeza con los ojos cerrados. No sé si estoy preparada para lo que me va a decir.

—Este curso ya tengo un becario, pero quería trabajar también con usted.

Alzo la cara de golpe y lo miro con los ojos muy abiertos. Oh, ¿así que sólo era eso? Suelto un suspiro de alivio. Frunce el ceño al tiempo que estudia mi rostro.

—Espero que no sea un inconveniente para usted.

—No, claro que no –respondo, muy seria. Aunque de inmediato me obligo a dedicarle una sonrisa.

Charlamos un rato más sobre mis notas y sobre el máster, el cual me avisa de que es muy duro. Tendré que trabajar mucho, además de toda la faena que me mandará él. Bueno, al menos tendré la mente ocupada. Al cabo de una hora recuerdo que Eva está esperándome fuera. ¡Pobrecilla!

—Tengo que irme ya –le comunico a Gutiérrez.

Él asiente y se levanta para estrecharme la mano y acompañarme a la puerta.

—Ya verá todo el trabajo que tengo preparado para usted. Le va a encantar.

Me despido de él con una sonrisa. Salgo del despacho con la agradable sensación de haberme quitado un peso de encima. No he pensado en Abel en un sólo momento. ¡Mierda, ahora estoy haciéndolo de nuevo! Agito la cabeza para obligarme a mantener la cabeza vacía. Al fondo diviso a Eva en uno de los bancos, muy enfrascada en un libro de Terry Pratchett. A su lado, de pie, hay un chico y una chica buscando sus notas en los tablones. Serán de cursos inferiores, ya que no los conozco. Se me quedan mirando cuando paso por su lado, y no puedo evitar preguntarme si es que me han reconocido por las fotos. ¡Joder! ¿Va a ser mi vida así a partir de ahora? ¡Qué triste!

—¿Qué tal ha ido? –me pregunta cuando descubre mis sandalias ante ella.

—Muy bien.

—¿Ves? No te obsesiones con lo que ya sabes, nena. Total, era una mierda de revista, ¿no?

Esa es otra de las cosas que me molestan. Me vende y encima en una de las revistas más cutres. Aunque supongo que de esa forma era más difícil que yo me enterara. Pero mira, qué casualidad que me guste tanto cotillear por el ciber espacio.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo? –Se gira hacia mí, con uno de sus inseparables cigarrillos entre los labios–. Joder, tengo que dejar esta mierda, pero es que no quiero ponerme *botaresca*. –Mira el *piti* con un gesto de asco.

—¿*Boteresca*? –Se me escapa una risa. Mira que le gusta inventarse palabras; deberían hacerle un diccionario.

—Sí, nena, como las tías de los cuadros de Botero, con grasa rebosando por todos lados.

—No seas tonta, pero si estás muy bien. –La animo.

Me mira por encima de las gafas de sol como si estuviera loca. Nos dirigimos a la calle trasera de la Facultad, donde hay unos cuantos bares en los que hemos pasado muchas horas estudiando. Nos sentamos en la terraza del primero que vemos. Ella se pide una caña y yo un té con hielo.

—¿Y qué vas a hacer este año? –le pregunto, ya que todavía no me ha informado de nada.

—La verdad es que tengo la cabeza hecha un lío –responde. Se sube las gafas, muy seria. No sé por qué, pero creo que me oculta algo… En serio, ¿qué le pasa a todo el mundo? ¡Qué harta estoy!

—Nos veremos mucho menos que ahora –digo con tristeza.

La camarera nos trae nuestras bebidas junto con un platito de cacahuetes. Eva y yo los atacamos en cuento nos deja solas.

—No es el fin del mundo.

—Tal y como estoy, sí lo es. –Pelo un cacahuete y me lo llevo a la boca.

—Quedan unos meses para que empieces el máster. –Apaga el cigarrillo–. En ese tiempo podemos tomar muchas cervezas.

—Voy a tener que buscar otro trabajo –pienso en voz alta, angustiada.

Como había decidido pasar el verano en la casa de Abel, él me había buscado un trabajillo: dar clases particulares a una niña del vecindario. Pero ahora, ¿qué voy a hacer? La academia está cerrada y no sé si voy a encontrar rápido otro sitio. Y lo cierto es que tengo que empezar a ahorrar ya, por si las moscas. Si me pasa como este último curso y no me dan la beca, a ver cómo estudio el máster. Y de todos modos, si me la dan, tengo que subsistir los primeros meses.

Eva me empieza a explicar que está leyendo otro libro, además del de Terry. Se trata de un tratado filosófico sobre el amor, y en cuestión de segundos, ambas estamos debatiendo de forma apasionada. El tema nos mantiene entretenidas durante un buen rato, perdidas en divagaciones, hasta que me empieza a sonar el móvil. Eva pone cara de disgusto. Cuando miro la pantalla, la confusión me nubla la cabeza. Es Eric. ¿Qué quiere ahora, si no lo veo desde Barcelona?

—¿Sí? –contesto en voz bajita.

—¿Sara? ¿Eres tú? –Por teléfono su voz todavía es más grave, casi ronca.

—Claro.

—¿Cómo estás? –me pregunta.

—Eh… Bien.

Nos quedamos callados unos segundos, hasta que él retoma la palabra.

—Me gustaría verte.

—¿Verme? –Se me remueve algo en el estómago.

—Sí. Tengo que hablar contigo.

¿Se ha enterado de que estoy enfadada con Abel y quiere intentar algo conmigo? De inmediato, desecho ese estúpido pensamiento. Sonrío en mi interior. ¡Ay madre, parezco una creída, imaginando que todos los tíos andan detrás de mí!

—Es que ahora mismo estoy con una amiga.

—¿Dónde?

Dudo si contestar la verdad.

—En la facultad. Bueno, en un bar tomando algo. –No puedo mentir.

Eva pone caras extrañas. Le hago un gesto para que espere.

—Dime el lugar exacto.

—Se llama El penalti –digo, echando un vistazo al letrero del establecimiento.

—Estaré allí en unos quince minutos.

Cuelga y yo me quedo con el móvil en la oreja, como una tonta. Eva agita la mano ante mis ojos para que le cuente.

—¿Era él?

—Su amigo.

—¿El tal Eric?

Asiento con la cabeza. Como es evidente, le hablé de él. Es más, hicimos una apuesta: si cuando le vea flipa como sucedió con Abel, entonces ella me tendrá que invitar a una comida. A ver si gano hoy.

—¿Y qué quiere?

—No me lo ha dicho.

Mientras esperamos a que Eric aparezca, apenas digo nada. Es Eva la que habla y habla sobre el libro de antes. Yo sólo me puedo preguntar una y otra vez qué es lo que puede querer.

—Nena –susurra Eva, sacándome de mis pensamientos–. ¿Es ese? –pregunta entre dientes.

Me giro y lo descubro acercándose a nosotras. Lleva un pantalón a media pierna y una camiseta azul de manga corta que deja sus bíceps al descubierto. Se ha cortado un poco el pelo y está bastante bronceado. Madre mía, no lo recordaba tan atractivo. Al ver que estamos observándolo, alza una mano a modo de saludo y me dedica a mí una sonrisa.

Me levanto de la silla para darle dos besos. Se me hace un poco incómodo. Recuerdo que todavía le debo los zapatos, ya que le hice una transferencia para el

vestido.

—Sara. –Se le ensancha la sonrisa. Qué dientes tan blanquísimos. Contrastan mucho con su tono de piel–. Te veo muy bien.

Me he quedado casi hipnotizada con la blancura de esa boca. Al fin, consigo apartar los ojos y echo un vistazo a mi ropa normal y corriente. Un vestido suelto y ligero para no pasar calor y unas sandalias viejas. Y encima llevo el pelo alborotado. Para pasar el trago, decido presentarle a Eva.

—Esta es mi amiga.

—Eva –saluda ella, levantándose y posando dos besos en sus mejillas.

Tras esto, el silencio nos envuelve. Eric se mete las manos en los bolsillos y se me queda mirando fijamente. Parece inquieto. Al cabo de unos minutos, rompe el mutismo:

—No quiero parecer maleducado pero, ¿podríamos hablar a solas?

Me giro hacia Eva y le suplico en silencio que se quede. Sin embargo, ella se pone a recoger el bolso. Deposita un par de monedas en el platito de la cuenta para pagar su bebida.

—Nena, llámame. –Me da un abrazo. Yo la aprieto, insinuándole que es una cabrona. ¡Ya parece Cyn, que me deja tirada en los peores momentos! Se gira a Eric con una sonrisa–: Encantada.

Cuando mi amiga se va, él me señala la silla libre.

—¿Puedo sentarme?

—Bueno, no sé si a la mujer invisible le hará mucha gracia. –Intento hacer un chiste para distender el ambiente. No obstante, o Eric no tiene sentido del humor o yo no he tenido gracia. No lo tengo muy claro en estos momentos. Encojo los hombros con indiferencia.

Una vez que le ha pedido una clara a la camarera, el silencio vuelve a rodearnos.

—¿Qué tal te va todo? –le pregunto, intentando fingir normalidad.

—A mí bien. ¿Y a ti? –Me clava los ojos color miel. Me doy cuenta de que cuando le da el sol, también son un poco verdosos. Qué bonitos.

—No me va mal –contesto.

—No sabes mentir, Sara –sonríe. Le da un trago a su cerveza–. Y de todos modos, sabes por lo que estoy aquí.

—¿Ah, sí? –pregunto, confundida. Siento que las mejillas se me ponen rojísimas.

—¿Tengo que decirlo yo?

Lo miro con los ojos muy abiertos.

—Abel.

Al escuchar su nombre en la boca de Eric, algo se me rompe por dentro. ¡Mierda, joder! Había estado un rato tranquila, ¿es que no me pueden dejar?

—¿Qué pasa con él?

—Sé que estáis enfadados.

—Yo lo estoy, ¿y?

—Sara, está mal.

Vale, qué tonta soy. Como es normal, ha venido a defender a su amigo. ¿Ahora me dirá que soy una mala pécora o algo por el estilo?

—¿Y yo no lo estoy? –pregunto a la defensiva.

—Claro que sí. Ambos lo estáis pasando mal, y no debería ser así.

Remuevo los hielos de mi té, un tanto avergonzada. Por un momento había pensado que lo que quería era ligar conmigo. No le entiendo, la verdad. En realidad no comprendo a ninguno de los dos. Aunque Eric no es tan misterioso, tampoco sé nunca por dónde va a salir. Recuerdo sus miradas en Barcelona y su forma de despedirse. Bueno, entiendo que si alguna vez le gusté, haya decidido tirar la toalla. Al fin y al cabo, me quedé allí con Abel. Vaya, ya estoy pensando otra vez como una engreída. ¡Basta ya, me importa un pepino si le gusto o no! Tan sólo me importa saber sobre Abel.

Le clavo una mirada que intento que sea severa. Él arruga el ceño y ladea la cabeza.

—¿Sabes lo que hizo?

—Algo me ha contado.

—¿Y qué piensas?

—A ver, me parece que no está bien, pero tampoco es para tanto. Y no dejaste que se explicara.

Arrugo la nariz, un tanto fastidiada. En realidad tiene razón. Durante esta semana he estado pensando en ello. Pero soy así, demasiado impulsiva cuando discuto con alguien. No podía quedarme de brazos cruzados porque lo único que deseaba era marcharme lejos de él y aclarar las ideas.

—Ni siquiera le diste el beneficio de la duda.

—Eric, había escrito un correo, ¿sabes? Con las fotos. Y la mujer de la revista dijo que…

—Quizá tenía una buena razón. –Bebe otro trago de cerveza y se relame los labios–. Abel ha llevado una vida bastante lujosa. Tiene pagos que hacer. –Ve que me remuevo en el asiento y se apresura a añadir–: No estoy excusándolo, simplemente trato de que lo veas desde otro punto de vista. Es por tu bien.

Me quedo pensativa durante unos segundos, mientras paso los dedos por las gotas del vaso. Sí, quizá debería hablar con él… algún día.

—¿Has venido hasta aquí sólo para darme el sermón? –le pregunto, enfurruñada.

Él se echa a reír y se termina la cerveza. Coge uno de los cacahuetes que han sobrado y lo pela con lentitud, sin dejar de estudiarme. Yo lo miro de reojo,

fijándome en sus mandíbulas tan marcadas, que lo convierten en un hombre irresistiblemente *sexy*. Me pregunto si habrá tenido tantas conquistas como Abel.

—He venido para llevarte al piso.

—¿Qué? –pregunto, confundida.

—Ayer tuvimos una sesión y lo vi fatal, Sara. –Se inclina hacia mí, poniéndose muy serio de repente–. Es más, las fotos salieron bastante mal.

—¿Te ha pedido él que vengas?

Niega con la cabeza.

—Ha sido por voluntad propia. Es mi amigo, ¿crees que me gusta verlo sufrir?

Cojo uno de los cacahuetes y lo aprieto con nerviosismo. Eric me observa sin decir nada.

—No quiero ir, Eric. No estoy preparada para hablar con él.

—Tienes que hacerlo. No lo veía así desde hace mucho tiempo. –Alarga una mano y la apoya sobre la mía. La tiene bastante caliente, aunque no sudada. Me da un calambre y la aparto sobresaltada–. Lo siento, te he pasado electricidad –sonríe.

—Eric, en serio, no voy a ir. Así que ya puedes marcharte y dejarme en paz.

—Si no lo haces por él, entonces hazlo por mí.

Lo miro sonriendo con amargura. Nadie me había pedido algo así. Los amigos de mi ex nunca se inmiscuyeron en nuestra relación. ¿Es que en lugar de un amigo voy a tener un Pepito Grillo en Eric? No puedo apartar los ojos de los suyos. Realmente parece muy preocupado por Abel, y se me está empezando a contagiar.

—¿Tan mal está?

—Bastante. –Asiente, agarrando el último cacahuete. El sonido que hace al abrirlo se me antoja irreal–. Le has dado fuerte, Sara –esboza una sonrisa, y a continuación, añade–: Aunque le entiendo.

¿Ves? Ahí está lo que yo decía. Vale que a Judith también le soltaba pullitas, pero creo que no eran iguales. ¡Oh, por Dios, no sé qué pensar, no sé qué hacer! ¿Voy a hablar con Abel? ¿Dejo que se suma en su tristeza? ¡Joder, no puedo! Es pensar en sus ojos bañados de dolor y se me encoge el corazón. Un montón de pinchazos me atraviesan el pecho.

—¿Sara?

Suelto un suspiro y asiento con la cabeza. A él se le iluminan los ojos.

—De acuerdo. Pero sólo para que se explique. Después me iré.

—Claro.

Nos levantamos de la silla al mismo tiempo. Le pido que espere y voy a pagar la cuenta. Él insiste en darme su parte, pero no la acepto. Cuando voy a cruzar el semáforo, me agarra de la muñeca y señala hacia el aparcamiento del estadio Mestalla.

—He venido en mi moto.

No me gustan. Me dan miedo. Me lleva hacia allí con prisas, casi tirando de mí. Cuando llegamos, me encuentro con una Yamaha de colores plateado y azul. Joder, es preciosa. Pero también tiene que correr un montón. Niego con la cabeza, echándome hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—No voy a subir ahí.

—Iré despacio –me asegura.

Lo miro para descubrir si me está diciendo la verdad. De todos modos, tengo tantas ganas de ver cómo se encuentra Abel, que al final acabo subiendo. Me ayuda a ponerme el casco. No sé cómo colocarme ni dónde poner las manos.

—Agárrate fuerte a mí. –Me las coge y las sitúa en su cintura. Oh, Dios, el calor de su cuerpo traspasa la camisa. Y puedo sentir todos esos músculos perfectos bajo mis dedos.

De repente, salimos escopetados. Suelto un grito. ¡Me había prometido que no iba a correr! Me inclino hacia delante y me aferro a su espalda con fuerza, apoyándome en ella. Cierro los ojos completamente asustada.

—¿Vas bien ahí atrás? –grita, para hacerse oír.

Los abro un poquito. Sorteamos un coche tras otro. Los vuelvo a cerrar. Creo que me estoy mareando, así que me aprieto más contra su cuerpo, rodeándole el torso con las manos, y noto que se tensa. ¡Que se aguante, yo estoy sufriendo mucho! Está diciendo algo, pero no le escucho bien.

—¿Qué? –exclamo.

—¡Que las fotos eran muy buenas!

Mierda, me ha visto desnuda. Oh, joder, ha contemplado mis pechos. ¿Lo habrá hecho con mirada de fotógrafo o de hombre? Como siento una vergüenza atroz, le suelto el cuerpo y doy un grito al sentir que me voy hacia atrás. De inmediato, me vuelve a pegar contra su espalda.

—¿Qué haces, loca?

Me callo. Y así me quedo hasta que diez minutos después llegamos al barrio donde Abel tiene el estudio. Sin poder remediarlo, rememoro el día en que nos conocimos, cuando acudí para la sesión fotográfica. No he olvidado el impacto que produjo en mí▌ Recuerdo cómo mi estómago se encogió ante su profunda mirada.

Eric detiene la moto y me bajo de ella a toda velocidad. Doy unos cuantos saltitos, hasta que por fin consigo mantener el equilibrio. Me quito el casco y él se acerca a mí para recogerlo y guardarlo.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. Estoy un poco mareada y tengo la boca seca, pero seguro que

se me pasa pronto. Además, también me siento peor por los nervios que se me han pegado en las tripas al pensar en Abel. Voy a verlo de nuevo. Hace más de cinco días que no sé nada de él. El corazón me palpita cuando entramos al patio, ya que la puerta está abierta. Esto me trae tantos recuerdos… Parece que haya pasado una eternidad. Me agarro al brazo de Eric, intentando controlarme. Él me escruta con su mirada serena, me hace un gesto con la mano para que me calme. Cuando llegamos al piso y Eric toca el timbre, me parece que el corazón se me va a salir por la boca. No se escucha nada dentro. Por fin, unos pasos se acercan a la puerta.

No es Abel el que nos abre, sino su hermano Marcos. Se nos queda mirando con confusión, medio dormido como está, hasta que por fin se da cuenta de quiénes somos y entonces un gesto de pánico le ensombrece el rostro.

—¿Qué pasa, Marcos? –pregunto, asustada.

Escucho una tos en el interior. Sin duda es la de Abel. Intento pasar, pero Marcos me lo impide. Me encojo de hombros, interrogándolo con la mirada.

—¿Sara? ¿Es Sara? –escucho preguntar a Abel. ¿Qué le pasa en la voz…?

Aparto a Marcos de un empujón y entro en el piso.

Me tapo la boca al encontrarme a Abel en el sofá, sin camiseta. Hay un montón de botellas de alcohol vacías por el suelo.

Pero lo peor son las dos chicas medio desnudas que están durmiendo con él.

4

Las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Sólo puedo observar la patética escena con los ojos muy abiertos y la barbilla temblorosa. ¿Por qué esas dos tienen los vestidos subidos por encima del culo, enseñando sus ridículos tangas? ¿Y por qué están durmiendo cerca de Abel? ¿Y qué hace todo ese *whisky* tirado por el suelo? ¡La habitación apesta a alcohol y sexo!

No puedo creer que me haya sustituido tan pronto. Jamás lo habría imaginado, en serio. Tengo que deshacerme de esta ingenuidad. ¡Antes no era tan confiada! No me atrevo a acercarme más. Me parece que está demasiado borracho. La cabeza le cuelga por fuera del sofá y tiene bastante mala cara. Oh, ¿pero por qué has hecho eso, Abel? ¿Realmente era necesario?

En ese momento escucho unos pasos a mi espalda. Marcos y Eric se detienen a escasos centímetros de mí. Me encaro con el segundo.

—¿Tú sabías esto?

Pone mala cara y alza las manos como para tranquilizarme.

—¡Claro que no! Me fui temprano después de la sesión. –Se rasca la barbilla, desviando la mirada–. Abel se quedó un rato más, pero me dijo que no tardaría en volver a casa.

Le pido disculpas. Por un momento mi mente retorcida se ha imaginado que Eric me había traído aquí con conocimiento de causa. Vamos, que sabía lo que me iba a encontrar. Joder, me estoy volviendo una paranoica.

—Sara! ¡¿Sara?! –grita Abel.

Me giro de nuevo hacia el salón y lo descubro intentando incorporarse del sofá. Tiene los ojos entrecerrados. Madre mía, ¿cuánto ha bebido? Movida por la rabia, me acerco hasta él, esquivando como puedo los restos del suelo.

—¿Qué coño significa esto, eh? –pregunto a grito pelado.

Se lleva las manos a la cabeza y aprieta los dientes. Seguro que le duele muchísimo, pero no puedo evitar alzar la voz. Estoy demasiado histérica. Marcos se sitúa a mi lado con ojos asustados.

—¿Qué hace borracho a las cinco de la tarde? –le pregunto, señalando con la mano abierta a Abel. Luego la dirijo hacia las chicas–. ¿Y quién cojones son estas pilinguis?

Ellas ni mu. Vamos, que están KO. A una hasta se le cae la baba. Me fijo en que son bastante guapas, aunque tienen un aspecto de lo más vulgar. Mientras pienso en esto, Abel logra levantarse del sofá y se tambalea hacia mí. Marcos tiene que sujetarlo para

que no se caiga hacia delante y me chafe con toda su altura.

—Sara, has venido… –Apenas puede articular palabra. Todo este espectáculo me da pena.

—Venía a hablar, pero ya veo que es algo que no se puede hacer contigo.

Me mira confundido. Se le vuelven a cerrar los ojos y se agarra a su hermano, intentando recuperar el equilibrio.

—Sara, para –me dice Marcos, llevando a Abel al sofá–. Ahora mismo no te entiende.

—Que os den. –Doy media vuelta y por poco choco contra Eric, el cual observa la escena sin saber qué hacer.

—¿Puedes esperar, chica? –Marcos me sujeta del brazo y me gira a él. Cuando lo miro, me doy cuenta de que está enfadado. ¡Será posible!–. Estás confundiéndote.

—¿Ah, sí? –digo con sarcasmo, dirigiendo la vista a las chicas y a las botellas vacías.

—Son las modelos que Abel fotografió ayer –asiente Marcos. Se frota la frente–. ¿Me harías el favor de hablar un poquito más bajo?

Vaya, a él también le duele la cabeza. Menuda fiesta particular se montaron. Estoy que trino. Me dan ganas de deshincharle los músculos al medio cerebro este y de agarrar a esas tías de los pelos, pero yo nunca he sido tan barriobajera. Es por culpa de este maldito fotógrafo, que desde un principio sacó lo peor de mí.

—Abel no se ha acostado con ninguna –continúa, clavando sus ojos en mí. Tiene unas profundas ojeras.

—Deja de protegerlo –le recrimino.

—¿Para qué te iba a mentir? Podría decirte que sí lo ha hecho y así te irías y no le joderías más. Pero eres importante para él y quiero a mi hermano.

Me quedo mirándolo con la boca abierta. ¡Encima tiene la desfachatez de culparme a mí de esto!

—Marcos, tampoco te pases –interviene Eric, aunque no necesito que nadie me defienda.

Me doy cuenta de que el otro le lanza una mortífera mirada. Ambos se quedan en silencio durante un buen rato, hasta que Marcos dice con los dientes apretados:

—¿Por qué no te vas? Aquí no pintas nada.

Cada vez estoy más confundida. Parece que no se llevan bien, ¿no?

—He traído a Sara para que hablara con él.

—Vale, pues ya ves que no es el mejor momento.

Cada vez están más cerca el uno del otro, y a mí se me empieza a encoger el estómago. No me gusta que la gente se pelee.

—Sara, cariño.

Por suerte, Abel interrumpe la posible discusión. Se ha sentado en el sofá, aunque tiene el cuerpo ladeado. Está pálido y ojeroso. Realmente nunca lo había visto tan mal. Estoy empezando a sentir pena. ¡Mierda, mierda! Cuando alarga una mano para que me acerque, todavía dudo, pero hay algo en la tripa que se me remueve. Sin embargo, ¡no me puedo creer que no se haya acostado con estas tías!

—Vamos, ve. –Marcos me da un pequeño empujón. Gruño y al final me planto ante Abel, el cual intenta cogerme de las piernas, aunque se lo impido.

Alza la cabeza con la intención de clavar su mirada en mí, pero se le cierran los ojos.

—¿Me has perdonado ya? –La lengua se le traba y apenas le puedo entender.

—No.

Suelta un gemido al tiempo que apoya la espalda en el respaldo del sofá.

—Tengo algo que contarte –atina a articular toda la frase.

Me pregunto si será su confesión.

—No creo que ahora puedas –continúo mostrándome fría, pero el estómago vuelve a hacer de las suyas, se me mueve y me provoca dolor.

—Yo no soy un mentiroso. –Logra enfocar la vista en mis ojos y me estremezco. Casi parece que vuelve a estar en posesión de sí mismo.

Me estoy derrumbando ante su aspecto débil. No, él no es así. Quiero a mi Abel duro, misterioso y *sexy*.

—Mejor que nos vayamos, ¿no, Sara? –Escucho la voz de Eric a mis espaldas.

Pero yo no puedo apartar la vista de Abel. Mi fantástico fotógrafo, al que pensé que nada ni nadie podía derribar. ¿Verdaderamente he hecho yo esto? Me viene a la cabeza la última noche que pasamos juntos. Me rondan por la mente los momentos en los que me sentí diferente con él. Me doy cuenta de que por primera vez en mi vida sabía que con este hombre podía ser yo.

—Quiero quedarme –digo de repente, sorprendiéndome a mí misma.

Miro por el rabillo del ojo a Marcos. No parece que le haga mucha gracia, pero me da igual. En ese momento, Abel se inclina hacia delante y suelta una arcada. En otras circunstancias yo ya estaría vomitando. Me da mucho asco. No obstante, lo único que siento en mi interior es dolor. Me aproximo a él y lo cojo por los hombros.

—Apóyate en mí –le digo–. Te voy a llevar al servicio.

Cuando logro levantarlo, casi nos caemos. Pesa más de lo que pensaba. Eric y Marcos me miran confundidos y se acercan para ayudarme, pero yo les hago un gesto porque quiero que se aparten.

—Me encuentro fatal… –murmura Abel cerca de mi oído. ¡Joder, cómo huele a alcohol! ¿Cuánto habrá bebido?

—Lo sé, lo sé… –suspiro.

Por fin llegamos al cuarto de baño. Le insto a que se arrodille ante la taza del WC. y me sitúo a su lado. Las arcadas le sobrevienen una tras otra, pero no sale nada de su cuerpo. Mientras, le acaricio el pelo para tranquilizarlo. Dios. Parece un niño pequeño. No puedo evitar sentirme horriblemente mal, y también un poco culpable.

—Ya lo ha echado todo antes –dice Marcos desde la puerta. Eric nos mira desde atrás.

Tras comprobar que puede mantener el equilibrio por sí solo, me acerco a la bañera y abro el grifo. Sin querer, nuevas imágenes acuden a mi cabeza. No puedo evitar comparar esta, que es muy pequeña, con la bañera de su casa, tan grande y bonita.

—¿Qué vas a hacer? –pregunta Marcos, entrando en el baño.

—¿Es que no lo ves? Voy a lavarlo. –Giro la cabeza hacia él y lo miro con mala cara.

Se cruza de brazos, observándome con la ceja arqueada, pero no dice nada. Dejo la bañera llenándose de agua y me arrimo de nuevo a Abel. Lo levanto con cuidado y trato de quitarle el pantalón. Como no puedo yo sola, me ayuda Marcos. Decido dejarlo con el *boxer*. No sé por qué, ya me conozco su cuerpo, y sin embargo ahora me vuelve a dar vergüenza verlo desnudo por completo.

Me fijo en su magnífico torso. A pesar de tener mal aspecto, continúa siendo fantástico. Es tan atractivo. En cuanto le paso el brazo por la cintura para levantarlo, mi corazón se activa a mil por hora. Un calambre recorre todo mi organismo. Joder, no hay nadie que me excite como él, aun estando enfermo.

—Sara… –murmura, con los ojos cerrados, apoyando su cabeza en la mía.

Con ayuda de Marcos lo meto en la bañera. Da un respingo cuando le cubre el agua.

—No te quejes. La he dejado fría para que se te pase antes –le digo.

Me inclino sobre él para coger el bote de champú. Cuando su pelo me roza el cuello, tengo que aguantar la respiración. Me echo un poco de gel en las manos y a continuación empiezo a lavarle la cabeza suavemente, haciendo movimientos circulares con las manos. Noto las miradas de Marcos y Eric clavadas en mi espalda.

—¿Hola…? –Una voz femenina llega flotando por el pasillo. Luego un sonido de cristales rotos.

—Por fin se han despertado –dice Marcos–. Voy a decirles que se marchen.

Sale del cuarto de baño. Sin embargo, sé que Eric se encuentra todavía aquí, estudiando todos mis movimientos mientras lavo el pelo a un Abel medio inconsciente.

—Será mejor que yo también me vaya –su voz grave me sobresalta.

Me giro hacia él. Le noto serio, preocupado. Me levanto para despedirme. Tengo las manos llenas de jabón. Por fin, él me dedica una de sus tranquilizadoras sonrisas. Se inclina para darme dos delicados besos en las mejillas.

—Espero que lo solucionéis. –Me acaricia el pómulo. Yo cierro los ojos ante ese suave contacto.

—Está un poco difícil. –Dirijo la mirada hacia Abel, que da cabezadas en la bañera.

—Me duele verlo así. –Arruga las cejas.

—Lo sé. A mí también.

Escuchamos gritos en el comedor. Marcos está diciendo algo a las chicas, pero no lo entiendo. Eric y yo nos miramos con los ojos muy abiertos. Al final no podemos aguantarnos y nos echamos a reír. Abel gruñe a nuestras espaldas.

—Llámame cuando quieras, ¿vale? Y tomamos algo.

—Claro.

Me espero a que salga por la puerta para continuar con Abel. Cuando me inclino, me llega todo el olor del champú y sonrío. Le echo agua para aclarárselo, mientras él farfulla algo que no entiendo. Se oye la puerta cerrarse. A continuación más gritos y un portazo. Después el silencio, a excepción de la respiración de Abel y de la mía.

—¿Por qué eres tan buena conmigo? –pregunta en ese momento. Ya no se le traban las palabras.

No respondo. ¿Por qué lo soy, después de todo? Bueno, lo sé: porque lo quiero. Porque deseo verlo bien, seguro, fuerte. Sin embargo, no se lo digo. Me pongo un buen chorro de jabón en las manos y le froto la espalda. Le estoy lavando como a un niño. En realidad ahora parece mucho más joven, mojado y encogido en la bañera.

—¿Me vas a escuchar ya? –su voz tiene un tono somnoliento, pastoso–. Tengo algo muy importante que decirte.

—Ya veremos, Abel. –Tengo un nudo en la garganta.

—Esto es vergonzoso, Sara. –Se señala a sí mismo.

Lo giro hacia mí. Le enjabono el pecho y a continuación el abdomen. Cuando bajo un poco más la mano, me doy cuenta de que está excitado. Él se mira durante unos segundos, hasta que alza la cabeza y clava sus ojos en mí. Están abiertos. Tan azules como siempre. Me reconozco en su mirada. La intensidad con la que me observa hace que todos los poros de mi piel se dilaten. Sin darme cuenta, bajo la vista hacia sus carnosos labios, que están recobrando el color. Los tiene entreabiertos y unas ganas enormes de besarlo se apoderan de mí. Mi cuerpo ha tomado el mando, como tantas otras veces. Acerco mi rostro al suyo. Él atrapa mi mano y la desliza hacia abajo un poco más. En cuanto noto su erección, unas deliciosas cosquillas en las ingles me sacuden.

Sus labios se acercan más a mí, están casi pegados a los míos. No puedo escaparme de su mirada. Le deseo tanto como antes.

—¿Ya acabáis o qué?

Doy un brinco al escuchar la voz de Marcos. Me levanto y me giro hacia él, un tanto nerviosa.

—Mira que eres pesado, Marcos… –se queja Abel.

—Deberías acostarte un rato. Y dormir. –Se mantiene en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados en el pecho. Uf… ¿pero qué se cree este musculitos? Encima que he estado cuidando de su hermano.

—Te ayudaré a llevarlo a la habitación –le digo, buscando una toalla.

Marcos abre un armarito y me tiende una. Huele muy bien. Me inclino en la bañera para ayudar a Abel a que salga. Cuando lo hace, me pongo a secarlo con mimo. Marcos se abalanza sobre mí y me arrebata la toalla de las manos.

—Así vas a tardar una eternidad –me dice de malas maneras.

Me contengo para no decirle alguna burrada. Una vez seco, lo acompaño a la habitación, aunque ni siquiera deja que me arrime a Abel. No entiendo nada, ¿pero de qué va? Si en un principio se mostró simpático conmigo. Observo cómo le pone unos pantalones cortos y lo acuesta en la cama. Abel vuelve a tener los ojos cerrados. Se está quedando dormido. Aprovecho para echar un vistazo alrededor: se trata de un dormitorio bastante pequeño, con una cama individual, un armario, una mesilla de noche y un escritorio. También una diminuta ventana que da a la calle.

—¿Se va a quedar Sara conmigo? –pregunta.

—Claro. –Marcos me lanza una mirada furibunda y me hace un gesto para que salga de la habitación.

Camino por el pasillo en silencio, seguida de Marcos. Un montón de pensamientos incoherentes se me cruzan por la cabeza, pero intento calmarme, no armar ningún jaleo como otras veces he hecho. Me detengo ante la puerta, sin saber qué hacer o decir. Marcos la abre y me señala el rellano.

—¿Se puede saber qué te pasa conmigo? –me atrevo a preguntarle.

Él arquea una ceja, se vuelve a cruzar de brazos y suelta una risa sardónica. ¡Qué ganas de soltarle un puñetazo como hice aquella vez con el gilipollas de Kurt!

—Mira, Sara, te voy a ser sincero. –Se pone muy serio–: Fui yo el que invitó a esas modelos al piso. Fui yo el que compró alcohol y animó a Abel a beber. No pensaba que llegaría a ese punto, lo único que quería es que se acostara con alguna de esas. ¿Sabes para qué? –Niego con la cabeza. Tengo la boca seca ante todo lo que me ha confesado–. Para que se olvide de ti de una vez.

—Yo… –no me salen las palabras de la boca. No me puedo creer lo que está diciendo.

—Estoy cansado de verlo sufrir. Primero Nina, ahora tú… –Agita la cabeza, como si estuviese recordando algo que le molesta–. Vive mucho mejor acostándose cada noche con una mujer diferente. Es de la única forma en la que el pasado no le

atormenta.

Me quedo congelada. ¿El pasado? ¿Qué pasado? ¿Y por qué le iba a atormentar? ¡Mierda, si me hubiese dicho algo, ahora podría entender esto! Pero lo único que puedo hacer es quedarme con cara de tonta y con el corazón latiéndome a mil por hora.

—Creía que tú eras diferente, Sara. Ya sabes, eres una mujer inteligente, sensata.

—Lo soy –me atrevo a decir.

—No lo dudo. –Se queda callado unos instantes. Al fin, dice–: Por eso, estoy seguro de que lo entenderás.

—¿El qué?

—Le diré a Abel que no quieres saber nada de él.

El corazón se me encoge. Se me hace un nudo en la garganta. Niego con la cabeza, a punto de arrancar en llanto.

—Los dos estaréis mucho mejor el uno sin el otro.

Me da un suave empujón, haciéndome salir al rellano. La puerta se cierra a mis espaldas. Me la quedo observando perpleja, con las lágrimas agolpándose en mis ojos, sin entender bien nada de lo que ha ocurrido. ¿Me lo he buscado yo? ¿Tendría que haber confiado en él? No, esto no puede haber acabado. Salgo a la calle con la esperanza de que Abel me llamará. Tiene que hacerlo, no puede creer a Marcos.

5

Me paso la primera semana de julio lloriqueando por los rincones. Abel no me ha llamado. Yo no he contactado con él. En realidad, ni siquiera le funciona el WhatsApp. Eso, o que me ha bloqueado, y esta vez de verdad. No le llegan mis mensajes, no me sale su última conexión, ni siquiera puedo ver su foto de perfil.

Durante la segunda semana intento retornar a mi rutina, pero me es imposible. Cada vez que veo a un hombre que de espaldas se parece a él, me dan ganas de echar a correr y lanzarme a abrazarlo. Bueno, vale, una vez lo hice y resultó ser un completo desconocido que se me quedó mirando como a una loca, así que no lo he vuelto a hacer.

En la tercera me entra el pánico, ya que Cyn termina sus exámenes justo el día diecisiete, y entonces volverá a su casa y yo también tendré que abandonar el piso hasta septiembre. Así que decido llamar a mi madre para comunicarle que acudiré antes al pueblo. Como es de esperar, se pone contentísima. Yo no tanto, porque así es mucho más difícil toparme con Abel por la calle.

Cyn está detrás de mí, con la comida en los platos. Me dedica una sonrisa cuando cuelgo, y la ayudo a terminar de poner la mesa.

—Guapa… ¡Mañana *fiestuqui*! –me dice al cabo de un rato en silencio.

Me encojo de hombros, meneando mis macarrones de un lado a otro.

—No me digas que no me vas a acompañar.

—No me apetece, Cyn, de verdad.

—¿Te vas a tirar todo el verano en un agujero o qué? –Se limpia un poco de tomate de la barbilla.

—No es eso, me apetece estar tranquila. –Bebo un poco de agua–. A lo mejor llamo a Judith y salgo a tomar algo con ella. Hace mucho que no la veo.

—Ah, vale, con ella sí y conmigo no. –Pone cara de ofendida.

—No es eso. Sólo es una excusa para preguntarle por Abel.

—¿Y a Eric no le has preguntado nada? ¿Son más amigos, no? –Se levanta para llevar su plato a la cocina.

—Sí, pero no quiero quedar con él a solas… No sé, se me hace raro. –Alzo la voz para que me oiga.

—Mira, yo creo que eres tú la que debería acudir a su piso. –Vuelve con una naranja.

—Cyn, su hermano me echó. Literalmente. –Pongo los ojos en blanco.

—Yo no sé de qué va ese gilipollas. –Al pelar la fruta, un olor magnífico inunda el

comedor.

—No me quito de la cabeza lo que me dijo. Eso de que el pasado le atormentaba. Que Nina le había hecho daño, y yo también…

—Están todos locos. Sal conmigo esta noche y busquemos a algún tío bueno.

La miro con impaciencia. Ella se encoge de hombros.

—Bueno, pero a mi cumple vendrás, ¿no?

—Sabes que sí. ¿Qué vas a hacer este año?

—Celebraré una fiesta en el chalé.

Echo un vistazo al calendario. El quince de agosto es el cumpleaños de Cyn. Todos los años lo festeja a lo grande e invita a un montón de gente. Imagino que este todavía será más espectacular, ya que querrá celebrar no sólo su nueva edad, sino también su recién estrenado estatus como abogada.

—¿Quieres que invite a alguien? –me pregunta.

—Quizá a Judith estaría bien.

Ella asiente con la cabeza y retira mi plato a medio comer. El resto de la tarde nos lo pasamos viendo programas cutres de televisión. Hay uno que a Cyn le gusta mucho en el que se busca pareja. A mí me parece que los que van allí se dedican más a guarrear que a otra cosa. Todos parecen clones: ellas con pechos enormes, muy maquilladas; ellos con demasiados músculos, estilo el hermano de Abel.

—Mira, el nuevo tronista me encanta –dice mi amiga, limándose las uñas. Claro, esta noche tiene que lucir perfecta. Desde que lo dejó con Kurt no ha estado con nadie, ni siquiera para un rollo, y eso en ella es muy extraño.

—No está mal –respondo, un tanto aburrida.

—Un día me lo encontré en una disco. Quería hacerme una foto con él, pero al final no pude. La verdad es que en persona está todavía más bueno.

He cortado la comunicación. No la entiendo. Sólo parlotea y parlotea, y mi mente vuela por otros caminos en los que se pregunta qué estará haciendo Abel, si me habrá olvidado, si se habrá acostado con nuevas chicas, si se habrá enamorado de otra. Joder, ¿es que no voy a quitármelo nunca de la cabeza? Cierto que con Santi lo pasé también muy mal, pero llevábamos saliendo mucho cuando cortamos. Con Abel no han pasado ni cinco meses desde que nos conocimos. Y, sin embargo, la fuerza con la que llegó a mí no se puede comparar con nada.

De repente aterrizo de nuevo. El tronista y una de sus pretendientas están teniendo una cita. Parece que se van a besar. Mientras, suena una canción de fondo. «We clawed, we chained our hearts in vain…». No, no, mierda. Esa no. Me recuerda demasiado a él. «I came in like a wrecking ball, I never hit so hard in love. All I wanted was to break your walls. All you ever did was wreck me. Sí… Wreck me…». Destrozarme. Miley sabe bien cómo me siento. «I never meant to start a war. I just

wanted to you let me in…».

—Cyn, por favor… –Siento que voy a llorar de un momento a otro.

—¿Mmmm? –Ella sigue concentrada en la pantalla.

—Quita eso.

—Oh, lo siento. –Al fin reacciona y cambia de canal.

Cyn sabe lo mucho que me afectan las canciones si me recuerdan a algo. Es un defecto que tengo, no puedo evitarlo. Logro contener las lágrimas, aunque incluso me escuece la garganta. Dedico un rato a enviarme wasaps con Eva. Lo está pasando mal con su familia y me gustaría ayudarla más de lo que lo estoy haciendo. Cuando ella se va a trabajar, escribo a Judith para preguntarle si esta noche puede quedar. Cuando me contesta que sí, el corazón se me acelera. Cualquier persona que me acerque un poco más a él, es bienvenida. Además de que Judith siempre me ha hecho sentir tranquila.

Dejo que Cyn se arregle antes que yo. Al fin y al cabo, necesita mucho más tiempo. Acaba tardando tres horas. No sé cómo lo hace, pero son las diez y media cuando sale de la habitación. Eso sí, casi como una diva. Se ha rizado el espléndido cabello oscuro y le cae como una cascada brillante por toda la espalda. Se ha puesto un vestido negro cortito que se acopla a su cuerpo a la perfección y lleva unos tacones de vértigo. Madre mía, con sólo verlos me parece que me voy a caer yo.

—¿Qué? ¿Estoy bien?

Me quedo mirando su piel bronceada con envidia sana. La mía se tira pálida todo el año, aunque vaya a la playa.

—¿De verdad tienes que preguntarlo? –Me echo a reír–. Estás más que bien. ¡Fantástica!

Me abraza con toda la fuerza que puede, que en verdad es mucha. La acompaño hasta la puerta.

—Si queréis Judith y tú un poco de marcha, llámame. –Me lanza un beso antes de salir.

Yo me dirijo a mi cuarto para buscar algo que ponerme. Al final me decido por unos *shorts* y una camiseta de tirantes. De todos modos, únicamente vamos a tomar algo a una terraza. Me recojo el pelo en una coleta y me pongo un poco de colorete ante el espejo. Tras echarme un vistazo, acudo a la estantería para coger el frasco de colonia. Pero como está tan llena de libros, ya que no tengo otra, se caen un par de ellos al suelo. Y cómo no, uno es *Orgullo y prejuicio*. Lo cojo con manos temblorosas y, ¡hale!, se cae un papelito al suelo. Es la nota de su madre. La recuerdo perfectamente, así que no tengo por qué volver a leerla. Pero mi mente es masoquista, así que la desdoblo y el dolor se me acentúa al contemplar los trazos de esa mujer fallecida. «Algún día encontrarás a tu señorita Bennet. Cuida mucho de papá. Te quiere, M». La

releo una y otra vez, una y otra. Hasta que las palabras se convierten en borrones de tinta. ¿Por qué me siento tan mal? ¿Es porque sé que no seré su señorita Bennet?

Maldita ley de Murphy. «Si algo puede salir mal, saldrá mal».

Me digo a mí misma que tengo que dejar de torturarme. Meto la nota entre las páginas y guardo el libro en el rincón más profundo de la estantería. Lo tapo con unos cuantos manuales enormes de la carrera. Me duele tanto el pecho. En ese momento me pita el móvil. Lo cojo a toda velocidad, con la esperanza de que sea él pero evidentemente, no es así. Es Judith, avisándome de que ya está yendo al centro. Termino de acicalarme con prisas. Cuando salgo del portal, me quedo observando la calle como una tonta, acordándome del día en que vino a buscarme y me encontró con Santi. Lo cierto es que cada día, cuando bajo, espero que él esté aquí, que haya decidido no creer a su hermano. Sin embargo, ¿a quién pretendo engañar? Fui yo la que lo abandoné sin darle la oportunidad de explicarse.

«Cállate. Ya vale». Me obligo a apartar la mente de todos esos pensamientos. En el metro me dedico a mirar las líneas de mis manos una y otra vez. Madre mía, estoy convirtiéndome en una loca. Alzo la vista y echo una mirada alrededor. Hay un par de parejitas tonteando o dándose el lote. Parece que el mundo conspira contra ti cuando has terminado con alguien. Por fin llego a mi parada y salgo del vagón a toda velocidad, dejando atrás a todos esos enamorados felices.

—¡Sara, cariño! –Judith se me echa encima en cuanto me ve.

Mientras andamos, ella me rodea los hombros con su brazo y logra que me sienta un poco más tranquila.

—¿Qué te apetece tomar? –pregunta.

Yo me encojo de hombros. Al final nos decidimos por una heladería. Cuando nos sentamos, me fijo en que lleva el pelo de otro color. Ahora tira más hacia el morado. También le queda fenomenal. Ha adquirido un poco de color y tiene las mejillas sonrosadas y los ojos muy brillantes. Parece muy feliz.

—¿Cómo estás? –me pregunta.

—Bueno, ahí ando –respondo.

—Sé lo que ha pasado. –Pone morritos.

El camarero se nos acerca y le pedimos dos cucuruchos: ella uno de nata y fresa y yo uno de vainilla y chocolate. Cuando se va, me doy cuenta de que en la mesa de al lado hay unos chicos que no dejan de mirarnos.

—No te quitan ojo de encima –me dice Judith.

—Qué va, será a ti. –Me encojo de hombros. En el fondo, no me importa.

—¿Sigues igual, eh? –Se echa a reír.

—En realidad no. –La miro directamente a los ojos de duendecillo–. Ojalá todo siguiera igual.

—Ay, cariño –alarga una mano por encima de la mesa y la pone sobre la mía. De la mesa de al lado nos llegan unos cuchicheos emocionados. Será posible, cómo son los tíos–. Eric me ha contado algo, pero… ¿quieres hacerlo tú?

Asiento con la cabeza. Ya he dado la lata a Cyn y a Eva, pero tienen que estar hartas de mí y necesito hablar con alguien más. Deseo sacar todo este dolor de dentro de mí.

—¿Sabes lo de las fotos?

Ella asiente con la cabeza. El camarero nos trae los helados. Judith empieza a lamerlo enseguida; yo me dedico a mirarlo unos segundos.

—Me enfadé mucho con él. No sé, Judith, es que Eso fue muy especial para mí. Creí que me quería sólo para él y...

—Eso es cierto, ¿no? Al menos, yo creo que sí. –Da un mordisco al cucurucho.

—Ya, pero cuando me vi en esa revista, pues… Me puse como una loca. Le acusé de muchas cosas. Entre ellas, de no contarme nada sobre él.

—Bueno, Abel es un poco cerrado. Mira que yo todavía no sé tanto sobre él, y eso que hemos trabajado codo con codo muchas veces. –Judith me dedica una sonrisa sincera–. Por lo que tengo entendido, tuvo una infancia bastante difícil. Y una adolescencia. Por eso es tan introvertido. A mí tampoco me ha contado nunca nada. Lo que sé es así de pasada, cuando a veces Eric y él hablaban…

—Ya, si todo el mundo me dice eso, pero yo no sé nada. Y quizá, por ser demasiado impulsiva, la he cagado. –Doy un lametón a mi bola de helado y me doy cuenta de que uno de los chicos me mira embobado. Joder, pero qué asco de gente. Me concentro en Judith–. El otro día fui a su casa para hablar con él y lo encontré borrachísimo. Y con dos tías.

—¿Quéééé? –Judith abre mucho los ojos, y a punto está de caérsele el helado.

—Marcos me dijo que Abel no se había acostado con ninguna… Y que en realidad había sido él quien lo había planeado todo. –Las palabras me salen como un torrente, no puedo dejar de hablar. Lamo el helado porque se está derritiendo todo.

—¿Pero qué me estás contando? ¿En serio hizo Marcos eso?

Asiento con la cabeza, acordándome de las malas maneras en las que me echó de la casa. Judith parece rumiar unos instantes, y a continuación me pregunta:

—Sara, ¿tú sabes que Marcos y Abel en realidad son hermanastros?

Oh, vaya. Debí habérmelo imaginado. No se parecen en nada. Pero tampoco sabía cuándo había muerto su madre exactamente. Todo esto me demuestra que en realidad no sé nada de él tal y como he pensado siempre.

—Pues su querido hermanastro me echó de su casa. Y me dijo que no molestara más a Abel. Así que imagino que por eso no me ha llamado, ni quiere saber nada más de mí. Marcos me advirtió que le iba a decir que yo no quería verlo.

Judith se termina el helado y se me queda mirando con los ojos muy abiertos. Una

arruga de preocupación aparece en su frente. Vuelve a deslizar las manos por la mesa y me agarra una. Los murmullos de los pesados crecen a nuestro lado.

—Estoy segura de que Abel sabe que eso es mentira.

—¿Entonces por qué no me ha llamado?

—No lo sé, Sara. –Esboza una triste sonrisa–. Puede que esté avergonzado, o qué sé yo.

—¿Sabes tú algo de él?

—No, cariño –niega con pesadumbre–. Desde que Yvonne lo despidió, no hemos vuelto a trabajar juntos.

—¡Oh, es cierto! ¿Qué tal te va a ti? –Tan centrada como estoy en mis problemas, no había caído en que los demás también tienen los suyos.

—Yvonne quiso que continuara trabajando para Nina, pero me negué. No quería hacerlo si no estaba Abel.

—¿Y qué has hecho entonces?

—Bueno, mis trabajillos estoy consiguiendo. –Esboza una pícara sonrisa–. Y, de todos modos, Graciella tiene contactos.

Me quedo callada durante unos segundos. Por fin logro establecer una conexión entre el nombre de esa mujer y la sonrisita de mi amiga.

—¿Tú y ella…?

—Ha dejado a su marido. –Los ojos de Judith brillan con intensidad–. Estamos intentándolo.

—¡Me alegro tanto! –Sin poderme contener, me levanto casi tirando la silla y me acerco a ella para darle un abrazo.

Los de la mesa de al lado abren los ojos atónitos. Supongo que esperan que nos besemos también, pero se van a quedar con las ganas. ¡Serán pervertidos!

Al cabo de un rato me dice que tiene que marcharse. Graciella la está esperando para ir juntas al cine. Me da un poco de pena despedirme, ya que estaría toda la noche hablando con ella. Cuando pagamos y nos levantamos de la mesa, los pesados ponen cara de decepción. Estarían esperando un espectáculo lésbico o algo.

Judith me acompaña hasta la boca del metro y me estruja entre sus brazos. Aunque no he sacado nada en claro, he podido desahogarme y ha sido un rato bastante ameno.

—Oye, no hagas planes para el quince de agosto –le digo, acordándome de repente.

—¿Y eso?

—Es el cumple de Cyn, y le dije que te invitara.

—¡Vale, perfecto! ¿Crees que podrá venir Graciella?

—Dalo por hecho. –Esbozo una sonrisa.

Judith vuelve a apretarme entre sus brazos. Me alegro de haberla conocido. A Eric y a ella. Al menos he sacado algo bueno de mi tortuosa relación con Abel.

Cuando estoy bajando las escaleras, ella me llama desde arriba. Me detengo y me giro, mirándola extrañada. Baja un par de escalones.

—Se me ha ocurrido una cosa. Quizá tú también lo hayas pensado –me dice, misteriosa.

—¿El qué? –pregunto, confundida.

—¿Y si ha sido Nina?

—¿Cómo?

—La de las fotos. Que puede que haya sido Nina.

Una bruma negra cubre mis ojos y noto que me mareo.

6



—Hija, ¿no tienes hambre? –La voz de mi madre me saca de horribles pensamientos.

La observo durante unos segundos, completamente confundida. De un tiempo a esta parte me pierdo en las nubes. Es como si me viera desde arriba: mi cuerpo se mantiene pegado a la tierra, pero yo ando muy lejos.

—¿No me ha salido buena?

Dirijo la vista al plato de paella. Está casi lleno. Niego con la cabeza.

—Está muy bien, mamá.

—Te estás quedando en los huesos. Con lo delgada que tú estabas ya.

Suelto un suspiro. Me lo dice todos los días. Yo misma lo sé. Pero tengo el estómago cerrado. Por más que quiero, no puedo. Y juro que estoy luchando con todas mis fuerzas. Discutir casi cada día con mi padre tampoco ayuda. Dos semanas que llevo en el pueblo y estoy deseando largarme. Pero no puedo hacer otra cosa. Y por lo menos, estoy sacándome un dinerito con los alumnos que me ha buscado mi madre.

—Se va a poner mala. –Ahí entra mi padre. Nunca dice nada sobre mí si no es para meter cizaña. En los días que llevo aquí no ha salido nada bonito de su boca.

—Estaré bien –me quejo, metiéndome un par de cucharas seguidas para que se callen.

—No habrá pasado nada con el fotógrafo, ¿verdad? –Mi madre me mira fijamente.

Esa es otra de las preguntas de cada día. Me somete a un interrogatorio cada vez que vuelve de trabajar.

—¿Qué va a pasar?

No le he contado la verdad. No quiero preocuparla. Y por otra parte, me da miedo: tal y como es ella, es capaz de mover cielo y tierra para encontrarlo y echarle un rapapolvo. Además, tengo la esperanza de que al final todo salga bien. En realidad no sé de dónde saco esa fe; es casi un mes el que llevo sin saber nada de él. Antes de venir al pueblo me acerqué al estudio. Fueron los pies los que me llevaron hasta allí, ya que la cabeza me atosigaba para que diera media vuelta. Cuando llegué, no supe muy bien qué hacer. Me quedé plantada quince minutos en la esquina de la calle, luego me acerqué hasta la finca, incluso me atreví a llamar al timbre. Nadie contestó.

Me pregunto si estará en su casa, con otra chica, a pesar de que me aseguró que jamás llevaba allí a nadie.

—¿Entonces no va a venir a verte? –Cuando mi madre se pone así, juro que me dan ganas de soltarle un par de berridos.

—Está trabajando mucho, mamá. Ahora mismo no se encuentra en Valencia.

Se me ha pegado la capacidad para mentir. O quizá no, porque mi madre me observa con gesto raro. Al fin, se encoge de hombros y se levanta de la mesa. Le ayudo a retirarla. Mi padre se queda recostado en el sillón, como siempre. No es capaz de mover un solo dedo. Le echo una mirada de reojo, pero ni se da cuenta. Cuando regresamos al comedor, ya se ha puesto en la televisión el programa que le da la gana. Una telenovela de esas en las que las mujeres son todas unas chillonas y los hombres unos chulos.

—¿A qué hora tienes que ir a dar clase? –me pregunta mi madre.

—A las cuatro. –Echo un vistazo al reloj. Todavía me queda una hora.

—¿Os calláis o qué? No se oye nada –regaña mi padre.

Suelto un bufido y me levanto para marcharme a mi habitación. Me enfurece que cualquier chorrada sea más importante para él. Cuando está viendo la televisión, nadie puede hablar. Cuando él cuenta algo, es lo mejor del mundo, así que más vale que no des tu opinión porque va a hacer oídos sordos. Mi madre se queda con él, silenciosa y con la cabeza gacha. Hace tiempo que dejé atrás la rabia hacia su actitud, pero en ocasiones me entran unas ganas enormes de decirle que abra los ojos de una vez.

Sola en la habitación pienso en Abel. Y en Nina. Es por eso que no puedo comer. Porque no me los quito de la cabeza. Porque he creado dos teorías y las dos son malas, aunque una de ellas es peor, por supuesto. Pero aun así, ¿qué más da? No sé nada de él de cualquiera de las formas. La primera teoría es que Nina le robó las fotos de algún modo con la intención de separarnos y si es así, pues lo ha conseguido. La segunda es que Abel lo planeó con ella. Mi mente sádica ve más plausible esta última, ya que me parece difícil que le robase las fotos así como así, con lo tontita que es la modelísima. Pero, si es esta la cierta, ¿por qué se mostró tan cariñoso conmigo cuando fui a su estudio? Estoy tan confundida que las horas se me pasan como en un sueño. Incluso por las noches tengo pesadillas. Mis amigas me envían mensajes cada día para saber cómo me encuentro. Cyn intenta animarme diciéndome que su cumpleaños va a ser la leche.

—¿Sara?

Doy un brinco de la cama en cuanto escucho a mi madre. Abro la puerta y le hago un gesto para saber lo que quiere.

—Son las cuatro menos diez. Vas a llegar tarde.

Miro el móvil y suelto una exclamación. Joder, otra vez que he estado sin estar. Ya parezco Santa Teresa de Jesús. «Vivo sin vivir en mí». Cojo el bolso y salgo corriendo de casa, dejando atrás los chillidos de las latinas de la telenovela. ¡Ni que estuviera sordo para subir tanto el volumen! Corro por la avenida en dirección a la

Plaza Mayor. A estas horas no se ve nadie por ahí, y mucho menos a punto de entrar en agosto. Todo el mundo está de vacaciones en la playa. O al menos echándose la siesta en casa. Pero yo tengo que trabajar a estas horas, recorrer las calles y sudar como un pollo. Atravieso la plaza a toda prisa. La madre de la niña a la que doy clase es un tanto estricta, no le gusta que llegue tarde ni siquiera un minuto.

—¡Eh, eh!

Escucho a alguien a mis espaldas. Algún chiquillo que quiere gastarme una broma o a saber qué. No me detengo. Sin embargo, escucho pisadas que se acercan a mí.

—¡Eh! ¡La chica más guapa de...!

¿Pero la gente no tiene vergüenza o qué? Me paro y me giro hecha un basilisco.

—¡Oh! –exclamo, totalmente asombrada.

Santi se encuentra frente a mí, también con cara de confusión. Vaya, de tan perdida como voy, ni había reconocido su voz. Pero… ¡maldita sea! La cuestión es que ahora mismo no me apetece nada hablar con él. He estado evitando los lugares a los que va para no encontrármelo. Qué puñetera casualidad…

—¿Cómo estás, Sara? –Se acerca a mí y me da dos besos.

Los dos estamos un poco sudados. No es nada agradable. No puedo evitar preguntarme si Abel también sudará o si se mantendrá fresco, tan perfecto como es... Agito la cabeza para echarlo de mi mente. ¡Vete, vete, maldito fotógrafo! Me concentro en Santi. Lleva una camiseta corta de color azul claro y unos pantalones cortos. Está muy bronceado. Siempre le ocurría en verano, aunque no fuera a la playa. Está bastante guapo, aunque en realidad, tras haber conocido a Abel, ya no me lo parece ninguno, a excepción de Eric, claro¡ ¡pero es que jugamos en otro nivel!

—Bien. Voy a trabajar ahora. –Intento quitármelo de encima. Y en realidad, voy a llegar tarde y sólo me faltaba eso.

—Sí, yo también. –Echa un vistazo alrededor de la plaza, y luego vuelve a posar sus ojos claros en mí–. ¿Quieres pasar por mí cuando acabe y nos tomamos algo?

«Di que no. Di que no. Di que no…», pero mi boca suelta todo lo contrario.

—De acuerdo. –Acepto. «¡Estúpida!».

No puedo ser tan mala persona. Él aceptó lo de Abel y no me ha molestado desde entonces. Debo reconocerle el mérito. Por tomar una cervecita juntos no pasa nada. No tiene por qué ser incómodo.

—Salgo a las ocho. –Me da dos besos más para despedirse.

Le observo hasta que desaparece por una de las esquinas de la plaza. Cuando me quiero dar cuenta, me he quedado empanada y llego dos minutos tarde. ¡El mundo conspira en mi contra!

Durante la clase la simpática niña se burla de mí, como cada día. Me cuenta todas sus andanzas amorosas. Hasta a una chiquilla de catorce años le va mejor que a mí

con los tíos. ¿Cómo he podido caer tan bajo? Cuando terminamos la sesión, el novio viene por ella para ir a tomar un helado. Parece un macarrilla, pero se les ve muy felices. Un pinchazo de envidia me molesta en el pecho.

Como quedan dos horas hasta las ocho, decido acompañar a mis padres a la compra. Sin embargo, al poco de estar en el supermercado, me arrepiento. Discuten por cualquier cosa: sobre qué comprar, cuánto dinero pueden gastar, que no hacen falta caprichos. Les dejo peleando en la pescadería y camino por entre los pasillos, tratando de deshacerme de la inquietud que me inunda el cuerpo. Me dirijo a la sección de perfumería para ver si han traído nuevos pintauñas. La chica me enseña unos cuantos y después me ofrece el catálogo de este mes. Lo cierro tras pasar unas cuantas páginas. Todas las chicas me recuerdan a la perfecta Nina. Mi mente se enreda de nuevo en pensamientos dolorosos: ¿Y si están de vacaciones en un crucero? ¿Y si se han burlado de mí como una tonta? ¿Y si[redacted]?

Cuando salimos del supermercado son las siete y media. Me despido de mis padres y me encamino hacia la gestoría en la que trabaja Santi. Cuando llego todavía quedan unos diez minutos para que termine. Lo espero sentada en uno de los bancos que hay enfrente. A las ocho y cinco sale por la puerta, con una gran sonrisa en la cara. Me saluda con la mano, pero esta vez no me da dos besos. Qué extraño.

—¿Te apetece una caña?

—Sí, bien. –Asiento, con la cabeza gacha.

Regresamos a la Plaza Mayor y nos sentamos en una de las múltiples terrazas. Ahora hay más gente, tomando helados o bebiendo refrescos. A estas horas todavía hace calor, pero ya se puede salir de casa.

—Me habría gustado ir a tu graduación –dice Santi nada más nos sentamos–, pero no estaba seguro de que a ti te apeteciera.

—No te preocupes. –Le dedico una sonrisa un tanto forzada. No es porque se trate de él, sino porque me cuesta sonreír.

Le pedimos dos cañas a la camarera. Cuando esta se va, nos quedamos unos segundos en silencio. Yo cojo una de las servilletitas con tal de distraerme con algo. Si de por sí soy un poco callada, en estos momentos soy lo más deprimente del mundo.

—El otro día vi a tu madre –dice Santi, mirándome con curiosidad.

—Mi madre siempre se encuentra con todo el mundo, no sé cómo lo hace –murmuro, rasgando la servilleta cada vez más.

—Me confesó que está un poco preocupada por ti.

No sé por qué, pero me lo esperaba. Esta mujer nunca comprenderá que Santi y yo ya no somos nada y que él no tiene por qué conocer todos los detalles de mi vida. En cuanto llegue a casa, le cantaré las cuarenta. ¿Es que no puedo tener libertad para

sufrir yo solita?

—¿Y? –Vale, puede que haya sonado un poco borde.

—Ese fotógrafo… ¿Cómo se llamaba?

—Abel. –Le recuerdo.

—Eso, sí. ¿Estáis bien?

Me quedo callada durante unos minutos, dudando entre confesarle la verdad o no. Al fin me decanto por contarle una a medias. Para que me deje en paz, y eso.

—Nos hemos dado un tiempo.

Santi da un trago a su cerveza y asiente, con los labios apretados. Lo noto un poco incómodo. Espero que se le haya pasado el enamoramiento, que no me vuelva a insinuar que lo intentemos porque si no...

—Yo estoy saliendo con alguien.

No sé por qué, pero me quedo anonadada. Vamos, creo que hasta he abierto la boca como una tonta. La voy a cerrar para que no se piense lo que no es. Bueno, en realidad me molesta un poco. Oh, joder, ¿pero qué esperaba yo? ¿Que se quedara soltero toda su vida por mí? Últimamente soy una egoísta.

—¿Ah, sí? –atino a decir, esbozando una sonrisa temblorosa.

En realidad lo que sucede es que no puedo más. No entiendo por qué a todo el mundo le empieza a ir bien. No sé por qué a mí me viene un golpe tras otro. ¿Qué es lo que he hecho? Debo haber cometido algún error y ese que está ahí arriba, que nos observa en todo momento, me está castigando. Oh, venga, Sara, ¡deja de decir tonterías, que no es para tanto! Hay gente mucho peor que tú en el mundo, sí, piensa en eso. ¡Maldita sea, no puedo! Sólo noto el dolor en mi cuerpo, nada más.

—Es una compañera de trabajo –continúa Santi.

Vale, ahora entiendo por qué no me ha querido dar dos besos cuando ha salido de la gestoría. Pero aun así, me parece una chorrada. Me pregunto cómo será ella. ¿Se parecerá a mí? ¿Será totalmente diferente? ¿Le gustará el fútbol y la fiesta tanto como a él?

—Entró a trabajar hace unos cuantos meses y bueno, ya sabes… surgió…

—Sí, entiendo –respondo, escondiendo media cara en el vaso de cerveza.

—Nos va bastante bien.

¡Que no me importa! Suelto una risita que intento que parezca de alegría, pero en realidad me tiembla.

—Siento mucho que te haya pasado eso con el fotógrafo...

¡Seguro que está cantando por dentro! Estará muy feliz de que la historia no haya salido bien. Cyn tiene razón, ¡no hay que mantener tanto contacto con los ex! Al fin y al cabo, siempre quedan cenizas.

—No ha pasado nada. Todo se solucionará –digo, tratando de convencerme a mí

misma. Pero tomo nota: tengo que dejar de mentirme porque me provoca más dolor.

Santi me mira con expresión interrogativa. ¿De qué va? Joder, ¡vete con tu recién estrenada novia y déjame en paz! Sin embargo, me quedo un rato más, aguantando su interminable conversación sobre el trabajo, sobre cómo le va en la vida. Él, él y sólo él. No entiendo cómo pude pensar hace unos meses que debíamos volver a intentarlo. Tras cuarenta y cinco minutos de charla unidireccional, decido despedirme.

—¿Ya te vas? –me pregunta, echando un vistazo a su reloj.

—Mis padres me esperan para cenar –miento.

—Nunca lo hacían. –Arruga el ceño.

—Las cosas han cambiado. –Rebusco en el bolsillo y saco una moneda, la cual dejo en el platito de la cuenta.

—¿Cómo te va con tu padre? –Vaya, a buenas horas me pregunta.

—Mejor, gracias. –Vuelvo a omitir la verdad. Siento que la confianza que había entre nosotros se ha quebrado. Es cierta la frase que he dicho antes… Todo ha cambiado demasiado. ¿O he sido yo?

—¿Te acuerdas de lo que te dije la última vez que nos vimos, Sara?

Nos levantamos para despedirnos. Yo niego con la cabeza. No, en realidad no sé a qué se refiere.

—Que esperaba que ese tío no te hiciese daño. ¿Te lo ha hecho?

Vuelvo a negar. Le sonrío, intentando parecer tranquila. Él me escruta durante unos segundos que se me hacen interminables y, al fin, me da dos besos de despedida. Mientras cruzo la plaza, el móvil me suena. Al mirar la pantalla me topo con un número muy largo que no reconozco. El corazón se me dispara.

—¿Sí? –respondo, con la voz preñada de esperanza.

—¿La señorita Sara Fernández? –Una voz de mujer que no reconozco.

—Sí, soy yo –respondo, mitad confundida mitad triste.

—Mire, le llamo por unas fotos que…

En cuanto escucho esa palabra, me quedo muda. Todo me da vueltas alrededor.

—¿Hola? ¿Señorita Fernández, sigue ahí?

No respondo. Parece que el mundo alrededor se ha detenido. ¿A qué viene ahora esta llamada? ¿Quién es esta mujer?

—¿Hola? ¿Sara?

Cuelgo sin pensarlo.

7

—¿Vamos bien por aquí? –me pregunta Eva, echando un vistazo por el retrovisor.

—¿Me preguntas a mí?

—Nena, que yo nunca he ido al chalé de Cyn. –Me mira de reojo a través de las gafas de sol.

—Yo sólo un par de veces –le informo, haciéndome visera con la mano. El sol de media tarde pega muy fuerte–: Y ya sabes que mi sentido de la orientación es nulo.

—Creo que estamos perdiéndonos. –Eva reduce la velocidad cuando nos metemos por uno de los caminales que yo le indico.

—Que no, que esto ya me suena más.

Me inclino a la derecha para observar los campos de naranjos por los que pasamos. Sí, estoy segura de que nos quedarán unos diez minutos y divisaremos el estupendo chalé de Cyn.

—¿Entonces Santi tiene novia? –pregunta Eva en ese momento.

—Los vi el otro día. –Subo el volumen porque ha empezado una canción de Cyndi Lauper.

«Lying in my bed I hear the clock tick and think of you…».

—¿Y cómo es ella?

—La verdad es que no tengo nada que objetar. –Me encojo de hombros–. Es muy normal y simpática.

Sí. En un principio me la imaginé desagradable, mandona y celosa. Sin embargo, cuando me los encontré, fue ella la que propuso ir a tomar algo los tres y el rato que estuvimos charlando me demostró que era de lo más amigable. O hay gato encerrado o de verdad es así. Y si es lo segundo, me molesta un poquito.

—¿Y es guapa?

«Time after… Sometimes you picture me. I'm walking too far ahead…».

—Lo cierto es que es bastante bonita.

—«If you're lost you can look and you will find me…» –Eva se gira hacia mí y canta a pleno pulmón.

Suelto una carcajada pero enseguida me uno a ella. ¡Me encanta esta canción!

—«Time after time…».

—«If you fall I will catch you. I'll be waiting time after time…» –coreamos las dos, contagiadas por la emoción de Cyndi Lauper.

—¿Y en tu casa? ¿Cómo van las cosas?

—Necesito que sea septiembre ya. Es más, he hablado con la dueña del piso para

que me pueda mudar el día uno. No voy a esperar a mediados. –Apoyo la mejilla en la palma de la mano.

—¿Tan mal estáis?

Ya van apareciendo algunos chalés similares a los de Cyn. Le indico con el dedo para que gire por el camino de la derecha.

—No paran de discutir. –Me muerdo una uña al recordar los conflictos de los últimos días en casa–. Mi madre no encuentra un dinero que tenía ahorrado y piensa que ha sido mi padre el que se lo ha quitado para comprar alcohol.

—¿En serio? ¿Y tú qué crees?

—No lo sé –musito, con los dientes apretados.

—Tú sólo sigues pensando en él, ¿eh?

Le dedico una sonrisa triste. Bueno, es cierto que no he sacado a Abel de mi cabeza, pero al menos puedo comer un poco más y estoy tratando con todas mis fuerzas de rehacer mi vida. Pero es que a veces todavía puedo apreciar su olor cerca de mí. Y por las noches me parece notar sus manos recorriendo mi cuerpo. Entonces no puedo evitarlo y me dejo llevar, juego conmigo misma imaginando que el que lo hace es él. Son los únicos momentos en los que me siento feliz, aunque luego el golpe es más fuerte.

El móvil me suena. Lo saco y al abrirlo me encuentro con un mensaje de Cyn.

«Tías, pero llegáis ya o qué??? Me estoy volviendo loca con la barbacoa».

Suelto una risita. Eva sonríe también, aun sin saber qué sucede.

—¿Es Cyn?

—Sí. Que no se aclara con la barbacoa que han comprado sus padres.

—Espero que lleguemos antes de que prenda fuego al chalé y a todos los campos de alrededor.

—¡Mira, ahí, ahí!

Al fondo a la derecha se alza un chalé un poco más grande que el resto. Tiene la fachada blanca y está más nuevo. Sin duda es el de Cyn. A sus padres les tocó la lotería hace unos años y decidieron comprarse uno. Es de los mejores de este lugar.

Eva hace sonar la bocina un par de veces cuando nos plantamos ante la verja. En cuestión de segundos sale Cyn, con un top que tan sólo le tapa los pechos y una falda cortísima. Pongo los ojos en blanco. Vale que esté en su chalé, pero sé que en el de al lado viven unos adolescentes sobrehormonados. Seguro que se lo pasan pipa cada vez que mi amiga toma el sol o nada en la piscina.

—¡Menos mal que ya estáis aquí! –exclama con cara de preocupación.

Nos abre la verja y Eva mete el coche, dejándolo en un rincón porque todavía tienen que acudir bastantes más personas. Nos damos unos besos y luego acompañamos a Cyn a la barbacoa.

—No funciona –nos dice con las cejas arrugadas. Nos señala el aparato.

—¿Tienes el carbón y las pastillas? –le pregunta Eva, que tiene mucha maña para todo esto. Cyn asiente y le entrega lo que ha pedido. Eva mueve un poco el cacharro.

—Es mejor que le dé el aire –nos explica, mientras Cyn y yo la miramos con cara de tontas–. Bien, pues es tan fácil como meter las pastillas en el carbón y rociarlo con el líquido de encender. –Se gira hacia Cyn, la cual la mira con cara de no entender nada–. Nena, por favor, que no es tan difícil.

—¿Y por qué no lo haces tú? Yo prefiero ir mirando la música…

—Está bien –acaba aceptando Eva de mala gana–. ¿A qué hora va a venir la gente?

—Empezarán a llegar a las ocho y media o nueve.

Hacemos tiempo ayudando a Cyn a elegir música para la fiesta. A continuación hacemos más tiempo ayudándola a elegir la ropa que se tiene que poner. Se ha traído dos maletas llenas para la ocasión.

—Qué más da lo que te pongas si a media noche estarás borracha y te quedarás en bikini –se mofa Eva, sacando un modelito tras otro.

Cyn suelta un bufido y se coloca por delante un vestido azul veraniego.

—¿Qué tal este? –nos pregunta al tiempo que se mira en el espejo.

—Demasiado soso –le digo.

Lo tira en la cama y coge otro, uno con estampado de leopardo que le tapa sólo el culo.

—¿Y este?

—Demasiado putón –opina Eva.

Cyn da un gritito de frustración y se lanza a buscar como una loca.

—¡No me va a dar tiempo ni a maquillarme! –chilla.

—¿Y entonces va a venir Judith? –me pregunta Eva, haciendo caso omiso de la desesperación de nuestra amiga.

—¡Ajá! –asiento, sosteniendo entre mis dedos un conjunto de ropa interior descaradamente atrevido. Oh, vaya, qué cosas usa Cyn. Nunca he llevado uno así y no sé si me atrevería.

—¿Y el jamelgo no va a venir?

—¿Qué jamelgo? –le pregunto, dirigiendo la mirada hacia ella.

—¿Quién va a ser? El Adonis rubio.

—Ah, te refieres a Eric. –Agarro otra prenda, esta vez un tanga rojo con encajes. Me pongo colorada al imaginar a Cyn con esto.

—¡Es verdad! –exclama ella en ese momento–. ¿Lo llamamos a ver si quiere venir? –Se gira hacia mí–. ¡Tendrías que haberlo pensado antes, Sara!

—¿Y para qué voy a querer que venga? –pregunto de mala gana.

—Para recrearnos la vista, nena. –Eva esboza una pícara sonrisa.

—Y para que yo lo conozca de una vez. –Cyn clava sus ojazos azules en mí, un tanto enfurruñada.

Ah, vale, que eso es lo que pretende. Se lo quiere ligar. Bueno, creo que pegan. Pero no sé, como que me molesta un poco. ¡Joder, Sara! Te estás convirtiendo en la condesa del perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Eric no es tuyo, a ti no te gusta, así que deja que el chico haga su vida. Y qué mejor que con Cyn. O incluso con Eva, a la que también le vendría bien un poco de marcha en el cuerpo.

—Bueno, voy a ver –les digo. Las dos dibujan unas sonrisas de oreja a oreja–. Pero no os aseguro nada. Ya es muy tarde y quizá tenga plan.

Salgo de la casa y camino por la terraza, marcando el número de Eric. Un tono, dos tonos…

—¿Sara?

—Hola –saludo tímidamente.

—¡Qué sorpresa! Hace mucho que no sé nada de ti. Desde… –se queda callado. Al fin pregunta–: ¿Cómo estás?

—Bien –murmuro, sentándome en la mesa. No sé por qué, pero ya me he puesto nerviosa–. Oye, mira, es que es el cumpleaños de mi amiga Cyn y hace una fiesta en su chalé. A lo mejor te apetece venir…

—Claro –no me deja ni terminar la frase.

—¿Ah, sí? –pregunto, confundida.

—Iba a cenar solo. Hoy mis amigos no salen. –Noto que esboza una sonrisa al otro lado de la línea.

—Ah, pues perfecto. –Miro hacia el interior de la casa. Mis amigas están haciendo unos gestos exagerados. Asiento con la cabeza y las dos se abrazan. Qué locas están–. Es a las nueve.

Le digo la dirección y me despido de él. Cyn y Eva corren hacia mí, esta última encendiéndose un pitillo. ¿No iba a dejar de fumar? Me va a contagiar las ganas, que buena falta me hace últimamente.

—Se va a pensar cosas que no son –digo, dejando el móvil encima de la mesa.

—Mejor, nena. Si yo creo que le gustas y…

—¡Qué va! –exclama Cyn con voz de pito, dejándonos a las dos boquiabiertas. La miro de forma interrogativa y desvía los ojos. Bueno, si ella lo dice será verdad, es la que entiende de estas cosas.

Una hora después, Eva y yo nos dedicamos a sacar el embutido para empezar a hacer la barbacoa. Cyn se ha metido en el baño y supongo que tardará un ratillo en salir. Quince minutos más tarde aparecen los primeros invitados en dos cochazos. Cuando se apean, las reconozco: son unas amigas de Cyn. También estudian Derecho y son pijísimas. Sus familias están forradas, según me ha contado ella. Pero por lo

poco que las he tratado, son simpáticas.

—¡Hola, Sara! –grita una de ellas, Zaida. Es rubia, de ojos verdes felinos, y lleva un vestido que a simple vista parece muy caro–. ¡Cuánto tiempo! –chilla junto a mi oído mientras me abraza.

Hago las oportunas presentaciones. Pasan una por una y todas son clones: los mismos peinados, el mismo maquillaje, idénticas uñas de porcelana. Menos mal que Cyn es un poquito diferente. Mientras ellas se sientan en la mesa de la terraza y se ponen a charlar, Eva y yo volvemos a nuestra tarea en la barbacoa. Pero no nos da tiempo a mucho porque diez minutos después llega otro coche. Esta vez son unos compañeros, también pijísimos. Cabello liso y repeinado, camisetas de Tommy Hilfiger, bronceado artificial y dientes blanquísimos. Es cierto que son guapos, pero para nada como Eric o… Bueno, no quiero ni pronunciar su nombre.

Cuando volvemos a la barbacoa, Eva dice:

—No sabía que esto fuera una convención de Barbies y Kenes.

Suelto una carcajada. Le ayudo a poner las salchichas y las hamburguesas en la parrilla. Me enseña a encender el fuego. No está mal, es casi divertido.

La bocina de otro coche nos avisa de que llega alguien más. En este caso se trata de las primas de Cyn, dos gemelas muy majas y para nada pijas. Tienen tres años menos que nosotras y son adorables.

—¡Saraaa! –Diana, la más cariñosa, se lanza a mis brazos. Me clava sus gafas en la nariz–. Oh, lo siento.

—No te preocupes –le sonrío.

Ambas se pegan a nosotras, observando cómo hacemos la barbacoa. Quince minutos después, por fin sale Cyn de la casa. Las Barbies chillan y dan palmadas cuando la ven. La felicitan, alaban el vestido de color rosa pálido que al final ha decidido ponerse. No es nada atrevido, pero eso sí, los tacones que no le falten. Uno de los Kenes se acerca al equipo de música y lo enchufa. Katy Perry resuena a través de los altavoces. Cyn se pierde en el interior de la casa y regresa con vasos. Los demás la ayudan a sacar las bebidas y se las van sirviendo. Entiendo, estos han venido para pillarse un pedo.

—Sara, mira, es Judith –me susurra Eva al oído.

Me giro y veo a mi amiga acercarse. Va agarrada de la mano de Graciella. Al pasar por delante de los amigos de Cyn, estos se las quedan mirando. Oh, no, que no digan nada. Por suerte, ellas pasan de todo y se acercan a nosotras sin perder la sonrisa.

—Cariño –me abraza. Graciella la imita.

Media hora después todos estamos comiendo y bebiendo. La música retumba en los altavoces. Una hora y media más y el alcohol se desborda. ¿Cuánto ha comprado Cyn? Dejo que Eva me sirva otro *gin-tonic*. Es el tercero ya, no quiero ponerme borracha

como otras veces, pero lo cierto es que sé que no voy a poder dejar de beber.

—¿Eric no va a venir? –me pregunta, poniendo morritos.

Me encojo de hombros. Bueno, le dije que era a las nueve, así que imagino que no, que tendrá un plan mejor. Mi amiga ya va bastante contentilla, así que la dejo bailando con las gemelas. Yo me escabullo y me siento en una de las sillas que está en un rincón. Observo a un par de amigas de Cyn que se están quitando la ropa. Y mi amiga también, por supuesto. Todas llevan unos bikinis diminutos. Los Kenes les lanzan silbidos de admiración y se despojan también de sus camisetas y pantalones. Ay, por Dios.

—¿Te vienes?

Alzo la vista y me topo con uno de los pijos. Se ha pasado con los rayos uva.

—No, gracias.

Él se encoge de hombros y se va corriendo a la piscina, dejándome en mi soledad. No sé por qué, pero esta fiesta me recuerda a la última en la que estuve. Sí, aquella en Barcelona. En la que yo estaba radiante y todos se giraban para mirarme. Echo de menos aquella sensación.

«I can be tough… I can be strong… But with you it's not like that at all».

Oh, joder. Avril Lavigne con una de sus canciones deprimentes. Pero nadie parece darse cuenta. Ahí está Cyn en la piscina mientras otro le hace aguadillas. Eva fumando como si no hubiese un mañana y charlando animadamente con las gemelas. En serio, ¡que la música ya no es alegre!

«There's a girl that gives a shit behind this wall you just walk through it…».

Me levanto como una desquiciada para cambiar la canción. Dios, qué horror, me está dando el bajón por culpa del alcohol.

«And I remember all those crazy things you said. You're always there. You're everywhere».

Pero entonces, cuando me estoy acercando al aparato, alguien me llama. Me giro y descubro a Eric atravesando la verja. Suelto un suspiro de alivio. Al menos voy a poder hablar con alguien. Va muy guapo y me encanta su amable sonrisa. Es una suerte que haya llegado a tiempo. Salva corriendo los metros que quedan hasta mí y cuando llega me coge de la cintura y me da un beso en la mejilla. Se ha afeitado y está muy suave.

—Iba a cambiar ahora la canción –le digo, girándome de nuevo para ir hacia la música.

—¿No te gusta?

«Damn, damn, damn. What I'd do to have you here. I wish you were here…».

Joder, está claro que no. Esas frases son tal cual mis pensamientos. Y no quiero escucharlos.

—¿Entonces no quieres bailar? –Eric me coge de las caderas, bromeando.

Niego con la cabeza, intentando devolverle la sonrisa. Me sitúo ante el equipo de música y estudio los botones. ¡Hay muchos! ¿Cómo funciona esto? Aprieto uno y Avril Lavigne canta más alto. «What I'd do to have you near».

—¿Te ayudo? –Eric se coloca a mi lado, observando el panel.

Yo me aparto, dejándolo a él con lo suyo. Me cruzo de brazos, echando un vistazo a los demás, que ríen en la piscina. Cerca de la barbacoa hay una Barbie morreándose con un Ken como si se fuese a acabar el mundo.

Y a su lado, alguien familiar.

El corazón se me detiene.

8

Es como en las películas.

Se ha detenido todo alrededor. No hay sonido; no existe el movimiento. Sólo la oscuridad y su mirada mientras él se acerca.

Bueno, quizá me he muerto y un ángel ha adoptado su forma para hacerme feliz en esta fase final. Me muerdo la lengua con fuerza, y de inmediato noto el sabor dulzón de la sangre. ¡Au! Vale, pues no he estirado la pata.

—¿Qué está haciendo aquí? –escucho la voz de Eric muy, muy lejana.

No lo sé. ¿Habrá venido a echarme la culpa? ¿Me gritará? ¿Seguirá enfadado? No puedo pensar; la razón me ha abandonado como tantas otras veces. Sólo me caigo en el mar profundo de sus ojos y no estoy segura de que sepa nadar en él.

Sin poderlo evitar, me muevo. Me parece estar flotando, como si él tirase de mí en una especie de trance hipnótico. Está hermoso. Sí, exactamente es esa la palabra para definirlo, aunque pueda sonar cursi. Pero no queda rastro del Abel débil y enfermo al que bañé. Creo que este me gusta mucho más, con sus andares felinos y su mirada segura. El cabello le luce brillante y su piel ha adquirido el tono de bronceado perfecto. Lleva una camiseta informal que le queda de maravilla, y unos pantalones sueltos de color blanco. Puedo ver el triángulo de pecho que asoma a través de los botones desabrochados. Me relamo los labios al pensar en ese cuerpo trabajado.

Me sonríe y el corazón echa a bombear de nuevo. Los hoyuelos aparecen como por arte de magia. Oh, joder, las manos me han empezado a sudar. Había olvidado lo poderoso que es. Si antes no me hubiera mordido la lengua, continuaría pensando que la Muerte ha enviado a uno de sus ángeles por mí. Y estaría dispuesta a caer rendida a sus pies para toda la eternidad.

Cada vez nos encontramos más cerca. A pesar de que quiero llegar hasta él, también tengo algo de miedo. Quiero comprobar que existe, y al mismo tiempo no lo deseo porque caeré de nuevo en su arte de seducción, para el que yo no tengo armas. Nos miramos, reteniendo la imagen de cada uno en las pupilas. Joder, el corazón me va a saltar de un momento a otro y se pondrá a bailar ante mí. El pulso me palpita en infinitas partes del cuerpo. Jamás me había sentido tan viva y al mismo tiempo tan irreal como ahora.

Y al fin, se detiene delante de mí, erguido en toda su altura. No puedo retirar la vista de sus enormes ojos azules, que me miran con deseo y ternura. Entonces ¿no está enfadado conmigo? Como la mente se me ha quedado dormida, tan sólo reacciono a estímulos corporales y por eso alzo la mano y le acaricio la mejilla, recién afeitada.

Qué suave. Él cierra los ojos cuando acerco la otra mano y voy dibujando su rostro con los dedos. Lo reconozco... Sé el perfil de sus labios. Adoro el tacto de su piel.

—Eres real –musito, fascinada.

Se echa a reír. Observo su dentadura perfecta, su lengua rosácea que tengo ganas de morder. Es mío. Y quiero saborearlo, sea como sea. No me voy a cansar nunca de hacerlo. Ahora lo entiendo.

—Creí que no iba a volverte a ver –le digo con voz temblorosa.

—No te ibas a librar de mí tan fácilmente –me contesta.

Oh, su seductora voz… ¡La he echado tanto de menos!

La música retorna. Sin embargo, la escucho remota, como si él y yo estuviésemos encerrados en una burbuja. Madre mía, pienso como la ñoña protagonista de alguna película edulcorada. Pero qué le voy a hacer, es así como me siento. Creía que estas cosas no sucedían en la vida real. Esto es... Es... ¿lo que llaman enamorarse? Porque si es así, jamás lo había estado antes a pesar de haber pensado que sí.

«I love the way you are. It's who I am, don't have to try hard», canta Lavigne.

—Yo también –digo, de repente.

—¿Qué?

—Que no me importa nada. –Le acaricio los labios. Abel aprovecha para besarme un dedo.

—Creo que no te sigo… –responde confundido.

—Me gustas tal y como eres. –Acerco mi rostro al de él y le cojo las manos, llevándomelas a la cintura. Lo noto sorprendido y eso es algo que me gusta. No quiero separarme de él ni un minuto más. No podré respirar si lo hago–. Aguantaré hasta que estés preparado.

Veo en sus ojos un destello de comprensión. Esboza una sonrisa y yo aprovecho para besársela. Muevo mis labios contra los suyos con suavidad. Al principio se queda rígido, muy quieto, y eso me asusta. Pero poco a poco se va relajando y abre la boca para mí. Me roza los dientes con la lengua. Lo saboreo lentamente, al tiempo que un pinchazo de placer me recorre la ingle.

—Y también te creo –continúo cuando me separo–. Ya sabes, por lo de las fotos…

Asiente con expresión grave. Me recorre el rostro con los ojos. Supongo que en un intento por atrapar todo lo que hemos estado a punto de dejar atrás.

—Hace un tiempo me dijiste que yo era una loca por querer quedarme contigo. ¿Recuerdas lo que te contesté? –asiente con la cabeza–: Lo sigo manteniendo. No sé cómo pude pensar siquiera por un momento que no quería.

Lo miro con intensidad. Me estoy confesando mucho, qué vergüenza. ¿Por qué está tan callado y serio? ¡Vamos, di algo! Me acaricia el pelo y me da un beso en la frente. Con la otra mano me aprieta la cintura.

—No sabes lo vivo que me haces sentir –responde al fin, en un susurro junto a mi oído. En cuestión de segundos estoy tremendamente excitada.

—Abel –clavo mi mirada en la suya. Ahora que estoy más arrimada a su cuerpo, puedo sentir contra el mío los latidos de su corazón. Son tan fuertes como siempre. Él siempre lo ha dicho. La conexión que existe entre nosotros es sorprendente–: Soy tuya.

Sus ojos se oscurecen. Pasea la mano por mi espalda. Sé que esa frase le ha excitado. Yo lo estoy demasiado. Su cuerpo forma parte de mí y eso es algo que mi organismo sabe a la perfección.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? –me pregunta, agarrando los pliegues de mi falda.

Niego con la cabeza. Él se muestra sorprendido.

—Aquí –susurro, rozándole el cuello con los labios–. No puedo aguantar más. –Noto que se estremece–. Te necesito dentro de mí –lo digo de la forma más provocativa posible. Hasta yo misma me sorprendo.

Abel me atrapa el rostro con las dos manos y me besa con ardor, tanto que incluso me hace daño. Me agarro a su camiseta, notando las contracciones de sus perfectos músculos. A duras penas consigo apartarlo. Lo cojo de las manos para sacarlo de allí. Cuando me doy la vuelta, descubro que Eric ya no se encuentra donde la música. Bueno, qué esperaba yo, ¿que se quedara mirando mientras nos dábamos el lote? Pero no puedo evitar preguntarme adónde ha ido. Espero que no se haya enfadado; sé que ha estado fatal separarme de él así de buenas a primeras, pero espero que comprenda que no lo he podido evitar.

Llevo a Abel hacia la casa a toda prisa. Me tropiezo con un vaso de plástico en el que todavía quedan restos de cubata, pero ni me importa. Al echar un rápido vistazo a la piscina, me doy cuenta de que hay alguien haciendo aspavientos con los brazos. Vale, es Cyn. Mierda, ¿qué quiere? No puedo detenerme ahora que he puesto el piloto automático. Como se me baje la libido, ya no me atreveré a hacer nada. Pero mi amiga lo único que hace es señalarme el móvil. Me paro y Abel casi se choca conmigo. Saco mi teléfono y enciendo los datos. Cyn me ha enviado un wasap hace unos cinco minutos.

«Guarri, aunque es mi cumple, el regalito te lo he hecho yo. Así que por favor Aprovéchalo. No sabes lo que me ha costado. Bueno, te lo diré: tuve que aceptar una cita con Marcos».

Alzo la cabeza hacia Abel y lo miro con susto. Él me observa extrañado. Le señalo el móvil.

—¿Es cierto lo que dice Cyn?

—¿Qué es lo que dice?

—Que estás aquí gracias a ella, creo.

Se ríe. Me encanta. Quiero besarle los hoyitos una y otra vez.

—Es una larga historia. Bueno, en realidad no lo es, pero prefiero contártela luego.

Lo miro de forma pícara y le estiro del brazo para meternos en la casa. Una vez dentro, me coge de la cintura y me aprieta contra su cuerpo. Jamás pensé que diría esto, pero ahí está esa posesión que he echado de menos.

—No puedo estar sin tocarte –le tiembla la voz–. He dejado que pasara demasiado tiempo.

Dios, está tan encendido como yo. Me cuelgo de su cuello y lo beso con intensidad. Le muerdo los labios, se los lamo y succiono. Nuestras lenguas se enroscan en un baile con sabor a excitación. Me agarra de los cachetes del culo por debajo de la faldita y los estruja, provocando que el vientre se me contraiga de placer.

Lo empujo con suavidad para que podamos ir a una habitación, estoy segura de que él lo haría aquí mismo. Me abalanzo a la primera puerta que encuentro. La abro y contengo un gritito. Abel choca contra mi espalda, haciéndome trastabillar hacia delante.

—¿Eva? –pregunto con un hilo de voz.

¿Por qué mi amiga está con uno de los Kenes tras su culo? No me lo puedo creer, nunca me la habría imaginado así. Ella me mira con los ojos muy abiertos, pero el chico no se detiene ni por un segundo. ¡Por favor, qué perversión!

—¡Capulla, sal ya! –me grita Eva, bastante molesta.

No me puedo mover, debo de tener una cara de tonta impresionante. En ese momento Abel me pasa una mano por delante y me tapa los ojos. Después me tira del brazo para sacarme de allí. Cuando cierra la puerta y retira la mano, me giro lentamente hacia él. Por unos momentos nos miramos en silencio y, al fin, se echa a reír. Lo hace tan fuerte que se dobla hacia delante, sujetándose el estómago.

—¿Qué te hace tanta gracia? –le pregunto, con una ceja arqueada.

Suelta un par de carcajadas más, haciendo un gesto con la mano como para disculparse. Cuando se calma un poco, dice:

—Tu cara. Tendrías que haberla visto. Es de *shock* totalmente.

—¡Es que lo ha sido!

—Me recuerdas a Justine. –Se vuelve a reír.

Le doy un cachete en el brazo para que calle ya.

—¿A quién?

Me atrapa de la cintura de nuevo, y me arrastra hacia él.

—Me pone a mil pensar en ti como una jovencita a la que pervertir. –Me muerde el lóbulo de la oreja mientras lo dice.

—¿Qué dices? –Lo intento apartar, pensando todavía en quién puede ser esa tal

Justine. ¿Alguna de sus exconquistas? No sería tan capullo de hablar sobre ella y compararme, ¿no?

Sin contestarme, se lanza a las escaleras con intención de subir al segundo piso. Yo lo agarro de la muñeca y lo retengo.

—¡No! –grito asustada.

—¿Qué?

—La habitación que queda es la de los padres de Cyn.

—¿Y? –Me observa con gesto extraño. Está muy impaciente, lo puedo notar en el movimiento nervioso de su mandíbula.

—¡No quiero hacerlo allí! –Protesto como una niña pequeña.

Abel abre mucho los ojos. Luego arruga el ceño y me muestra una expresión indescifrable. Cuando me quiero dar cuenta, me ha echado a su espalda y me transporta como a un cadáver.

—¡Bájame! –chillo, revolviéndome entre sus brazos.

Me da un pequeño cachete en el trasero. Vuelvo a quejarme, y le intento morder en la espalda. ¡Joder, me estoy mareando de estar en esta postura!

—Con eso lo único que consigues es excitarme más –dice, con voz pícara. Sé que está sonriendo. Se lo está pasando genial a mi costa.

Me quedo quieta, observando el movimiento de las escaleras bajo mi cabeza. En unos instantes me veo tumbada en una cama enorme. ¡Madre mía, qué vergüenza, aquí se supone que duermen los padres de Cyn cuando vienen al chalé! Si lo hago en este lecho no podré volver a mirarlos a la cara.

Abel se coloca encima de mí y me empieza a dar besos por el cuello. Yo me limito a observar el techo y la lámpara que pende de él. No me puedo concentrar, me recuerda a todas aquellas veces en las que el sexo era aburrido y neutro. ¿No me digas que he perdido la pasión también con él? ¡Oh, no, por Dios!

—Déjate llevar, Sara. –Me clava la mirada, haciendo que me vea reflejada en ella. Intento sonreír–. Han sido dos meses demasiado largos. –En eso estoy de acuerdo con él.

Me devuelve una seductora sonrisa. Inmediatamente aparecen los hoyuelos y un pinchazo me atraviesa el vientre. Me busca los labios y cuando me besa trato de olvidarme de todo lo demás y quedarme tan sólo con las sensaciones que me provoca. En el momento en que su cálida lengua me roza el labio inferior, el estómago se me contrae. Lo agarro del cuello y le acaricio la nuca, abrazándome más a él. Enrosco mi lengua con la suya, notando que la avidez empieza a invadirme. Sabe a una mezcla de vainilla y frutas, todo ello sumado al aroma de la excitación.

—Así, pequeña… –murmura en mi boca.

La abro todo lo que puedo para que se introduzca más en mí. Tengo hambre de él, de

sus carnosos labios, de su cuerpo ardiente. Me excita tremendamente la forma que tiene de jugar con mi lengua, succionándola, luchando con ella, mordiéndola con suavidad. Lo agarro del pelo en un intento por dominarme, pero segundos después estoy meneando el cuerpo bajo él para demostrarle que empiezo a estar preparada.

Lleva las manos a mi blusa y la desabrocha con rapidez. Su mirada se oscurece al descubrir que no llevo sujetador. Suelta un gruñido y me coge del torso con sus fuertes manos, arqueándome hacia arriba. Mis pezones erectos apuntan a su cara. Me roza uno con los labios, lo que hace que se me escape un suave gemido. Cuando se lo mete en la boca y lo mordisquea, mi cuerpo se tensa más. Aprieto su cabeza contra mí para que no se detenga. Lo oigo suspirar y atrapa mi otro pecho con la mano libre. Me lo acaricia y toquetea mientras me lame el otro pezón haciendo circulitos con la lengua. Mil destellos de placer recorren mis vasos sanguíneos. ¡Joder, estoy ardiendo! ¿Cómo he podido vivir sin esto durante dos meses?

—Me encantan –dice, apartándose y observando mis pechos. Mi pezón brilla con su saliva–. Se acoplan perfectamente a mis manos. –Los cubre con ellas.

A continuación me sorprende juntándolos, estrujándolos y llevándose los dos a la boca. ¡Dios! Me está comiendo, literalmente. Y es maravilloso. No sabía que tenía tanta sensibilidad en los pechos. Mi sexo se contrae una y otra vez con cada lametón y mordisco en los pezones. Sin dejar de jugar con ellos, baja la mano derecha a mi entrepierna y me acaricia la ingle por entre los pliegues de la falda. Después me toca por encima de las braguitas, cuya fina tela está muy mojada. Un segundo después noto sus dedos en mis labios, extendiendo toda la humedad.

—¡Joder! –exclamo sin poder contenerme. Es un placer demasiado intenso.

—Me pone muchísimo que estés tan excitada.

Se inclina hacia delante y me besa con ímpetu. Me agarro a sus fuertes brazos para aguantar los espasmos de placer. Sus hábiles dedos continúan acariciándome la entrada. Me introduce uno con suavidad al tiempo que con el pulgar me da toquecitos en el clítoris. Gimo en su boca y él me responde mordiéndome el labio. Sin previo aviso, me sube la falda hasta la cintura. Tira de mis bragas y escucho un ruido extraño. Al alzar la cabeza por encima de mi estómago, descubro mi ropa interior en sus manos. ¡Están rotas!

—Te compraré unas nuevas.

En realidad no me importa. Me ha excitado mucho más que me las haya arrancado. Una vez las ha echado al suelo, se desabrocha el pantalón y se lo baja, sin dejar de mirarme.

—No puedo aguantar más, Sara.

Se baja también el *boxer* a toda velocidad. Cuando veo su maravillosa y dura excitación, no puedo evitar llevarme la mano a la entrepierna, pensando que voy a

tenerla dentro de mí. Inmediatamente me abre de piernas y se coloca entre ellas de rodillas sobre la cama. Me mira desde arriba con expresión lujuriosa. Me pregunto qué irá a hacer. Entonces pasa las manos por debajo de mi trasero y me echa el cuerpo hacia arriba. Tengo la espalda y la cabeza apoyadas en la cama, pero la parte inferior la domina toda él. Oh, Dios, en cuanto acerca su miembro a mi sexo yo ya estoy gimiendo. Y lo hago todavía más cuando noto su cálido roce. Me da unos golpecitos y, sin prepararme más, se mete en mí de golpe. ¡Hasta el fondo! Dejo escapar un gritito de dolor y sorpresa. Pero no me da tregua. Empieza a entrar y salir a toda velocidad. Me agarro a la almohada para aguantar sus violentas sacudidas. Mi sexo va respondiendo al suyo y se va ajustando con cada nueva embestida.

—Joder, Sara, joder… –murmura con voz entrecortada, mientras me clava los dedos en los muslos.

Su sexo se introduce en lo más profundo de mí. Uf, nunca me lo habían hecho de esta forma tan intensa. Su vientre plano choca con fuerza contra mi pubis y la parte interna de los muslos. Echa la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. Me sorprende verlo así, tan fuera de control, aunque yo también lo estoy. Lo oigo gemir y soltar unos cuantos improperios. Y de repente noto algo cálido en mi interior. Lo miro con confusión cuando se detiene. Él abre los ojos y los dirige hacia mí, aún con la mirada desenfocada, bañada de placer.

—Lo siento –se disculpa, soltándome las piernas e inclinándose para darme un beso en los labios–. Estabas tan estrecha que no he podido resistirlo.

Frunzo el ceño, suponiendo que ya se ha acabado. Sin embargo, tras salir de mí, me arrastra por la cama hasta el borde. Él se baja y se queda de pie, plantado frente a mí. A continuación me coge de la cintura y en un abrir y cerrar de ojos me encuentro a cuatro patas. ¿Qué…?

—Dame un minuto. –Le escucho decir a mis espaldas.

Doy un respingo cuando uno de sus dedos me acaricia los humedecidos labios. Los tengo hinchados y muy sensibles, con lo que todas mis terminaciones nerviosas se ponen alerta. Meneo el trasero a un lado y a otro, con la cabeza gacha. El dedo juguetón se mete en mi sexo. Lo mueve en círculos, sacándome un gemido tras otro.

—Tengo unas vistas magníficas aquí atrás –dice con voz entrecortada.

Miro por encima del hombro. Está acariciándose a sí mismo mientras me masturba a mí. Oh, joder, esa imagen es magnífica. El sexo se me contrae al posar los ojos en su durísimo miembro. Me presiona el clítoris con el pulgar al tiempo que me introduce un dedo más. Miro de nuevo hacia delante y me dejo llevar. ¡Joder! Estoy a punto de correrme cuando se detiene y saca los dedos. Pero inmediatamente aprieta su vientre contra mi trasero. Me roza con su pene y yo echo el cuerpo hacia atrás, rogándole en silencio que me haga estallar de placer. Me coge de las caderas y se introduce poco a

poco. Puedo notar cómo entra cada centímetro de su duro sexo. Al cabo de unos segundos lo tengo entero dentro de mí. Él se queda quieto unos segundos, hasta que yo vuelvo a menear la cintura instándole a que empiece. Cuando lo hace, suelto un gritito.

—Quiero más –gimo.

Abel incrementa la velocidad. Sus movimientos pélvicos me lanzan hacia delante. Observo cómo danzan mis pechos con cada una de sus embestidas y me excito aún más. Nunca lo había hecho en esta postura, pero es muy *sexy*. Me siento poderosa, dominada y deseada por él.

—Más rápido, por favor –le suplico, clavando las uñas en las sábanas. Ambos estamos sudando. Tengo el pelo enredado alrededor de mi cara.

—Joder, pequeña, te estás volviendo muy traviesa –murmura a mi espalda.

Noto una de sus manos acariciándome el trasero mientras con la otra me sujeta de la cadera con fuerza. Cada vez me la mete con más violencia, pero me encanta. La noto en lo más profundo de mí, y aun así la quiero más y más, aunque sé que ya es imposible. Jamás me había sentido de este modo. Es como si mi sexo no se satisficiera nunca.

Me da un palmadita en la nalga y yo suelto un gemido. A continuación su mano busca mi pecho y cuando lo encuentra me lo estruja. Mi vagina se empieza a contraer, notando la inminente explosión.

—Dámelo, cariño –me susurra al oído con su ronca voz, inclinado sobre mí.

Es notar su piel contra mi espalda y volverme loca. Cojo la mano con la que me acaricia el pecho y me la llevo a la entrepierna. Quiero tenerlo en todas mis partes. Él me muerde la oreja y me frota el clítoris sin dejar de penetrarme desde atrás.

—Me encanta que tengas tantas ganas de mí, Sara. –Me lame el lóbulo. Mi cuerpo se estremece.

Tira un poquito de mi clítoris, me lo pellizca, y a continuación me acaricia los labios. ¡Joder, no puedo más! Aprisiono su miembro en mi cavidad, que se contrae cada vez más. Unos maravillosos espasmos me atacan en el vientre. Se deslizan hacia mi sexo. Abel gime a mi espalda y segundos después lo siento desbordarse en mí. Entonces yo me suelto también y el orgasmo me sacude con tal intensidad que no puedo evitar gritar su nombre. Me dejo caer en la cama, sujetada únicamente por él, que todavía se balancea a mi espalda, descargando las últimas gotas de su orgasmo.

—Dios, Dios… –gimo, con la frente apoyada en la cama.

Las piernas me tiemblan y el sexo no deja de palpitarme. Parece que el torbellino de placer no se va a acabar nunca. Al cabo de unos segundos, Abel se aparta de mí. Lo oigo rebuscar y al fin se acerca de nuevo. Yo estoy amodorrada, así que doy un brinco cuando me limpia nuestros restos con un pañuelo. A continuación se tumba a mi lado, y me aparta los mechones sudados de la cara. Planta un beso en mi frente. Yo me echo

a reír porque todavía llevamos la ropa puesta. El deseo nos ha atrapado en sus garras sin darnos tregua.

—Tenías razón. Dos meses es mucho tiempo –le digo, sonriendo.

—No te duermas, Sara –me pide.

—Ha sido demoledor –respondo.

Él luce una sonrisa orgullosa. Incluso a él le gusta que alaben su sexo. Me abotona la blusa y me baja la faldita.

—Vas a tener que ir hasta mi piso sin bragas –dice, divertido.

9

—Vamos, Sara, arriba.

Me hago un ovillo en la cama.

—Un poquito más, mamá… –murmuro entre sueños.

De repente, noto algo en mi sexo. ¡Oh, joder! Abro los ojos de golpe. Abel se encuentra entre mis piernas, por supuesto. Alza la cabeza y me mira con una gran sonrisa. Yo se la devuelvo, todavía con el sueño pegado a mi piel.

—Creo que no soy tu madre –dice, soltando una risita.

Chasqueo la lengua y me froto los ojos. El sol entra con fuerza por la ventana. Me pregunto qué hora será. Nos fuimos de la fiesta de Cyn a las tres y llegamos a su piso a las tres y media como mucho. Pero claro, después estuvimos jugando un par de horas más Hasta que ha empezado a amanecer. Entonces nos hemos derrumbado en la cama, sudados y cansados, y nos hemos quedado dormidos. Me llevo la mano al sexo, recordando la maravillosa noche. ¡Au! Lo cierto es que me escuece un poquito.

—¿Qué hora es? –le pregunto, colocándome de lado. Él sube hacia mí y se coloca a mi espalda. Me abraza y me besa los hombros.

—Las once.

Gruño y cierro los ojos. Pero me molesta la luz. Y encima hace un poco de calor. No sé si aquí habrá aire acondicionado como en su enorme casa. Me giro hacia él y le contemplo con su aspecto matutino. ¿Habrá ido a arreglarse mientras yo dormía? Luce perfecto, con la piel radiante, aunque eso sí, el pelo lo tiene revuelto y aún hay signos de sueño en su rostro. Lo acerco hacia mí para darle un pequeño beso en los labios. Los separo y busco su lengua, agarrándolo de la cintura y apretujándome contra él. Deslizo las manos hasta su culo y se lo estrujo.

—Ahora no va a poder ser –me dice, apartándose.

Suspiro con desilusión. Lo cierto es que yo ya estaba empezando a excitarme y, por lo que puedo ver, él tampoco se queda atrás. Acerco la mano a su *boxer* y le acaricio por encima. De inmediato su miembro responde a mis dedos y se endurece bajo ellos.

—Hoy no va a haber sexo mañanero. –Me da un pellizco en las nalgas y se aparta, levantándose de golpe.

Yo me estiro en la cama intentando atraparlo. Lo miro con ojitos de perro abandonado, pero él se ríe y me da la espalda. Observo su cuerpo desde abajo. Es tan alto, y está tan bien formado. Me encanta recorrer con la mirada todo su cuerpo.

—¿Y cuál es el motivo de que no lo haya? –pregunto, haciéndome la remolona en la cama.

—Vamos a ir a comer a un lugar especial. –Me sonríe y luego sale de la habitación.

Segundos después vuelve totalmente desnudo. Se apoya en el marco de la puerta y se muestra ante mí en todo su esplendor. Sé que le encanta hacerlo. Le gusta mirar mi cara de admiración. Me paso la lengua por los labios al imaginar su miembro en mi boca. Luego dirijo la vista a su rostro y me pierdo en sus misteriosos ojos. Lo cierto es que con el pelo un poco más corto también está muy atractivo. Diría que incluso más.

—¿Ah, sí? ¿No me digas que a Le Paradise?

De repente se le borra la sonrisa, al igual que la vez aquella en que le mencioné el restaurante. No entiendo por qué se pone así cuando lo hago. ¡Fue él el que me llevó allí por primera vez!

—Olvídate ya, porque no vamos a volver. –Sale de la habitación con la mandíbula apretada.

Me incorporo en la cama, totalmente alucinada. ¿A qué viene esto ahora? Sin poderlo evitar, empiezo a pensar cosas raras sobre el restaurante. La camarera esa tan guapa, ¿será por ella? ¡Oh! ¿Acaso se llamaba Justine? Lo cierto es que no lo recuerdo, pero me parece que no. Creo que era un nombre francés.

—¿Y entonces adónde vamos y por qué tanta prisa? –pregunto alzando la voz para que me oiga.

Escucho el sonido de la ducha. Quizá se ha metido ya en ella y no me ha escuchado.

—Vamos a casa de mi padre –dice desde el baño.

Me levanto de golpe de la cama. Corro por el pasillo hasta el servicio. Él está entrando en la ducha en ese momento. Lo miro con los ojos muy abiertos. Me he quedado muda y quieta como una estatua en la puerta. Él se gira hacia mí y se encoge de hombros, preguntándome qué sucede.

—¿A… a… casa de tu padre? ¿Va en serio? –consigo decir.

Me mira con una ceja arqueada y media sonrisa en el rostro. Detiene la ducha un momento.

—Bueno, yo ya conozco al tuyo. Y a tu madre.

—¡Ya, pero eso fue una casualidad! –exclamo, entrando en el baño.

Me coge de la muñeca y me acerca a él. Mi cuerpo desnudo choca contra el suyo. Lo tiene caliente. En serio, preferiría estar haciendo el amor antes que ir a conocer a su padre. ¡Y encima para comer! Me voy a morir de la vergüenza. Creo que he estado demasiados años con Santi y ahora no sé cómo hacer frente a las diferentes situaciones que se me plantean en la vida. ¡Pero es que yo sólo conozco a unos padres, y son los de él! Y recuerdo lo mal que lo pasé el primer día que me los presentó. Siempre han sido muy amables conmigo, pero a mí me costó muchísimo actuar de forma natural. Me va a pasar lo mismo con el padre de Abel, y la verdad es

que no quiero. No quiero que se dé cuenta de que soy lo más estúpido del universo.

—¿Te vas a quejar otra vez, Sara? –Abre el grifo de la ducha–. Tú misma dijiste que querías saber más de mí.

Claro. Sí. Pero no de esta manera. Bueno, claro que algún día me gustaría conocer a su familia. Pero ¿no es demasiado pronto? ¡Oh, Dios mío, ni siquiera llevo bragas ahora que lo recuerdo!

— Al menos déjame pasar por casa.

—Hemos quedado a las doce y mira la hora que es. –Se mete en la ducha.

Me deja con la boca abierta, sin saber qué decir. Yo sola no puedo ir hasta mi casa porque andando sí que no voy a llegar a tiempo. Salgo del servicio y regreso a su dormitorio para dar con una solución. Abro un cajón tras otro en busca de ropa interior. Todos sus calzoncillos son demasiado grandes para mí. Maldita sea, ¿por qué no tiene bragas de alguna de las tías que se ha tirado?

Diez minutos después, cuando regresa a la habitación, me encuentra sentada en la cama, rodeada de *boxers*. Se me queda mirando, pero no dice nada. Se limita a abrir el armario y sacar una camisa blanca de manga corta y unos bermudas de color marrón claro. Se las pone sin dejar de observarme.

—Abel –digo al fin–, no tengo bragas. ¿Recuerdas? –Alzo la barbilla como echándole la culpa.

Él se abotona la camisa con lentitud, mirándome con ojo burlones.

—Entonces tendrás que ir así. Mira el lado bueno: te sentirás más libre. –Se echa a reír cuando le lanzo una mirada asesina–. ¿No decías que querías hacer locuras conmigo?

—Creo que este tipo de locuras no entraban en el plan.

Me agarra de los brazos y me levanta de la cama. Me lleva hasta el baño y me entrega una blanquísima toalla que huele a suavizante. Pongo los ojos en blanco y asiento con la cabeza. En fin, no tengo otra. Me meto en la ducha y me lavo el pelo en un santiamén. Me encanta el gel que utiliza para el cuerpo, pero no puedo disfrutarlo durante mucho rato porque tenemos prisa. ¡Odio tener que ducharme así! En menos de diez minutos ya estoy fuera, buscando un secador de pelo entre los armaritos. Al fin encuentro uno y me seco el cabello a toda prisa, con lo que se me queda con un aspecto terrible. ¡Parezco una leona!

Abel entra en el baño en ese mismo momento. Me lanza la blusa y la faldita. Mientras me las pongo, pienso en lo libre que voy a ir, sí. ¡Sin bragas y sin sujetador! Soy una descarada, qué vergüenza. Cuántas veces he pensado mal de esas mujeres que no llevan ropa interior y ahora soy una de ellas. ¿Qué no voy a hacer estando con este hombre?

—Mírame. –Me señalo el pelo, y luego la cara–. Estoy fatal. No soy como tú, que te

levantas radiante. Tengo ojeras.

—Espera. –Levanta un dedo y sale del cuarto de baño. Al cabo de unos minutos vuelve con una base de maquillaje y rímel.

—¿De dónde lo has sacado? –le pregunto.

—A veces, las mujeres que se trae mi hermano, se dejan aquí sus potingues con la esperanza de que él las vuelva a llamar.

Pongo cara divertida y me giro hacia el espejo para intentar solucionar el aspecto de mi cara.

—¿Y lo consiguen?

—Alguna vez.

—¿Y no se habrán dejado algunas bragas por aquí? –pregunto, mientras me extiendo la base.

—Aunque lo hubiesen hecho, no quiero que te pongas ropa de esas mujeres.

Uy, qué fino que nos ha salido ahora. Si está lavada, ¿qué problema hay? Termino de ponerme la base y a continuación me aplico el rímel. Bueno, ahora ya no estoy tan mal. Me gustaría llevar un poco de color en mis labios y... ¡Oh, sí! Por suerte cogí el pintalabios para la fiesta de Cyn. Salgo del baño corriendo y me dirijo a la habitación en busca de la barra. Cuando Abel llega, yo ya me los he pintado y estoy poniéndome un poco de perfume.

—¿Ya estás lista? A mi padre no le gusta que la gente sea impuntual.

Trago saliva. ¿Cómo será ese hombre? Tengo un poco de miedo. Quizá es muy estricto y serio. ¡Ay, no estoy preparada aún para esto! Mientras bajamos las escaleras, me pierdo entre mis pensamientos. Me imagino a un hombre muy alto, de gesto huraño, que me aprieta la mano con fuerza para saludarme. En el coche continúo pensando, ahora en la madrastra. ¿Cómo será ella? ¿Y si no me acepta, tal y como sucede con Marcos? ¡Oh, mierda! ¿Estará él allí también?

—Estás muy callada –dice Abel de repente. Se ha puesto las gafas de sol y está excitantemente atractivo.

Cuando me remuevo en el asiento, mi sexo desnudo se roza con la falda y me hace cosquillas. Oh, joder, ¿por qué estoy últimamente tan dispuesta?

—Estás nerviosa, ¿verdad? –Suelta una risita. Cuando se detiene ante un semáforo, se gira para mirarme.

—¿A ti qué te parece?

—Lo entiendo. Es bastante corta. –Me señala la falda, que se me ha subido un poco.

—¡No es por eso! –exclamo. Bueno, en cierto modo sí. ¿Y si me inclino en su casa para cualquier cosa y se me ve el culo? ¿Y si me siento y...? Mierda, voy a tener que estar todo el rato con las piernas apretadas.

Diez minutos después entramos a la avenida del Cid. Abel reduce la velocidad y se

pone a buscar un lugar para aparcar. No sé cómo lo hace, pero en un pis pas encuentra un hueco. Nos apeamos del coche también en silencio. Yo voy estirándome la falda hacia abajo, con tal de que no se me vea nada, pero sólo la puedo alargar hasta medio muslo. Abel me coge de la mano y se la lleva a los labios. Me da un suave beso. Yo me estremezco. Ay, joder, me rozo el sexo con cada paso y no sé por qué, en el fondo, la situación me está excitando. ¡Maldito fotógrafo!

Nos detenemos ante una finca bastante grande, de aspecto antiguo. Abel saca unas llaves y abre el portal.

—Es el cuarto –me dice.

Vaya, y no hay ascensor. Me espero para que él pase, pero me da un suave empujón.

—Sube tú delante.

Le lanzo una mirada de cabreo, pero no digo nada y voy hacia las escaleras. El tío se está riendo de mí. Pero estoy segura de que todo esto también le está poniendo. Lo noto por la forma en que me mira. Y mientras subo las escaleras, no puedo evitar girarme y clavar mis ojos en él, al tiempo que muevo las caderas de forma provocativa. Él menea la cabeza con gesto divertido.

—Estás aprendiendo mucho, Sara. –Alarga una mano y la mete por debajo de mi falda, rozándome la piel–. Al final voy a tener que castigarte.

El resto de las escaleras las subo corriendo para que no vuelva a tocarme. Cuando me paro en el cuarto piso, el corazón se me dispara. ¡Ya se me ha cerrado el estómago! ¿Cómo voy a comer entonces? Espero a que Abel aparezca y lo miro con cara de susto. Él me acaricia la mejilla y se dirige hacia la puerta número ocho. Cuando la abre, un fantástico olor me llega hasta la nariz. Creo que es arroz al horno.

—¡Ya estamos aquí! –exclama Abel, alzando la voz.

—¡Hola! –Una voz de mujer flota por el pasillo.

Segundos después aparece Marcos. Ambos nos miramos en silencio. Se muestra muy serio. Estoy segura de que no soy bienvenida para él. ¡Pues bueno, tú tampoco me caes bien, musculitos con cerebro de mosquito!

—¿Qué tal? –Se inclina y me da dos besos. Quizá Abel le haya dicho que se comporte.

Le seguimos por el estrecho pasillo hasta llegar al salón. No es muy grande y la casa es bastante antigua, pero tiene encanto. Hay un montón de fotos en los muebles. Me acerco a una de ellas. Creo que es Abel de pequeño. Esbozo una sonrisa al descubrir que ya era guapísimo. En otra salen Marcos y él agarrados por los hombros. Marcos está muy pequeño en ella y Abel es un jovenzuelo. Se ve que se llevan muy bien desde un principio. También hay una de un hombre y una mujer vestidos de novios, pero antes de que pueda echarle un ojo, Abel me coge de la mano.

—¡Venid a la cocina! –De nuevo su madrastra.

Marcos nos sigue en silencio. Estoy muerta de la vergüenza. Me cojo la falda por atrás. No quiero que en un descuido se me suba y este mentecato se dé cuenta de que no llevo bragas.

—¡Abel, cielo!

Una mujer bajita y delgada se acerca hasta nosotros en cuanto aparecemos en la cocina. Es rubia como su hijo, y tiene los ojos pequeños y verdosos. Lleva un vestido largo, aunque se lo tapa el delantal. Tras darle dos besos a Abel, se gira hacia mí y me sonríe con gesto afectuoso.

—Entonces tú eres Sara.

Asiento tímidamente. Ella me coge de las mejillas y me planta dos besos. Parece muy cariñosa. Le devuelvo la sonrisa y susurro un «encantada». Después se nos queda mirando a Abel y a mí con los ojos brillantes. ¡Ay, por favor!

—Yo soy Isabel, la madre de estos chicos tan guapísimos.

Vaya, me parece muy bonito por su parte que diga que es también la madre de Abel. Lo miro a él de reojo para ver si le molesta, pero también parece feliz. Isabel se gira y vuelve a centrarse en la comida.

—Tu padre quería preparar sus magníficos espaguetis, pero le dije que quería ser yo la estrella hoy –le dice a Abel.

¿Cuántos años tendrá? Creo que unos cuarenta y cinco, así que supongo que es más joven que su marido. Me ha caído bien y me voy a sentir cómoda con ella pero… ¡todavía falta el padre!

—¿Dónde está papá?

—En su despacho. Id a buscarle, anda, que os está esperando.

Abel me coge de la mano y me saca de la cocina. Marcos se queda con su madre y me sigue con la mirada y el ceño arrugado. Madre mía, cómo me odia. Todavía no entiendo por qué. Nos encaminamos a la puerta del final del pasillo. Abel llama con los nudillos y una ronca voz nos invita a entrar. El despacho es también pequeño y huele a humedad y a papeles antiguos. Es más, hay muchísimos diseminados por la mesa. También hay numerosas carpetas por las estanterías que ocupan las paredes.

Cuando el hombre alza el rostro y me mira, comprendo que de joven debió ser tan atractivo como Abel. En realidad se parecen mucho, aunque su mirada tiene un matiz triste. Tendrá unos cincuenta y algo años, pero todavía mantiene todo su cabello, el cual se le ha encanecido en las sienes. Tiene los ojos marrones, a diferencia de los de Abel, pero los rasgos de la mandíbula son los mismos. Me doy cuenta de que es muy alto una vez se levanta. Está delgado y fuerte. Lleva una ropa sencilla pero elegante: camisa blanca y pantalones de color gris. Se detiene ante mí y me observa fijamente. Yo le intento aguantar la mirada, pero al final tengo que agacharla. Por el rabillo del ojo aprecio que Abel está sonriendo.

—Eres tan bonita como esperaba –dice el hombre.

Alzo la cabeza y murmuro algo que ni siquiera yo sé lo que es. Me da dos cálidos besos y apoya las manos en mis hombros, sin dejar de sonreír.

—Qué ganas tenía de que el loco de mi hijo asentara la cabeza.

Abel chasquea la lengua, pero a continuación se acerca a su padre y le da un fuerte abrazo y unas palmaditas en la espalda.

—Sabes que tu madre no me ha dejado hacer la comida, ¿no?

Me echo a reír. Abel y él charlan un poco más y yo me quedo allí plantada, retorciéndome las manos y observándolos con los ojos sonrientes.

—Hijo, ¿por qué no le enseñas la casa a Sara?

Abel asiente y salimos del despacho, dejando a su padre con el trabajo que estuviese haciendo.

—Todavía no sé cómo se llama –le digo.

—Gabriel –contesta–. Estaba tan emocionado por conocerte que ni se ha acordado. –Se echa a reír.

Me enseña el baño, que es casi igual de pequeño que el de mi casa. A continuación el cuarto donde duermen sus padres, y el de Marcos, que está lleno de pósteres de chicas desnudas. ¿No ha madurado o qué? Se supone que eso lo haces cuando tienes quince años, pero no cuando ya eres un veinteañero.

—Y esta es mi habitación.

Abre la puerta y me da un suave empujón para entrar en ella. Es bonita y huele bien, creo que a incienso. Quizá lo haya encendido Isabel. Hay un escritorio con folios en blanco, un armario antiguo, una cama individual con sábanas de color verde y una estantería con libros. Cuando me acerco descubro que son infantiles y juveniles, y también hay manuales de estudio. Claro, en realidad él tiene la biblioteca importante en su casa.

—¿Duermes aquí alguna vez? –le pregunto, cogiendo una bola de cristal con nieve y meneándola.

—Hace mucho que no. Pero Isabel se empeña en mantener esta habitación como si yo fuese joven.

—Oye, que todavía lo eres –le digo, divertida.

En la mesilla de noche descubro la foto de una mujer. Me acerco a ella y la cojo entre mis manos, sentándome en el borde de la cama. Es joven, de unos treinta años, con el pelo de color caoba, largo y ondulado. Tiene los ojos azules y grandes, y mira a la cámara sonriendo. Es preciosa. Se parece a Abel muchísimo. Ella tiene también esa mirada enigmática. Está corriendo por la playa y parece muy feliz.

—Es tu madre, ¿verdad?

Alzo la cabeza para mirarlo. Él asiente y se pasa la lengua por los labios, mientras

observa la foto.

—Era preciosa –murmuro, acariciando el rostro de cristal.

—Esa foto se la hice yo. Creo que ahí me di cuenta de que quería ser fotógrafo –me dice, acercándose a mí, aunque no se sienta.

—Seguro que era una mujer muy inteligente e interesante –digo, sin poder apartar la vista de los ojos de Laura.

—Lo era. –Tiene la voz entrecortada–. Estudió Filosofía. Trabajaba como profesora, pero también escribió algunos artículos en revistas. Quizá algún día quieras leerlos.

—¡Claro! –exclamo, encantada. A continuación me pongo seria y le pregunto–: ¿Qué le pasó, Abel? –Quizá estoy adelantándome otra vez, pero no puedo aguantarme. Me parece estar en un lugar íntimo, en un momento especial.

—Estaba enferma.

Vuelvo a mirarlo. Tiene los ojos brillantes. Gira el rostro hacia un lado y da un par de vueltas por la habitación. Sé que no quiere hablar más sobre ello, así que tengo que parar. Le dije que aguantaría. Y, de todas formas, se está abriendo a mí. ¡Por fin lo está haciendo! Tengo que comprender que para él la mejor manera de hacerlo es poco a poco. Dejo la foto en la mesita y me levanto. Le paso los brazos alrededor del cuerpo, y apoyo la cabeza en su espalda. Aspiro su aroma. Él me agarra las manos y me las aprieta. Luego se da la vuelta, sonriendo de nuevo.

—¿Vamos al comedor?

Su padre ya se encuentra allí, charlando con Marcos. Hablan sobre fútbol y otros deportes de los que yo no tengo ni idea. A continuación Gabriel me pregunta por mí, qué hago, cuántos años tengo, a qué me dedico Vaya, se trata de todo un interrogatorio, pero lo cierto es que me siento bastante cómoda y contesto a todo. Abel le dice que me gusta mucho leer y el hombre le sugiere que me deje alguno de los libros de su madre. Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos, Isabel empieza a traer comida a la mesa, todo para picar: aceitunas, patatas fritas, ensaladilla rusa, huevos rellenos, jamón… ¡Madre mía! Nos sentamos a comer, y está todo buenísimo.

—No hacía falta que os gastarais tanto dinero –dice Abel enfurruñado.

—Ya sabes cómo es mi madre. Ya le dije yo que Sara se conformaría con menos. –Marcos me lanza una mirada que no sé qué quiere decir.

Isabel chasquea la lengua. Para distender el ambiente, Gabriel nos habla de sus dotes culinarias que aprendió en su estancia en Italia. Nos reímos bastante cuando nos cuenta alguna de las anécdotas. Tras los entrantes, Isabel trae la cazuela de arroz al horno. Tiene una pinta estupenda y huele fenomenal, pero yo ya estoy llenísima. Y para colmo, la mujer me sirve un plato hasta arriba.

—Abel, Marcos ha intentado arreglar lo de la ducha, pero sigue sin funcionar bien.

¿Podrías mirarlo tú? –pregunta Isabel, poniéndole arroz.

—Os he dicho miles de veces que os mudéis de este piso. –Pone mala cara–. Llamaré a un fontanero y punto.

Su padre lo mira meneando la cabeza, pero no dice nada más. La comida transcurre con tranquilidad, hasta que en un momento dado noto una mano en mi muslo, subiendo poco a poco hasta... ¡Mierda, ya ni me acordaba de que no llevaba bragas! Doy un respingo al notar sus dedos jugueteando entre mis piernas. Le doy un cachete y él la aparta, sonriendo. Yo lo miro con los ojos muy abiertos y niego con la cabeza. Se encoge de hombros, como si todo fuese muy normal. ¡Joder, le encanta el riesgo, pero a mí no! Menos mal que sus padres no se han dado cuenta. De postre tomamos helado y café. Isabel saca unas cuantas fotos de Marcos cuando era pequeño y no reímos muchísimo mientras él protesta enfurruñado.

A las cuatro nos despedimos e Isabel me hace prometer que volveremos otro día. Le aseguro que será muy pronto. Gabriel me da un fuerte abrazo y susurra un «gracias» a mi oído. Marcos ni siquiera se levanta del sofá para despedirse. Cuando salimos del piso y montamos en el coche, Abel me dice:

—Les has gustado más de lo que pensaba.

Yo sonrío encantada. Lo cierto es que ha sido un rato maravilloso. Son personas mucho más sencillas de lo que yo había imaginado.

—Son estupendos, Abel –le digo, dándole un beso en la mejilla–. Bueno, menos Marcos –Pongo los ojos en blanco.

—No le hagas caso. Él es así. –Mete las llaves y da el contacto.

—¿Pero qué le pasa conmigo? –pregunto.

Y entonces el móvil me suena. Imagino que un domingo a estas horas será mi madre. Pero cuando lo saco, descubro que se trata de ese número tan largo. Joder, me han llamado un par de veces más durante el verano y no lo he vuelto a coger. ¿Qué cojones querrán, llamándome un domingo? Al final tendré que tomar medidas al respecto porque esto empieza a parecer un acoso. Cuelgo sin más demora.

—¿Quién es? –pregunta Abel, con las manos en el volante y gesto de interrogación.

—No lo sé –respondo, dando vueltas al teléfono entre mis manos–. Me llamaron hace tiempo. Dijeron algo sobre mis fotos… Y bueno, yo colgué, tenía miedo… Y me han telefoneado más veces, pero nunca lo he cogido.

Me quedo mirándolo. Se ha puesto pálido y muy serio. ¿Qué pasa ahora?

—¿Abel? –Un presentimiento me encoge el estómago. Lo cojo del brazo–. ¿Tú sabes algo?

Se queda callado durante unos segundos. Mira hacia el frente y tras suspirar, dice:

—Verás, Sara, hay más gente que ha visto tus fotos. –Se gira hacia mí y me traspasa con la mirada–. Gente importante que quiere conseguir algo.

10



Lo miro con los ojos muy abiertos, sin parpadear, hasta que se me empiezan a humedecer. Me inclino hacia delante y acerco mi rostro al de él todo lo que puedo. Nuestras narices casi se rozan. No quiero ponerme nerviosa, no quiero ponerme…

—¿Has enseñado mis fotos a más gente? –pregunto, alzando la voz.

Vale. Pues ya me he puesto nerviosa. Y mucho.

—No empecemos, Sara. –Se aparta un poco para mirarme sin tener que ponerse bizco–. No he hecho nada de lo que se te está pasando por la cabeza.

—Ah, vale. –Yo también me separo, fingiendo indiferencia–. ¿Y qué es lo que estoy pensando, eh?

Abel suelta un suspiro y agarra el volante dispuesto a salir de la plaza donde ha aparcado. Yo me vuelvo a girar a él y le espeto:

—¡Bueno! ¿Y entonces qué? ¿No me lo vas a decir?

—Prefiero que lo hablemos en casa, con más tranquilidad –responde. Se pone las gafas de sol y arranca el coche.

Yo me mantengo callada hasta que dejamos la avenida. Un domingo de agosto a estas horas de la tarde no hay apenas nadie por la calle. Los que se atreven a salir son extranjeros que volverán a sus casas con las pieles churruscadas por el sol. Me retuerzo las manos mientras pienso en lo que Abel me ha dicho. Sin poderme controlar, me llevo las uñas a la boca y empiezo a morderlas. Cuando se da cuenta, me da una palmadita.

—No hagas eso.

—No me lleves a tu casa. Está lejos –le pido.

Da unos golpecitos en el volante. Parece molesto y ha empezado a apretar los dientes. Me da igual. Si hemos retomado esa extraña relación que teníamos, entonces tiene que comprender que él no va a ser el único que mande aquí. Hablaremos y decidiremos las cosas entre los dos.

—Está bien. –Acepta, girando a la derecha en el semáforo–. Vamos al piso entonces.

Mientras conduce me lanza un par de vistazos rápidos para comprobar si me estoy mordiendo las uñas. Yo lo miro con mal humor, arrellanada en el asiento. Ninguno de los dos hemos sonreído en todo el trayecto. ¿Pero cómo voy a hacerlo? Hoy está siendo un día con demasiadas sorpresas para mí. Con lo nerviosa que soy, se me tienen que presentar una por una y con cuentagotas, no así de repente.

Cinco minutos después puedo reconocer las calles por las que estamos pasando.

Dos más y habremos llegado a la suya. En cuanto entramos al garaje yo ya me estoy desabrochando el cinturón. Él sonríe con sus gafas de sol. ¿Ya le estoy haciendo gracia otra vez? ¡Será prepotente!

—Eres muy impaciente, Sara –murmura, conduciendo hasta su plaza. Cuando lo aparca, se gira y me dice–. Casi igual que en el sexo.

—Mira quién habla –respondo de mala gana–. El que siempre está pensando en escenas calenturientas. –Me giro a él y clavo mi mirada en la suya.

Esboza una sonrisa ladeada y se quita las gafas de sol. Uf, qué ojos. Me ponen cardiaca incluso en esta intranquila situación.

—Pero en todas ellas sales tú. –Se inclina sobre mí y parece que va a darme un beso, por lo que yo separo los labios, dispuesta a recibirlo. Sin embargo, cuando está a punto de rozarme, se aparta y me deja con las ganas.

Voy a cogerlo del cuello de la camisa, pero se me escapa. ¡Será posible! Entre lo de las fotos y esto, está consiguiendo que me enfade. Sale del coche disimulando la sonrisa, pero yo sé que por dentro tiene una fiesta montada. Yo me apeo también y me adelanto a él, caminando con la frente bien alta, muy digna yo, hasta que por no mirar al suelo me resbalo con una mancha de aceite y estoy a punto de caer. Por suerte, él me coge del brazo y me sujeta.

—Además de impaciente, patosa. –Me mira con ojos divertidos.

—Te estás pasando. –Lo miro fijamente, muy seria.

—Normalmente las mujeres están más guapas cuando se enfadan, pero tú no.

Abro la boca por la sorpresa. Suelto un gruñido y me libero de él, echando a andar de nuevo. Lo escucho reírse a mi espalda. Sé que no lo ha dicho en serio, pero me molesta que sea tan chulito. ¡Como me ponga yo a soltar de las mías!

Cuando salgo a la calle, el sol me ciega. Uf, qué calor hace. Estoy deseando que se acabe agosto y así volver a la rutina de los estudios. Me giro para ver si me sigue. Se ha quedado en la puerta del garaje y observa mis andares con gesto grave y los brazos cruzados. Le hago una señal de impaciencia. ¡Necesito que hablemos ya sobre lo de las fotos! Parece que quiere retrasarlo.

—Espero que tengas algo de alcohol por casa –le digo cuando llega hasta mí.

—¿Ya tienes ganas de juerga otra vez?

Suelto un bufido y espero a que abra la puerta. Esta vez le indico que sea él el que suba antes las escaleras. No me apetece que en estos momentos me vea el culo desnudo. Cuando llegamos al rellano se queda mirándome con esa expresión indescifrable suya que tan nerviosa me pone. Le quito las llaves de la mano y abro yo misma. Me dirijo al comedor, haciendo caso omiso de las fotos de chicas que me miran desde la pared. Al entrar me acuerdo del día en que lo encontré tirado en el sofá, con aquellas chicas durmiendo casi desnudas. Me siento en una silla, muy rígida,

y alzo la barbilla.

—¿Entonces quieres beber algo?

—Dímelo tú. ¿Lo voy a necesitar?

—Quizá.

Se dirige a la cocina. Escucho que abre la nevera, después la cierra. Sonido de cristales entrechocando. Regresa con un botellín de cerveza y uno de cola. Pues vaya. ¿Es que no hay nada más fuerte? Recuerdo que en su casa me ofreció vino, pero puede que aquí no tenga. Me entrega la cerveza y yo le doy un buen trago bajo su atenta mirada. Después otro, y uno más. Aspiro con fuerza y le digo:

—Vale, estoy preparada.

—Primero quiero contarte lo que no me dejaste. –Se sienta en una silla a mi lado–. Bueno, en realidad estaba bastante borracho. En ese momento sí que no me habrías creído.

—¿Has descubierto lo que sucedió? –le pregunto, acariciando el cuello del botellín con un dedo.

Asiente con la cabeza. Da un sorbo a su bebida. Me sorprende que no haya cogido una cerveza.

—Bueno, no del todo. Pero estoy en ello.

—¿Está investigando, señor Holmes? –digo con sarcasmo.

Él se pone serio y menea la cabeza. Deja la botella en la mesa y se inclina hacia delante, con las piernas separadas y la cabeza gacha.

—Lo he dejado en manos de mi abogado.

—¿Perdona? –Lo miro sin comprender.

—Te dije que yo no había mostrado tus fotos. –Me dedica una intensa mirada, tanto que se me encoge algo por dentro–. No envié ese correo que tú viste. Y fui sincero.

—¿Entonces?

—Me robaron el disco duro en el que guardo los trabajos más importantes.

Me quedo callada, sin comprender muy bien. Doy otro trago a mi cerveza. Uf, ya me está entrando calor. Miro la etiqueta, pero creo que es alemana, no la conozco. Y bastante fuerte. Mejor.

—Lo descubrí un par de días después de que te fueras.

Un pinchazo me atraviesa el corazón. Mierda. Es cierto que debería haberle dejado hablar, pero estaba tan enfadada y asustada por lo que había visto. Me quedo pensando durante unos minutos, acariciándome los labios mientras lo hago. Cuando ato cabos me levanto de la silla de un brinco. Él da un respingo y se echa hacia atrás.

—¿Los que me están llamando son los que robaron las fotos? –pregunto, sintiendo que pierdo la poca tranquilidad que estaba conservando.

—No, no, espera…

—¿Entonces quién te las ha quitado y vendido? –insisto.

—No lo sé. Por eso mi abogado…

De repente recuerdo lo que Judith me dijo. Doy un par de vueltas por el comedor. Él sigue todos mis movimientos con la mirada. Al fin me detengo y digo con voz trémula:

—Ha sido Nina.

—¿Qué? –Me mira como si estuviera loca.

—¡Que ha sido Nina! —exclamo, levantando las manos.

—¡No! —Se levanta de la silla.

Me quedo con la boca abierta. Escruto su rostro, intentando descubrir lo que sucede.

—¿Cómo estás tan seguro de que no ha sido ella? –Le miro directamente a los ojos. Él me aguanta la vista unos segundos, luego noto que duda. Eso es algo que me deja aturdida–. Tiene todas las papeletas para llevarse el premio. –Cojo la cerveza y le doy un buen trago. Él continúa sin decir nada, así que yo insisto–. Abel, ¡me odia! Se moría de ganas por ridiculizarme. Quería vernos separados, ¿no es así?

—No es tan retorcida.

—¿Cómo puedes decir que no? Es la persona más cruel que conozco –musito, meneando la cabeza con incredulidad. No puedo comprender que la defienda.

—Ella no perdería tanto tiempo en entrar en mi correo, enviar las fotos…

—¡Pues alguien lo habrá hecho por ella! –Le interrumpo. Estoy rabiosa. Y muy celosa. No quiero que dé la cara por ella–. Si tiene un millar de esclavos dispuestos a hacer todo lo que les ordene.

—Sara, puede haberlo hecho cualquiera. –Alza la mano para que le permita seguir hablando–. Hay bastante gente que me tiene envidia.

¡Será creído! Pues a mí me parece mucho más probable que sea obra de una exnovia despechada.

—¿Tienes pruebas de que no ha sido ella? –Le desafío, con los puños apoyados en las caderas.

Me mira fijamente. Se lleva una mano a los ojos y se los rasca. Suspira. Le agito del hombro para que responda.

—Sí.

—¿Cuáles? –pregunto, inclinándome hacia delante y apartándole la mano para que me mire.

—Ella estuvo todo el rato conmigo. –Se le oscurece la mirada.

—¿Cómo? –pregunto, anonada.

—El último día fue el acto oficial de presentación de la campaña y se celebró una fiesta. En un momento dado me pidió que habláramos.

Se calla, pero le insto a que prosiga. Vuelvo a beber cerveza. No me queda ya. ¡Mierda!

—Decidimos ir a su habitación para estar más tranquilos. Yo había bebido un poco más de la cuenta y...

Levanto un dedo para detenerlo. Me apoyo en la mesa, tratando de asimilar con rapidez lo que me está contando. ¿Nina y él en una habitación de hotel? ¿Solos? ¿Y habían bebido**l**? Inevitablemente exploto.

—¿Pasó algo, Abel? –Alzo la barbilla, que me tiembla.

Me mira con un gesto de sorpresa. Abre la boca y suelta una risa. Yo bufo de rabia.

—¡Sé sincero! ¿Os acostasteis?

Me clava una mirada dura, enfadada. Le rechinan los dientes mientras lo hace.

—¡Maldita sea! ¿Por quién me has tomado? Pues claro que no nos acostamos, Sara.

—Con tu historial, ¿qué voy a pensar?

Pega una palmada a la mesa. Yo doy un respingo.

—¿Vas a reprocharme eso cada vez que te apetezca? ¿Puedes ser un poco menos paranoica, Sara? –Me observa enfurecido. Le brillan los ojos y la nuez baila en su garganta–. Sólo hablamos. ¿Entiendes? Me pidió perdón por lo que dijo en las entrevistas. Y por lo que te hizo en la fiesta.

Recuerdo el momento en que caí delante de toda aquella gente importante. Famosos que se rieron de mí hasta que él me recogió del suelo, totalmente humillada. Fue Nina la que me empujó, así que no puedo creer que se sienta mal. ¡Por nada del mundo creeré que está arrepentida! Sólo quiere ganarse de nuevo a Abel.

—Vale, vale –respondo, intentando calmarme. Me llevo la mano al pecho y respiro profundamente–. Te creo.

Se sienta y se pasa una mano por el pelo, todavía con las facciones endurecidas por el enfado. Yo también tomo asiento y alargo la mano para coger la suya. Me la acaricia con suavidad. De repente, me dirige una mirada de disgusto. Está dolido.

—No quiero que vuelvas a pensar o decir algo así. –Me da un beso en el dorso de la mano–. ¿Cuándo vas a comprender que sólo me importas tú?

Trago saliva. Me encojo de hombros, sin saber qué decir.

—No sé cómo lo has hecho, pero has conseguido que me olvide de todo lo demás.

Parpadeo, casi flotando con sus palabras. No quiero que sea tan cariñoso; prefiero al Abel pasional, al que le encanta el sexo desenfrenado. Y es que a ese aún lo puedo dominar. Pero el que me está mostrando ahora me asusta porque no lo llego a comprender del todo. Y no quiero que se me vuelvan a escapar las dos palabras prohibidas.

Coge la silla y me arrastra con ella hacia él. Abre las piernas para acogerme. Me acaricia la mejilla. Sus labios están tan cerca que sólo caben ellos en mis ojos. Nos mantenemos así unos minutos eternos, hasta que yo aparto la mirada.

—Entonces ¿qué? –digo, en un murmullo–. ¿Por qué no ha sido Nina? ¿Porque te

pidió perdón?

—Al estar un poco bebido olvidé el maletín con el disco duro en la fiesta –responde–. Quería enseñarle un trabajo a Yvonne, intentar que me aceptara de nuevo. –Parece avergonzado.

Chasqueo la lengua y le acaricio el sedoso pelo. Tengo que creerle. Sé que esta vez está siendo sincero. Lo sé porque leo en su mirada que no me traicionaría. Su forma de besarme y tocarme me lo demuestra.

—El director del hotel me devolvió el maletín. Pero ni siquiera pensé en echarle un vistazo por si faltaba algo. –Niega la cabeza con una triste sonrisa–. Puede que en el fondo quisiera olvidarme de todo, pasar página. –Me mira con los ojos entrecerrados–. Yvonne no consintió en hablar conmigo. Me sentí fatal.

Me echo hacia delante y lo abrazo. Yo sí que me siento mal por haberme largado ese día, por haberle echado todas las culpas y por no confiar en él. Hemos estado separados dos meses por mi impulsividad. Tiene razón, tengo que dejar de ser tan paranoica.

—No tienes la culpa –le digo, muy cerca de su rostro.

—Fui un gilipollas. No tendría que haber bebido.

—Todos cometemos errores, Abel.

—Yo estoy cansado de cometerlos.

Lo miro sin entender muy bien, pero esta vez no voy a hacer preguntas. Simplemente dejaré que el tiempo ponga todo en su lugar. Me levanto de la silla y me siento en sus rodillas. Me rodea la cintura con los brazos, apoyando la cabeza en mi hombro. Noto su respiración en él y mi piel se activa con su contacto.

—Por mi culpa estás pasando por todo esto –dice, frotando la nariz en mi brazo.

—Estoy bien. Y lo sabes. –Le cojo de la barbilla y le obligo a mirarme–. Y oye, seguro que hay gente a la que le gustan las fotos. –Trato de bromear.

—¿Por qué eres tan buena conmigo, Sara?

Me dijo lo mismo el día en que lo bañé. Me encojo de hombros. En realidad no pienso que lo sea, sólo actúo tal y como me dice el corazón. Y lo que siento ahora mismo es que quiero besarlo y no dejar de saborear sus labios nunca.

Durante un rato nos quedamos abrazados en silencio. Yo continúo dándole vueltas a lo de las fotos, ya que no puedo dejar de pensar que Nina es la responsable. O al menos alguien contratado por ella. Sé que es una arpía.

—¿Y qué tal lo lleva tu abogado? –pregunto.

—Bueno, es difícil. Había bastante gente en la fiesta. –Dibuja círculos en mi hombro, alrededor de uno de mis lunares–. No soy el fotógrafo al que todos adoran, aunque tú creas que sí.

Bueno, quizá tiene razón. Supongo que habrá gente que esté celosa de sus éxitos

siendo tan joven como es.

—Sospecho de un par de personas, pero no sabemos nada todavía.

—No entiendo cómo puede haber gente que sea así de cruel.

—Eres demasiado inocente. –Me mira fijamente. Luego me besa en la punta de la nariz–. Supongo que habrán conseguido un dinero.

—¿Pero no se supone que la revista no es muy prestigiosa?

—Ya, pero de todos modos es un trabajo que se tiene que pagar. –Se queda pensativo–. Y además, habrán intentado dejarme mal.

Me aparta un mechón de pelo que se me iba a meter en la boca.

—Pero les ha salido el tiro por la culata –dice, de forma misteriosa.

—¿Y eso por qué?

—Querías saber quiénes son los que te están llamando, ¿no?

Asiento con la cabeza. Mierda, el corazón palpitándome de nuevo.

—Te quieren para una campaña bastante importante, Sara –sonríe–. Pero ya les he dicho que no te interesaba.

11



—Nena, cada día tu vida se parece más a una telenovela.

Lanzo una mirada de advertencia a mi amiga. Estamos tratando de encontrar aparcamiento cerca de la Facultad. Gutiérrez me envió un correo citándome para el miércoles, es decir, hoy. Eva da una calada a su inseparable cigarrillo mientras estira el cuello.

—¿Ves algún hueco para mí por ahí?

Niego con la cabeza. Esta zona siempre está llena de coches, sea el día o la hora que sea. Eva gira a la derecha y se mete por otra calle. Diez minutos después conseguimos aparcar, aunque un poco alejadas de la universidad. En cuanto nos apeamos, mi amiga enciende otro cigarrillo.

—¿Entonces se parece a su padre? –me pregunta, colocándose la falda.

—La verdad es que bastante. Pero creo que aún más a su madre.

Recuerdo la foto de Laura y se me pone la piel de gallina. En estos tres días que han pasado desde la visita a la casa de su padre, he pensado muchas veces en ella. Y en lo que me apetece leer alguno de sus artículos sobre filosofía. Me gustaría descubrir cómo eran sus pensamientos. Quizá así podría acercarme un poco más a Abel.

—Vale. –Tira la ceniza del cigarro y me agarra del brazo para detenerme–: Y ahora repíteme lo de las fotos, que en el coche estaba centrada en conducir.

—Tengo cita con Gutiérrez –le recuerdo.

—No seas angustias, nena, que no se va a ir a ningún lado.

Suspiro. Sé que no va a parar hasta que se lo diga, así que me giro a ella y de mala gana suelto, casi como un robot:

—Le robaron las fotos cuando estuvo en Madrid. Habló con Nina en privado. Asegura que no es ella.

Asiente con la cabeza, mirándome con los ojos entrecerrados a causa del humo del cigarro. Cuando me lo echa a la cara, me pongo a toser. ¡La cabrona también se lo pasa bien a mi costa! Parece que últimamente soy muy divertida para todo el mundo.

—Y ahora resulta que quieren que seas modelo.

—Sí.

—En serio, nena, me flipa la cabeza. –Echa a andar, asintiendo una y otra vez como si todo fuese tan normal. Gira la cabeza hacia mí, que me he quedado plantada en el suelo–. Imagínate con peinados extravagantes, maquillaje perfecto, ropa carísima y estupenda.

—Ya, todo eso suena muy bien –coincido cuando la alcanzo–. Pero para chicas que

son modelos. –Le doy unos golpecitos en el hombro para que me preste atención, ya que está perdida en sus ideas–. Y te recuerdo que yo soy una simple filóloga mortal.

—Ah, ¿qué las modelos son inmortales? –pregunta, con una sonrisa divertida.

—Viéndolas tan perfectas es evidente que sí. Son eternamente jóvenes –respondo, muy segura.

Eva se echa a reír, negando con la cabeza. Al girar la esquina vemos la Facultad de Filología unos metros más adelante. Como ya sólo queda una semana para septiembre y los exámenes están a punto de empezar, hay estudiantes que se acercan a las tutorías o a estudiar en la biblioteca.

—Bueno, y dices que Abel les ha dicho de tu parte que no te interesa.

—Pues sí. Pero no de mi parte, lo ha decidido él solito. Es algo que me ha molestado, aunque no se lo he dicho a él. No quería comenzar otra discusión, así que me limité a callar, como si ciertamente estuviese muy bien lo que había hecho. Pero me enfadó. No porque quiera participar en una campaña, sino porque tendría que ser yo la que diese la cara y contestase. No me gusta que tome decisiones por mí; se lo he dicho varias veces, pero continúa haciéndolo. ¡Eso me pone negra!

—Pues mándalo a tomar por culo.

Es escuchar esa palabra y pasa por mi mente su imagen con el trasero en pompa y el tío ese detrás. Me río al pensarlo. Ella se me queda mirando sin comprender lo que sucede. Hago un gesto como restando importancia a mi risa.

—No voy a hacer eso. Sólo tengo que recordarle que no es mi dueño y punto.

—Ya. Que folla muy bien, vamos.

—¿Pero qué tiene que ver eso?

—No creas, el buen sexo engancha mucho.

Subimos las escaleras y entramos al edificio. Vale, es cierto que sí que me tiene atrapada. Pero no es sólo por el sexo. Ni siquiera lo fue en un principio. Cuando lo vi me di cuenta de que me había capturado. Y lo ha hecho de todas las formas posibles.

—¿Y no te has planteado llamar tú al número ese? –me pregunta, mientras esperamos el ascensor.

Giro la cabeza con lentitud y la miro durante unos segundos.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser, tontaca? –Me empuja dentro del ascensor–. Para participar en la campaña esa.

—Por supuesto que no voy a hacerlo. Sólo me faltaba eso.

Ya he tenido bastante con las fotos robadas. Y con el viaje a Barcelona. Ya tuve suficiente de ese mundillo. Yo soy totalmente ajena a él.

—Pero si son unas fotos y ya está.

—Tengo menos gracia que una ameba.

—No será así si te han llamado.

—Eso es porque Abel hace unas fotos magníficas.

—Yo creo que también hay que tener una buena modelo.

—Ah, y esa soy yo.

No decimos nada porque se abren las puertas y nos topamos con una cara conocida. Uf, se trata de la pesada de Patri. Como siempre, ahí va con todo su maquillaje colorido que no combina con nada. Y encima con el calor que hace, no sé cómo no se le pegan las moscas. Cuando nos ve, se echa hacia atrás y da unas palmaditas. Nosotras salimos del ascensor. Eva muy seria, con su típica cara de asco, y yo tratando de sonreír, aunque me cuesta.

—¡Chicas! ¿Qué tal el verano? –Nos da un abrazo a cada una. Mírala, qué feliz es en su mundo.

—Muy bien –respondo, con la sonrisa temblorosa a causa de forzarla.

Patri se me queda mirando con la suya, que en realidad es igual de falsa que la mía. Entonces me pregunta:

—No sabía que eras becaria de Abel Ruiz. ¿Desde cuándo estudias fotografía?

Observar sus dientes medio torcidos me pone nerviosa. Y no sé por qué, también lo hace que mencione el nombre de él.

—Pues ya ves –digo. No me apetece explicar la historia, y mucho menos a ella.

—¿Todavía sigues con él?

Asiento con la cabeza. Eva me da un suave golpecito en el brazo para que nos movamos.

—Es sorprendente, ¿no? –dice Patri. Yo la miro sin entender muy bien–. Con lo guapa que es la modelo esa con la que salía… Estarás que ni te lo crees tú misma, ¿no, Sara? –Ensancha la sonrisa.

¿Pero de qué va? ¡Me dan ganas de soltarle un puñetazo! No sé quién se ha creído que es diciéndome eso. De Ninas Riedel está la vida llena, aunque esta no le llega a la suela del zapato ni en belleza ni en glamour. Y bueno, en el fondo tampoco es tan cruel como la auténtica porque no consigue humillarme.

—En realidad creo que es él quien tiene la suerte de estar conmigo –contesto al fin.

Eva echa andar y yo la sigo. Giro la cabeza para decirle a una sorprendida Patri:

—Pero oye, nunca dejes tus sueños, ¿vale? –Le guiño un ojo.

Ella borra la sonrisa de la cara y se nos queda mirando hasta que desaparecemos en el pasillo de los despachos. Eva se está riendo.

—Mira que es pesada la tía. ¿Qué estará haciendo aquí?

—Habrá venido a pelotear, como siempre.

—Voy a ir a ver si está Nerea, ¿vale?

Nerea ha sido una de nuestras profesoras de Literatura Hispanoamericana y Eva se

lleva muy bien con ella. Asiento con la cabeza y me dirijo al despacho de Gutiérrez, aún con el cabreo latiéndome en las sienes. Uf, qué ganas de que esa repipi desaparezca de mi vida. Llamo a la puerta y segundos después mi futuro tutor me la abre. Sonríe y me da la mano. Yo lo miro con timidez y tomo asiento, tal y como él me ofrece. Rodea la mesa y se acomoda en su silla.

—¿Cómo está, Sara? ¿Ha ido bien el verano?

—Sí, muy bien –contesto en voz baja. Este hombre siempre me intimida.

—Yo he estado trabajando bastante en un nuevo proyecto –me dice, con los ojos brillantes.

—¿Ah, sí? Eso es estupendo –asiento con la cabeza. Tengo un nudo en el estómago. Siempre me pongo nerviosa cuando estoy ante un profesor.

—Verá, este proyecto lo vamos a llevar unos cuantos profesores y alumnos –continúa él, juntando las manos en un triángulo ante su rostro. Se le bajan las gafas y me mira por encima de ellas–. Quiero que usted también participe en él.

—¡Eso es fantástico! –exclamo, dejándome llevar por la emoción del momento. Él sonríe y asiente complacido.

—Pero si la he llamado es por una razón importante: le dije que usted y yo comenzaríamos a trabajar juntos en noviembre, pero al meterla en este proyecto, las fechas cambian.

Me quedo en silencio, esperando a que él continúe.

—Me gustaría que a partir de la primera semana de octubre usted ya empiece con su parte.

Me entrega unos papeles en los que puedo leer algo de una investigación sobre un libro de caballerías.

—Ahí tiene usted toda la información sobre el proyecto. Léalo, ¿de acuerdo? Hablaremos sobre él.

Hojeo los papeles, intentando captar la mayor parte de palabras impresas en ellos. Así por encima me parece que va a ser interesante. No me lo puedo creer. Esto es maravilloso. Voy a empezar a investigar junto con profesores y doctorandos. Soy muy afortunada.

—¿Entonces le parece bien que el día 5 de octubre tengamos nuestra próxima reunión? –me pregunta, cuando dejo las hojas en mi regazo.

—Sí, por supuesto –respondo.

—En cualquier caso, puede escribirme un correo o llamarme si necesita algo. –Saca un papelito y escribe en él su teléfono.

Lo cojo y lo leo. Asiento con la cabeza y me guardo la notita en el bolso.

—También quería comentarle otra cosa. –Se pone un poco serio–. Usted sabe que se puede hacer un poco de trampa en cuanto a las becas… A veces hemos tenido

estudiantes que aún no habían terminado el máster pero para los que conseguimos una ayuda de doctorado.

—¡Ajá! –asiento, intentando comprender lo que me dice. ¿No me digas que me va a ayudar a pedir una? Me vendría fenomenal, porque aún no sé si este año me darán una beca para el máster y estoy fatal de dinero.

—Me habría gustado pedirla para usted, Sara.

Arrugo las cejas sin entender.

—Como le dije, tengo a otra persona que trabajará con nosotros. Hace años que me ayuda en el departamento, aunque de un modo más informal. Por eso, un par de profesores y yo decidimos que se la conseguiríamos a ella ahora que ha terminado sus estudios.

Se me cae el mundo encima. Sabía que iba a haber otro estudiante porque él me lo dijo, pero creí que sería un doctorando, no alguien que estuviera al mismo nivel que yo.

—Espero que no se moleste, Sara.

En ese momento alguien llama a la puerta. Gutiérrez pide que entren y cuando abren y me giro para mirar, el mundo se me cae encima.

—Ah, mire, Sara, aquí está su compañera de proyecto.

Patri me mira desde arriba con un gesto de suficiencia.

—Estaba diciéndole a Sara lo de la beca.

—Sí –responde ella, sin dejar de clavarme la mirada burlona–. Sara sabe que yo siempre consigo mis sueños. –Suelta una risita.

El corazón se me acelera. Oh, mierda, están entrándome ganas de llorar. Sin embargo, consigo decir:

—Enhorabuena.

12



Salgo del despacho de Gutiérrez aguantando la respiración. Lo veo todo borroso a causa de las lágrimas que me empañan los ojos. Eva ya me está esperando en uno de los bancos del pasillo. Cuando me acerco, alza el rostro con una sonrisa. Yo, sin embargo, paso de largo con la sangre hirviéndome bajo la piel. Ella se levanta y me llama:

—¡Nena! ¡Espera!

Agacho la cabeza y no respondo. Bajo las escaleras a toda prisa. Necesito un baño a la de ya.

—¿Pero qué pasa? –Mi amiga aún no me ha alcanzado.

Llego al segundo piso y me abalanzo a los servicios. Abro la puerta hecha una furia y me meto en el primer retrete. En cuanto he cerrado el pestillo, exploto. Escucho abrirse la puerta y la preocupada voz de Eva a continuación.

—¿Sara?

—¡Ahora no quiero hablar! –grito, entre sollozos.

Apoyo la espalda contra la puerta y me cubro la cara con las manos. Tengo un nudo insoportable en el estómago.

—¿Pero estás loca o qué? –Da unos golpes–. Abre o la tiro.

—¡No! –Ya estoy en la fase de chiquilla con la rabieta, pero es que no lo puedo soportar.

—O abres o voy al despacho de Gutiérrez para saber lo que ha pasado.

Vale. Sé que es capaz de hacerlo. Me limpio los lagrimones que me recorren la cara. Corto un poco de papel higiénico y me sueno la nariz. Doblo las hojas que me ha dado Gutiérrez y las meto en mi bolso. No quiero verlas de momento.

En cuanto descorro el pestillo y asomo la cabeza, Eva pone una mano en el marco de la puerta para impedirme que la vuelva a cerrar.

—Vamos, sal –me ordena.

Se aparta y yo camino lentamente hacia el enorme espejo. Dios, qué horrible estoy. Sollozo de nuevo al descubrirme con ese aspecto.

—¿Me va a pasar algo bueno por una maldita vez en la vida? –pregunto, rascándome la nariz.

Eva se acerca y se me queda mirando, al tiempo que me pasa un brazo por la espalda y me la acaricia para tranquilizarme.

—A ver, a ver. ¿Pero qué leches ha ocurrido para que te hayas convertido en una plañidera?

Me giro hacia ella y aspiro por la nariz antes de contestar.

—Gutiérrez va a pedir la beca de doctorado para Patri. –Y enseguida me echo a llorar otra vez.

—¡Eh, eh! –Me da unas palmaditas en la espalda–. Deja que lo entienda. –Se calla unos segundos, pensativa–. ¿Qué cojones pinta esa en todo esto?

—Gutiérrez me dijo que iba a tener una persona más aparte de mí para el departamento, pero jamás habría pensado que sería ella. –Me vuelvo a sonar de forma estruendosa. Y pensar que hace un rato Eva me estaba animando a posar como modelo. En todo caso sería para retratar la miseria humana.

—Pero si la cabrona decía que se iba a estudiar fuera –dice Eva, sorprendida.

—Pues ya ves, todo era una mentira, porque según Gutiérrez lleva años ayudando en el departamento.

—¿Qué? –Mi amiga abre mucho los ojos–. Sí, ya me imagino qué ayuda será esa.

—¡Eva! –la regaño–. Gutiérrez no es así.

—Pero ella sí.

—No me importa que esté en el proyecto, lo que me ha jodido bien es que la ayude a conseguir la beca. –Doy la espalda al espejo, apoyando el trasero en el lavamanos–. Me he esforzado mucho durante estos cinco años para que los profesores se fijaran en mí y me valorasen.

—Nena, tú y yo sabemos que eres la mejor de la promoción y que te mereces esa beca más que ella. –Me limpia las lágrimas secas de las mejillas.

—Pues ya ves de lo que me sirve. –La miro a los ojos color miel con tristeza.

Echa un vistazo al reloj y chasquea la lengua.

—Me gustaría quedarme contigo, pero esta tarde tengo que ayudar a mi padre en el despacho.

—No te preocupes. –Le intento dedicar una sonrisa.

Me lavo la cara y me acicalo un poco, pero continúo teniendo los ojos y los labios hinchados y la nariz más roja que Rudolf.

—¿Te acerco a la estación?

Niego con la cabeza mientras salimos del baño.

—No me apetece volver a casa y que mi madre me pregunte por qué tengo esta cara –Bajo por las escaleras con la mirada perdida–. Llamaré a Cyn para ver si puede quedar un rato.

—¿Pero no está en el pueblo? –Eva ya está buscando el paquete de cigarros.

—Pues sí, pero las amigas están para acudir en los malos momentos, ¿no?

Eva asiente con la cabeza y se encoge de hombros. Cuando salimos a la calle, el bochorno es peor que antes. Mientras ella se enciende un cigarrillo, yo me quedo pensativa. Un chico que parece extranjero se acerca a nosotras. Le da unos golpecitos

en el hombro a Eva. Mi amiga se muestra sorprendida y sonriente. Abraza al chico con toda su fuerza.

—¡Lukas! –exclama–. ¿Qué haces aquí? ¿Te vas a quedar otro año en Valencia?

El chico empieza a hablar. Parece polaco. Imagino que estuvieron juntos en alguna clase. Yo los escucho un rato hasta que me canso y le digo a Eva:

—Me voy a ir para el centro.

—¡Espera, te acerco!

—No, tranquila. Voy a ir andando y así me despejo un poco y pienso.

—Pues luego te mando un wasap, ¿vale?

Asiento y me despido con la mano. Cruzo la calle sin mirar si está en verde y escucho una bocina. Un coche me pasa rozando. El grito de un conductor. Echo a correr hasta subir a la acera. Joder, qué susto y qué vergüenza. Hay un par de chicas de la Facultad de Historia que se me han quedado mirando y no paran de susurrar entre ellas. Debo de tener la cara hecha un cristo.

Decido no postergarlo más y llamar a Cyn. Si le mando un mensaje es capaz de no enterarse o no responder y yo la necesito ya. Marco el número a toda prisa y me llevo el teléfono a la oreja. Un tono, dos tonos. Me acerco a la biblioteca y me siento en uno de los bancos que hay fuera. Al fin, contesta. Tiene voz adormilada.

—¿Sí?

—Cyn.

—¡Sara! Perraca, que desde que te fuiste de la fiesta no sé nada de ti.

—Yo qué sé, tampoco me has enviado ningún mensaje ni nada –le digo, intentando disculparme.

—Espero que la reconciliación fuese buena. –La escucho reírse al otro lado de la línea.

—Sí lo fue.

—¿Entonces volvéis a estar juntos?

—Supongo que sí.

Suelta un gritito de alegría. Yo me echo a reír. Si es que está tan loca que siempre me saca una sonrisa.

—Y tengo un montón de cosas que contarte. –Le tengo que confesar lo de las fotos, porque tarde o temprano se podría enterar. Sé que se va a poner como una loca, pero me arriesgaré.

—¿En serio? Pues empieza ya.

—Pero es que prefiero que sea en persona.

—¡Pues yo no puedo esperar a que nos veamos en el piso!

—Si es que te llamaba para que quedásemos hoy.

—¿Hoy? Pues no voy a poder, tía.

Se me cae el mundo a los pies.

—¿Por?

—Bueno, recuerda que Abel fue a la fiesta gracias a mí. Y acuérdate de que lo conseguí a través de un intercambio.

—Sí, sí me acuerdo.

—Pues tengo hoy la cita con Marcos. Y no la puedo cancelar.

—Joder, Cyn, necesito hablar con alguien –digo con voz apenada.

—¿Pero ha pasado algo malo?

—¡Sí! Si no, no te estaría llamando.

—Tía, qué mal me sabe, pero es que no está bien que cancele la cita con…

—Ya, ya, entiendo.

Pienso en el musculitos chulo. Supongo que cuando lo vio, a Cyn se le cayó la baba. Pero en el fondo la entiendo. Y al fin y al cabo desde que sucedió lo de Kurt no ha vuelto a caer a los pies de otro hombre. Quizá le venga bien salir con uno nuevo, aunque sea el gilipollas de Marcos.

—¿Por qué no me cuentas de forma rápida lo que ha pasado?

Me tiro veinte minutos para explicarle todo: el lío de las fotos, las llamadas extrañas que al final resultaron tener un dueño, lo que me ha ocurrido con Gutiérrez. Ella no deja de soltar exclamaciones de sorpresa o de indignación.

—No me puedo creer que vayan a darle la beca a esa trepa –dice cuando me callo.

En realidad tan sólo la conoce por lo que yo le he contado durante estos años, pero supongo que ya es mucho. Suelto un bufido al recordar la cara con la que la pesada de Patri me ha mirado cuando ha entrado al despacho. ¡Qué rabia!

—Y tía, yo también pienso que ha sido Nina –Cyn suspira–. Pero oye, no está saliendo todo tan mal. ¡Que te quieren para modelo!

Sabía lo mucho que se iba a emocionar con algo así. Creo que a ella le gustaría que le ocurriese. Así que ya sé que me va a animar a que lo haga. Pero vamos, ni loca. Se pasa unos diez minutos más hablándome sobre lo maravilloso que sería verme en revistas o en la televisión, especialmente por la cara que pondría Nina. Sí, esa es otra, que me estaría buscando más problemas. A continuación se dedica a explicarme lo que se va a poner para su cita con Marcos.

—Sara, no me habías dicho que estaba como un queso.

—Es que no lo está –Bueno, en realidad sí es muy guapo. Pero es el tipo de belleza que a mí no me gusta nada. Demasiado estereotipada.

—Si no fuera porque estás loquita por Abel, te diría que tus gustos son muy raros.

Me informa de que se marcha a Mallorca con sus padres hasta el uno de septiembre. Yo cada vez me siento más deprimida. ¡Joder, necesito verla ya! Le ruego que el día dos esté en el piso conmigo.

—¿Pero y Abel?

—De momento pasaré el fin de semana con él. Cuando esté en el piso, ya veremos –respondo.

—Por mí no te cortes, ¿eh?

Cinco minutos después terminamos la conversación. Guardo el móvil en el bolso y apoyo las manos en el banco, echando la cabeza hacia atrás, con la barbilla apuntando al cielo. Cierro los ojos, recibiendo el abrasador sol de finales de agosto en toda la cara. ¿Qué hago? ¿Me vuelvo a casa? He tenido que cancelar la clase con mi alumna para venir a la cita con Gutiérrez, así que no tengo ningún plan. Pero en casa estará mi padre y no me apetece nada verlo. Sé que está muy mal tener ese sentimiento, pero no lo puedo evitar. Odio que discuta con mi madre cada día y que los motivos sean precisamente por los que ya me marché. El pasado siempre retorna. Suspiro.

Decido probar suerte con Judith. No sé por dónde andará, pero quizá le apetezca tomar algo. Le envío un wasap. Me doy cuenta de que no se conecta desde la noche anterior. Espero unos diez minutos hasta que recibo su respuesta.

«Lo siento, cariño, pero estoy pasando unos días en Canarias con Graciella. ¿Cómo está mi preciosa chica?»

Le digo que bien, que tan sólo me apetecía verla. Por lo que parece, no sabe nada de lo de las fotos. Supongo que aún no ha hablado con Abel. No se lo voy a contar ahora, ya que está divirtiéndose con su novia en la maravillosa isla. Y se lo merece.

Me quedo un rato más en el banco, haciendo rodar el móvil entre las manos. Entonces se me ocurre llamar a Eric. Joder, parece que soy una convenida que sólo lo quiere cerca cuando no tiene a nadie más. Pero no es eso, es sólo que ahora mismo necesito hablar y sé que él es alguien que escucha. No sé si estará enfadado por lo de la otra noche, ya que no ha dado señales de vida, pero si lo está me disculparé. En lugar de enviarle un mensaje, prefiero llamarlo. Busco su número en la agenda y cuando suena el primer tono me empiezo a poner nerviosa. Estoy a punto de colgar en el momento en que responde.

—Sara. –Está serio. Oh, mierda.

—Hola, Eric –digo con voz jovial.

—Hola –murmura. Dice algo más pero no le entiendo porque me está hablando bastante bajo.

—¿Puedes repetir? No te oigo bien.

—Que qué raro que te hayas acordado de mí.

Auch. Menuda estocada. Pero bueno, tiene razón. Me paso el móvil a la otra oreja. Joder, cómo me sudan las manos.

—Ya. Lo siento, Eric. En serio, es que llegó él y…

—No te preocupes. Lo entiendo. Yo habría hecho lo mismo. –Pero continúa serio.

—Mira… Yo… Me apetece hablar contigo y contarte unas cosas.

—¿A mí?

—Eh, sí. Somos amigos, ¿no?

—¿Me llamas sólo porque estás mal, Sara? –Parece que se ha molestado un poco.

Oh, joder. La estoy cagando. ¿Estoy siendo demasiado egoísta?

—No, Eric. –Ay, ya he perdido toda la capacidad para mentir–. La verdad es que sé que actué mal y...

—¿Quieres que nos veamos? ¿Es eso?

No sé por qué la forma en que me lo dice me provoca un pinchazo en el bajo vientre. Pienso en su sonrisa y en el modo en que me mira a veces y siento un escalofrío a pesar del calor que hace.

—Sólo si puedes.

En ese momento escucho una voz femenina. La punzada esta vez me ataca al corazón. ¡Oh, vamos, quizá sea su madre! Y, de todos modos, no me tiene que importar nada.

—Espera.

Tapa el auricular con la mano, pero a pesar de todo puedo escuchar las voces, aunque no entender lo que dicen. Sin duda se trata de una voz de chica joven. Me pregunto quién será. ¿Alguna de las Barbies de la fiesta de Cyn? Todas eran muy guapas y Eric también lo es, no sería tan extraño.

—¿Nos vemos en media hora en la parada de metro de Colón? –me pregunta.

El corazón se me dispara. Uy, ¿pero qué leches me está pasando? ¡Ya vale, Sara, cada día eres más tonta!

—Sí, vale. ¿Pero en serio no estás ocupado? –insisto.

—Cállate. No hagas que me arrepienta. –Ahora está sonriendo, lo noto. Y cuelga sin esperar mi respuesta.

Yo doy un brinco del banco, dispuesta a ir al centro. Decido ir andando y así no gastar dinero en el billete de metro. A medio camino me arrepiento porque estoy sudando como un pollo. Espero que el perfume me aguante durante el rato que esté con él. Llego cinco minutos antes del tiempo estimado. Recorro la calle un par de veces. Diez minutos después aún no ha aparecido. Me pregunto si se va a vengar dejándome plantada. No, él no parece de esos. Observo el escaparate de El Corte Inglés. A continuación me acerco al de una tienda de lencería. Hay algunas prendas que jamás he utilizado como ligueros y tangas finísimos, y sujetadores con muchos encajes. Todos son preciosos.

—Ese de ahí te quedaría muy bien.

Se me suben los colores. El dedo de Eric señala un corsé negro muy atrevido. Me giro a él y sonrío de forma tímida. Él me la devuelve, pero de forma abierta. Me

pongo de puntillas para darle dos besos. Me coge de la nuca mientras le saludo.

—No pareces muy animada –dice.

Niego con una triste sonrisa. Me apoya la mano en la espalda y echa a andar. Yo le sigo sin saber muy bien adónde vamos.

—Te gusta el dulce, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. Él sonríe. Caminamos por un par de calles más hasta llegar a una coqueta cafetería, pequeñita pero con mucho encanto. En el cristal hay *cupcakes* y *muffins* de todas las formas, colores y sabores. Abro la boca con entusiasmo. Lo miro agradecida; un poco de azúcar es lo que más necesito hoy. Parece que siempre sabe lo que me va a gustar. ¡A ver si Abel aprende un poco de esto! Pedimos dos tés; él un *muffin* y yo un *cupcake* rojo.

—Venga, suelta por esa boquita –me dice una vez nos han servido.

Mientras nos comemos los pasteles y bebemos el té le cuento todo lo ocurrido desde la fiesta. Esta tarde ya lo he repetido tres veces, así que ahora ya no me afecta tanto lo de Patri. Él se queda pensativo, rascándose la barbilla.

—Siento mucho lo de esa chica. La vida es dura, Sara. –Me dedica una franca sonrisa–. Pero estoy seguro de que vas a conseguir todo lo que quieras si te lo propones.

—¿Y qué te parece lo de las fotos? –le pregunto–. ¿Abel te comentó lo del abogado?

Se queda callado unos instantes, observando las migas que se han desprendido de su *muffin* y han caído al platito.

—Sí. Y espero que le vaya bien en la búsqueda. Estos casos son difíciles. Hace mucho, cuando era bastante descuidado, también me robaron unas fotos. Pero claro, no eran importantes.

Yo lo miro fijamente. Sonríe, aunque de forma nerviosa. Aparta la mirada. Al final me doy cuenta de que la mía era demasiado intensa y la retiro también, un tanto avergonzada. Madre mía, va a tener razón Abel de que estoy aprendiendo demasiado. ¡Yo no solía ser así de descarada! Y de todos modos, ¡no lo hago queriendo!

—Pero mira, tus amigas tienen razón: has sacado algo bueno de todo esto.

—¿Ah, sí? ¿El qué? –pregunto, aunque sé lo que me va a contestar.

—Te ofrecen trabajo como modelo.

—No quiero ese trabajo. –Arrugo la nariz.

Él da un sorbo a su té y a continuación se me queda mirando de arriba abajo. Bueno, tan sólo la cara y el torso, porque la mesa me tapa las piernas.

—Pues creo que serías magnífica para él. –Alarga una mano y me coge un mechón de cabello–. Tu pelo es muy negro y sedoso. –Se lo acerca a la nariz. Yo me remuevo en mi silla–. Y huele fenomenal. –Me sonríe. Se inclina hacia delante, apoyando los

codos en la mesa. Yo debería echarme hacia atrás, pero me he quedado helada–. Y tus ojos son de los más bonitos que he visto nunca. Tienes una mirada limpia, pero también intensa.

—Bueno, pero mi pelo es un poco rebelde… –Intento restar importancia a todos sus halagos.

Sin embargo, él se inclina más. Me suelta el mechón y dirige la mano por mi mejilla hasta los labios. Yo doy un respingo.

—Y tienes una boca muy sensual. –Me los acaricia–. Vamos, que si quisieras, serías una modelo bastante buena. –Vuelve a recuperar la posición de antes. Yo suspiro aliviada. ¿A qué ha venido todo esto y por qué me estaba dejando?–. Por no hablar de la pasta que te pagarían. Si Abel dice que son importantes…

—No sé, ya hemos dicho que no.

—¿Habéis? –Esboza una sonrisa. Joder, cómo lo conoce. Se termina la magdalena y añade–: Estás mal de pasta, Sara, así que mira qué oportunidad. Yo me lo pensaría.

—¿Y a ti qué tal te va? –pregunto para cambiar de tema.

—La verdad es que también estoy pelado. Tengo algunos ahorrillos pero joder, vuelan enseguida. Ahora que las campañas no son grandes, Abel no me necesita.

Asiento un tanto disgustada. Lo están pasando mal por mi culpa.

—Por cierto, ¿dónde está? –Me pregunta, mirándome con una ceja arqueada–. Me sorprende que estés aquí conmigo sin que ponga el grito en el cielo.

Chasqueo la lengua, aunque tiene razón. Vamos, que creo que no le voy a mencionar a Abel mi encuentro. Me gustaría decirle a Eric que no diga nada, pero si le pido eso, parece que esté haciendo algo malo y no es así.

—Va a estar tres días en Barcelona. Tiene una reunión con unos clientes a ver si consigue algo. –Cruzo los dedos–. Espero que sí, y que así tengas trabajo otra vez.

Se echa a reír. Nos miramos en silencio unos segundos, hasta que yo también me río y ladeo el rostro, notando que las mejillas se me encienden de nuevo. Llevo un tiempo que parece que no tengo cerebro.

—En fin, Sara, tengo que volver a casa. –Se saca la cartera del bolsillo y me hace un gesto para que yo no haga lo mismo con la mía–. Estaba con alguien y si tardo más se enfadará. –Paga y nos dirigimos a la salida en silencio–. No es nada serio, ¿sabes? –Me dice ya en la calle–. Pero bueno, nos divertimos juntos.

Asiento con la cabeza. Me lo imaginaba. Joder, es evidente que un tío como Eric se acostará con tantas mujeres como Abel. Más o menos, no sé. No quiero pensar en eso ahora. ¿Por qué estoy molesta? ¿Es porque antes me estaba acariciando la cara y ahora me dice que está con alguien? A ver, a ver, Sara. ¿Quién es tu novio? Abel. ¿Quién te vuelve loca? Él. ¿Y quién tiene que dejar de ser como el perro del hortelano? Yo.

Me despido de él en la boca del metro. Al abrazarme, lo hace con más fuerza que otras veces. Me siento rara entre sus brazos.

—Prométeme que pensarás lo que te han propuesto.

Lo veo alejarse calle abajo con sus andares despreocupados. La cabeza me da vueltas entre unas cosas y otras.

13



Vuelvo a mirar el móvil. Abel habrá regresado de Barcelona hace una hora más o menos. Será cuestión de minutos que me llame. Así que tengo que darme prisa, pero la verdad es que estoy asustada y confundida. Las manos me sudan y me siento ridícula, encerrada aquí en el baño de mi casa. Escucho la televisión a todo volumen en el comedor. Mi padre está viendo uno de esos programas sobre parejas que tanto le gustan. Hace un rato ha llegado con unas cervezas de más y, como era de esperar, ha discutido con mi madre. Yo me he metido aquí a esperar que todo pasase, que los gritos se apagasen de una vez. Mi madre se ha ido dando un portazo y él ha soltado unos cuantos improperios hasta que se ha cansado.

Una vez más echo un vistazo al teléfono. Las cinco. ¿Estarán disponibles un sábado? No lo sé, pero quizá pueda intentarlo. ¿Estaré haciendo bien? Lo he estado pensando mucho durante estos tres días, le he dado vueltas y más vueltas y me he tirado despierta hasta las tantas, sopesando qué hacer. Bueno, creo que por llamar no va a pasar nada. Tan sólo quiero informarme. Puede que me quieran hacer una entrevista o algo así, y eso no significa que vaya a aceptar.

Busco en el registro de llamadas. Quizá no sea posible devolverla a ese número. Cuando lo encuentro, aprieto el botón verde. ¡Vaya, sí que da señal! Inmediatamente me pongo más nerviosa de lo que estaba. Inspiro tomando todo el aire que puedo y fijo la vista en el grifo para no pensar en nada más y evitar que el nerviosismo roce la histeria.

—Oficina central de Brein Gross. Leticia Méndez al habla. ¿En qué puedo ayudarle?

Me quedo callada durante unos segundos. ¿De qué me suena a mí eso de Brein Gross?

—¿Hola?

—¡Hola! –Suelto, de forma atolondrada. La mujer del otro lado de la línea no dice nada. Carraspeo–. Mire, es que este verano he recibido varias llamadas de este número. No estaba disponible y por eso no lo cogía –miento.

—¿Me puede decir su nombre?

—Sara Fernández –respondo.

—Espere un momento.

La mujer me deja a la espera con una música relajante. Pero me pone los pelos de punta. Mientras tanto, pienso dónde he oído eso de Gross… ¿Brein Gross? ¿Es una marca de perfume? No, no, me gustan demasiado, así que lo conocería seguro. ¿Una

firma de ropa? No, tampoco.

—Frida Mangon. ¿Con quién tengo el placer de hablar? –Otra mujer de voz potente me habla al oído y me saca de mis pensamientos.

—¡Oh! Hola, soy Sara Fernández –repito.

—¿Es usted la modelo de las fotos de Abel Ruiz publicadas en la revista *New Photography*? –me pregunta, muy seria.

—Sí –contesto con un hilo de voz.

—Mire, hoy nuestro director de la campaña no se encuentra en las oficinas. En realidad, no vuelve de sus vacaciones hasta el uno de septiembre.

—Oh –me limito a decir. Me estoy muriendo de la vergüenza.

—Tengo constancia de que no quería formar parte de la campaña, ¿no es así?

—Eh, bueno… Fue un malentendido.

¿Pero de qué está hablando? ¿En serio quieren que yo participe en una como la que hizo Nina? No, no puede ser. Bueno, a lo mejor ya han conseguido una modelo y yo estoy haciendo el tonto.

—Señorita Fernández, hemos estado llamando a otras modelos...

—Ya, entiendo –la interrumpo.

Ella se queda callada, pero a continuación añade:

—El 3 de septiembre se realizará una reunión en nuestras oficinas para entrevistar a las aspirantes al puesto. Si usted quiere, puedo hablar con el director y decirle que la vuelva a agregar.

Uf, no sé qué responder. Abel me va a matar por esto, lo sé. Pero no sé. Me apetece ser un poco rebelde e intentarlo. Creo que no hago nada malo. Y en cierto modo me hace sentir un poco importante. Todos han dicho que podría hacerlo. Incluso Eric, y él es también fotógrafo, así que entiende más.

—Sí, me gustaría.

—De acuerdo. Entonces dejaré el recado al director. Apunte la dirección y la hora a la que debe acudir a la entrevista.

Le pido que espere y salgo del cuarto de baño en busca de papel y boli. Mi padre se me queda mirando con mala cara cuando paso por delante del televisor. Hago caso omiso de sus gruñidos y saco del cajón una libreta junto con un lápiz. Me acerco a la mesa y anoto lo que la mujer me dice. ¡Joder, pero si esto es en Madrid! Mierda, pensaba que sería aquí y que podría ir en autobús o metro. ¿Cómo voy a ir hasta allá sin que Abel se entere?

—Una última cosa, señorita Fernández.

—Llámeme Sara, por favor.

—Está bien. Sara, recuerde decírselo a su fotógrafo.

—¿A mi fotógrafo?

—Sí, a Abel Ruiz. Si se queda con usted, al director le gustaría que fuese él quien la fotografiase.

Me quedo callada. Al fin acierto a responder con un débil sí y tras despedirnos, cuelgo y me quedo sentada en la silla con la mirada perdida.

—¿Te vas a quedar ahí todo el rato? –me pregunta mi padre de forma huraña.

Yo lo miro con la nariz arrugada y a continuación me levanto y me dirijo a mi habitación. Oh, joder, ahora sólo tengo dos opciones: no voy y quedo fatal, o voy pero se lo tengo que decir a Abel. Y evidentemente, no va a querer. Ay, estoy metida en un lío.

Nada más tumbarme en la cama me suena el móvil. Doy un respingo y me incorporo a toda velocidad. Es él. Bueno, voy a fingir tranquilidad, si es que puedo.

—Hola –digo. Uf, he sonado muy sosa.

—Quiero verte.

La verdad es que yo también tengo muchas ganas de estar con él, pero ahora mismo tengo tantas movidas en la cabeza... ¿Alguna vez nos encontraremos sin que yo esté metida en líos? ¡Hola, si hay alguien ahí arriba, necesito un respiro!

—Pues ven por mí.

—Estaré en tu pueblo en cuarenta minutos. ¿Me esperas debajo de tu casa?

—Claro.

—Me muero por besarte y tocar tu piel. –Me cuelga sin darme opción a responder.

Me levanto de la cama y meto en la mochila un par de braguitas y un sujetador de recambio. También cojo un pijama de verano y la ropa que me pondré mañana. Joder, no puedo dejar de pensar en lo que he hecho. El tres de septiembre es la semana que viene. Esto es a contracorriente. Mientras guardo el neceser en la mochila, pienso en cómo decirle a Abel que quiero ir a esa entrevista. Le convenceré de que es únicamente por probar, que no tenemos por qué aceptar. Pero, de todos modos, ¿qué habría de malo en ello? Bueno, si tengo que salir en ropa interior me lo pensaría mucho más, pero si son unas fotos bonitas y normales, no veo por qué no.

Antes de que pasen treinta minutos ya me está haciendo una perdida al móvil. Este ha pisado fuerte el acelerador. Supongo que tiene bastantes ganas de verme. Yo también, pero preferiría no tener que contarle nada de esto. ¿Y si me callo y se lo confieso el día anterior? ¿Podré aguantar? No, pero eso no está bien porque a lo mejor hace planes y ya no podemos ir a Madrid. Me hace otra perdida mientras me pinto los labios. Corro por el pasillo y le digo a mi padre:

—Me voy.

Ni se inmuta. Me meto un poco en el comedor y exclamo:

—¡Que me voy!

Gira la cabeza con ojos somnolientos. Siempre le pasa que al final se queda

dormido en la silla mientras se traga un programa tras otro.

—¿Adónde?

—Con mi novio, papá –digo con paciencia.

—A mí ese fotógrafo no me gusta –responde, sin ni siquiera mirarme, pues ha devuelto la vista a la pantalla.

—Y a mí no me gustan otras cosas –murmuro en voz baja. Me acerco para darle un beso de despedida, que él ni siquiera me devuelve–. Dile a la mamá que el lunes me tendrá que ayudar a hacer las maletas para volver al piso de alquiler.

Asiente con la cabeza, aunque estoy segura de que no ha escuchado nada. Suelto un suspiro y regreso a la habitación, donde cojo la mochila y me la cuelgo a la espalda. Mientras espero el ascensor me llega otra perdida. ¡Pero será pesado! Una vez bajo, camino a toda prisa a la puerta y en cuanto abro, él se inclina y me dice cuando me acerco al coche:

—Estoy en doble fila, Sara.

—Pues perdone usted.

Me siento y abrocho el cinturón. Coloco la mochila entre mis piernas. Siempre voy incómoda de esta forma, pero es una manía que tengo, y más cuando estoy nerviosa. Él se inclina para darme un beso. Está sonriente y noto en su mirada la excitación que tiene.

—¿Qué tal ha ido la cita?

—Creo que bien –dice, arrancando el coche–. Pero no me confirmarán nada hasta dentro de dos semanas.

Trago saliva en silencio. Bueno, así tengo otro motivo para pedirle que vayamos a Madrid. Al fin y al cabo, es un trabajo también para él. Miro su perfil. Me gusta ver cómo su pecho sube y baja con la respiración. Uf, me encanta con las gafas de sol. Ojalá fuera verano siempre.

—Estos días no has tenido pensamientos raros sobre mí, ¿no?

Niego con la cabeza. Alargo la mano para poner en marcha el reproductor de CD. Una canción que no conozco de una mujer que no sé quién es. Pero me parece bonita. Intento escuchar la letra. «Just… Give me a reason to love you…».

—Portishead –dice Abel en ese momento.

—¿Qué?

—El grupo se llama Portishead. ¿Te gusta la voz de la cantante?

Asiento con la cabeza.

—Es muy sensual, ¿verdad?

Estamos saliendo de la ciudad; supongo que este fin de semana me va a llevar a su casa cerca de la playa. Bueno, me parece bien, así quizá me pueda relajar un poco en la piscina y en esa bañera tan enorme en la que quiero sumergirme desde que la

descubrí. Cuando lleva conduciendo un ratito, ladea levemente el rostro hacia mí y me pregunta:

—¿Has estado pensando en mí, Sara?

Me giro hacia él, pero no le contesto porque bien sabe que siempre pienso en él, lo que ocurre es que le encanta que se lo recuerde. No sé si él me observa a mí o no, ya que no puedo ver sus ojos a través de esas oscuras gafas. Sin embargo, está sonriendo y los hoyuelos se le marcan tanto que una cosquilla me hormiguea en el estómago.

—Quién sabe… Quizá… –respondo, haciéndome la durilla.

—Yo te he tenido en mi mente a cada segundo, y la verdad es que en todas esas imágenes no llevabas mucha ropa puesta –me dice con voz grave. Joder, es tan caliente. No puedo evitar sentir un cosquilleo en el bajo vientre al escuchar esa frase.

—¿Te han dicho alguna vez que sólo piensas en sexo? –continúo mostrándome como si nada, aunque tengo esa sensación en el estómago que me indica que me estoy excitando cada vez más. Y encima con esos hoyuelos en su cara…

—Pienso en sexo contigo, Sara. Pero no quiero que pienses que sólo te tengo en la cabeza para eso. –Se pone serio, como si realmente le hubieran molestado mis palabras.

Giro la cabeza y me muerdo el labio inferior. Segundos después, observo de manera disimulada sus manos en el volante. Esas manos que me ponen muchísimo. Es estar cerca de él y notar la atracción que sentimos el uno por el otro, como si nuestros cuerpos no pudieran mantenerse sin probarse el uno al otro. Poco a poco, un calor terrible me va ascendiendo desde la planta de los pies hasta los muslos y se me va hacia arriba, muy arriba. Me remuevo en el asiento, intentando atrapar las olas que noto en mi sexo. Él vuelve a girar la cabeza hacia mí y me observa con curiosidad. De repente, se me ocurre una locura. Pero una que me apetece muchísimo hacer. Desde que estoy con él, soy más desinhibida en el sexo y es algo que me gusta. Sé que esto le va a sorprender muchísimo, así que sonrío para mis adentros y empujo hacia arriba para bajarme las braguitas. Por suerte llevo un vestido, así que es mucho más fácil. Cuando se deslizan por mis tobillos, Abel ya está respirando profundamente. Alzo un pie y luego el otro y las recojo. Las alzo para enseñárselas. Sé que le he sorprendido por completo. Y siento que tengo el poder.

—Joder, Sara… –Se quita las gafas de sol. Aunque mira al frente, puedo notar lo excitado que está–. ¿Qué es lo que me estás proponiendo?

Tengo que admitir que este jueguecito me gusta. Me encanta mostrarme tan atrevida con él. No hay apenas coches por la carretera, pero pasa alguno que otro y, aunque parezca mentira en mí, la posibilidad de que nos descubran me da morbo. Así que me subo un poco el vestido y me toco por debajo de él. Mis labios automáticamente responden a mis caricias. Alzo otra vez la mano y le apunto con dos dedos.

—Uf, pequeña… No sabes cómo me estás poniendo –su voz suena más grave que nunca.

Me inclino hacia él y arrimo los dedos mojados a sus labios. Saca la punta de la lengua y los lame. Oh, Dios, me estoy poniendo cardiaca con todo esto. Por debajo del vestido mi sexo palpita, expectante ante la idea de tenerlo muy dentro de mí.

—Joder, sabes tan bien, Sara –susurra con voz grave.

Pisa a fondo el acelerador y el coche da una sacudida. Yo lo miro sorprendida y sonrío, satisfecha de provocarle tanta impaciencia. Y luego dice que soy la que no se espera.

—Mantente así de excitada –dice, girando a la derecha y metiéndose por un camino más estrecho–. Quiero que estés preparada para mí porque voy a follarte en cuanto pare el coche.

—Lo estoy –respondo, tratando de poner una voz sensual.

Sé que lo he conseguido porque suelta un suspiro al tiempo que se muerde los labios. Dirijo la vista hacia sus vaqueros y descubro el magnífico bulto. Acerco la mano y apenas le rozo, él da un respingo. Le acaricio con suavidad por encima del pantalón mientras noto que mi sexo se humedece más. Segundos después llegamos a una zona abierta y solitaria. Abel detiene el coche y se desabrocha el cinturón.

—Baja.

Se apea y yo me apresuro a hacer lo mismo. Me quedo plantada ante la puerta, sin saber qué hacer. Él rodea el coche y se acerca a mí. Me atrapa por la cintura y me pega contra su pecho. Me excita sobremanera que me apriete con tanta fuerza porque me traspasa todo el deseo que siente. Acerca el rostro al mío y, agarrándome de la nuca, me besa con la posesión de los primeros días. Yo le rodeo también el cuello con mis brazos y abro la boca para dejar paso a su lengua. Está cálida, suave, sabrosa. La saboreo todo lo que puedo. Nos comemos a besos y gimo en su boca cuando me aprieta las nalgas y me clava la erección en el vientre.

A continuación me coge en brazos y me tumba en el capó del coche. Lo miro sorprendida y suelto un gritito cuando se inclina y baja hacia mi sexo. En cuestión de segundos su lengua se abre paso por mis labios. Oh, joder, qué vergüenza. ¿Me está haciendo eso justo aquí al aire libre? Sin poderlo evitar, gimo. Apoyo las manos en su cabeza y le acaricio el cabello. Sus dientes me rozan el sexo y siento que se me nubla la vista. ¿Pero qué me hace este hombre? ¿Cómo consigue que me esté volviendo una atrevida? Se me escapa un gritito cuando me atrapa el clítoris con los labios y lo lame.

—Si lo continúas haciendo así, me correré enseguida –me quejo.

Continúa acariciando mi sexo con la lengua, provocándome más placer a cada segundo que pasa. Le estiro un poco del pelo y sólo consigo que se emocione más y

que me coja del trasero y me apriete contra su rostro.

—Abel… por favor… –murmuro, arqueando la espalda y fijando la vista en el cielo claro. Oh, joder… Esto es tan maravilloso.

Introduce la punta de la lengua en mi cavidad. Doy un grito al notarlo y me intento agarrar a algún lado, pero sólo hay vacío. La respiración se me acelera. Su saliva no me da tregua, se confunde con mis fluidos. Me presiona el clítoris con un dedo, juega con él al tiempo que hace círculos en mi sexo con la lengua. Oh, por favor, ¿pero dónde ha aprendido a hacer esto tan bien? Me retuerzo entre sus manos y arqueo más la espalda, notando las turbulencias que se avecinan a mi cuerpo.

—No puedo más.

Él me muerde el clítoris con suavidad al tiempo que introduce dos de sus dedos en mi dispuesto sexo. Me tiembla todo cuando el orgasmo me sacude como un huracán. Me abate por completo sin darme apenas tiempo para comprender lo que está pasando. Abro los ojos y grito mirando el cielo: un par de aves que lo cruzan. Y yo aquí, con este hombre fantástico entre mis piernas, saboreándome toda.

Aún estoy temblando cuando me coge en brazos una vez más. Abre la puerta de atrás del coche y me tira en el asiento. A continuación él se acerca a la parte delantera y toquetea el aparato de música. La canción de antes vuelve a sonar. Regresa adonde yo estoy y se mete en el coche. Se sienta a mi lado y me mira con intensidad. Tiene los labios rojos y húmedos y eso me excita tanto que me lanzo contra él y lo beso con toda la pasión que puedo. Mientras tanto, él se desabrocha el pantalón y se lo baja hasta los tobillos, al igual que la ropa interior. Se sujeta la excitación con una mano al tiempo que me mira con una traviesa sonrisa. Yo se la devuelvo y me inclino hacia delante. Se la rozo con los labios y luego paso un dedo por su puntita, me la llevo a la boca, la humedezco y vuelvo a acariciarle. Suelta un gemido y se acomoda en el asiento. Entonces me la meto en la boca y empiezo a jugar con ella. La saboreo, la lamo, la rozo con los dientes, al tiempo que la acaricio también con la mano. Él apoya una mano en mi cabeza y menea las caderas con tal de que me la introduzca más.

—Pequeña, lo haces tan bien –gime.

Alzo la cabeza para mirarlo. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta. Es la viva imagen del placer y me excita muchísimo verlo de esa forma, así que aumento el ritmo de mis caricias y lametones. Él abre de repente los ojos y se me queda mirando con la vista borrosa.

—Ven. –Me agarra de los brazos–. Ponte encima de mí.

Obedezco inmediatamente. Lo que más deseo es tenerlo muy dentro de mí. Me siento a horcajadas encima de él. Me toma del culo y me coloca en el punto justo. Lo noto en la entrada de mi sexo y suelto un suspiro. Me dejo caer poco a poco, con suavidad, sintiendo cómo se introduce en mí cada centímetro de él. Echo la cabeza hacia atrás,

el pelo me hace cosquillas en la espalda. Cierro los ojos y me pierdo en la sensación que me provoca notar su calidez en mi intimidad. «Give me a reason to be a woman…», dice la cantante. Oh, joder, esta es una maravillosa razón para serlo, esta sensación indescriptible que él me provoca.

—Apuesto a que nunca te han follado con Portishead de fondo –me dice, agarrándome de la espalda y arrimándome a él.

Me besa con suavidad, y yo me muevo así también, casi al ritmo de la música. Lo cierto es que no, nunca lo han hecho, pero la melodía y la voz de la cantante despiertan la sensualidad en mí. «I just wanna be a woman…».

—Sé una mujer para mí –me susurra al oído, meneando las caderas hacia arriba y hacia abajo. Su sexo se desliza en mí perfectamente y no puedo evitar suspirar ante ese estremecedor contacto.

Obedezco a lo que me pide. Le cojo las manos y las pongo sobre mis pechos al tiempo que me yergo lo suficiente como para sentir que me llena por completo. «So don't stop being a man…» Alzo las caderas y las muevo en círculos. Él me observa con una sonrisa, con la boca entreabierta y la lengua asomando por entre sus labios. Me inclino y le beso, jugando con ella. Me aprieta el culo cuando incremento las sacudidas de cadera.

—Domíname, pequeña –gruñe, subiendo otra vez la mano a mi pecho y acariciándomelo por encima del vestido.

Sí, lo cierto es que esta postura me encanta porque yo tengo el poder. Hago lo que se me antoja. Así que yergo más el busto y echo la cabeza una vez más hacia atrás, para disfrutar de todo el placer que estoy sintiendo. Escucho que su respiración se acelera con cada movimiento mío. Me meneo de adelante a atrás, y luego de arriba abajo, sintiendo de esta forma un placer mayor. Gimo una y otra vez sin poderlo evitar.

—Así me gusta, Sara, que no te cohíbas. –Me coge de la cara para acercarme a él. Me besa en las mejillas, en la barbilla y finalmente en la boca. Me muerde los labios mientras yo continúo cabalgando sobre él.

—No puedo más –digo, notando la inminente llegada del orgasmo.

Me agarra de las caderas con fuerza y me ayuda en los movimientos. Su sexo se adentra en mí con profundas sacudidas. Grito con cada una de ellas sin importarme nada más. Madre mía, no me reconozco ni yo misma, pero me siento tremendamente *sexy*. Él apoya la espalda en el asiento y entreabre la boca. Me dirige una mirada desenfocada. Está a punto de irse también, y su sexo bombea en mi interior. El mío se contrae y atrapa al suyo, el cual se desboca.

—¡Joder, Sara! –gruñe, soltándose en mí.

Yo continúo dando saltitos sobre él y al fin consigo que el placer me inunde a mí

también. Grito y me agarro a sus hombros para no perder el control. ¡Madre mía, esto es indescriptible! Me vuelve loca cada vez que lo hacemos. No me cansaré nunca de sentir todo lo que me ofrece.

Cuando ambos nos tranquilizamos, Abel acerca la cabeza a mi pecho y la apoya en él. Yo le acaricio el pelo y me empiezo a serenar.

—El corazón te va a mil por hora –dice.

—Un día me vas a matar –me rio.

Alza la cara y me mira. Le acaricio la frente sudada y le doy un suave beso en los labios. Él me observa aún con los ojos bañados en deseo.

—Me moría de ganas por volver ya. Creía que no iba a poder aguantarlo. –Se echa a reír. Los hoyuelos asoman y se los beso–. No puedo estar separado de ti por mucho tiempo.

—Yo tampoco –coincido.

Vuelve a colocar la cabeza en mi pecho. Todavía está dentro de mí y aún no se ha apagado el fuego. Quizá sea el momento ahora… Tengo que aprovechar que todavía tiene las defensas bajas. Trago saliva y le digo:

—Abel, me gustaría decirte algo.

—¿Mmmm? –pregunta, sin levantar la cabeza.

Y se lo cuento todo. Desde lo que me sucedió con Gutiérrez hasta la llamada que he hecho hoy. Omito lo de Eric.

Abel no alza la cabeza en todo el rato. Pero cuando le digo lo de la entrevista en Madrid, su cuerpo se tensa. Le oigo rechinar los dientes. Y la respiración que se le acelera.

Sé que se ha cabreado y, en el fondo, me siento bien.

14



Llevamos media hora en silencio sentados en su casa. Yo estoy en una de las modernas sillas, y él en el cómodo sofá. A ratos me mira con los dientes apretados y yo agacho la cabeza porque de sus ojos salen chispas. Desde que le he contado la noticia en el coche, no ha vuelto a decir nada. Pero sus gestos me lo confirman todo. Está terriblemente enfadado. Y yo, molesta por su reacción.

—¿Sabes, Sara? –dice de repente, sorprendiéndome.

Yo levanto la cabeza de mis sandalias y lo miro con cautela.

—Entiendo que te sientas mal por lo de tu profesor. –No para de crujir los dedos mientas habla y el sonido me pone muy nerviosa–. Yo he pasado por algo similar. También he luchado mucho por llegar hasta aquí. –Me clava la intensa mirada azul y yo inspiro con fuerza–. Y también comprendo que quieras dinero, porque al fin y al cabo lo necesitas, pero yo puedo prestártelo.

—¿Qué dices? –Tuerzo el gesto porque me incomoda lo que me dice–. No es sólo por el dinero, Abel. Y ahora mismo tampoco es que tengas mucho trabajo.

—¿Y entonces por qué?

No sé responderle. Si le dijera que una parte de mí quería hacerle rabiar, entonces todo se iría al traste porque sé que no está bien y pensará que me comporto como una niña pequeña y caprichosa, pero no es sólo eso.

—Es que me molestó que dieras la respuesta por mí –decido confesarle una pequeña parte.

—¿Y qué querías que hiciera después de todo lo que pasó? –Se inclina hacia delante y vuelve a crujir los nudillos–. ¡Me dijiste de todo y te fuiste! –Alza la voz–. Me la montaste bien, Sara. Pensaba que no te haría ninguna gracia todo esto.

—No es lo mismo –respondo. Bajo la voz. Me estoy empezando a sentir pequeñita y mal.

—¿Ah, no? ¿Y en qué se diferencia? –pregunta él, con una sonrisa burlona.

Me molesta sobremanera que me trate con condescendencia, como si supiese más que yo de todos los aspectos de la vida o como si yo fuese una chiquilla que se va a tropezar y caer. Quiero que me hable como a una mujer, ya que siento que tan sólo me ve así cuando tenemos sexo.

—Aquello me pilló por sorpresa –explico. Quiero mantener el contacto visual, pero no puedo aguantar esa mirada tan sarcástica que ahora mismo me muestra–. Estaba desnuda. Y las fotos me las habías hecho tú en una de las noches más maravillosas de mi vida.

Ahí parece que le he tocado la fibra sensible porque parpadea con sorpresa y mueve la cabeza, con una sonrisa que ya no es socarrona. Apoya las manos en las rodillas y me hace un gesto para que vaya hacia él. Lo pienso unos segundos, pero al final obedezco y me siento a su lado. Me agarra una mano y esa simple unión hace que mi estómago se remueva. No puedo mantenerme mucho tiempo lejos de él, es algo con lo que voy a tener que lidiar cada día. Me da un beso en el pulgar y me sonríe, aunque todavía puedo ver en ese gesto algo de enfado.

—¿Ves, Sara? Si tú misma estás dándome la razón. –Acerca el rostro a mí. Huelo su fresco y salvaje perfume y suspiro. Él se da cuenta y sonríe con suficiencia. ¡Está pensando que me lleva a su terreno como siempre!–. Puedo hacerte fotos cuando quieras, pero sin mostrárselas a nadie.

—Eso está muy bien. –Asiento, un tanto molesta.

—Entonces todo está claro.

Alzo la cabeza y lo miro. Nos quedamos así unos cuantos segundos, no sabría decir cuántos, pero la cuestión es que siento un deseo tremendo abrasándome las entrañas, aunque también unas ganas enormes de gritarle que deje de actuar como si fuese el señor de esta relación. Es más, que deje de pensar que es mi dueño.

—No, no lo está –respondo con atrevimiento. Uf, está sacando mi lado más testarudo–. Siento curiosidad por saber qué se siente posando para unas fotos…

—Tú misma dijiste que odiabas que te fotografiasen –me recuerda. Sus ojos azules se están oscureciendo. Le estoy provocando, y en el fondo me gusta.

—Bueno, nunca me había visto demasiado bien en ellas, pero cuando tú me las hiciste eran preciosas y…

—¿Es eso, Sara? –me interrumpe, con una extraña mirada.

—¿Cómo? –pregunto, confundida.

Me suelta la mano y me observa con gesto incrédulo. Yo encojo los hombros sin entender lo que quiere decir.

—Yo sé que eres preciosa. Y no soy el único, hay más hombres que te miran como yo –sonríe, aunque casi de forma trastornada. Me está dando un poco de miedo y me pregunto si ha dicho eso refiriéndose a Eric.

—Tú me dijiste que la fotografía era arte y no creo que haga nada malo por...

—¿Es tu problema de autoestima el que te lleva a querer hacer esto? ¿A desear que un montón de tíos babeen por ti?

Me dan ganas de darle una bofetada, pero me contengo. Lo miro sorprendida, sin poder creer de lo que me está acusando. Me levanto del sofá, soltando una risa incrédula. Sin girarme, le digo:

—Entonces todas las mujeres a las que has fotografiado querían algo así según tú, ¿no?

Se toma unos segundos para responder. Lo escucho levantarse y acercarse a mí. Se coloca a escasos centímetros de mi espalda. Su agitada respiración me provoca cosquillas en la nuca.

—Todas no –susurra, muy cerca de mi oído–. Pero es evidente que a la mayoría de modelos les gusta ser admiradas por su cuerpo.

—Yo no pienso eso –contesto, negando con la cabeza, sin girarme.

Tengo el corazón a mil por hora. En parte por la cercanía de su cuerpo al mío; en parte por la desagradable forma en que me está tratando. De repente, pasa una mano por mi cuello y me lo acaricia. Me estremezco cuando noto sus labios en la parte trasera de mi oreja derecha.

—El mundo de las modelos no es fácil, Sara. –Exhala justo en mi oído. Cierro los ojos al notar su cálido aliento.

—No voy a convertirme en una supermodelo como Nina –murmuro, empezando a sentirme excitada a pesar de todo.

—¿Sabes la cantidad de personas que te verían? –Me coge un pecho y me lo aprieta.

—Cada día me ven docenas de personas –respondo con descaro. Sus dedos se clavan en mi piel, casi haciéndome daño. Y noto que me estoy humedeciendo. ¿Cómo he llegado a estos extremos?

—No del mismo modo. –Me coge de la cintura y me da la vuelta. Me presiona como si no hubiese un mañana y me da besos por todo el cuello. Parece hambriento de mí.

—Tú no eres mi dueño –le informo. Trato de mostrarme serena a pesar de que sus húmedos besos sacuden todo mi cuerpo.

—¿Por qué dices eso? –Aparta el rostro de mi cuello y me mira confundido.

—Porque a veces pienso que es lo que te crees –contesto, alzando la barbilla, orgullosa. Él abre los ojos y se muerde los labios. Sé que mi atrevimiento le enfada y le excita al mismo tiempo–. Si fueras mi dueño, me habría convertido en una de esas mujeres con las que jugaste como si fueran muñecas. –Sostengo su mirada.

Él abre la boca, dispuesto a decir algo, pero se lo piensa mejor y se echa a reír. Me coge de la nuca y me acerca el rostro al suyo.

—Ellas nunca se quejaron –susurra contra mis labios. Los suyos están húmedos y me apetece lamerlos y fundirme en ellos, pero tengo que aguantar y mostrarme dura, como en los comienzos, cuando era capaz de dominarme a mí misma–. Más bien, me pedían que jugara una y otra vez.

Lo miro con asco y meneo la cabeza. No sé cómo hemos llegado a esta discusión, pero me parece que esta vez se está pasando de la raya y está haciendo una montaña de un grano de arena.

—Supongo que para algunas mujeres, los hombres insolentes que las tratan como si no valiesen nada, son lo único a lo que pueden aspirar –Le clavo la mirada. Ahora yo

también estoy furiosa.

Él suelta un bufido y se echa a reír. Sus manos recorren mi espalda, aunque yo me muestro impasible.

—Pues tú estás aquí ahora mismo con uno de esos hombres insolentes, ¿no, Sara?

Lo intento apartar, pero de repente noto su excitación en mi cadera y el corazón se me lanza a mil otra vez. Como quiero provocarle, cuando me besa, mantengo los labios cerrados. Él insiste cada vez con más rabia y fuerza, logrando que los entreabra. La punta de su lengua intenta meterse en mi boca, pero no lo consigue. Suelta un gruñido y me coge en brazos. Me lleva hasta la mesa en la que he imaginado que hacíamos el amor de la forma más violenta posible. Sin embargo, me muestro impávida mientras me besa el cuello y me acaricia por debajo del vestido. Cuando su mano se pierde por dentro de mis bragas, yo continúo como si no sucediese nada. En realidad estoy a punto de morirme de las ganas que tengo de dejarme llevar, pero eso sería permitir que ganase. Al cabo de cinco minutos él se detiene. Se separa de mí y me observa. Tiene las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Respira con dificultad, su pecho sube y baja de forma presurosa. El bulto en sus pantalones es enorme y yo cruzo las piernas y las aprieto con fuerza para dominar los pinchazos que me atacan.

—Hoy estás guerrera, ¿eh? –dice, limpiándose los restos de saliva de los labios.

No contesto. Me limito a bajarme el vestido y a quedarme sentada en la silla mientras lo miro. Él sonríe, aunque parece entre confundido y apesadumbrado. Se rasca la barbilla y alza los brazos en señal de derrota.

—¿No te apetece que te folle, Sara?

—No –respondo, manteniendo su mirada. Las pupilas se le han dilatado.

—No entiendo a qué viene todo esto. Si lo que te molesta es que me crea tu dueño, eso no es así. Eres mi novia, me importas, y simplemente me preocupo por ti –musita.

—Me parece muy bien, pero no vas a tocarme hasta que te des cuenta de que no mandas en mí –le digo, retándole.

De repente, todo sucede demasiado rápido. Se acerca a la mesita que se encuentra ante el sofá y con un grito furioso, arrasa con todo lo que hay encima de ella. Las velitas de colores con vasos de cristal caen al suelo y se hacen añicos en un estruendo que me hace temblar. Bajo de la mesa de un salto y lo miro con confusión. Se está cogiendo la mano y descubro que le sangra. Me acerco corriendo a él e intento mirar qué le ha ocurrido, pero me suelta un grito que hace que me detenga.

—¡Apártate!

—¿Qué pasa, Abel? –pregunto en voz baja.

Las gotas de sangre caen una tras otra en la hermosa alfombra. No puedo evitar mirarlas con los ojos muy abiertos. Casi me hipnotizan de lo rojas que son. Parpadeo

con tal de hacer algo, pero él ya se está dirigiendo al cuarto de baño.

Le intento ayudar con el botiquín, pero se niega una y otra vez. Cuando me asomo por encima de su hombro, descubro que tiene un corte bastante feo. Se lo desinfecta con agua y jabón y a continuación le echa alcohol y se lo cura con Betadine. Yo miro todas sus acciones en silencio. Al final me deja ayudarle cuando se tiene que poner las gasas y ve que no puede. Alcanzo el esparadrapo y corto un pedazo con los dientes. Le rodeo la mano. Él suelta un pequeño quejido.

Una vez termino, alzo el rostro y lo miro en completo silencio. Él me la aguanta durante unos segundos, pero luego la aparta. ¿Por qué he visto en sus ojos algo demasiado profundo que no puedo entender? Es como si en ellos hubiese demasiado dolor o incluso tormento. De todos modos, me siento muy confundida como para sentir lástima por él. Y continúo enfadada ya que me parece que ha tenido una reacción demasiado exagerada. Así que le doy la espalda y me pongo a limpiar las gotas de sangre que han manchado la inmaculada porcelana. Después me lavo yo las manos y me las seco en la toalla, sin decir nada. Él también está callado, pero puedo notar sus ojos clavados en mí.

—Quizá sea mejor que me vaya –digo cuando he terminado.

Los ojos se le vuelven a oscurecer y la barbilla le empieza a temblar. Parece estar a punto de llorar. Un pinchazo me atraviesa el corazón y no sé por qué, me viene a la mente Nina. La eterna Nina, como un fantasma. ¿Tendrá algo que ver con este increíble comportamiento y todo ese dolor que veo en sus ojos?

—No, no, no –dice una y otra vez.

—Estás enfadado conmigo y yo también lo estoy contigo, Abel –respondo. Paso por su lado sin tocarlo y salgo del baño.

Él me sigue. No quiero otro ataque de rabia, por favor. Sin embargo, al mirar por encima de mi hombro, veo que todavía tiene ese gesto de desamparo. ¡Joder! ¿Por qué me hace esto?

—Sara, otra vez no –murmura, cogiéndome del brazo. Como hemos llegado al comedor, me lleva al sofá y me sienta en él–. No puedes irte otra vez.

—Siempre discutimos –Me mantengo lo más lejos posible de él–. ¿Crees que podemos sacar algo bueno de esta relación?

—Sí –contesta él inmediatamente.

—¿El qué? –le pregunto.

—Sara… –Me mira con esos ojos tan azules, preñados de vergüenza y sufrimiento–. Yo… te…

Aguanto la respiración. Oh, no, no. No puede ser. No me digas que va a confesarme esas dos palabras que yo no he vuelto a repetir por miedo a su reacción. Me inclino hacia delante, instándole a que hable.

—Te… –traga saliva. Oh, vamos, ¿qué le pasa?

—¿Me qué? –Estoy impaciente.

—Te acompañaré a Madrid a la entrevista.

Me quedo mirándolo toda sorprendida. Me desinflo poco a poco. ¡Joder! Pero qué gilipollas soy. ¿Cómo he podido pensar por un momento que iba a decirme lo que tanto anhelo? Agito la cabeza, riéndome de mí misma.

—¿Estás seguro? No quiero que lo hagas sólo porque crees que me voy a ir.

—Me he comportado como un controlador y no quiero que te hagas una falsa idea de mí, porque no lo soy –dice, bajando la vista a su mano vendada.

Yo también se la miro y asiento con la cabeza. No me puedo creer que al final haya sido tan fácil. Bueno, está bien, en realidad ha sido terrible. ¿Y ahora qué? ¿He conseguido lo que quiero? Tengo la cabeza convertida en un bombo. No me entiendo ni a mí misma. No sé por qué le he insistido tanto en ir a Madrid, por qué quiero participar ahora en una sesión de fotos y por qué me he sentido tan bien al retarlo. La cuestión es que ahora estoy fatal. Le cojo la mano y se la beso por encima de la venda.

—¿Te duele?

—Sólo un poco.

—¿Qué te ha pasado? No entiendo por qué te has puesto así.

No responde. Se recuesta en el sofá y cierra los ojos, con un brazo apoyado en la frente. Me inclino sobre él y cuando los abre, todavía veo en ellos ese sentimiento que logra hacerme estremecer. ¿Qué te pasa, Abel? ¿Qué sucedió en tu vida para que te dé un ataque de ira como este? Es evidente que quiero preguntárselo, pero no me atrevo. Lo único que hago es mirarlo.

—Que vayamos no significa que acepte el trabajo. –Intento tranquilizarlo, aunque tampoco hay verdaderos motivos para que se ponga tan nervioso.

Él asiente y vuelve a cerrar los ojos. Está pálido y un poco ojeroso. Le acaricio el rostro, sintiendo que me he comportado mal. ¡Oh, venga, pero él también ha sido un gilipollas conmigo! Estamos a pares.

De repente los abre y se echa hacia delante.

—Me duele un poco la cabeza, Sara –me dice, sin mirarme–. Me voy a acostar un rato, ¿vale?

Asiento, un tanto sorprendida. Se levanta y echa a andar hacia el pasillo. Antes de salir, me dice sin darse la vuelta:

—Recuerda que estás como en tu casa, así que haz lo que quieras. Yo no tardaré mucho en levantarme, pero no vengas a la habitación mientras tanto.

Me quedo paralizada. Vuelvo a asentir. Bueno, puedo comprender que se encuentre mal y no quiera compañía en estos momentos. Observo cómo sale con sus

movimientos elegantes, aun estando enfermo.

Me recuesto en el sofá, pensando en todo lo sucedido. Tengo ganas de llorar. Tengo miedo, y no sé de qué. Quizá a que todo esto no vaya a ningún lado. Me quedo esperándole una hora y dos, hasta que me quedo dormida. Me despierto de repente al sentirme observada. Es él, que me mira intensamente desde arriba. Me doy cuenta de que va desnudo. Le sonrío, y no me deja decir nada más. Se abalanza sobre mí y me quita las braguitas al tiempo que me besa con ardor, totalmente hambriento, necesitado de mí. Esta vez no pongo pegas porque yo también lo deseo. Así que caigo. Y en el orgasmo sigo cayendo una y otra vez. El miedo no me abandona, pero se mezcla con el placer que su sexo violento y carnal me ofrece.

Esta vez los dos hemos ganado la batalla. No sé cómo será la próxima vez.

15



Me paso toda la semana leyendo el proyecto de Gutiérrez una y otra vez. Es muy interesante y me siento muy afortunada por formar parte de él. He empezado incluso a buscar bibliografía. Lo único que me preocupa, como siempre, es que Patri pueda hacerlo mejor que yo. No debería ser tan competitiva, pero no puedo evitarlo.

El día 1 mi madre me acompaña a la estación y suelta unas cuantas lágrimas. Siempre sucede cuando me voy. Le aseguro que vendré a verla muchos findes. En realidad me siento aliviada de abandonar la casa familiar. No podía aguantar más discusiones. La quiero, y la echo de menos en muchas ocasiones, pero necesito tranquilidad. Cuando llego a la estación de Valencia, Abel me está esperando. Me da un suave beso en los labios, me coge las maletas y nos dirigimos al coche. Desde el sábado de la discusión, la relación ha sido extraña. Los dos intentamos mostrarnos contentos, como si nada hubiese pasado, pero yo sé que él todavía le da vueltas a la cabeza. Y en el fondo, yo también. Le digo si quiere quedarse en el piso conmigo, pero me responde que no se encuentra muy bien. Sí que es cierto que no tiene muy buena cara. Está pálido y muy serio. Quedamos en que el día tres por la mañana muy temprano me recogerá para ir a Madrid.

Sin embargo, el dos por la noche me llama. Me dice que necesita verme y pasar tiempo conmigo. Yo acepto encantada. Le digo que venga a mi piso, que Cyn todavía no ha vuelto de sus vacaciones y me siento muy sola. Cuando llega, me aprieta en sus brazos y me besa durante mucho rato, justo en la puerta. Me duelen los labios al separarnos. Pero no hacemos el amor. Directamente nos vamos a dormir, ya que debemos levantarnos muy pronto. Le noto cansado, y en el fondo yo también lo estoy. Ninguno de los dos dormimos mucho. Me paso toda la madrugada dando vueltas y cuando me despierto sobresaltada, me parece que él tampoco está durmiendo. Aun así, ninguno le dice nada al otro.

A las cinco y media ya estamos en pie. Yo me ducho antes, y mientras me visto, lo hace él. Me apetece meterme bajo el agua con él, pero siento que no está de humor, así que me quedo en la habitación secándome el pelo. Cuando vuelve con la toalla, estoy a punto de lanzarme contra su pecho para besarlo. Me contengo. ¿Por qué hoy soy yo la que lo desea de este modo? Tampoco hace tanto que no tenemos sexo. Me estoy volviendo una adicta. ¡Él me está convirtiendo en una!

A las seis bajamos con tan sólo una mochila. No hemos hablado nada sobre quedarnos en Madrid, tan sólo iremos a la entrevista y después nos volveremos. En unos quince minutos salimos de Valencia y nos metemos en la autopista. Por suerte, la

gente no va todavía al trabajo y el tráfico está bastante despejado. La primera hora los dos nos la pasamos en silencio. Yo dormito un poco. Madrugar me deja hecha polvo. Doy cabezadas hasta que me espabilo un poco.

Observo su perfil serio, su nuez marcada, su perfecta nariz. Sus ojos no puedo verlos porque lleva puestas las gafas de sol. Está muy callado, me pregunto en qué puede estar pensando. Me empiezo a comer las uñas y ni siquiera me regaña por ello. Sé que continúa molesto aunque me haya dicho una y otra vez que no. Está claro que todo esto no le hace ninguna gracia, pero ha consentido en traerme porque yo lo he querido. Una parte de mí se siente bien porque me he salido con la mía, pero la otra me repite que he sido una niñata malcriada. Y nunca me he comportado así, de verdad. Sólo es que pienso que esta es una buena oportunidad para los dos. Desde que Nina rechazó trabajar con él e Yvonne le dio de lado, los otros trabajos también han escaseado. Es como si nadie quisiera tenerlo en sus campañas, a pesar de ser uno de los mejores. Sin embargo, esta gente se ha mostrado interesada. De todos modos, como le dije, esto no significa nada: quizá cuando lleguemos me ponga nerviosa y dé media vuelta para marcharme; o puede que cuando me entere de lo que tengo que hacer salga corriendo. Socializar no es lo mío, realmente. Y estoy muy, muy alterada.

Mientras cruzamos la autopista a toda velocidad, decido encender la radio para tranquilizarme un poquito y así distender el ambiente. Una melodía estridente sale de los altavoces e, inmediatamente, él la apaga. Ladeo la cabeza para observarlo.

—Lo siento, Sara. Es que estoy un poco mareado –se disculpa.

—¿Estás bien? –Me inclino hacia él; un poco preocupada–. ¿Quieres que paremos en la próxima gasolinera?

—Llegaremos tarde si lo hacemos. –Observa la hora en el salpicadero.

—Pero si tú no estás bien…

—Tranquila.

Le acaricio el brazo con suavidad. Deberíamos haber almorzado al menos, porque entre haber dormido poco y el estómago vacío, es comprensible que esté mareado.

—¿Te apetece que nos quedemos el fin de semana en Madrid? –me pregunta de repente.

Me encojo de hombros. No tengo dinero para pagarme el hotel y no quiero que él me invite, pues estoy harta de deber.

—Prefiero volver –respondo, girándome a él, que está muy concentrado en la carretera. Las gafas de sol le dan un aspecto tan tremendamente excitante, que no puedo evitar dejar que mi mente eche a volar–. Podemos pasar un fin de semana repleto de juegos. –Le acaricio la rodilla.

Él sonríe. Echa el cuerpo un poco hacia delante, acomodándose.

—¿Qué clase de juegos, Sara? –pregunta con curiosidad.

—No sé, los que tú quieras enseñarme –le digo con picardía. Subo un poco por el muslo.

—Me parece una buena idea. –Vuelve a esbozar una sonrisa. Me encanta que lo haga con las gafas puestas. Le da un aspecto muy seductor, como de estrella del rock de antaño.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y me inclino hacia abajo, sin dejar de acariciarle, apretándole un poco la ingle.

—¿Quieres que juegue contigo ahora? –Llevo mis manos al botón de sus pantalones.

Da un respingo. El coche se le va un poco. Me echo a reír.

—Ahora no, Sara. Ya te digo que estoy algo mareado –dice con brusquedad.

Alzo la cabeza de golpe y retorno a mi posición. Me pongo otra vez el cinturón y alzo las manos, encogiéndome de hombros.

—De acuerdo, señor Ruiz. Le dejo conducir tranquilo –respondo un tanto molesta.

—Se enfada usted muy pronto, señorita Fernández –se echa a reír. Pero no parece estar contento. En realidad está sudando, a pesar del aire acondicionado que llevamos en el coche.

Nos volvemos a quedar en silencio durante un buen rato. Yo no paro de pensar en la entrevista. ¿Cómo será esa gente? ¿Y la campaña para la que me han llamado? ¿Cómo es posible que les haya interesado yo? Me quedo embobada mirando el paisaje a través de la ventanilla. De repente, noto algo extraño por el rabillo del ojo. Abel está conduciendo a gran velocidad, más de la permitida, y unos metros por delante hay un coche. ¿Por qué parece que vamos directos?

—Abel, ¿qué haces? –pregunto, asustada.

Pero él no contesta. Tan sólo acelera y veo el coche cada vez más cerca.

—Abel, frena o nos chocaremos –murmuro con voz temblorosa.

Continúa sin hacerme caso. Lo miro y lo descubro con las gafas medio caídas. Está observando fijamente la carretera, pero no parece ver nada. Tiene los labios apretados y le tiemblan las manos en el volante.

—¡Abel, para! –exclamo, dando un bote en el asiento.

¡Joder, vamos a chocar! Me echo a llorar sin entender nada. ¿Está pensando en matarnos a los dos o qué?

—¡Frena! –chillo, con el coche de delante llenando mis retinas.

Y entonces reacciona y se detiene de golpe. El cinturón me sujeta, pero aun así el dolor que siento en el cuello es grande. Va al arcén, y mientras sollozo, para allí. El coche de atrás nos pita cuando pasa por nuestro lado. Me desabrocho el cinturón y me llevo la mano al corazón, que me late desbocado.

—¡Joder! –grito–. ¿En qué estabas pensando?

Él todavía sujeta el volante con manos temblorosas. Su pecho sube y baja a toda

velocidad.

—¿Abel?

Se quita las gafas y se frota los ojos. Parpadea un par de veces antes de girarse a mí. Está muy asustado, y también leo confusión en sus ojos.

—Lo siento… Yo…

—¿Querías matarnos? –le pregunto con insistencia.

Se lleva las manos a la cabeza y se masajea las sienes, al tiempo que cierra los ojos y suspira profundamente.

—Lo siento, de verdad. Me he quedado en blanco. –Los abre y me clava una imprecisa mirada–. Pero estamos bien, ¿no?

Chasqueo la lengua. Alzo el trasero y me inclino sobre él para abrazarlo. Le acaricio el pelo con ternura. ¿Por qué parece, una vez más, un niño indefenso?

—Deberíamos haber desayunado algo.

—Bueno, pues paremos en la próxima estación que veamos, ¿vale? –Me regala una sonrisa, pero noto que no es sincera. Continúa sudando y tiene más ojeras que antes. Parece estar enfermando. Quizá haya cogido un virus o algo así.

Nos quedamos en el arcén unos diez minutos, con el aire acondicionado a tope, hasta que me dice que se encuentra mejor. Tras quince minutos conduciendo, nos paramos en un área de servicio y desayunamos. El resto del viaje lo volvemos a hacer en silencio. En un momento dado apoya su mano sobre la mía. La tiene fría. Espero que no se ponga enfermo de verdad, porque quiero disfrutar de un fantástico fin de semana con él. Y yo continúo con el mal cuerpo de lo sucedido. No sé qué le puede haber pasado.

Cuando llegamos a la entrada de Madrid aún nos queda media hora hasta la entrevista. Un cuarto lo empleamos en buscar aparcamiento no muy lejos de las oficinas. Tenemos que hacerlo en la zona azul porque no hay sitios libres. Madrid es un hervidero de gente. Como no lleva monedas, le doy las mías. Mientras nos acercamos al edificio, me coge de la mano de forma posesiva. Yo lo miro con curiosidad. Ya parece encontrarse algo mejor.

—Abel, ¿de qué me suena a mí Brein Gross? –pregunto, acordándome de repente.

—¿Vienes a hacer una entrevista para ellos y no sabes nada? Eres única, Sara –se echa a reír.

Le pongo mala cara.

—He estado ocupada con la mudanza y con lo de Gutiérrez. Y encima la dueña del piso aún no ha puesto internet.

—Tienes conexión en el móvil. –Me da un apretón en la mano–. Pero bueno, ya estamos, así que descúbrelo tú misma.

Las puertas automáticas se abren y sale una ráfaga fría del interior. El aire

acondicionado lo tienen al máximo y contrasta con el calor de la calle. Pasamos a un vestíbulo muy moderno y lujoso, con una alfombra azul oscuro que se alarga hasta un mostrador enorme, del que tan sólo asoma un moño rubio.

Pero enseguida mi atención es captada por unos cuantos carteles que decoran las paredes. Modelos guapísimos, de rostros angelicales y seductores. ¡Todos ellos con unos magníficos relojes! Vale, ahora recuerdo de qué me sonaba Brein Gross. Es la marca de unos de los relojes más famosos en la actualidad. ¡No me lo puedo creer! Me han llamado a mí para una campaña. Bueno, de acuerdo, a mí y seguro que a cien más, pero la intención es lo que cuenta.

Abel me arrastra con suavidad hacia el mostrador. Yo no puedo apartar la vista de las fotos, todas ellas fenomenales y estilosas. ¿Habrá trabajado alguna vez para ellos? Supongo que no, porque si no, me lo habría dicho. Cuando llegamos al mostrador, el moño rubio resulta pertenecer a una mujer de mediana edad, muy atractiva. Le dedica una sonrisa brillante a Abel. Oh, no, ya empezamos con los coqueteos.

—Buenos días –dice la mujer.

—Buenas –saluda Abel, inclinándose por encima del mostrador y ofreciéndole la mano. Ella no duda en estrechársela–. Somos Sara Fernández y Abel Ruiz. Tenemos una entrevista para la campaña de Brein Gross.

—Claro –responde ella sin borrar la sonrisa. Al levantarse, sus redondos y enormes pechos despuntan en el aire. Abel se los mira. Lo entiendo, son demasiado grandes, pero seguro que operados–. Cojan el ascensor a la cuarta planta. Allí les dirán.

—Muchas gracias.

Abel me vuelve a coger de la mano y nos dirigimos al ascensor. Una vez dentro, las tripas me suenan a causa del nerviosismo. Él me mira con el ceño arrugado y menea la cabeza con seriedad. Cuando se abren las puertas, salimos a otro vestíbulo enorme, aunque creo que es una sala de espera. Hay bastantes chicas, todas ellas muy maquilladas, con estupendos peinados y ropa elegantísima. Evidentemente, son modelos. Yo agacho la mirada y me echo un vistazo. Llevo un pantalón corto vaquero y una sencilla blusa de color blanco. Me he hecho una coleta y tan sólo me he aplicado un poco de brillo en los labios y me he pintado la raya de ojos. Oh, mierda, ¿pero por qué no me he arreglado? ¿Soy estúpida o qué? ¡Que es una entrevista! Cuando miro a Abel, me doy cuenta de que tiene una sonrisa satisfecha en el rostro. ¡Uf, será cabrón!

Cuando avanzamos, las chicas se nos quedan mirando. Ya, el Bello y la Bestia, la nueva versión de Disney. Pues nenas, es mío, así que se puede mirar pero no tocar. Me empiezan a temblar las piernas a pocos metros del mostrador. En él hay una chica bastante joven que nos sonríe.

—Abel y Sara.

Él asiente con la cabeza y le estrecha la mano. Ella teclea algo en el ordenador y dice:

—En unos cinco minutos les atenderán. Por cierto, soy Leticia Méndez.

Oh, vaya, es la primera chica con la que hablé por teléfono. Yo también debería haberle dado la mano, pero estoy tan nerviosa que no sé lo que hago. Nos sentamos en unas cómodas sillas. Las modelos no apartan la vista de nosotros. Tienen rostros exóticos, seductores. Son perfectas, ni un solo grano, arruga o imperfección. Una de ellas se levanta y da una vuelta por la sala. ¿Es que quiere mostrarse ante Abel o qué? Tiene unas piernas larguísimas, creo que medirá uno ochenta. Y aquí estoy yo con mi uno setenta. Para evadirme, dedico los minutos a mirar otras de las fotografías que se exponen en las paredes de la sala. No me veo yo en ellas, la verdad.

—¿Sara Fernández?

Una voz me saca del ensueño. Me levanto como movida por un resorte y me dirijo hacia una mujer de unos treinta y pocos años que viste con una chaqueta y una falda negras. Imagino que es otra secretaria. Me da la mano y a continuación mira a Abel por encima de sus notas.

—Si no me equivoco es usted Abel Ruiz, ¿no?

Él asiente. La mujer nos indica que pasemos. Cuando lo hacemos, las piernas se me hacen blandiblú. ¡Joder! ¿Cuántas personas hay aquí? Cuento rápidamente: ¡hay cinco, cinco! Tres mujeres y dos hombres. Uno de ellos preside el centro de la mesa. Es el que se levanta al vernos entrar.

—Sara. –Alarga la mano. Se la estrecho y veo con vergüenza que me tiembla un montón.

Todos me miran de arriba abajo. El hombre también. Tendrá unos cuarenta años. Es moreno, de ojos claros, facciones duras. Es muy atractivo, la verdad. Va vestido con un traje de color oscuro y tiene la tez bronceada. Al fin, me dirige una sonrisa.

—Está usted nerviosa, ¿verdad?

—Un poco –respondo, tragando saliva.

—Tome asiento, por favor. –Me señala una silla frente a él. Bueno, la mesa es larguísima, así que estaremos bastante lejos el uno del otro. Menos mal.

El hombre saluda también a Abel, el cual se sienta a mi lado. Las miradas curiosas continúan clavadas en nosotros. Yo intento sostenérsela pero me siento como una virgen ante unos vampiros que quieren chuparle la sangre.

—Soy Damián Gross –se presenta. Oh, joder, que estoy ante el jefe supremo. Dios, mi corazón, que me estalla.

—Esta es Frida Mangon, vicedirectora. –Señala a la mujer a su lado, que lleva una melena muy corta y negra. Es hermosa. Aunque creo que también está operada. Recuerdo que hablé con ella. A continuación dirige la mano a las otras dos mujeres–.

Miranda y Susana pertenecen al consejo directivo. Y por último –Con la otra mano señala a un hombre de unos treinta años que viste de manera informal y me está sonriendo–, este es Thomas Sanders, nuestro director de la campaña de invierno de este año.

Thomas se levanta, se acerca hasta mí, me coge de la mano y planta un beso en ella. Yo lo miro asombrada y de reojo veo que Abel se ha puesto tenso. Lo entiendo: Thomas es bastante atractivo, de pelo y ojos muy negros. Tiene los labios carnosos y una sonrisa muy segura.

—Exacto. *Perfect* –dice, con acento extranjero, mientras me mira. Me parece que es estadounidense.

—Sara –dice Gross. Sí, aquí está hablándome un tío súper importante que ha hecho de la nada casi un imperio–, le vamos a ser sinceros: esta mañana ya hemos hecho bastantes entrevistas y como se habrá dado cuenta, en esa sala hay muchas más modelos.

Asiento con la cabeza, un poco aturdida. Las miradas continúan clavadas en mí y siento que me arden las mejillas. Abel está muy callado a mi lado.

—Usted no tiene ninguna experiencia como modelo, ¿verdad?

Niego. Y me pongo todavía más roja. El estadounidense se cruza de brazos, aún de pie, y continúa mirándome. Joder, menudos músculos tiene en los brazos.

—Sin embargo, Thomas está hechizado por usted. –Gross se ríe. Las mujeres también. Yo decido que tengo que hacerlo. Abel continúa callado, aunque le oigo respirar–. La quiere en la campaña sin ninguna duda.

—*I'm very happy*, Sara –dice, dibujando un gesto para que me levante. Cuando lo hago, él asiente con la cabeza–. *Yes, this is what I want. Naturalness. Freshness. Beauty!*

Yo abro la boca sin saber qué decir. No me lo puedo creer. ¿En serio quiere que yo sea la modelo de su campaña? ¿Está loco? Ahí fuera hay chicas preciosas, que sabrán modelar de forma perfecta.

—Thomas quiere caras y cuerpos nuevos en sus campañas –me explica Gross, con una sonrisa–. Él es el que entiende, así que le haremos caso. ¿Qué nos dice usted, Sara?

Me quedo mirándolo como una tonta. A continuación dirijo la vista a Thomas, el cual es todo dientes con una sonrisa enorme. Y luego me giro hacia Abel, el cual se encoje de hombros.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? –se me ocurre preguntar. Madre mía, qué pava soy.

—Es evidente, Sara: usted tiene que posar para Abel. Thomas les dirigirá.

—No sé, yo… Nunca he hecho esto y no estoy segura de si sabré hacerlo…

—¡Yo enseño a ti! –exclama Thomas, agarrándome la mano de nuevo. Mira mi piel con un gesto de admiración–. *You're so pale. And you're hair… Oh! The contrast is wonderful*.

—Déjeme decirle los que serían sus honorarios. –Gross hace un gesto y una de las mujeres del consejo escribe algo en un papelito, el cual me entrega.

Cuando descubro la cifra, casi me da algo. Joder, no cobro esto ni en medio año dando clases todos los días. Se lo enseño a Abel. Él me mira y entonces noto que se está enfadando. Aprieta la mandíbula y niega con la cabeza. Yo arqueo una ceja y me giro hacia el grupo de personas que esperan mi respuesta.

—De acuerdo. Estoy dispuesta a ser la modelo de la campaña.

Thomas suelta una exclamación de júbilo. Gross asiente con una sonrisa. Pero entonces, Abel alza una mano y dice, dejándome estupefacta:

—Yo no lo estoy. No voy a ser el fotógrafo.

Me quedo mirándolo con los ojos muy abiertos. ¿Qué hace? ¿Por qué me quiere poner en ridículo delante de esta gente? Le doy un codazo.

—¿Nos permiten hablar un momento a solas?

Me coge del brazo y antes de que ellos respondan, ya me está sacando de la habitación. Las modelos alzan las cabezas. Cuando nos ven susurrar, todavía nos miran con más curiosidad. Incluso Leticia ha puesto la oreja.

—No vas a hacer esa campaña, Sara.

—¿Qué dices?

—Me aseguraste que sólo veníamos a ver qué era esto. Bueno, pues ya lo sabes. Ya puedes estar contenta: te adoran. Ese tío te quiere como modelo. Y ahora, vámonos. –Me estira de la mano, pero yo me quedo quieta en el sitio.

—Abel, quiero hacerlo. Me apetece –le digo.

Se le oscurece la mirada. Me aprieta los dedos con fuerza. Nos estamos retando, lo sé, pero no puedo evitarlo. Incluso me excita la situación. Le quiero demostrar que tengo libre albedrío.

—Este mundo no es para ti, Sara.

—¿Y tú qué sabes? –pregunto, molesta.

—No voy a hacerlo.

—¿No has visto lo que nos pagarán?

—No me importa el dinero. –Vuelve a tirarme de la mano. Yo niego.

—Es una buena oportunidad para los dos –insisto, librándome del apretón. Las modelos nos miran y yo me empiezo a avergonzar, pero a él no parece importarle–. Y si no quieres, lo haré yo sola.

—Nos quieren a los dos –dice, entre dientes.

Me doy media vuelta y apoyo la mano en el pomo. Él me sigue.

—Está bien, Sara. Tú te darás cuenta solita –alza la voz. ¿Me está amenazando o qué? Siento que me pongo más furiosa.

Cuando volvemos a entrar en el despacho, todos nos dirigen sonrisas, aunque sé que se preguntan qué sucede.

—No participaré en su campaña, pero Sara ha decidido que sí –les informa, con tono duro.

Damián Gross lo mira con atención. Thomas pone cara de disgusto. Se acerca a Gross y le dice algo en inglés que no logro entender.

—Thomas piensa que la magia estaba en la química que hay en sus fotos. Sin embargo, su preferencia es Sara, así que intentará buscar otro fotógrafo con el que trabaje bien.

Abel se revuelve en la silla. Yo alargo mi mano a él, pero aparta la suya con brusquedad. ¡Joder! ¿Por qué tiene que ser así? ¿Y por qué estoy yo tan cabezona? Y encima no me apetece trabajar con nadie más que no sea él.

Entonces se me ocurre algo. A esa persona también le puede venir todo esto. Puedo proponerlo, a ver qué tal.

—Yo conozco un buen fotógrafo –digo, con un hilo de voz.

Todos me miran. Incluso Abel se gira.

—¿Ah sí? –pregunta, confundido.

—Se llama Eric. Era su ayudante –señalo a Abel–, y sabe mucho de fotografía.

16

No puedo soportar la sorprendida mirada de Abel mientras Gross, Thomas y las mujeres hablan en susurros sobre lo que les he propuesto. Las manecillas del reloj que cuelga en la pared enfrente de mí provocan un ruido horrible. O quizá soy yo, que me siento encerrada en una pesadilla. Pero ahora no me voy a arrepentir, y en realidad no quiero. Si él se ha puesto tan cabezota con lo de las fotos, ¿qué iba a hacer yo? ¿Quedarme sentadita y callada? ¡Por supuesto que no! Yo no soy así. No me callé jamás con Santi y no lo haré con Abel por mucho que me intimide.

Se pasan murmurando al menos durante diez minutos. Tras este tiempo, Gross alza la cabeza y nos mira a Abel y a mí de forma alternativa. A continuación es Thomas el que nos observa con una ceja arqueada. Yo me retuerzo las manos, esperando su respuesta.

—¿Podemos ver alguno de los trabajos de ese fotógrafo?

Me encojo de hombros. La verdad es que no tengo ni idea. No he visto nunca ninguno. Me giro hacia Abel encogida en mi silla, y me sorprende ver que hace gestos para que le pasen un boli. Se pone a escribir algo en una hoja que también le han entregado. De reojo descubro que se trata de la dirección de un blog. ¿No me digas que es de Eric? ¿Y ahora qué le da a Abel? ¿Se le ha pasado el cabreo que le había entrado? ¡Si es que no le entiendo! Cuando termina de escribir, estira el brazo y arrastra el papel por la mesa. Una de las mujeres lo coge y se lo da a Gross, el cual le echa un vistazo.

—Frida, escribe la dirección.

La mujer alcanza el portátil que tiene delante de ella y empieza a teclear. Segundos después hace un gesto a los demás para que se arremolinen en torno a ella. ¿Están viendo los trabajos de Eric? ¡Pero yo también quiero! Thomas se acerca a ellos y observa algo en la pantalla mientras se rasca la barbilla de forma pensativa. A continuación me mira a mí y asiente.

—¿Es este el fotógrafo del cual hablaba? –me pregunta Gross, girando la pantalla hacia mí.

Me inclino hacia delante para ver bien. En la foto de perfil sale Eric, así que sí, sin duda es él. Asiento con la cabeza. Entonces acierto a ver uno de sus trabajos. Pues es bueno. Menos mal que no la he cagado. Supongo que es porque ha estado trabajando con el mejor, que es Abel, claro. Sin embargo, Eric no se queda atrás. En la fotografía aparece una mujer en una playa, tumbada ante el mar. Está llorando, girada hacia la cámara, y una de las lágrimas ha dejado una marca oscura en la arena. Parece una

fotografía un poco fantasiosa y oscura, pero es hermosa, como si esa mujer fuese una sirena o una ninfa desterrada de las aguas. Tiene un cabello muy largo, de color anaranjado, que le cubre los pechos desnudos.

Cuando Gross vuelve a girar el ordenador hacia él, yo dirijo la vista a Abel. Me está observando con esa expresión desconcertante que tanto odio. ¡Mierda! ¿Qué está pensando? ¿Por qué en este momento sus ojos no me dicen nada? No sé cómo puede tener esa capacidad para esconder los sentimientos.

—*Well, I think we could work with him…* –dice Thomas en ese momento.

El corazón se me dispara. Oh, joder, entonces es que sí. No quiero ni pensar cómo se va a poner Abel. Aunque bueno, ha sido él el que ha escrito el blog de Eric. Quizá ahora quiera ayudarlo. Al fin y al cabo es su amigo. ¡No tiene motivos para enfadarse!

—¿Nos puede facilitar su número de teléfono para preguntarle si le interesa y si está disponible? –me pregunta Gross.

Yo vuelvo a girar el rostro hacia Abel. Oh, joder, ¿pero por qué parece que le estoy pidiendo permiso para hacer las cosas? Saco mi móvil del bolso y busco en la agenda el número de Eric. Le tiendo el teléfono a Frida para que lo apunte.

—Vamos a llamarlo ahora –me informa ella.

Se levanta de la mesa y se dirige a la puerta. Sale de la habitación dejando el silencio atrás. Nos miramos unos a otros. Yo no puedo dejar de retorcerme las manos y repetirme que no sé lo que estoy haciendo. Abel se revuelve en su silla, cambia de posición, cruza las piernas, pero no parece estar cómodo de ninguna forma. Unos cinco minutos después se abre la puerta y entra Frida con una gran sonrisa. Todos nos quedamos mirándola expectantes. Ella se sienta, sin borrarla, y nos dice:

—Ha aceptado.

Yo abro la boca. Vale, pues ya está. ¿Y ahora qué? Percibo la molestia de Abel, el cual todavía no se ha levantado por no quedar mal. Pero no para de mover las piernas, parece que le vaya a dar un ataque de un momento a otro. Es un exagerado y me pone nerviosa.

—Bueno, Sara, entonces tan sólo nos queda que usted firme el contrato. ¿Le parece bien? –Damián Gross me regala una sonrisa.

Yo asiento, sin decir nada. Hace un gesto con la cabeza a Frida y ella saca unos papeles. Le entrega una copia a Gross y otra a mí. Se pone a leerla en voz alta y yo escucho, asintiendo a todo, aunque al cabo de unos dos minutos de lectura ya me he perdido y no estoy escuchando nada, tan sólo la profunda respiración de Abel a mi lado. Cuando llegamos a la última hoja, estoy totalmente confundida. Supongo que no habrá ninguna trampa, pues si no él me lo habría dicho, ¿no?

—¿Está conforme con todos los puntos? –me interroga Gross.

Una vez más, asiento. Parezco tonta, como siempre cuando estoy en una situación

difícil y con gente importante delante. Él sonríe y se saca un boli del bolsillo de la chaqueta. Se levanta y me lo acerca él mismo. Cuando lo tengo en mis manos, lo observo con curiosidad: es muy bonito y elegante. Será carísimo. Yo que normalmente uso Bic. Intento echar un último vistazo a las cláusulas para comprobar que en ninguna pone que tengo que posar desnuda, pero como él está observando todos mis movimientos, al final firmo con prisas. Gross me coge el contrato con la sonrisa cada vez más ancha y se lo entrega a la secretaria, la cual todavía se encuentra en la habitación y yo no me había dado ni cuenta. Ella sale unos instantes y, al regresar, me da una copia de los papeles.

—Bienvenida a nuestra casa, Sara. –Gross me tiende la mano y yo la estrecho intentando forzar una sonrisa.

Las mujeres también se levantan y desfilan ante mí. El último es Thomas, el cual en lugar de darme la mano, me abraza con una fuerza sobrehumana. Creo que me han crujido todos los huesos del cuerpo.

—I'm very happy, Sara. I can't wait to work with you. And… You have to meet Rudy!

—¿Rudy? –pregunto con un hilo de voz.

—Yeah, he will work with you. He's the other model.

—¿Él? –Trago saliva. ¿Voy a tener que posar con un hombre? ¡Eso no me lo habían dicho!

—Bueno, Sara, ya le hemos dicho a Eric que le enviaremos su contrato por correo. No tardará en llegarle. Posiblemente el martes ya lo tenga. Recuérdale que nos lo envíe en cuanto antes.

—Sí, claro…

—La campaña durará una semana.

—¿Cuándo será? –pregunto.

—La primera semana de octubre.

¡Oh, no! Pero si justo entonces tengo que empezar a trabajar con Gutiérrez. Bueno, ya he firmado el contrato y no creo que él se enfade si le pido pasarlo a la siguiente semana. Lo único que espero es que Patri no se me adelante en nada y que no intente manipularlo con respecto a mí mientras yo no estoy.

—De todas formas, le enviaremos más datos durante este mes. No se preocupe –Gross apoya la mano en mi hombro y me acompaña hasta la puerta–. Hasta pronto, Sara –Me sonríe con su atractiva sonrisa.

—Gracias… por todo –le digo, casi tartamudeando.

Thomas se está despidiendo de mí con exagerados aspavientos. Yo le sonrío de forma nerviosa. Abel se encuentra a nuestro lado, muy callado y serio. Gross le tiende la mano y le dice:

—Encantado de haberlo conocido. Es una pena que no quiera trabajar para nosotros. Sus trabajos son realmente buenos. Le seguíamos la pista cuando usted colaboraba con Yvonne.

—Gracias –contesta, de forma hosca.

Me da un poco de vergüenza que esté actuando así. Salgo sin siquiera girarme. En cuanto doy un par de pasos, las modelos que todavía quedan en la sala de espera alzan las cabezas. La voz de Damián Gross retumba a mi espalda:

—Lo siento, señoritas, pero el puesto ha quedado cubierto.

Ellas sueltan exclamaciones de disgusto. Algunas se me quedan mirando con mala cara. Otras directamente me sueltan alguna palabreja que no me gusta nada. Cuando levanto la vista para mirar a Abel, descubro de nuevo la sonrisa petulante en él. Ya, ya, me ha dicho que yo misma me daré cuenta. ¿De qué? ¿De que me van a odiar? Bueno, no será la primera vez. En la vida siempre hay alguien a quien no puedes caer bien, y me da exactamente igual. Todos los trabajos son duros, siempre hay gente que quiere pisotearte, así que tampoco voy a descubrir nada nuevo.

Me deja totalmente descolocada cuando yo me dirijo al ascensor y él en cambio va hacia las escaleras. Siento que me arde la rabia en el estómago, así que no le digo nada. Está molesto porque me he salido con la mía, porque se está dando cuenta de que no me va a poder dominar como a sus anteriores ligues. ¡Ja! Seguro que es la primera vez que se topa con una mujer como yo. ¡Que aprenda!

En el ascensor vuelvo a pensar en todo lo que ha ocurrido. Madre mía, he aceptado ser modelo. Bueno, es sólo una campaña, nada va a cambiar. ¡Pero joder, se trata de Brein Gross! ¿Me regalarán alguno de sus relojes tras todo esto? ¿Saldré por la tele? ¿Estaré en revistas de moda? Espero que las modelos no tengan tanta repercusión como un actor. Es cierto que Nina la tiene, pero porque ella es una supermodelo muy cotizada que además participa en revistas del corazón. Y mucho más después de lo de Abel.

Oh, mierda, espera. Se supone que yo era su becaria. Y que la dejó por mí. ¡Y ahora esa supuesta becaria roba novios va a trabajar de modelo! ¿Pensarán los medios que es una estrategia? Voy a tener que confiar en que ya se hayan olvidado de mí.

Al abrirse las puertas del ascensor, veo pasar a Abel por delante. Ando tras él. Se despide de la recepcionista. Yo esta vez también lo hago para no parecer maleducada, pero me cae mal y creo que este sentimiento se debe a sus enormes pechos. Qué asco, yo antes no era así.

Abel sale de las oficinas unos metros por delante de mí. Cuando me encuentro en la calle, el calor me golpea en la cara. Me cubro los ojos con la mano y lo llamo para que me espere:

—¡Abel!

Pero no se gira. Tampoco me contesta. Va directo al coche. Me coloco el bolso en el hombro para que no se me caiga y echo a correr tras él. Lo alcanzo cuando está abriendo las puertas. Yo voy a subir cuando me deja helada con sus palabras:

—No.

—¿No qué? –Alzo la cabeza. Él ni siquiera me mira. Hago un gesto de disgusto–. ¿Qué pasa?

—Vuelve sola a Valencia.

Me quedo con la boca abierta. No me puedo creer lo que está diciendo. No ha sido para tanto. No he hecho nada malo. Así que cojo la manecilla para entrar, pero escucho el chasquido que me avisa que ha cerrado el coche. Lo miro con furia.

—¿Puedes comportarte como una persona normal? –le pido.

—¿No querías demostrarme que puedes hacer todo por ti sola? ¿Tomar decisiones tú misma? ¿Vivir tu vida? –sonríe con desdén–. Pues entonces también podrás volver sola a Valencia.

—¡No tiene nada que ver! –exclamo.

Se mete en el coche. Mi lado permanece cerrado. Alzo las manos en señal de desesperación. ¿En serio me va a dejar en Madrid? Todo esto tiene que ser una broma. Arranca. El corazón se me dispara. Sin siquiera mirarme, sale de la plaza y se pierde por la carretera entre los otros coches. Y allí me quedo yo, buscándolo con la mirada, como una auténtica gilipollas. ¡Que te den, maldito fotógrafo prepotente y mandón! Sin poderlo evitar, me echo a llorar. Menos mal que ahora mismo no pasa nadie por aquí. Miro a un lado y a otro con las lágrimas rodándome por las mejillas. Bueno, puedo volver en tren, pero la cuestión no es esa, sino que me siento como una auténtica basura.

Echo a andar con el estómago encogido y la mirada clavada en el suelo. Las lágrimas me empañan los ojos y apenas veo por dónde voy. Casi me ahogo con la tos. En mala hora conocí a ese estúpido hombre. Es el más testarudo del universo. Y encima yo también lo soy, así que es normal que estemos en esta situación.

Una señora mayor pasa por mi lado y se me queda mirando con extrañeza. Yo sollozo como una niña pequeña. Mi mente no para de repetir que lo odia, pero es mentira. Me siento sola, rechazada y diminuta en este Madrid enorme. Alzo la cabeza, limpiándome las lágrimas. Tengo que ir a la estación de tren, pero no sé exactamente dónde está. Tendré que preguntar. Y la señora ya se ha perdido en una esquina, así que a ver qué hago. A caminar un rato más hasta llegar a un lugar más concurrido.

Unos cuantos pasos después, escucho el rechinar de las ruedas de un coche. De repente, reduce la velocidad y se sitúa a mi altura. Suelto un rugido rabioso.

—¡Sube! –me grita.

—¡Vete a la mierda, gilipollas! –le chillo yo.

Una chica que se acerca paseando al perro pone cara de susto y se detiene con la excusa de que el animal tiene ganas de hacer sus necesidades. Abel me abre la puerta y me hace un gesto. Tiene la mirada más oscura que nunca y las pupilas muy dilatadas.

—No me insultes y sube –repite.

—¿Tú te crees que soy una muñeca a la que puedes manejar a tu antojo? –Me detengo y lo miro enfadada.

Él también frena. El coche que iba tras él se detiene de golpe y le increpa con la bocina. Menudo espectáculo estamos dando. Como otras veces. Joder, quiero una vida normal.

—Me he pasado, Sara. Sube, por favor.

—O te vas o grito que eres un acosador –le digo, señalándole a la mujer de forma disimulada.

—Sara, no. Te pido disculpas, en serio. Ha sido un pronto. –Me hace un gesto para que me meta en el coche. El de atrás continúa pitando y estoy viendo que en cualquier momento va a salir y nos monta una buena.

Dudo unos segundos más. La chica del perrito nos mira con curiosidad. Yo se la devuelvo y al final la aparta, como si en realidad no hubiese estado escuchando. Ya, claro, mira que es cotilla la gente. Cuando veo por el rabillo del ojo que el conductor del coche de atrás está saliendo y gritando algo, me meto corriendo en el de Abel. Cierro la puerta de golpe y me hundo en el asiento. Él acelera y casi me choco con la guantera, pero logro frenarme con las manos.

—Estás intentando joderme o qué, Sara –suelta al cabo de unos segundos, mirando fijamente al frente.

—No, el que está jodido eres tú –respondo.

Me arrepiento enseguida. Uf, estoy siendo demasiado brusca, pero no lo puedo evitar. A veces me saca de mis casillas. ¿No podemos estar tan bien como cuando hacemos el amor? Quizá sólo estemos hechos el uno para el otro en ese aspecto. Pero no, no quiero creerlo. Las cosquillas que me despierta en el vientre no me las ha provocado nadie jamás.

—Ya te he pedido disculpas por haberte dejado así, pero no he oído que tú me dijeras que lo sientes –dice con voz grave.

—Es que no lo siento.

Aprieta el volante con fuerza y aspira. A continuación suelta el aire por la boca de forma muy lenta. Se está autocontrolando y me parece bien porque yo también necesito calmarme para no soltar ninguna burrada.

—Vas a posar con otro modelo –me recuerda, palpando el volante de forma nerviosa–. Y vas a dejar que otro te fotografíe.

—¿Y qué? Sólo es eso, Abel. No es como si estuviese cometiendo un acto horrible.

—Ese fotógrafo no es otro que Eric. –Y cuando pronuncia su nombre, noto rabia en él. ¡Qué celoso es! En cierto modo me gusta porque me hace sentir deseada, pero todo tiene un límite y esto ya se pasa de castaño oscuro.

—Exacto. Un fotógrafo que es tu amigo, y ahora el mío también.

—Es evidente que a Eric le gustas –dice de repente.

Yo me quedo pasmada. Miro hacia delante porque no quiero que se dé cuenta de lo nerviosa que me he puesto. Me acuerdo del último día que quedé con él y lo que me dijo. Pero creo que tan sólo es su forma de ser y que coquetea con todas. ¡Incluso con Judith, que es lesbiana!

—No digas tonterías.

—Y puede que él te guste a ti –me suelta, de forma solemne. Se ha girado hacia mí. Está esperando a que lo mire. Lo tengo que hacer, si no pensará que no me atrevo. Ladeo el rostro y clavo mi mirada seria en él, demostrándole que no tengo nada que esconder.

—No es así. Y me cansa que seas tan paranoico.

—No lo soy. Sólo digo lo que veo. –Detiene el coche en un semáforo y me escruta los ojos.

—¿Es que no confías en mí?

—No confío en él.

—¿Qué dices? Abel, que es tu amigo. –Suelto una risa incrédula.

—Los hombres no conocemos de amistad cuando deseamos a una mujer.

—¡Que Eric no me desea! –exclamo, irritada. Cierro los ojos y cuento hasta diez para calmarme. Después los abro y le digo en voz baja–. Sólo estoy ayudándole con el trabajo, ya que a ti no te interesa. Mejor eso que si trabajara con un tío desconocido, ¿no?

Abel no contesta. Se limita a observar la carretera con los ojos entrecerrados, muy concentrado. Al cabo de un rato nos metemos en la autopista y, como sucede últimamente, nos invade el silencio. No puedo evitar pensar en el accidente que casi hemos tenido esta mañana. Un poco inquieta, me giro hacia él con disimulo para ver si tiene mala cara. Pero no, parece estar bien; lo único que noto en él es el cabreo monumental que lleva encima.

—¿Puedo poner la radio? –pregunto con cautela.

Asiente con la cabeza. Y durante las casi tres horas de viaje lo único que escucho son canciones y más canciones. Las tarareo en mi mente; ni siquiera me atrevo a separar los labios. Quiero que se le pase el enfado y que pasemos felices el resto del fin de semana. Sin embargo, cuando llegamos a Valencia y se va acercando al piso, me huelo que no va a ser así. Al entrar en mi calle estoy segura de que estaré sola esta noche, y también mañana.

—No te vas a quedar, ¿no?

Niega con la cabeza. Alza la mirada con lentitud y me observa detenidamente. Se inclina hacia mí y apoya los labios en mi mejilla, como siempre ha hecho cuando estaba enfadado. Vale, ni un mísero beso en la boca.

—Esta semana voy a acompañar a Marcos a Benidorm.

—¿Y eso?

—Tiene una sesión fotográfica que durará cuatro días.

No digo nada, pero me pregunto si será verdad. Asiento y salgo del coche sin decir nada más. Le escucho decir que me llamará, que me mandará mensajes. Cuando subo a casa, se me cae el mundo encima. Me siento sola. Incluso saco uno de los peluches que me mete mi madre en la maleta para dormir con él. Por suerte, Cyn llegará el miércoles o el jueves.

El domingo me lo paso viendo series para distraerme. El lunes empiezo a investigar sobre el tema que Gutiérrez me ha propuesto y así, se me pasa el día mucho más rápido. El martes todavía no he recibido noticias de Abel, pero sé que cuando está así no va a servir de nada llamarlo yo.

Y el miércoles, recibo una extraña sorpresa.

Estoy recién levantada cuando escucho el timbre de la puerta de arriba. Todavía con el pijama corto, abro adormilada y me encuentro con un joven melenudo que lleva unos cuantos paquetes en las manos.

—¿Eres Sara Fernández? –pregunta con voz descuidada.

—Sí, soy yo. –Asiento, rascándome los ojos.

Me doy cuenta de cómo me mira y frunzo el ceño, alzando la barbilla. Él agacha la cabeza y me entrega uno de los paquetes. A continuación me hace firmar en un papelito y se despide, echándome un último vistazo. Cierro la puerta de malhumor.

No me lo puedo creer, es de Abel. ¿Qué cojones me ha enviado ahora? Por el tacto, parece un nuevo libro. ¿Ya empezamos con las pasadas tácticas? Qué poco original. ¡Ya no me va a poder comprar! Estoy vacunada contra estas estrategias.

Cojo las tijeras de la cocina y rasgo el papel. No hay sólo un libro, sino también algo más, duro y frío.

El libro en cuestión se titula *Justine o los infortunios de la virtud*, del Marqués de Sade.

La mandíbula casi se me descuelga al leer la notita que lo acompaña.

> Conquistas a todos con tu inocencia, Sara, pero esta vez la virtud se volverá en tu contra.
>
> Has sido muy mala.
>
> Y voy a tener que castigarte, como a Justine.
>
> A.

El otro objeto que viene en el paquete son unas esposas.

17



Aquí estoy, sosteniendo el libro con una mano y las esposas con la otra. Como una tonta, con la boca abierta, sin poder reaccionar. Miro ambos de forma alternativa una vez y otra y una más. A ver, nunca he leído nada del Marqués de Sade, pero conozco su fama, así que... ¿Qué cojones significa esto?

Estoy a punto de llamar a Cyn para pedirle que venga porque necesito su ayuda, cuando escucho el pitido del móvil.

«Tienes una semana para leer el libro. Para entonces, puede que te hayas arrepentido. A.»

¿Eh? ¿He leído bien? ¿Arrepentirme de qué? ¿Por qué cojones es tan críptico cuando le da la gana? Ya me lo puedo imaginar con su sonrisa petulante, encendiéndosele la bombilla. «Venga, me apetece jugar a los misterios, y la tonta de Sara tiene que seguirme la corriente». ¡Pues va listo! Se pasa unos días sin llamarme y ahora pretende que yo entre en sus estúpidos jueguecitos. Y encima me inquietan un poco.

Alzo las esposas y las observo una vez más. No puedo negar que son bonitas. Están forradas de terciopelo negro muy suave. Me dirijo al comedor sin quitar la vista de ellas, y me siento en el sofá para telefonear a Cyn. Vamos, contesta, maldita sea.

—¿Quién? –Su voz es adormilada y pastosa. Esta se ha tirado toda la noche de fiesta, seguro.

—Necesito tu ayuda –le digo de forma apresurada.

—¿Y tiene que ser ahora?

—Mueve el culo de tu pueblo y vente ya al piso –le ordeno, apretando las esposas con la mano.

—Pero Sara, ¿qué ocurre? Nunca habías sido tan mandona.

—Creo que Abel quiere pervertirme.

—Eso ya lo ha estado haciendo desde que os conocisteis, ¿no? Y te ha ido bien.

—No es eso –niego, casi con un quejido lastimero.

—¿Y entonces? –Por los sonidos que hace, creo que se está desperezando.

—Tienes que verlo por ti misma.

—Sara, ahora no puedo. –Se queda callada unos instantes y después añade–. Estoy con alguien.

—¿Ah, sí? ¿Con quién? –pregunto, curiosa.

Duda unos segundos, pero al final me lo confiesa:

—Marcos está durmiendo a mi lado.

Doy un brinco del sofá y me levanto casi como si me hubiese quemado el culo. ¡No me puedo creer que se haya acostado con ese repelente musculitos! Está bien, sí es creíble, pero no me hace gracia. ¡Ninguna!

—¿Qué haces con ese, Cyn?

—¿A ti qué te parece? –Suelta una risita–. No sabes lo mono que está mientras duerme.

—¡Sí, igual de mono que un gorila! –exclamo, indignada–. Eres una traidora. No sabes lo que me odia ese chico.

—En realidad sí lo sé –puntualiza ella–. Pero ya se le está pasando. El pobre quiere mucho a Abel y lo único que le pasaba es que le daba miedo que le hicieras daño o te aprovecharas de él…

—¡Por favor! –Pongo los ojos en blanco. Ni que yo fuera una viuda negra–. Pero si son ellos los que siempre se han aprovechado de las mujeres.

—No, Sara, te equivocas. –Me lleva la contraria la muy cabrona–. Aunque no lo parezca, Marcos es muy dulce. Y estoy segura de que Abel también lo es.

Miro las esposas con ojos desorbitados. ¿Dulce? Creo que no es el adjetivo más adecuado para describirlo.

—¿No te gustaría que fuésemos cuñadas? –Cyn parece contentísima.

—¿Qué estás diciendo? –Abro el libro y echo un vistazo a sus páginas. ¡Si hay ilustraciones y todo!

—Mañana me paso por el piso, ¿vale?

—Oye, ¿y cuándo te vas a quedar aquí? No puedo pagarlo yo sola –protesto.

—Pagaré desde el día uno tal y como te prometí. No te preocupes por eso –me tranquiliza.

—¿Dónde te estás quedando ahora?

—En el estudio de Abel. Nos lo ha prestado.

—¿Qué? ¿Pero Marcos no tenía una sesión fotográfica hasta mañana?

—Terminó antes de tiempo.

—¿Y dónde cojones está Abel? –pregunto, empezando a perder la paciencia con mi novio desaparecido.

—No lo sé, nos deja nuestro espacio. Tampoco he preguntado a Marcos –lanza un suspiro–. Sara, te estás volviendo muy aprensiva.

—¡No eres la más adecuada para hablar! –Me la imagino enroscada al cuerpo fibroso de Marcos. ¡Ugh!

—Vale, pero yo no tengo por qué saber dónde está tu hombre.

Hala, qué expresión más horrible. «Mi hombre». Aunque él siempre menciona lo de que soy suya, y yo misma se lo dije en la fiesta de cumpleaños de Cyn. Ay, Dios, que dentro de poco me convertiré de verdad en la protagonista de una telenovela e iré

pregonando por ahí que es mi hombre y gritaré como una histérica que nadie me lo toque.

En fin, la cuestión es que la campaña ha terminado antes, pero nadie me avisa. ¡Muy bien, Abel, estás haciéndolo genial!

—Voy a colgar, Cyn. Tengo que llamar al que se supone que es mi novio.

—Mañana nos vemos, cariño. –Da un besito al auricular–. Yo voy a ver si despierto a este hombre maravilloso que tengo…

Cuelgo antes de que pueda terminar la frase. Me estremezco. Uf, qué escalofríos. Ya me imagino cenando los cuatro como si fuésemos los mejores amigos del mundo. Marcos y yo nos miraremos de manera suspicaz, soltaremos pullitas dirigidas a meternos el uno con el otro y nos reiremos de nuestros chistes aunque en realidad por dentro tendremos ganas de matarnos. Serán unas veladas geniales, sin duda.

De inmediato marco el número de Abel. Tarda en coger el teléfono y, cuando lo hace, se escucha un molesto ruido de fondo, como de una multitud de personas que hablan.

—¿Sí?

—¿Abel?

—Sara.

—¿Por qué no me has dicho que la campaña ha terminado antes? –le pregunto irritada.

—Pensé que te gustaba tener tu libertad y que era mejor que no pasáramos juntos tanto tiempo.

¡Pero si fue él quien hace unos meses me propuso ir a vivir a su casa! Tiene un problema, porque si no, no puede ser.

—¿Y dónde estás ahora? Porque ya me ha dicho Cyn lo del piso.

—Estoy en Benidorm –me informa.

—¿Qué haces allí aún? –investigo, sorprendida.

—Estoy en un almuerzo. Para ser más exactos, en una reunión, intentando ganarme el pan.

—Oh –me limito a contestar.

—Quizá quieran que participe en una de sus próximas campañas.

—Ah, perfecto –continúo molesta porque siempre soy la última mona. Me entero de su vida por los demás.

Pero bueno, le dije que aguantaría, que me gustaba tal y como era, así que no puedo empezar a quejarme una vez más. Yo misma sé cómo es; en el fondo se ha mostrado así desde el principio y está claro que no puede cambiar de un momento a otro. Aun así, en algunas ocasiones me dan ganas de gritarle y soltarle un sopapo.

—¿Y tú cómo estás? ¿Has recibido mi regalo? –pregunta con tono divertido.

—¡Sí! –me sale una voz más aguda de lo normal. Ya me he puesto rojísima, y eso que estoy sola en casa.

—¿Y qué me dices? ¿Te gusta el Marqués de Sade?

—Nunca he leído nada suyo –me sincero.

—¿En serio? –pregunta con asombro.

—¡No suelo leer esas perversiones! –digo entre dientes.

Se echa a reír. Alguien le susurra, a lo que él responde algo que no entiendo. Se vuelve a dirigir a mí.

—Tengo que colgar, Sara. Pero antes, permíteme decirte que el marqués no era un pervertido. Tú, que eres filóloga, abre tu mente y sumérgete en el mundo de placeres de ese gran escritor y conocedor del mundo. –Se calla y espera a que yo diga algo, pero como no lo hago, prosigue–: Una semana. Adiós, Sara.

Y me cuelga. La cara me arde. ¿Una semana? Ya, ¿para qué? Pero espera, ¿vamos a estar siete días sin vernos? Se supone que no puede vivir sin mí. Y vale, yo sin él tampoco. Lo necesito. Quiero olerlo, tocarlo. ¡Exijo que vuelva ya! Aunque bueno, se supone que cuando me dejó en casa la otra noche, estaba enfadado, y ahora ya no lo parece. Al menos puedo estar tranquila en ese aspecto. Tengo que admitir que el tío es un poco bipolar, y que yo, como una imbécil, lo aguanto.

Tiro el móvil por el sofá. La curiosidad me puede al cabo de unos segundos. Echo una ojeada a las ilustraciones que acompañan el libro. ¡Oh, por Dios! ¿Pero qué es esto? Si Justine es la que aparece en ellas, ¡pobrecita! En una sale una chica desnuda maniatada, sostenida por una polea que alcanza hasta el techo. Y bajo sus pies, tiene una especie de cubo. Si se lo quitaran, ella pendería de las cuerdas y sería muy doloroso. Y por las caras de los hombres del dibujo, es lo que pretenden hacer. Uno de ellos parece estar golpeándola con una especie de fusta. ¡Ay, Dios mío! En otra salen tres mujeres. Imaginad lo que están haciendo. ¿Y Abel quiere que lea esto? ¿Y se atreve a decir que no es una perversión?

Cierro el libro de golpe. De repente, recuerdo que en la fiesta de Cyn me dijo que le recordaba a Justine. Ahora lo entiendo todo. Esa tal Justine no se trataba de ninguna exnovia o rollo, sino de la protagonista de esta novela. Me da miedo leerla, pero quizá debería estar preparada para lo que vaya a suceder. Sin embargo, acabo guardando las esposas y el libro en uno de los cajones de la cómoda de mi habitación.

Mientras me preparo el desayuno, me pita otra vez el móvil. Dejo la leche calentándose en el microondas y me acerco al aparato. Al abrir el WhatsApp, descubro un mensaje de Eric.

«Hola, preciosa. Quería escribirte antes, pero he estado ocupadísimo. Ya he firmado el contrato con Brein Gross. Estoy muy contento, y quiero agradecerte que pensaras en mí. ¿Qué pasó con Abel? ¿Acaso tiene otro trabajo esos días? Lo he

llamado al móvil un par de veces, pero no me lo coge. Un besazo enorme, tu nuevo fotógrafo».

Suspiro. Menudo es Abel. Al parecer, está muy enfadado con su amigo, como si él tuviera la culpa. Me imagino que Eric tiene una gran paciencia porque no es la primera vez que se ha disgustado con él. Y creo que no va a ser la última. Las próximas semanas puede que sean peores.

Tecleo con rapidez mi respuesta. Él todavía está en línea y quiero que le llegue mi mensaje antes de que se desconecte.

«Abel está un poco enfadado. No quiso hacer las fotos, así que... Yo prefería que fueses tú el que trabajase conmigo. Al menos estaré más tranquila que con alguien desconocido».

En menos de un minuto me llega su contestación. Me da un vuelco el estómago al leerla.

«¿Estás segura? ;) porque yo no sé si podré estarlo mucho al tenerte tan cerca durante horas y horas».

Me pongo colorada. ¿Tendrá que darme instrucciones como hizo Abel la primera vez que nos conocimos? Espero que no. ¡Qué vergüenza, por Dios! Antes de que yo pueda responder, Eric me envía otro mensaje.

«He conocido vía Skype al otro modelo. Está bueno, jaja. Vas a tener suerte, Sara. Además, es muy amable».

Oh. Vale. Más tíos buenos. ¡Yuju! Sara rodeada de hombres con cuerpos de escándalo. ¡Qué contenta estoy! No, nótese la ironía. En realidad me pone más nerviosa y me hace sentir insegura.

«¿Cuándo voy a poder conocerlo yo?».

«Me ha dicho que Thomas contactará contigo en cuanto pueda para pedirte tu dirección de Skype y que así podáis mantener una charla los tres. Es mucho mejor adquirir un poco de confianza antes de las sesiones de modelaje».

Ay, Dios. En qué me he metido. Ahora ya no me puedo arrepentir. Con un sinfín de pensamientos extraños en la cabeza, me despido de Eric. No tengo Skype de ese, porque total, no hablo con nadie. Así que mientras me tomo mi leche con cereales, enciendo el ordenador para crearme uno. Espero que no sea muy difícil; soy muy torpe para las nuevas tecnologías.

No obstante, al cabo de unos diez minutos ya me he hecho una cuenta y tengo mi Skype instalado en el ordenador, muy bonito él. Me dice que si quiero añadir amigos o cuentas relacionadas, pero no conozco a nadie. Lo único que hago es dedicarme a trastear un ratito para aprender cómo funciona. No es nada difícil, así que sabré utilizarlo. También le preguntaré a Abel si él tiene, y así, cuando se vaya fuera podemos hablar por aquí y vernos las caras. De repente, se me ocurre una escena

subida de tono y automáticamente me pongo colorada. ¿Pero cómo puedo pensar en eso? ¡Jamás lo había hecho antes! El maldito fotógrafo me ha realizado un lavado de cerebro.

Cuando me termino la leche, me dispongo a escribirle un correo a Gutiérrez. Le tengo que avisar de que empezaré a trabajar con él una semana más tarde. No quiero retrasarlo más. Escribo un texto en el que intento ser lo más académica posible, pero de forma amable. Es lo que odio de tener que escribir a profesores, que nunca sabes bien cómo dirigirte a ellos. Lo releo unas cuantas veces hasta quedar satisfecha con el resultado.

El resto de la mañana me la paso limpiando la casa con tal de relajarme. Me pongo música y bailo y canto mientras barro el comedor.

—«Sittin' here eatin' my heart out waitin'. Waitin' for some lover to call…».

Me encanta la fuerza que tienen las canciones de Donna Summer. Y Hot Stuff es una de las más sensuales y poderosas. Cuando viene la parte que más me gusta, me llevo el mango de la escoba a la boca y finjo que es un micrófono.

—«Lookin' for some hot stuff baby this evening. I need some hot stuff baby tonight…» –canto toda emocionada.

Mis vecinos deben de estar hasta la coronilla de mí, ya que siempre que hago las faenas de casa, pongo la música a todo volumen.

Pensándolo bien, yo también necesito lo que Donna dice en la canción. En cierto modo, estoy deseando que Abel vuelva y sentir sus manos por mi cuerpo otra vez. Eso sí, no le voy a entregar las esposas por nada del mundo. Le dije que quería jugar, pero prefiero hacerlo a mi manera para sentirme más tranquila.

Me preparo un poco de pasta para comer, al tiempo que me pregunto qué es lo que estará haciendo en este preciso instante. ¿Tendrá otra comida? ¿Habrá conseguido el trabajo? ¿Estará rodeado de mujeres babeando ante su perfecto cuerpo? Agito la cabeza. ¡No, no! Que las demás lo miren no significa que él vaya a hacer nada. Sin embargo, nunca me siento segura del todo cuando está lejos. Y en el fondo, tengo que acostumbrarme porque siempre va a ser así. Es lo que tiene ser guapo.

La tarde la dedico a buscar en el catálogo de la biblioteca algún manual o libro que me sirva para mi parte del trabajo de Gutiérrez. La verdad es que no hay muchos autores o críticos que hayan abarcado dicho tema, así que tendré que trabajar con menos bibliografía de la que había imaginado en un primer momento. Tras anotarme un par de libros que me parecen adecuados para lo que quiero, decido entrar en el correo de la universidad.

Tengo un nuevo correo y es de Gutiérrez. Vaya, qué rápido ha contestado. Imagino que estará trabajando en la facultad. Lo abro un poco nerviosa, ya que no sé con exactitud lo que le habrá parecido mi propuesta.

Estimada Sara:

Había elaborado ya sus horarios de la primera semana de octubre y esperaba contar con usted. Vamos a tener una reunión importante en el departamento con el resto de integrantes del proyecto. No obstante, tampoco se preocupe, que por unos días de retraso no pasa nada y yo le informaré de lo que digan. Eso sí: puede trabajar durante esa semana en su casa. Le enviaré lo que quiero que haga, ¿de acuerdo?

Su compañera Patricia ya me ha entregado un pequeño ensayo. Es magnífico. Espero que usted pronto pueda enseñarme sus ideas.

Un saludo,

Gutiérrez

Me quedo estupefacta observando la pantalla. ¡No me lo puedo creer! Bueno, en el fondo algo había pensado. Sabía que Patricia estaría trabajando como una obsesa, pero no que se adelantara tanto. ¿No se supone que teníamos que trabajar los tres juntos? ¿Y por qué él le permite esa actitud? ¡Uf, estoy rabiosa!

Voy a tener que ponerme las pilas si no me quiero quedar atrás.

¡Tranquilidad, vuelve a mi vida!

18



Jueves. A las ocho en punto se me abren los ojos, a pesar de que no tengo que hacer nada realmente importante y trasnoché bastante. Pero no porque estuviese de fiesta ni nada por el estilo, sino porque intenté empezar un ensayo. La verdad es que no me fue demasiado bien, ya que tenía en mente demasiadas cosas: superar a Patri –con lo que trabajo con más presión y me acaba entrando ansiedad–, pensar en Abel –y terminé tan excitada que decidí dejar el trabajo durante un ratito– y convencerme de que la campaña irá bien.

Me tiro casi media hora en la ducha, enjabonándome con mimo. Es la única forma en que me puedo relajar y despejar del todo. Regreso a la habitación secándome el pelo con una enorme toalla. Echo un vistazo al escritorio. Dios mío, qué horrible. Está lleno de papeles con anotaciones y esquemas, ninguno válido. Empiezo a creer que formar parte del equipo de Gutiérrez no ha sido buena idea. Tengo que quitarme todos esos pensamientos negativos de la cabeza. ¡He sido la mejor estudiante de mi promoción! Y sé que puedo hacerlo. Siempre lo he conseguido. Es sólo que estoy estresada e inquieta. Estoy segura de que cuando pase la campaña, todo volverá a ser como antes.

Decido dejar que el pelo se me seque en contacto con el aire. Me visto con una simple camiseta de color azul y unos vaqueros cortos. Mientras desayuno mis habituales cereales, busco en Internet las campañas que han realizado en Brein Gross otros años. Bueno, creo que puedo respirar tranquila porque en ninguna foto salen mujeres desnudas. Es cierto que en alguna van un poco destapadas, pero no enseñan nada. Lo que me preocupa es que en la mayoría en las que posan con un hombre, aparezcan tan juntos. Como si se fuesen a besar, en otras abrazándose, acariciándose. Me pongo colorada al pensar en Eric. No sé por qué, si en realidad es el fotógrafo, no el modelo. Abel tiene razón: tengo que cambiar de mentalidad, intentar ser un poco más abierta. Esto son sólo fotos, es moda, arte, o como se le quiera llamar. Incluso si fuesen más atrevidas, no habría nada de malo en ellas. Al fin y al cabo, la desnudez humana es bella y no un pecado como muchos nos han hecho creer.

Me imagino a Abel desnudo. Sí, definitivamente hay belleza en el cuerpo humano. Y de repente, me sorprendo preguntándome cómo será Eric. ¡Por Dios! Que es el amigo de mi novio. ¿Cómo puedo pensar en algo así? Aunque es muy posible que Abel se haya imaginado a Cyn desnuda. Es demasiado *sexy*, así que es normal que los hombres piensen en ella. Y más si se trata de tíos mujeriegos.

Para quitarme todos esos pensamientos lujuriosos de la cabeza, intento buscar el

blog de Eric. Sin embargo, no tengo que estar escribiendo bien la dirección porque o me da error, o no se trata de su página. Al cabo de diez minutos de búsqueda infructuosa desisto y apago el ordenador.

A media mañana escucho jaleo en la escalera, como si alguien subiese de forma atropellada. Me levanto del sofá en el que me encontraba pintándome las uñas y miro hacia la puerta, la cual se abre en ese mismo instante. Doy un grito de alegría al ver asomar por la rendija la cabellera morena y lisa de Cyn. Me lanzo a sus brazos y ambas chillamos y nos estrujamos como si no nos hubiésemos visto en años. En realidad sólo ha sido un mes. Pero la cuestión es que la necesito más que nunca para que me hable de sus experiencias.

—¡Tíaaa! –grita con su aguda voz. Todavía agarrándome las manos, se echa un poco hacia atrás y me mira–. Estás igual de blancucha que siempre. –Pone cara de tristeza.

—Al contrario que tú, que pareces un conguito. –De normal Cyn ya es morena, pero es que ahora mismo la podría confundir con una mulata.

Pero está preciosa. Sus brillantes ojos azules contrastan con el tono de su piel y con sus rosados labios. Observo con una sonrisa el modelito que lleva hoy: un vestidito muy corto de color blanco que le queda que ni pintado. Qué mujer tan espectacular. ¿Cómo es posible que sea yo la que está a punto de convertirse en modelo en lugar de ella?

—¿No has ido a la playa este mes? –me pregunta, dejando las llaves en la mesita del recibidor y pasando al comedor.

—¿Tú qué crees? –La sigo con los brazos cruzados–. No he tenido tiempo para nada. Pero tampoco es que me apeteciese mucho. Prefiero ir contigo.

—Este domingo es muy probable que Marcos y yo vayamos a Gandía. Puedes venirte, si quieres. –Se echa en el sofá y suelta un suspiro, como si estuviese muy cansada.

Me siento a su lado y la miro como si estuviese loca. Ella me clava sus ojazos azules de forma inocente.

—¿Qué? ¿Todavía le tienes rencor? –Chasquea la lengua.

—¿Qué rencor ni qué pollas? –Cojo el pintauñas y reanudo la tarea mientras me observa con atención.

—Trae. –Me coge el botecito para pintármelas ella. En realidad lo prefiero, porque yo siempre acabo haciéndome un desastre.

—A Marcos no le caigo bien. –Le recuerdo.

—Sí que le caes bien. Sólo le fastidió que no creyeras a su hermano –me informa ella sin apartar la vista de las uñas.

—No es nadie para meterse en nuestra relación –respondo un tanto molesta.

—Bueno, Marcos está muy unido a Abel –me explica. Observo su cara de

concentración–. Entiéndelo. Si a ti te hicieran algo malo, yo también me pondría hecha una furia.

—Mentira. –Salto de inmediato–. Pero si tú me metiste en todos los líos con Abel desde un principio. Fuiste una traidora varias veces.

Me mira con disgusto. Después sonríe al tiempo que menea la cabeza.

—Y deberías estar contenta. Gracias a mí tienes un novio fantástico al que todas las mujeres quieren en su cama –me dice con retintín y gesto de orgullo.

Me pinta la última uña y a continuación me sopla en ellas. Contemplo satisfecha el color rojo tan bonito que se ha quedado. Menos mal que me lo ha hecho ella, porque yo tendría todos los bordes manchados.

—¿Tienes algo para beber? Estoy seca. –Saca la lengua como para reafirmarlo.

Asiento con la cabeza y me levanto. Una vez en la cocina cojo de la nevera dos zumos de piña. Los llevo al comedor junto con sendos vasos. Los dejo sobre la mesa sin quitar los ojos del rostro de mi amiga. No sé por qué, pero la veo radiante. Parece muy feliz. ¿Esto se debe a Marcos o qué?

—¿Has pasado esta noche también con...? –Ni siquiera me atrevo a pronunciar su nombre.

Cyn se sirve el zumo con una sonrisita. Bebe un poco y a continuación se relame los labios rosas y se gira para mirarme.

—Hasta el domingo. –Asiente, abriendo más la boca.

—¿Regresa Abel ese día? –pregunto, porque en realidad no tengo ni idea.

—No lo sé. –Se encoge de hombros y vuelve a dar un trago del zumo–. Le he dicho que el lunes tengo que instalarme aquí.

De repente se me ocurre algo escabroso y casi me atraganto con mi bebida. Cyn me da unos cuantos golpecitos en la espalda hasta que se me pasa y logro respirar.

—¿No te lo irás a traer aquí algún día, no?

—No lo sé. ¿Te molestaría?

Voy a contestar que sí, pero me callo. La miro una vez más: sus ojos brillantes, su piel radiante y su sonrisa enorme me indican que vuelve a estar feliz. No la veía así desde que lo dejó con Kurt. Me gusta verla tan contenta, pero en el fondo no quiero que le hagan daño, y me da miedo que se haga demasiadas ilusiones con Marcos. Me parece que es un mujeriego. Aunque Vale, tengo que reconocer que pensaba lo mismo de Abel y, sin embargo, me ha demostrado que sólo tiene ojos para mí. Quién sabe, a lo mejor los dos han llegado a una edad en la que tienen que madurar. Bueno, Marcos tiene la mía, es demasiado joven aún. Los hombres tardan más en hacerlo Eso sí, no va a encontrar a otra chica mejor que Cyn. Y si algún día lo trae al piso, se lo diré bien clarito. ¡Mierda! Si ya me parezco a él. Cyn tenía razón: las personas defendemos con uñas y dientes aquello que queremos.

—¿Sara? ¿Estás ahí? –La voz de mi amiga llega lejana.

Parpadeo y le dedico una sonrisa. A continuación poso un gran beso en su mejilla. Ella se queda estupefacta, pero después se muestra feliz.

—¿A qué viene esta muestra de cariño?

Me encojo de hombros. Estoy tan contenta de verla que podría estar dándole besos toda la mañana. Después le cuento mi experiencia en Madrid y quién va a ser mi fotógrafo. Se muestra muy sorprendida, aunque no dice nada. Se termina el zumo y se levanta para dejar el vaso en el fregadero. Yo apuro también el mío y se lo entrego. Una vez en la cocina, me grita –tiene una fea manía de hablar desde lejos–:

—¿Y qué es eso tan importante que tenías que contarme?

Oh, sí. Ha llegado el momento. Mientras ella friega los vasos, yo me escabullo a mi habitación y saco lo que había guardado en el cajón. Al ver las esposas, no puedo evitar estremecerme una vez más. El libro ni siquiera lo miro. Me pongo los regalitos tras la espalda y regreso al comedor donde me espera en el sofá. Alza la vista del móvil una vez me siento a su lado.

—¿Adónde habías ido?

—Mira, Cyn –le digo con un hilo de voz.

Saco primero el libro. Ella lo lee en alto. Después me mira y se encoge de hombros.

—¿No sabes quién es? –le pregunto con inquietud.

—El Marqués de Sade –responde, ojeándolo–. Una vez vi una peli basada en él, pero no recuerdo el nombre…

—¡Mira las ilustraciones! –Le enseño aquella en la que Justine cuelga del techo atada de manos.

—Joder, tía, ¿qué sádico, no?

—¡Exacto! –La señalo con un dedo. Pero a pesar de todo, ella continúa tan tranquila.

Parece que no entiende la magnitud de todo esto. Doy unos golpecitos en la ilustración.

—Esto me lo ha regalado Abel.

—Ya. ¿Y? ¿No dices que le gusta leer?

—Hay miles de libros que me podría haber regalado, pero no, ha elegido justo este –le susurro con voz misteriosa–. Pero espera.

Saco las esposas. Las agito en el aire. Ella dibuja un «oh» silencioso con la boca, abre mucho los ojos, y al fin se echa a reír. Me las coge mientras yo la miro con una ceja arqueada. No para de soltar carcajadas y yo me cruzo de brazos esperando a que se calme.

—¡Vaya con Abel! –Se limpia las lágrimas con las yemas de los dedos.

Yo vuelvo a agarrar las esposas y las observo con incredulidad. Cyn me las arranca

y las estudia durante unos segundos.

—Son muy bonitas. ¿Dónde está la llave?

—No traían. –Pienso.

—¿Y esto es lo que querías mostrarme? –Las menea ante mí. Yo me echo hacia atrás–. ¡Abel quiere jugar contigo!

—Cyn, ¿y si es un loco pervertido? –Abro mucho los ojos.

—¿Qué dices, Sara? –Ella arruga la nariz y se ríe una vez más–. ¡Sólo son unas esposas!

—También me ha enviado un libro en el que se practican aberraciones –añado, dirigiendo la mirada a la portada.

—Te habrá querido gastar una broma –le resta importancia.

—¿Tú has usado alguna vez unas…? –no termino la frase. Tan sólo señalo lo que me ha enviado Abel.

—Claro que sí –asiente con la cabeza, emocionada–. Es una buena forma de caldear el ambiente.

—¿En serio? –Me muestro incrédula.

—Tía, ¿cómo puedes ser tan sosa? –Intenta abrir las esposas, pero no hay manera.

—¡No lo soy! Simplemente me ha pillado por sorpresa –me defiendo.

Cyn agarra el libro y vuelve a pasar las páginas. Lee un párrafo y a continuación suelta una exclamación de sorpresa. Yo le pregunto qué sucede y se coloca a mi lado para que pueda ver.

—«Levantándola por el aire con un solo brazo, el gigantesco sacerdote la tendió sobre sus rodillas; entonces, agitando airosamente un látigo, le cruzó tres veces las nalgas. Justine se retorció bajo el ardor de los golpes, pero sus penas sólo habían comenzado, pues el padre Clemente sólo estaba haciendo una prueba. Entonces, satisfecho con su postura y con la forma en que tenía asido el látigo, el odioso fraile alzó el arma de largas lenguas muy por encima de su cabeza y la dejó caer con fuerza sobre la joven» –lee en voz alta.

Me pongo pálida y miro a Cyn con susto. ¿Cómo me puede haber regalado algo tan horrible? Mi amiga arruga el ceño y se queda pensativa. Entonces, suelta:

—¿Y si es un amo? Quizá por eso es tan misterioso y conoce a tantas mujeres…

—¿Un qué?

—Que a lo mejor quiere que seas su sumisa –dice de forma misteriosa. Se acerca a mí y me susurra–: Ya sabes, encadenarte a la cama con esas esposas, o quizá a una barra, y después golpearte con una fusta o con un látigo hasta que tu trasero se ponga rojo y tú le pidas a gritos clemencia…

—¡Calla! –exclamo, completamente horrorizada.

Cyn se echa a reír de nuevo. Se lleva la mano al estómago y trata de contenerse,

pero cada vez que mira mi cara, le entra más risa. Al final se controla y me dice entre hipidos:

—Sólo te estaba gastando una broma. Me parece que Abel no es de esos.

—Pues yo ya no estoy tan segura –respondo con una mueca. Recojo las esposas y el libro y voy a la habitación. Los guardo en el cajón, bien escondiditos entre un montón de ropa interior.

—Sara, deja de ser tan paranoica y aprensiva –Se ha empezado a pintar las uñas con mi esmalte–. Las esposas son sólo un complemento al sexo. Y muy divertido. No tienen que significar que él quiera practicar *bondage* contigo. Y de todos modos, se puede negociar –lo dice todo como si fuese una gran experta.

—¿Bondaqué? –pregunto con sorpresa.

—Yo una vez le puse las esposas a un tío y me confesó que había sido el mejor polvo de su vida –continúa ella sin hacerme caso.

—¿Ah, sí? –No me imagino yo esposando a Abel. ¿Me lo pedirá? ¿O querrá ponérmelas él a mí? ¡Qué miedo!

—Y otra vez jugué con otro tío a que ambos éramos desconocidos y practicábamos sexo del duro y…

—Vale, hasta ahí. –Alzo una mano para impedir que continúe hablando–. La cuestión es si tú crees que tengo que estar asustada.

Cyn me mira como si estuviese loca. Chasquea la lengua y reanuda la tarea de pintarse las uñas.

—Claro que no. Sólo quiere jugar, estoy segura. Pero de una forma normal. Lo que pasa es que, por mucho que tú digas que no, eres una sosilla. –Alza la vista y me escruta con curiosidad.

—Reconozco que soy tradicional, pero eso no quiere decir que…

—¿Con Santi pasaste de la postura del misionero y de hacerlo en la cama? –Esboza una sonrisa burlona.

—¡No! Pero que conste que con Abel ya…

—¿Ves? –me interrumpe ella, bajando la mirada a la mano–. Con Abel puedes disfrutar mucho más de las maravillas del sexo.

—¿Por qué hablas como él? –pregunto con fastidio.

—Porque somos dos personas que sabemos vivir la vida. –Ensancha la sonrisa, llena de dientes blancos, que resaltan más gracias a su moreno.

—¿Estás insinuando que yo no la sé vivir? –Le arranco el pintauñas para que me mire.

Ella protesta y me va a contestar cuando, de repente, me vibra el móvil. Salto del sofá con la esperanza de que sea él, pero me sorprendo aún más cuando leo en la pantalla el nombre de Eric.

—¿Sí? –Me lo llevo a la oreja.

—¿Qué tal? –me saluda él, con su ronca voz telefónica.

—Bien, aquí con Cyn –respondo, un tanto nerviosa. ¡Joder, ya basta, Sara!

—¿Has hablado con Thomas?

—¿Uh?

—Me ha dicho que te iba a llamar.

—Espera.

Me aparto el móvil de la oreja y miro la pantalla. ¡Mierda! Ahí está el iconito de llamada perdida.

—No lo he escuchado. ¿Qué quería? –pregunto.

—Tenemos una reunión por Skype en veinte minutos –me informa.

—¡Oh! –exclamo, sorprendida.

—Enchúfalo y dime tu dirección, ¿vale? Aunque nos va a agregar él al grupo, pero así se la doy.

Voy corriendo al comedor. Cyn me interroga con la mirada, pero yo le hago una señal de que estoy ocupada.

Enciendo el ordenador y me espero unos minutos a que se conecte Internet. Pero no sé por qué, no lo hace. ¡Maldita sea! Hace un rato funcionaba y ahora no. Odio la compañía con la que tiene contratados los servicios la dueña del piso. Me espero cinco minutos más, pero nada.

—¡No me va la conexión! –le digo, disgustada.

Eric se queda callado unos instantes. Entonces, responde:

—Bueno, entonces ven a mi casa.

¿Yo? ¿A su casa? ¿Los dos solos? La boca se me queda seca y noto unas cosquillas extrañas en el estómago.

19



Cinco minutos después Cyn y yo estamos bajando las escaleras. La conexión no ha vuelto. Maldita casualidad. No me gusta estar en casa de un tío, los dos solitos, y mucho menos si se trata de Eric. Bueno, en realidad tendría que estar más tranquila, ¿no? ¿Pero por qué no lo estoy? ¿Eh? ¿Por qué parezco una desquiciada? ¡Tengo que aprender a comportarme! ¿Acaso no era yo la que pregonaba que dos personas de sexos opuestos podían ser amigos? ¡Pues eso! Y sigo pensándolo, ¿vale?

—Te acompaño hasta la parada. –Cyn abre la puerta del patio.

Yo asiento con la mirada perdida. De inmediato, pienso en Abel y me siento mal. Pero a ver, no tendría que ser así. Sólo voy a casa de su amigo porque es lo que se me está requiriendo para el trabajo. No es una cita ni nada por el estilo. He quedado otras veces con Eric y todo ha sido normal. No importa que esta vez sea en su casa. Un piso puede ser un lugar perfectamente neutral. ¿Es así, no?

—¿Qué te pasa, tía? –me pregunta Cyn, poniéndose las gafas de sol.

Yo giro la cara como una autómata. La miro distraída, hasta que al fin logro responder:

—Nada.

—Si se nota que estás súper histérica.

Al doblar la esquina, ya veo la parada de autobús. Tengo que cogerlo porque el piso de Eric está un poco lejos del mío. Se ha ofrecido a venir por mí con la moto, pero prefiero que me dé el aire. Aunque ciertamente no es que haga mucho. Más bien ya hace bochorno y tan sólo son las doce del mediodía.

—¿Te pasa algo con Eric? –insiste ella, cuando nos detenemos ante la marquesina.

Yo dirijo la mirada al panel. El número nueve llegará en cinco minutos. Sin mirar a Cyn, respondo:

—Qué va. Sólo estoy un poco nerviosa por lo del Skype.

—¿Seguro? –Ella se coloca delante de mí y, de forma inevitable, tengo que mirarla–. ¿No habrá pasado nada entre vosotros durante el tiempo que Abel y tú estuvisteis separados, no?

Me hago la indignada. Pero oye, en verdad no ha sucedido nada, así que tampoco tengo que fingirlo. De todos modos, entiendo que pueda pensarlo; yo también lo haría si ella tuviese la misma actitud que la mía.

—¡Claro que no! –exclamo, colocándome las tiras del pequeño bolsito que llevo a la espalda.

—Hombre, Eric es un tío guapísimo, y encima muy simpático –dice ella, sumergida

en sus propios pensamientos–. Sería comprensible porque tú estabas mal y…

—Cyn, que no ha pasado nada, en serio –insisto, poniendo una mano en su muñeca.

—Pero él y tú habéis quedado alguna que otra vez, ¿no?

—Ya, pero únicamente como amigos. –Pongo mala cara.

—¿Entonces por qué te pones nerviosa? No lo estás sólo por el trabajo.

Suspiro. Me conoce demasiado bien. Dos minutos más y el autobús llegará, pero no puedo escaparme de la mirada inquisitiva de mi amiga.

—Me siento incómoda porque es el amigo de Abel y a él no parece hacerle mucha gracia que quedemos y todo eso. Y mucho menos ahora que es mi fotógrafo.

—Ya, es normal que esté un poco enfadado –coincide ella.

—No estoy haciendo nada malo. Abel no quería y tampoco iba a perder yo la oportunidad…

—Claro que no, Sara. ¡Pero mira que pedírselo a su amigo! A veces eres demasiado inocente.

Chasqueo la lengua y me cruzo de brazos. Se acerca un autobús y, por suerte, es el mío. Así que doy dos besos a Cyn y un abrazo. Ella me lo devuelve y me da un apretón en los hombros como para relajarme.

—No seas tonta. Nadie piensa mal de ti. –Me sonríe.

—Lo sé. –Se la devuelvo.

—El lunes estaré de vuelta en el piso. ¿Podrás esperar tanto tiempo sin verme?

Finjo que lloro y ambas nos echamos a reír. Me pongo en la cola para subir al autobús y cuando me va a tocar, me giro y me despido de ella con la mano. Los quince minutos de trayecto los dedico a mirar por la ventanilla con tal de mantener la mente vacía de cualquier pensamiento. Eric vive casi en las afueras, por lo que aquí abundan los anuncios. Los miro con curiosidad, por si acaso hay alguno de Brein Gross. Observo a las chicas que posan con naturalidad y me pregunto si yo sabré hacerlo tan bien. Estoy tan enfrascada en memorizar las posturas, gestos y sonrisas de las modelos, que por poco me paso de parada. Aprieto el botón justo a tiempo. El conductor da un frenazo y un par de señoras se quejan. Yo me disculpo y bajo de un salto.

Por el camino me cruzo con un señor que pasea a su perro peludo, a dos chicas que han salido a correr y a una señora que viene de hacer la compra en un Consum que debe de estar cerca de aquí. Cinco minutos después me hallo en la calle en la que vive Eric. Es muy larga y a juzgar por el primer número que encuentro, tiene que estar casi por el final. Alzo la cabeza y así me paso casi todo el camino. Menos mal que no he pisado ningún regalito de perro. Una vez en la finca de Eric, tomo aire y pulso el timbre. Pocos segundos después me están abriendo la puerta. Hay ascensor, pero como vive en un segundo prefiero subir por las escaleras. Ni siquiera enciendo la luz:

el sol se filtra por las ventanas. Es una finca bastante luminosa y agradable.

Cuando llego al rellano no hay nadie esperándome en la puerta, la cual se halla abierta. Me acerco con cautela y asomo la cabeza por ella. Tan sólo veo un corto pasillo y unas habitaciones con las puertas cerradas. Entro y cierro sin hacer mucho ruido.

—¿Hola? ¿Eric? –pregunto con voz temblorosa.

Nadie me contesta. Echo a andar y paso por lo que parece ser el salón. Hay una televisión, un pequeño sofá y una mesa con sus sillas. El piso es bastante moderno, aunque no parece muy grande. Cuando me giro, me doy cuenta de que alguien me está observando y suelto un grito. Lo escucho reírse y me llevo una mano al corazón.

—¡No tiene gracia! –protesto.

—No te había escuchado. Había venido a prepararme un sándwich. –Me lo enseña.

Yo me acerco a él. Cuando sale de la cocina, contengo la respiración. ¡Tan sólo lleva un pantalón de pijama! Oh, no, oh, no. Corazón contente. ¿No ves que te va a escuchar si continúas así? ¡Es sólo un hombre! ¡Es Eric! Parece darse cuenta de mi reacción porque me pregunta:

—¿Te importa que vaya con esto? En este piso hace calor y no tengo aire acondicionado.

—No, no pasa nada –respondo con un hilo de voz.

Da un gran mordisco a su bocadillo y me sonríe. Cuando estoy ante él, se inclina para que le dé dos besos. No lleva ningún perfume como Abel, pero huele bien, a champú. Supongo que se acaba de duchar porque aún tiene el cabello rubio un poco mojado. Me hace un gesto para que le siga. Recorro con los ojos la anchísima y musculosa espalda moldeada por la natación y a continuación bajo la vista hasta su trasero.

—¿Sara?

¡Mierda, me ha pillado! Alzo los ojos y lo miro con la boca abierta. Él me escruta con curiosidad. Arquea una ceja.

—Te estaba diciendo que siento no tener la habitación más ordenada.

¿Cómo? ¿Habitación? Se detiene ante una puerta y me indica que pase yo. Vale, sí, se trata de su dormitorio. Y está hecho un desastre. La cama está revuelta y hay un montón de ropa por el suelo. Aun así, huele muy bien, como a frutas.

—No tengo portátil y el ordenador de mesa está aquí. –Me lo señala. En la pantalla está abierto el Skype.

—No pasa nada –respondo, aunque me empiezo a sentir más nerviosa.

—Voy a traerte una silla. –Me deja sola.

Echo un vistazo a la habitación, que es bastante pequeña. En la pared hay fotos de nadadores que supongo serán profesionales. Me acerco a la estantería: tan sólo hay

libros de fotografía y alguno que otro de biografías de deportistas. En otra de las repisas hay un par de fotos: en una de ella sale con Abel. Los dos están posando con sus cámaras. Esbozo una sonrisa.

—Toma.

Doy un brinco al escucharlo. Me giro y agarro la silla que me tiende. Una vez me siento en ella, él se coloca en la que hay al lado. Lo tengo muy cerca y cuando alarga la mano para coger el ratón, me roza en el brazo. Agacho la cabeza, pero él no parece haberse dado cuenta. A ver si soy yo la que está dándole a todo esto más importancia de la que realmente tiene. Sí, es eso, porque es evidente que Eric y yo tan sólo somos amigos.

—Escribe tu nombre y así te añado.

Me inclino sobre el teclado y una vez he terminado, se lo devuelvo. Él sonríe.

—Así ya te tengo para próximas veces.

Asiento con la cabeza, aunque no tenía pensado hablar con él por Skype. Cliquea en el nombre de Thomas y le escribe que yo ya he llegado. Un segundo después estamos recibiendo una videollamada grupal. En la pantalla aparecen dos pequeñas caras: la de Thomas y la de un chico que supongo que es Rudy, el modelo. Lo reconozco porque, tal y como me dijo Eric, es tremendamente guapo.

—*Hi, guys*! –exclama Thomas con su acostumbrada felicidad.

—Ya la tienes aquí –dice Eric, señalándome con las manos abiertas.

Yo saludo de forma tímida. Thomas me manda un par de besos a través de la cámara y Rudy me hace un gesto con la cabeza y murmura un «hola».

—Sara, este es Rudy, tu futuro compañero –me lo presenta.

—Hola –digo. No se me ocurre nada más. Parezco la misma tonta de siempre.

—¿Qué tal estás, Sara? –me pregunta él. Eric aprieta un botón y la ventana se agranda, así que puedo verlo mejor. Tiene ojazos verdes rasgados y una piel morena. Lleva perilla y sus rasgos exóticos son lo que más destacan de él–. Será un placer trabajar contigo –añade.

—Sí –respondo con un hilo de voz. ¡Oh, joder, di algo más! Pero nada, que no me sale.

—Este año quiero que en mi campaña lo que predomine sea el contraste –interviene Thomas con su acento americano.

Vaya, contraste va a tener, porque Rudy y yo somos la noche y el día. De repente, noto algo en mi mano. Agacho la vista y me doy cuenta de que es Eric, que ha puesto la suya sobre la mía. Lo miro con extrañeza y él me dedica una sonrisa. Supongo que intenta que me tranquilice, pero lo cierto es que lo único que ha conseguido es que piense en lo suave que la tiene.

—Y ya hemos decidido dónde se realizará –prosigue Thomas. Se calla un momento

para dotar de misterio y emoción a su discurso–. ¡En Ibiza! –chilla.

Yo abro la boca con sorpresa. Oh, vaya, ¿hasta allí tengo que ir? ¡Qué maravilla! Voy a conocer la isla de la que todos hablan. Eric asiente con una sonrisa y Rudy alza el pulgar en señal de acuerdo.

—Los gastos están todos pagados, como ya sabéis… –Thomas cruza las manos ante el rostro para continuar hablando–: Nos marchamos el día 2 de octubre, pero la semana anterior volveremos a tener una videoconferencia para informaros de cualquier asunto importante que haya surgido. ¿De acuerdo?

Todos asentimos. Nos pasamos unos diez minutos más hablando. Rudy me cae bien de inmediato. No sé por qué, pero me parece bastante normalito. Recuerdo los modelos que conocí en la fiesta en Barcelona y la mayoría parecían amarse demasiado a sí mismos. Sin embargo, me gusta la forma calmada en la que Rudy habla, sus gestos elegantes y sus ojos expresivos. Por su parte, Thomas se pasa al inglés cuando está nervioso o emocionado.

Durante toda la charla, Eric no aparta su mano de la mía. Yo al fin me he tranquilizado y ya no la necesito, pero no se lo quiero decir para no molestarlo. Cuando nos despedimos y cierra la sesión, ya es la una. Él se me queda mirando muy serio y yo me revuelvo incómoda en mi silla.

—¿Comemos juntos o tienes algún plan?

Su propuesta me llega por sorpresa. Es evidente que no tengo nada que hacer, pero no sé si quiero quedarme. Bueno, vale, querer quiero, pero no sé si es lo apropiado. Me quedo pensativa durante unos segundos.

—No quiero molestarte.

—¿Crees que me molestas? –No tiene hoyuelos como Abel, pero la forma en que sonríe es preciosa y cálida.

—Bueno, si me quedo vas a tener que preparar más comida. En serio, no hace falta.

—Sería divertido cocinar juntos, ¿no?

Abro la boca para responder, pero la vuelvo a cerrar sin decir ni mu. Suelto una risita tonta. Cocinar. Juntos. ¿No suena eso a película romántica? La parejita preparando una rica receta. Ella le da a probar la salsa para ver si tiene suficiente sal. Él le da una palmadita en el trasero y le dice que el delantal le queda muy *sexy*. A continuación la empotra contra la mesa y hacen el amor como locos. Oh, espera, eso ya no es una peli muy romántica que digamos.

—¿Te pasa algo? Te has puesto roja. –Me hace notar.

¡Mierda! Aparto la mirada y sin querer acabo posándola en sus duros abdominales. Cierro los ojos. ¡Oh, joder, joder! Dios, aparta toda esta carne de mi vista. Escucho un ruido y al abrirlos descubro que se ha levantado. Así todavía es peor porque lo veo en todo su esplendor. Hay algo positivo: al menos no está tan cerca.

—Eres muy rara, Sara. –Se echa a reír–. ¿Te quedas o no?

—Yo creo que a Abel…

—¿A Abel? –Arquea una ceja y se le borra la sonrisa–. ¿Qué pasa con él? ¿No está aquí, no? Yo al menos no lo veo.

Le ha molestado, lo noto. Me levanto de golpe, dispuesta a disculparme, pero él se me adelanta.

—Somos unos amigos que van a comer juntos. ¿Qué problema hay? –Apoya el hombro en el marco de la puerta–. ¿Acaso es Abel tu amo?

Recuerdo lo que me ha dicho Cyn sobre ser una sumisa. Me vienen a la mente el libro y las esposas y se me encoge el estómago. Vale, creo que me voy a quedar a comer. Eric tiene razón: no pasa nada porque dos amigos coman juntos. Abel me dejó claro hace tiempo que él no queda con amigas porque no tiene, pero yo no soy así. Y Eric tampoco. Tiene amigas: yo. Y seguro que más.

—Vamos a hacer esa comida –respondo, resuelta. Paso por su lado con la cabeza bien alta. Él se echa a reír.

—¿Qué te apetece? –me pregunta, una vez en la cocina.

—Algo sencillo. ¿Pasta?

—De acuerdo –asiente, abriendo la nevera–. ¿Carbonara?

—Me gusta mucho –respondo con una gran sonrisa.

Le ayudo a sacar los ingredientes y durante unos cuarenta y cinco minutos nos dedicamos a preparar los espaguetis. No sucede nada de lo que mi mente paranoica se había imaginado. Es cierto que un par de veces me choco con su torso, pero aun así, él se muestra normal, como si nada pasase. Yo suspiro tranquila cada vez que sucede.

—¡Qué bien huele! –exclamo cuando los saca del horno.

Me sirve un plato y luego se pone el suyo. Me los da para que los lleve al comedor y cuando llega él, me tiende una lata de cerveza.

—¿O prefieres otra cosa?

—Así está bien –respondo, sentándome en la pequeña mesa.

—¿Quieres que ponga la televisión o hablamos?

—Me gusta más hablar –confieso, enrollando unos cuantos espaguetis en mi tenedor. Cuando los pruebo, exclamo con deleite–: ¡Te han salido muy buenos!

Vaya, es buen cocinero y todo. Cyn debería estar saliendo con él y no con el medio cerebro de Marcos.

—No es tan difícil preparar pasta. –Sonríe y se lleva el tenedor a la boca. Mastica con lentitud y luego me pregunta–: ¿Abel sigue enfadado contigo?

—No, creo que ya no. –Pienso en sus mensajes y en sus regalos.

—No lo he vuelto a llamar –me confiesa, mirándome directamente a los ojos–. Espero que no te enfades por lo que te voy a decir, pero a veces es realmente

insoportable.

Sí me molesta un poco su comentario, pero en realidad tiene razón. Los cambios bruscos de Abel son su peor defecto. Bueno, ese y su misterio. Vale, eso también le hace ser más atractivo… Me encojo de hombros y no contesto. No quiero entrar en ninguna polémica. Eric parece comprenderlo y cambia de tema.

—Estoy deseando hacerte las fotos, Sara –dice. Se termina los espaguetis y retira el plato de delante.

Yo le sonrío mientras continúo masticando los míos. No sé muy bien lo que sucede, pero en cuestión de segundos lo tengo muy cerca de mi rostro, y yo doy un brinco y me levanto asustada. Él se aparta también y me mira con confusión. Se lleva un dedo a los labios.

—Tenías nata en la boca.

—¡Voy al baño! –exclamo, completamente avergonzada.

Por el pasillo pienso en lo gilipollas que soy. Me encierro con el corazón galopando a mil por hora. ¡Joder, creía que iba a besarme! Y lo único que quería era limpiarme la boca porque soy tan torpe que siempre me mancho cuando como pasta. He quedado como la mayor creída obsesa del mundo. Pero ha sido todo tan extraño. Aún recuerdo en Barcelona cuando vino a verme a la habitación. ¿Acaso aquella vez no hizo amago de querer besarme? ¿Me lo estoy imaginando yo todo el tiempo? En el fondo, no lo ha hecho nunca. Si realmente quisiera, ¿no se habría lanzado ya? O quizá se corta un poco por Abel No, no puede ser. Yo no soy el tipo de mujer que a él le gustaría, o eso creo. Y de todos modos, ¿qué iba a conseguir besándome si sabe que estoy con su amigo?

Me bajo los pantalones y las braguitas y echo la cabeza hacia atrás, intentando tranquilizarme. Una vez termino, me sitúo ante el lavamanos y me miro en el espejo del armarito. Me echo a reír por lo tonta que soy. Entonces me doy cuenta de que hay dos cepillos: uno verde y uno rosa. Movida por la curiosidad, abro el armario y descubro que no sólo hay maquinillas, espuma de afeitar y otros utensilio de hombre, sino también un cepillo de mujer para el pelo, una barra de labios y un pequeño frasquito de perfume.

—¿Sara? –Escucho desde el otro lado de la puerta–. ¿Estás bien?

—¡Ya salgo!

Cojo el botecito y lo observo. Me lo llevo a la nariz. Huele fantástico. No me puedo reprimir. Lo mío con los perfumes es una obsesión. Me echo un poco en la muñeca y aspiro. Es un aroma que me suena a algo, pero no sé a qué. Quizá es una colonia que he olido a alguien por la calle o a mí misma al ir a la perfumería alguna vez.

Eric abre la puerta en ese instante y me sorprende con el perfume en las manos. Dirige la vista al armarito y arquea una ceja.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo siento… Yo…

Me quita el frasquito de las manos y lo deja en la repisa. Cierra el armario de golpe. Me encojo ante su mirada porque parece enfadado.

—¿Te dedicas a coger las cosas de los demás? –me pregunta.

—Oye, sólo me he puesto un poco de colonia.

—A ella no le haría ninguna gracia –señala.

Yo me encojo de hombros. Bueno, pues lo siento, tampoco pensaba que sería algo tan grave. Él ha actuado peor, que ha abierto la puerta sin volver a llamar. ¿Y si hubiese estado aún con los pantalones bajados? Salgo del baño por delante de él, con la cabeza gacha. ¿Qué pasa con los hombres que son tan bipolares y extraños?

—Será mejor que me vaya. –Alzo la vista para mirarlo. Él me da un beso en la mejilla y la electricidad me sacude. ¡Au! Siempre nos pasa lo mismo.

—Me he pasado, ¿no?

—Bueno, sé que no debería haber cogido el perfume, pero sí que has sido un poquito tonto –le digo, dándole un golpecito en el brazo para que se dé cuenta de que estoy bromeando.

—Es que no quiero que…

—Que ella se dé cuenta de que han usado su perfume, ¿no? –le sonrío, aunque me siento molesta.

—Si sabe que he traído a una chica aquí y…

—Bueno, ¿qué problema hay en que dos amigos coman? –Le ataco con lo que él me ha dicho antes. ¡Auch! ¿Qué hago contestando así? Parece que esté celosa, y no es así para nada, ¿verdad?

—Ella no te conoce, así que supongo que podría imaginarse algo.

—Bueno, pues algún día me la presentas y verá que sólo somos amigos.

—Porque tú quieres, Sara –me suelta de repente.

Me quedo estupefacta. Los colores se me suben a las mejillas de inmediato. Hasta las orejas se me ponen rojas y acaloradas. Él no aparta la mirada de mí, muy serio. Yo no sé qué decir, no encuentro las palabras apropiadas. Al fin, se echa a reír y dice:

—Estoy bromeando.

—Ah, ya. Si ya lo sabía –miento, sumándome a sus risas.

—Quizá te la presente algún día –añade, pensativo–. Aunque sólo nos divertimos, no es nada serio.

Eso mismo me dijo la otra vez. Pero ella deja aquí sus cositas, así que puede que para ella sí sea algo serio, quién sabe. Antes de salir por la puerta, me abraza y se disculpa una vez más. Yo también lo hago.

Una vez en la calle, pienso en cómo será ella, aunque no debería importarme nada.

20

Los dos últimos días los he pasado documentándome para el trabajo de Gutiérrez, lo que ha supuesto trasnochar y no tener apenas vida social. Sólo he hablado cinco minutos con Eva, porque al sexto ya le he empezado a gruñir. Sin embargo, he quedado con mi madre para comer, con lo que el domingo tengo que hacer de tripas corazón y levantarme a una hora razonable para acudir a la cita. Antes de salir de casa, envío el ensayo a mi tutor.

Cuando llego a casa de mi madre me informa de que mi padre se ha ido a comer con un amigo. Me muerdo la lengua con tal de no confesarle lo mal que me parece que la deje sola de forma constante, que ni siquiera la lleve un sábado a cenar a un bonito restaurante. Ella apenas tiene tiempo libre por culpa del trabajo. Me angustia que no disfrute de la vida. A pesar de todo, la comida transcurre con más tranquilidad estando nosotras dos solas.

—¿Cuándo vas a traer a tu novio? –Una de sus constantes preguntas. Me tiende el cucurucho que ha traído de la cocina.

—Cuando tenga menos trabajo –miento, mientras desenvuelvo el helado.

—Tráelo para tu cumpleaños. Haré una buena comida. O si lo prefieres, podemos ir a algún restaurante.

Paro de lamer la nata. ¡Joder, sí! No recordaba que a finales de octubre es mi cumple. Vaya, pues entonces no tengo excusa. En el fondo, no está tan mal celebrar tu vigesimoquinto aniversario con la familia y el novio. Bueno, ahora que lo pienso más detenidamente, no es tan agradable cuando esa familia y ese novio son los que yo tengo.

Mientras nos terminamos el helado, decido contarle que me han elegido para una campaña, por si acaso me ve algún día en un anuncio. Quién sabe. No quiero que le pille por sorpresa.

—Mamá, voy a posar como modelo.

—¿En serio? –me pregunta, limpiándose la nata de la barbilla–. ¿Como la exnovia delgaducha de Abel?

—Más o menos –respondo un tanto pensativa. Por favor, ¡no quiero que me comparen con ella! Aunque posiblemente sea inevitable después de todo lo ocurrido.

—¿Abel quiere hacerte fotos?

—No son para él, sino para una campaña de una firma de relojes muy importante.

—¡Que mi hija se me hace famosa! –Suelta a voz en grito, esbozando una ancha sonrisa–. Si es que mira que eres guapa. Todos se dan cuenta de lo que vales.

—No digas tonterías, mamá –la regaño–. No voy a hacerme famosa. Todo esto ha sido por pura casualidad –Y una casualidad que, como es de esperar, no le voy a contar. Mi madre jamás sabrá lo que su hija hace en la intimidad de la alcoba. Me levanto para retirar los envoltorios de los helados–. Pero oye, me pagan bastante bien, por no decir muy bien. Te daré algo, pero tienes que guardarlo –la hablo como si fuese una niña pequeña, pero no lo puedo evitar.

No quiero que se lo entregue a mi padre, y mucho menos para que se lo gaste en bebida o en alguna otra cosa peor como tantas otras veces.

—No, tú no me tienes que dar nada –rechaza ella, poniéndose muy seria, casi ofendida.

Nunca le ha gustado que le deje dinero. Pero sé que muchas veces les cuesta llegar a final de mes, así que prefiero que tengan algo ahorrado, por si las moscas. Cuando estoy en la puerta dándole dos besos de despedida me dice en voz bajita, aunque no hay nadie más que nosotras:

—No le voy a decir a tu padre lo de posar, ¿vale? Ya sabes lo raro que es él para esas cosas.

Asiento con la cabeza. Sí, supongo que pensaría que soy una mujer libertina o algo por el estilo. Su mentalidad es demasiado arcaica. Le gusta criticar a las mujeres, pero después es el primero al que se le van los ojos cuando ve por la calle a alguna con la falda corta.

Nada más llegar al piso me doy una buena ducha. Después me preparo algo de merienda cena y me echo en el sofá para ver la televisión. Sin embargo, mientras picoteo la ensalada, hay algo que me inquieta. Se trata del Marqués de Sade, que parece llamarme desde la profundidad del cajón. Al final decido ir por él con un nudo en la garganta. Una vez lo tengo en mis manos retorno al sofá, dispuesta a leerlo. Vale, estoy preparada.

Al principio me sorprendo con lo que Sade me cuenta, pero acabo tan fascinada que casi está amaneciendo cuando me quedo dormida. Al día siguiente Cyn me sorprende con el libro entre las manos, sumergida de lleno en sus palabras, las cuales me sacuden y al mismo tiempo me hacen reflexionar. No presto atención a mi amiga y ella acaba dejándome tranquila porque sabe cómo me pongo cuando estoy leyendo algo que me gusta. Al caer la noche ya casi he terminado con los infortunios de Justine. Cyn me trae un pequeño bocadillo vegetal y lo pone ante mí. Yo cierro el libro, lo apoyo en el pecho como una colegiala enamorada y suelto un suspiro. Cyn me mira sorprendida.

—Es maravilloso –le digo con voz soñadora.

—¿No decías que era una guarrada? –Arquea una ceja.

—Estaba equivocada –contesto, mirando la portada con embeleso.

—¿Entonces ya no piensas que Abel sea un pervertido? –Le da un mordisco a su bocadillo.

Giro la cabeza con lentitud. Hasta unos segundos después no comprendo lo que me ha preguntado. El libro me ha encantado, pero ahora me reafirmo en que Abel no es que sea un pervertido, sino que es un sádico. Eso o que tan sólo quiere asustarme. Y por su bien y el mío espero que sea lo segundo, ya que soy capaz de comprarme un *spray* de esos para protegerte de violadores y lanzárselo en los ojos hasta que grite de dolor.

—En este libro hay tanta filosofía… –explico a Cyn, la cual me mira distraída.

—¿Ah, sí? –Pregunta con la boca llena.

Me inclino para coger mi bocadillo y le empiezo a revelar todo lo que he sentido y pensado al leer el libro. Como es de esperar, al cabo de diez minutos ella se ha perdido por completo y pone cara de aburrimiento total. Así que, para que esté contenta, dejo que me cuente sus días con Marcos. Todo son arcoíris y nubes de caramelo. Madre mía, a este paso voy a vomitar. Con lo que ella ha sido con los hombres. El paso de los años ha hecho que se vuelva una ñoña por completo. Aunque quizá a mí me pasa lo mismo cuando estoy con Abel, sólo que yo misma no me doy cuenta.

Esa noche, ya en la cama, recibo un mensaje suyo que me estremece. Aunque no sólo de inquietud, sino también de placer.

«Un día más, mi pequeña Justine. ¿Tienes tus muñecas listas? A».

Después de eso, tengo un peculiar sueño en el que Abel me anuda las manos con una cuerda, la cual me hace bastante daño. Cada vez la tensa más y más, y el roce hace que me excite. Mientras él me penetra con salvajismo, las cuerdas me arañan la carne y me hacen gritar de goce y dolor al mismo tiempo. Me despierto toda sudada, con el corazón al galope en el pecho, y un tremendo calor entre las piernas. Me sorprende estar tan excitada por un sueño que en algunos momentos parecía más bien una pesadilla. Me traiciona el subconsciente. O quizá el Marqués tenía razón en sus escritos y el ser humano no se atreve a encontrarse con su yo oscuro. ¿Y si de verdad le tengo que llamar amo? ¿Me pedirá que gatee por el suelo y agache la cabeza ante sus zapatos mientras me ordena cosas peores? ¿Me tumbará bocabajo en sus piernas y me dará azotes en el trasero? Me paso un rato pensando en la posibilidad de que las prácticas sexuales de sadismo me gusten e incluso llego a avergonzarme un poco. Al fin logro conciliar el sueño de nuevo, aunque un poco asustada con la idea de tener más pesadillas de ese tipo. Sin embargo, el resto de la noche transcurre tranquila y al parecer no sueño más, porque al día siguiente tan sólo puedo recordar ese. Tengo en mi mente las cuerdas y las marcas de las muñecas.

Cuando termino de ducharme y vestirme, Cyn todavía no se ha levantado. Yo bajo a

comprar porque la nevera está vacía. Me cojo unos cuantos bollos de chocolate para pasar el día. Estoy segura de que a media tarde me habrá entrado la ansiedad y necesitaré azúcar. Al pasar por una joyería me detengo. Tienen muchas marcas de relojes, entre ellas Brein Gross. La chica de la foto abraza a su compañero, un tío espectacular. Ella es guapísima y mira a la cámara con ojos seductores de tigresa. Si yo intento poner esos morritos pareceré gilipollas. Giro la esquina del escaparate y me topo con toda la jeta de Nina. Joder, ¿es que está por todas partes? Me fijo en que está promocionando unos colgantes preciosos con forma de lágrima. En la foto salen dos chicas con ella. Al acercarme un poco más, descubro que son dos de sus amiguísimas, las cuales se rieron de mí en la fiesta. ¡Cómo las odio! Se creen maravillosas, pero en realidad no son más que unas mujeres envidiosas, incluso entre ellas, a pesar de fingir que se llevan muy bien.

Regreso a casa muy enfadada. El ver a esas tres brujas me ha fastidiado el día. No me aguanto hasta media tarde: rasgo el envoltorio de una chocolatina y me la llevo a la boca. Me pongo a hablar yo sola con la boca llena y la gente que pasa por mi lado se me queda mirando. ¡Me da igual! Entre estas y Patri, estoy perdiendo la fe en la humanidad.

Cuando llego a casa me meto directamente en la cocina y guardo la compra soltando toda mi mala leche. Cyn se asoma con el cabello mojado y tan sólo el albornoz cubriendo su cuerpo. Arruga las cejas, preguntándome qué sucede.

—He visto a Nina –digo sin más, dando un portazo a la nevera.

—¿Dónde? –Cyn parece asustada.

—En unas fotos. Y también a sus dos queridas amigas divinas.

—Me habías asustado, creía que estaba por aquí. –Se acerca para ver qué he comprado–. Bueno, ahora tú vas a formar parte de ese mundo y será ella la que entre en cólera cuando te vea.

—No quiero ni imaginarlo. –Guardo las chocolatinas y los bollos en mi cajón.

Comemos juntas, pero a las cinco me avisa de que ha quedado con Marcos y me propone ir, a lo que me niego en rotundo. Media hora después me arrepiento de no haberme marchado con ellos, pues así no habría visto el miserable correo que Gutiérrez me ha enviado:

Estimada Sara:

Su ensayo es aceptable, pero debe mejorarlo. Le faltan referencias bibliográficas y el estilo en el que está escrito no es demasiado bueno. No se preocupe, tiene tiempo para rehacerlo. ¿Cree que puede pasarse la semana que viene por el despacho? Patri está trabajando conmigo esta semana, y me gustaría que lo hiciera usted la próxima.

Gutiérrez

Entre el reencuentro con Nina y este mensaje me dan ganas de cortarme las venas. ¡Claro que no hay mucha bibliografía! Apenas han estudiado mi tema. ¿De dónde voy a sacar referencias entonces? Tampoco entiendo por qué dice que el estilo no es bueno. Nunca he tenido problemas a la hora de redactar. ¿Y qué significa que la trepa está trabajando allí con él? ¿Por qué nadie me avisa a mí? De lo rabiosa y estresada que estoy, le envío un mensaje a Abel diciéndole que no venga mañana. No ha estado aquí cuando lo he necesitado, así que paso de quedar con él cuando le venga en gana. No recibo ninguna respuesta y empiezo a pensar que se ha enfadado cuando pasan tres horas y sigue sin contestar.

A la hora de la cena se presenta Cyn para coger una chaquetita. Ha empezado a refrescar y ella se va a un bonito restaurante que han abierto hace poco. Me ve la cara de muerta y me pregunta lo que me sucede, pero le hago un gesto para que se vaya tranquila. Se encoge de hombros y se despide con un beso en el aire.

—¡Oh! –La escucho cuando abre la puerta.

Me giro extrañada y lo descubro tras ella, con una mano apoyada en el marco y la otra metida en el bolsillo del pantalón blanco. Lleva un suéter de media manga que no sé por qué, le hace un cuerpo sencillamente espectacular. Doy un brinco del sofá y me acerco a ellos diciendo:

—Oye, ¿no te he dicho que no vinieras? Además, ¡se supone que era mañana!

Me mira durante unos segundos con los ojos entrecerrados. A continuación, pasa de mí y se dirige a mi amiga:

—¿Qué tal, Cyn?

—Muy bien, a punto de irme con tu hermano a cenar –responde ella, con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Míralos, ahí hablando e ignorándome tan felices!–. ¿Y tú?

—Un poco enfadado. –Retorna su mirada a mí. Le brilla–. Y bastante excitado.

—¡Oh! –exclama Cyn, girándose a mí con sonrisa de tonta.

Yo abro la boca sin saber qué decir. Le hago un gesto para que se vaya y nos deje solos. Una vez escucho la puerta del portal, para asegurarme que no va a estar cotilleando, me encaro a él:

—¿Esto va a ser como antes, cuando aparecías siempre que te daba la real gana?

—Habría venido mañana si no me hubieses enviado ese mensaje tan borde. –Se inclina sobre mí, acercando su rostro recién afeitado al mío. Aspiro el aroma mentolado y me tiemblan hasta los intestinos–. Menos mal que hoy he terminado de prepararlo todo.

—¿Eh? –pregunto, sin entender lo que dice.

—¿Has leído el libro, Sara? –Sus ojos sonrientes lo dicen todo. ¡Está contentísimo! Se cree el gato que pilla al ratón. ¡Va listo!

—Claro que sí –anuncio, con la barbilla en alto.

—¿Y no te has arrepentido de nada? –Arrima más el rostro. Su nariz roza la mía y me hace cosquillas. Me muero por lanzarme a su cuello y besarlo, pero logro contenerme.

—No –respondo, con los labios apretados y cara de enfado.

Suelta una risa. Aparta la mano del marco y me agarra la mía. Yo lo miro con el ceño arrugado. ¿Qué pretende?

—Nos vamos a mi casa –me informa, al ver mi cara.

—¡No! –exclamo, intentando soltarme. ¿Y si tiene allí una habitación de torturas?

—He preparado algo para ti –me dice, sin borrar la sonrisa misteriosa. Se acerca mi mano a los labios y la besa. A continuación me lame un dedo con lentitud, sin apartar los ojos de los míos. Yo lo miro boquiabierta–. ¿No te apetece jugar, Sara?

Trago saliva. Noto la cosquilla en mi entrepierna debido al roce de su lengua en mi dedo. Oh, Dios mío. Tiene una mirada tan caliente. Y unos labios tan excitantes. Y un cuerpo tan hecho para el pecado. Quiero jugar, quiero jugar. ¡Por supuesto que quiero! Asiento con la cabeza y a los pocos segundos me está arrastrando escaleras abajo. Él mismo se ha encargado de coger mi bolso, el móvil y las llaves. Yo sólo me dejo arrastrar por el torbellino de pasión que va soltando a medida que corremos. Me lleva calle abajo hasta llegar a su magnífico coche y me sube en él sin perder ni un minuto. Una vez ha arrancado me doy cuenta de algo.

—No hemos cogido las esposas –digo.

—¿Entonces te han gustado? –Se echa a reír.

Me pongo coloradísima. Para disimular, busco en la guantera algún disco. Como estoy tan nerviosa, se me caen al suelo. Él chasquea la lengua, pero en lugar de regañarme, me acaricia el cuello y dice:

—Mi patosilla.

No digo nada ante esa inquietante muestra de cariño. Mientras escucho la música de la radio, ya que paso de que se me caigan otra vez, pienso en lo sometida que me tiene. No necesita ser ningún amo para que yo corra detrás de él. Si esto es amor, creo que es un poco tonto. Pero pasar una semana sin contacto alguno es demasiado para mí. Lo único que espero es que no tenga una habitación de los suplicios. La verdad es que no tiene aspecto alguno de loco sádico, pero quién sabe, lo conozco nueve meses, así que tampoco sé sus más profundos secretos. La mente se me llena de chasquidos de látigos. ¡Ay, por Dios, qué loca estoy!

Al cabo de un rato llegamos a su casa cercana al mar. Joder, aquí todavía puede ser más peligroso. Si tengo que gritar, ¿me escuchará alguien? ¿O es precisamente eso lo que quiere? Me quedo en el coche aun cuando él ya ha salido y camina por el jardín. Enciende las luces exteriores y me hace un gesto para que vaya. Cuando me acerco y me agarra, se pone muy serio:

—Estás temblando. –Me hace notar–. ¿Te encuentras mal?

Niego con la cabeza. Me abrazo a él. Su cuerpo es cálido. No es posible que nada de esto se convierta en peligroso. Él no puede serlo. Es Abel, un fotógrafo que a veces es un prepotente, pero al fin y al cabo es mío, y creo que lo conozco al menos un poquito. Le gusta el sexo, pero jamás me haría daño. ¿No…?

—Sara, ¿tienes miedo? –Me alza la barbilla y deposita un suave beso en mis labios. Me agarro a sus antebrazos y abro la boca para recibirlo. Aquí está su sabor, ese que ya empiezo a reconocer tan bien.

—Ya estoy más tranquila –le digo, apretando las uñas en su piel. Él se queja suavemente, pero luego me sonríe.

Entramos en su casa abrazados. Me lleva al sofá y me sienta en él sin dejar de mirarme. No entiendo nada, ¿pero qué le pasa? Parece como un niño pequeño cuando quiere enseñarle algo a su madre con toda la emoción del mundo.

—No vamos a hacer nada que no quieras, Sara –me susurra, acariciándome la mejilla. Cierro los ojos y suspiro–. Pero me gustaría divertirme esta noche… He preparado muchas cosas.

—Vale –asiento, con la garganta seca.

—¿Entonces… quieres? –Se relame los labios, con los ojos entrecerrados. Me pone ese gesto. La punta rosácea de su lengua me invita a saborearla.

—Sí. Todo lo que tú quieras –digo con un hilo de voz, empezando a sentirme excitada.

—De acuerdo. –Se levanta resuelto del sofá–. Pero antes, te propongo algo para que te relajes. –Se marcha a la cocina. Yo me quedo esperándolo con la mirada fija en la chimenea. Cuando regresa, trae una botella de Marina Alta, un vino blanco, y dos copas heladas. Las pone sobre la hermosa mesa y me hace un gesto con el dedo para que vaya–. Juguemos al póquer.

21

—¿Cómo? –pregunto, porque me parece no haber entendido bien.

—Si pierdo, haré lo que quieras. Pero si pierdes tú… Tendrás que obedecer a todo lo que te pida. –Esboza una sonrisa pícara. Los hoyuelos se marcan en todo su esplendor.

—No sé jugar al póker –respondo.

Va hacia uno de los muebles y saca algo de un cajón. Se trata de un set completo de póquer. Se sienta y extiende el tapete en la mesa, saca las fichas y las cartas. Me las va mostrando una a una mientras me explica las reglas.

—La carta más alta es el as. –La pone frente a mí. A continuación me va diciendo las posibles jugadas y combinaciones–. Cuando tengas algo bueno, apuesta para que yo también apueste más y ganes fichas. Aunque claro, aquí todos pueden mentir. –Me guiña un ojo.

Asiento a todo lo que me dice. Aunque me hago un poco de lío, creo que lo he entendido bastante bien. Empieza a barajar sin apartar la mirada de mi cara.

—¿Quieres jugar entonces, Sara?

—Sí.

—Te advierto que soy muy bueno.

—Quiero hacerlo –respondo, testaruda.

Él asiente y se ríe. Me da dos cartas, deja dos para él y después coloca cinco bocabajo sobre el tapete. Antes de empezar a jugar, alcanza el mando que hay al borde de la mesa y pulsa un botón. Un segundo después sale una suave melodía de algún rincón del comedor. «Meet you downstairs in the bar and heard your rolled up sleeves and your skull t-shirt», canta la maravillosa Amy Winehouse. Me sirve una copa de vino hasta arriba, y él se pone tan sólo media. ¡Este me quiere emborrachar! No obstante, la cojo y enseguida le doy un buen trago. Está muy fresco y bueno. ¡Necesito coger fuerzas y activar la concentración!

—De acuerdo, voy a destapar. –Pone tres bocarriba. Un diez de corazones, un dos de tréboles y una dama de picas.

Observo las cartas de la mesa y las mías. Uhm, creo que de momento no tengo nada.

—Apuesto veinte. –Separa dos fichas del montón de diez y las pone delante de él–. ¿Qué quieres hacer tú, Sara?

—Voy a jugar.

Igualo su apuesta. Da la vuelta a otra de las cartas del centro de la mesa. ¡Oh, qué bien! Tengo una pareja. Lo miro por entre las mías, intentando descubrir lo que puede

tener él, pero su rostro es imperturbable.

—Subo mi apuesta –me dice, con una sonrisa. Retira las monedas de diez y coloca una de cincuenta.

«I told ya, I was troubled. You know that I'm no good», dice Amy a través de los altavoces.

—Y yo. –Pongo mis fichas muy cerca de las suyas, retándolo. Madre mía, soy competitiva hasta en este juego.

Mostramos nuestras cartas y lanzo una exclamación al ver que tiene un trío. ¡Mierda, me ha ganado! Pero sólo es la primera partida. Bebo de mi vino sin apartar la mirada de la suya. Parece muy relajado y satisfecho.

—Está bien. ¿Y qué quieres que haga? ¿Me quito una prenda? –le pregunto–. Creo que de normal la gente juega así, ¿no? Si no recuerdo mal se llama *Strip*-póquer o algo similar.

—No, Sara –contesta con una risita–. Estamos jugando al póquer normal. Es a diez. ¿Vale?

Arrugo las cejas, pero al final acabo asintiendo. Venga, todavía tengo bastantes posibilidades. Doy otro trago al vino. Seguro que así me inspiro. Sin embargo, unos veinte minutos después, Abel tiene una montaña de fichas en su parte y las mías han ido desapareciendo. Y para colmo, empiezo a estar borracha porque llevo ya tres copas de vino hasta arriba. Maldita sea, me está llevando a su terreno. Seguro que lo tenía todo planeado.

—Estás haciendo trampa –balbuceo.

—Ni hablar. Te dije que era muy bueno. –Bebe de su copa. Se relame los labios y me explica–: Mi padre me enseñó de pequeño. Él y yo hemos jugado muchas veces con amigos cuando vivíamos en Italia. Y luego aquí también alguna que otra vez. Es uno de mis juegos de cartas preferidos.

—Yo prefiero jugar al Pictionary, al Cluedo o algo así –digo entre dientes.

—El póquer no es apto para todos. –Toquetea las esquinas de sus cartas–. Sólo para mentes frías e inteligentes.

—¿Quieres decir que no soy inteligente? –murmuro, ladeando la boca. Recuerdo en ese momento lo de Gutiérrez–: ¿Sabes lo que me ha pasado? Envié a Gutiérrez un correo con un ensayo que me había pedido, ¿no? Pues me ha contestado diciéndome que lo tengo que mejorar. No entiendo nada, porque a mí me pareció muy bueno. Y encima dice que Patri está trabajando con él y…

—Sara, relájate. –Alarga una mano por la mesa y me acaricia la mía. Deja las cartas sobre el tapete–. Ese tío no te está valorando como debería –musita, con gesto de enfado.

—Tampoco es eso, a lo mejor es verdad que no era bueno…

—No lo creo –niega, todavía de mal humor por lo que le he contado–. ¿Y si te buscas otro tutor que te haga destacar como la estupenda estudiante que eres?

—No es tan fácil, Abel. Ya he accedido a trabajar en ese departamento y no estoy segura de que otros profesores quisieran tenerme ya, sin el máster ni nada –le explico, dando vueltas a la copa de vino.

—Todo es probar. Eres muy constante y te esfuerzas mucho, así que cualquiera debería matarse por tenerte –Me mira de forma intensa, a lo que yo respondo con una sonrisa.

—¿Seguimos? –Quiero cambiar de tema. Si continúo hablando de Gutiérrez y mi fallido ensayo voy a terminar de deprimirme del todo.

—De acuerdo. –Recoge sus cartas y vuelve a echar un vistazo–. Pues dale, Sara.

Nos miramos mientras Amy canta con su sensual voz. «I'll go back to black. We only said goodbye with words. I did a hundred times. You go back to her and I go to back… I go back to us».

En la penúltima partida vamos tres a cinco. Evidentemente, soy yo la que pierde. Lo miro con suspicacia, pero él sólo se ríe y me insta a beber más vino. Apuesto las últimas fichas que me quedan porque tengo una escalera. No puede tener nada mejor que yo. Sonrío para mis adentros.

—Si gano, esta vale por dos, ¿vale? –le propongo, soltando un hipido.

Lanza una carcajada, con la cabeza hacia atrás. Lo miro enfadada. Cuando se calma, asiente.

—Lo que tú digas, Sara.

Le enseño mis cartas con una gran sonrisa. Estoy recogiendo las fichas cuando él me muestra las suyas.

—Escalera de color.

Lanzo un grito furioso. ¡Será cabrón! ¿Cómo ha podido tener tanta suerte? ¡No me lo puedo creer! Es el vencedor sin lugar a dudas. ¡He caído en su maldito juego y ahora tendré que hacer todo lo que quiera! Me derrumbo en mi silla, con la mano apoyada en la frente, notando cómo se me sube el vino cada vez más. Debe de ser por el alcohol que ya no me encuentro tan escandalizada y hasta me parece normal el juego que me ha propuesto.

—Bueno, Sara, pues he ganado. –Se levanta de la mesa con esa sonrisa de petulancia que tanto odio y que con el vino, sin embargo, me parece atractivísima. Oh, Dios, tengo calor. Quiero besarlo.

Yo hago lo mismo, aunque no sé muy bien para qué. Me planto ante él y alzo la cara para mirarlo. Se le han oscurecido los ojos, lo que significa que está excitado. Entiendo lo que quiere. Al menos no he traído las esposas, así que no será tan duro. Trago saliva, me giro y cierro los ojos. Me alzo la falda, inclinándome hacia delante y

alzando un poco el trasero.

—¿Qué haces? –me pregunta.

—No me hagas mucho daño, por favor –le suplico.

—No entiendo nada. –Me agarra de la cintura y yo me sobresalto y doy un brinco. Se inclina sobre mí–. ¿De qué estás hablando? –me dice al oído.

Ladeo la cabeza y lo miro aturdida. Él también me observa confundido.

—¿No te gusta el sado? –pregunto con voz temblorosa.

—¿Qué dices, Sara? –Se echa a reír–. No me digas que te has creado tu propia historia por los regalos que te hice.

—¿Y qué iba a pensar si no? –Me bajo la falda, totalmente avergonzada, y me giro hacia él con los puños apretados–. ¡A la pobre Justine le hacen de todo!

—Y yo quiero que seas esta noche mi Justine, pero no de esa forma –me dice, acercándose y abrazándome. Me aprieta contra él, agarrando los bordes de mi falda, con lo que me roza la piel de los muslos con sus dedos. Un escalofrío me recorre el cuerpo–. El marqués era un hombre muy inteligente. Durante muchos años supo cómo evitar la censura y las autoridades. La crítica que realizó en Justine era tan sutil que la Iglesia pensó que defendía a capa y espada la virtud, cuando era todo lo contrario. Él abogaba por sumergirse en el mundo de los placeres, Sara.

Lo miro en silencio. Yo ya me he sumergido, pero en sus ojos. Contemplo con embeleso sus hoyuelos y se los acaricio al tiempo que él mete las manos por debajo de mi falda y me agarra el trasero con fuerza mientras se muerde los labios. Oh, cómo me pone ese gesto.

—Ese fue otro regalo de mi madre, aunque no lo leí hasta unos cuantos años después de su muerte. –Se queda callado unos instantes y me roza los párpados con los labios–. Le gustaba estudiar la vertiente filosófica de las obras de Sade. Pensé que te gustaría leerlo porque como te dije, quiero dejarte alguno de sus trabajos. De esta forma puedes entender mejor lo que ella defendía en ellos.

—Oh –respondo, sin saber qué decir. Todo lo que me cuenta de su madre me parece fascinante.

—Me gusta jugar, Sara, pero no soy un sádico. –Me besa la frente con suavidad.

—¿Ni un amo?

—No –se ríe–. Pero quién sabe… –Me da la vuelta y me alza la falda–. Con este culito, puedo pensármelo. –Me da un cachete.

—¡Au! –exclamo, llevándome la mano a la nalga. Joder, cómo ha dolido–. Mejor seguimos sin practicar nada de eso –digo, con mala cara.

—De acuerdo. –Vuelve a acariciarme por debajo de la falda. Sus dedos se meten por dentro de las braguitas para rozarme las nalgas; me las estruja mientras me mira con los ojos empañados de deseo–. Pero como te dije aquella noche en la piscina,

quiero probar de todo contigo.

—De todo –repito yo, fijándome en el sensual movimiento de sus labios al hablar.

—Sí, pequeña. –Me arrima a su cuerpo, el cual ya tiene ardiendo. Su pecho se aprieta contra el mío y al sentir cómo sube y baja se me empieza a acelerar el pulso–. Quiero que conozcas todas las maravillas que te puedo ofrecer –lo dice con una voz tan erótica que las cosquillas en la entrepierna se me desatan.

—Las maravillas –asiento. Parezco tonta. Pero estoy perdiendo la razón como tantas otras veces, y el vino tampoco ayuda mucho a mantenerme serena. Paso las manos por su espalda y me agarro a ella. Es tan ancha, tan estable, tan perfecta. Me hace sentir segura.

—¿Quieres sumirte en mi mundo de placeres? –Inclina el rostro sobre el mío y me roza apenas los labios. Abro la boca con intención de recibir su lengua, pero se aparta y me deja con ganas de más.

—Sí. –Me sale un gemido. No puedo decir nada porque tengo la garganta seca.

Me agarra de la mano y me dirige al pasillo. Hay un montón de puertas cerradas. Yo todavía no conozco todas las habitaciones, así que estoy segura de que me perdería. Lo que tengo claro es que su habitación está al fondo y a la derecha se encuentra el impresionante lavabo. Me pregunto si le apetecerá darse un baño conmigo en la gigantesca bañera.

Nos detenemos ante una de las puertas. Me giro por encima del hombro. La de antes me suena que es la biblioteca, donde hicimos el amor por primera vez. Pero esta no la recuerdo del todo bien.

—Espera –me dice, con un dedo en alto.

Me quedo esperando sin saber adónde mirar. Las paredes están llenas de sus trabajos pero las veo borrosas. Me tambaleo a causa del vino y me echo a reír yo sola. Me apoyo en la pared con la cabeza gacha, sin dejar de soltar risitas. Al cabo de unos minutos regresa con algo en la mano. Es una bolsa y a juzgar por el aspecto, parece que de una tienda de lencería. Lo miro sin entender.

—Quiero que te pongas esto para mí –dice con una sonrisa.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es? ¿Un tanga rojo? –digo, entre juguetona y burlona.

Me vuelve a dar un cachete en el culo y yo doy un saltito y me aparto para que pare.

—Es mucho mejor, pequeña. –Un reflejo de sensualidad oscura cruza por sus ojos.

Saca lo que hay dentro de la bolsa y me lo enseña. Se trata de un corpiño muy sensual de color negro. Lleva muchos encajes y termina en unos ligueros con lacitos. Además, va acompañado de unas medias y de un minúsculo tanga del mismo color. Yo lo observo todo con los ojos muy abiertos, totalmente incrédula. ¿De verdad quiere que me vista con eso? ¡Es demasiado *sexy*, me da vergüenza!

Lo recibo con manos temblorosas y lo sostengo ante mi rostro. Me lo acerco tanto

que los encajes me rozan la nariz, provocándome un estornudo. Abel se ríe de mí y yo continúo sin saber qué decir. Cojo el tanga por la tira y lo meneo delante de mis ojos. ¡Madre mía! Pero si esto no me va a tapar nada. Es mucho más atrevido y sensual que los que tiene Cyn.

—Esto a mí no me va –le digo, intentando devolvérselo, pero él echa las manos hacia atrás.

—Es perfecto para tu pelo y tu piel –opina, recorriéndome de pies a cabeza–. Ve al cuarto de baño y póntelo por debajo de la ropa –me pide.

—¿Ahora?

—El juego ya ha empezado, Sara.

Lo miro de reojo durante unos segundos y al final accedo y voy al servicio, donde me quito la blusa blanca y la faldita de color negro. Ahora que me miro en el espejo, lo cierto es que ya de por sí parece que voy en plan colegiala. De repente recuerdo el día en que lo conocí, cuando me pidió que me vistiera de esa forma para las fotos y yo me negué en redondo. Me echo a reír mientras meto por la cabeza el corpiño.

¡Guau! Es maravilloso. Es una preciosidad que se ajusta a mi cuerpo y me realza las curvas. Incluso parece que tenga más pecho. Me deshago de mis bragas y me coloco el diminuto tanga. Al principio me molesta un poco, pero al cabo de unos minutos me empiezo a acostumbrar. Tardo un buen rato en adivinar cómo se unen los ligueros a las medias. Cuando me vuelvo a mirar en el espejo, estoy irreconocible. Me aprecio *sexy* y salvaje. Y me gusta.

Me vuelvo a colocar mi ropa con cuidado para que de momento no se entrevea nada del corpiño. Quiero leer en los ojos de Abel todo el deseo que siente por mí y quiero hacerlo poco a poco. Antes de salir, me revuelvo un poco el pelo para parecer más sensual y me pellizco las mejillas con tal de darme más color. Una vez fuera, camino hacia él con detenimiento, dejando que se imagine lo que llevo debajo. Me doy cuenta de que ahora tiene una caja de zapatos en las manos. La abre y me muestra unos negros con un tacón de aguja espectacular.

Para mi sorpresa, se pone de cuclillas ante mí y me quita las sandalias. A continuación me coloca los zapatos muy lentamente, regocijándose en mis pies, acariciando mis dedos y mis plantas. Me recorre los muslos con las manos y acerca la cara a mi entrepierna. Noto su nariz y sus labios por encima de la tela de la falda. La respiración se me acelera sin poder evitarlo. Todo esto es demasiado excitante. Me encantaría que se quedara ahí abajo, pero se levanta y me mira desde su altura con los ojos muy oscurecidos.

—Y ahora, Sara, deja que te enseñe lo que he preparado para ti.

Abre la puerta ante la que nos encontramos.

Al entrar y encender la luz, se me escapa una exclamación de sorpresa.

22



Escruto la habitación mientras aguanto la respiración. Las luces son cálidas y están rebajadas, con lo que dotan al ambiente de sensualidad. Me fijo en que las paredes están pintadas de morado, un color que deja paso a la intimidad mezclada con la pasión. En cada una de ellas hay plasmada una cita de escritores diferentes. «Ven a dormir conmigo: no haremos el amor, él nos hará», de Julio Cortázar, destaca en la de enfrente. A la derecha brillan unas palabras de Óscar Wilde: «La mejor manera de librarme de la tentación es caer en ella». No puedo evitar sonreír. Isabel Allende me habla desde la izquierda: «Para las mujeres el mejor afrodisiaco son las palabras». Justo al lado veo una puerta que está cerrada.

En el suelo hay una enorme alfombra de pelo negro que llega hasta los pies de una cama con dosel. Me froto los ojos. Sí, he visto bien. Las cortinas, también de color violeta, están corridas, así que no puedo ver cómo es el colchón. Tan sólo la forma me indica que debe de ser muy caro. Y grande. Y altamente erótico. Al lado se halla una especie de sillón con formas muy extrañas y modernas. Tiene tantas curvas que no sé quién se puede sentar ahí y estar cómodo. Desde luego, los artistas tienen unos gustos muy raros. Alrededor de la cama están dispuestas un montón de velitas encendidas.

Al fondo a la derecha hay un armario enorme cuyas puertas son espejos. Me pregunto qué habrá en su interior. Y unos metros por delante descubro una barra que nace del suelo y se alza hasta el techo. Arrugo las cejas sin comprender de qué se trata. Pero en el fondo, me esperaba algo muchísimo peor. Aquí no hay cadenas, grilletes que cuelguen de la pared o máquinas para prácticas sadomasoquistas. Es tan sólo una habitación sensual. Eso sí, muy bonita. Se lo ha currado y se tiene que haber gastado un dineral en todo esto. A no ser que lo tuviese antes para recibir a sus conquistas y me engañe diciéndome que lo ha preparado para mí.

Escucho cerrarse la puerta. Me giro y lo descubro apoyado en ella. Justo a su derecha hay un equipo de música y a la izquierda un sillón normal de color lila claro. Las luces de la habitación le otorgan un aspecto casi irreal. Me está sonriendo y me estremezco, medio asustada medio ansiosa. Con el índice me hace un gesto para que me acerque a él. Yo dudo unos segundos hasta que me decido y me planto a unos centímetros.

—¿Te gusta? –me pregunta, echándome el cabello hacia atrás.

Asiento con la cabeza. Ladeo el cuerpo y sin mirar le señalo hacia un punto:

—¿Pero a qué viene esa barra de bomberos en la habitación?

Abre mucho los ojos y a continuación se ríe a carcajadas. Me abraza con fuerza y deposita un montón de besos en mi cabeza.

—No me puedo creer que seas tan inocente. –Me coge de la barbilla y me alza el rostro para que nos miremos–. Aunque esa es precisamente una de las cosas que más me atraen de ti.

Pongo morros, un poco enfadada. Siempre me dice lo mismo. Bueno, él y todo el mundo. Cyn me lo estuvo recordando el otro día. ¿Qué pasa, que hasta Eva es más provocativa que yo?

—He hecho esto para ti. Para que entres en un mundo de goce y sensualidad.

—¿Ahora es cuando te tengo que perdonar por dejarme una semana sola, no? Como has preparado todo esto, pues ya eres muy bueno, claro.

Hace un gesto de dolor. Niega con la cabeza, al tiempo que desliza sus manos por mi espalda, acariciándomela y provocándome un estremecimiento.

—Llegué a Valencia el viernes por la noche. Apenas he tenido días para organizarlo todo, y encima tú me has quitado uno por tu mensaje. Menos mal que los hombres que trajeron todo esto cumplieron con lo acordado.

Me cruzo de brazos, girando la cabeza a un lado. Los efectos del vino se me están pasando y recuerdo que antes de llegar aquí estaba molesta. ¿Cómo se me puede pasar tan rápido? Este hombre provoca que mis sentimientos estén llenos de altibajos.

—Cierra los ojos, Sara –me dice.

Lo miro con el ceño arrugado y expresión de desconfianza. Él me dedica una sonrisa en la que los hoyuelos le brillan en todo su esplendor. Al final le obedezco y doy un brinco cuando noto sus manos en mi cadera. Me conduce por la habitación en la oscuridad. Creo que nos detenemos ante la cama. El sonido de las cortinas cuando las descorre me lo confirma. Me dan ganas de abrir los ojos para ver cómo es, pero él adivina mis intenciones y me los cubre con la mano. Y entonces noto algo muy suave en la frente. Al cabo de unos segundos descubro que se trata de un pañuelo de seda que me termina anudando a la nuca. Me llevo una mano al rostro y lo palpo.

—¿Abel? –pregunto, un poco asustada.

—¿Te aprieta? –Su aliento me hace cosquillas en el oído.

—Está bien –respondo con la garganta seca.

A continuación me sienta en la cama y me deja sola unos instantes. Lo escucho trastear por la habitación. Flotan hasta mis oídos los sonidos de una puerta que se abre, muy probablemente la del armario, después el entrechocar de unas copas y más tarde el plop húmedo de una botella al ser descorchada. El ruido de sus pasos se acerca hasta detenerse frente a mí. Escucho su respiración y huelo su fresco perfume. Extiendo las manos con la intención de tocarlo, pero tan sólo rozo aire. De repente algo muy frío choca contra mis dedos y doy un salto.

—Tranquila, Sara, sólo es la botella –me explica.

Aguzo el oído al máximo cuando vierte el líquido en lo que supongo que es una copa. Unos segundos después el borde del cristal me acaricia los labios.

—Abre la boca –me pide él.

Yo la mantengo apretada porque estoy muy nerviosa. Nunca he jugado a esto. Jamás me han vendado los ojos. Siento que no tengo el control y eso es algo que me provoca inquietud.

—Sólo quiero darte de beber –me dice, rozándome los labios con la copa y provocándome cosquillas–. Es vino.

Aspiro con fuerza, intentando tranquilizarme. Tengo que calmarme y tener claro que esto es un juego. Y muy sencillo. Seguro que un montón de parejas se han vendado los ojos y han disfrutado al máximo. Al final separo los labios y de inmediato el frío líquido cae en mi lengua y se desliza por mi garganta. Trago con lentitud, deleitándome en el sabor afrutado del vino.

—¿Quieres más? –me pregunta con voz grave. Imagino que se está excitando.

—Sí. –Meneo la cabeza de arriba abajo con seguridad.

Pero entonces me sorprende dándome de beber con su boca. De esa forma es mucho más sabroso. Su lengua está fría, dulce y amarga al mismo tiempo. Enrosco la mía con la suya al tiempo que alzo los brazos para agarrarme a su espalda. Apretujo su camisa entre mis dedos mientras nos besamos con delectación. Mi respiración comienza a acelerarse en el momento en que apoya las dos manos en mis muslos y las sube muy despacio.

—Más vino. –Esta vez soy yo la que lo pido.

—Echa la cabeza hacia atrás. –Me indica.

Hago caso de su orden. Al momento el helado líquido se derrama en mi boca y también por mi barbilla. Me relamo con gozo. Él se encarga de limpiarme lo que ha caído hasta mi barbilla. Me la muerde con suavidad. Me la lame con violencia. Suelto un gemido y le acaricio la nuca. Una vez más me siento mareada por el efecto del alcohol en mi organismo. Me echo a reír, sorprendida ante el hecho de que la situación me esté empezando a dar morbo.

Aprecio que se aparta de mí. Le espero sentada en la cama, meneando las piernas hacia delante y atrás. Me detengo a pensar lo cómoda que es, muy mullida. Me regocijo en la suavidad de las sábanas. Desde luego que es una maravilla tener los ojos tapados para poder concentrarme en los otros sentidos.

—Túmbate. –Escucho su grave voz muy cerca.

Me dejo caer en la cama, con los cabellos esparcidos alrededor del rostro. Como es costumbre en mí porque todavía no estoy tranquila por completo, cruzo las manos en la tripa. Sin embargo, él me las aparta y me las coloca a ambos lados de la cabeza.

Luego son las suyas las que se apoyan sobre las mías, provocando que yo no tenga la posibilidad de moverlas. Pero como su cuerpo apenas me roza, alzo el trasero con la intención de tocarlo.

—No seas impaciente, Sara. Vamos a jugar mucho, te lo prometo. Pero de momento vas a hacer todo lo que yo quiera porque has perdido –Me muerde el cuello y suelto un pequeño grito–. ¿Recuerdas? –Se ríe.

—Quiero abrazarte –protesto.

—Cuando yo te lo permita –susurra. Arqueo la espalda cuando me lame el lóbulo de la oreja.

El vientre se me empieza a descontrolar. Siento que las cosquillas ya me están invadiendo. Toda esta situación es mucho más morbosa y excitante de lo que había imaginado. Creía que jamás podría ponerme con un juego así, pero lo cierto es que su voz, su tacto y su olor están consiguiendo que todo mi cuerpo despierte.

Sus labios vuelven a posarse sobre los míos. Enlazo mis dedos con los suyos y me sumerjo en el sabor de su lengua. Me concentro en todo lo que me está provocando. Unos maravillosos calambres ascienden desde mi entrepierna y recorren mis manos y brazos. Oh, Dios, estoy muy excitada. A continuación me besa el cuello, lo lame y lo muerde con delicadeza, robándome suspiros de placer.

—Te voy a desabrochar la blusa. –Me avisa.

Lo hace de tal forma que se me ponen todos los pelos de punta. Con cada botón que suelta me roza la piel, la cual ya arde. Una vez me ha desabotonado toda la blusa, la abre dejándome el corpiño al descubierto. Como si hubiese adivinado mis deseos, me echa vino por la parte del pecho que tengo desnuda. Arqueo el cuerpo cuando las gotas se deslizan por mi cuello. Las lame con premura, me saborea y suspira con cada una que se lleva con él.

—Estás deliciosa con el vino –me dice en un susurro.

Esbozo una sonrisa. La oscuridad no me deja verlo pero aprecio en su voz la excitación que tiene. Y a continuación me deja notarla en mi cuerpo, pues aprieta su bulto contra la falda. Me revuelvo bajo su peso, dejándome aprisionar por el deseo que me invade cada vez más. Su lengua recorre mis clavículas, explora mis axilas, lame mis brazos desde el hombro hasta la muñeca. Mi cuerpo responde a cada uno de sus roces. Jamás me había sentido tan despierta como ahora. Todos mis sentidos están en alerta para disfrutar.

Segundos después me vuelve a dejar sola. Lo escucho caminar por la habitación. Yo me quedo muy quieta en la cama, con los brazos abiertos y la respiración a mil por hora. ¿Qué es lo que se propondrá ahora? Suspiro de alivio al escuchar una suave melodía que flota en el ambiente. A medida que los segundos pasan, el olfato también se me va intensificando y puedo apreciar las distintas fragancias de las velas. Poco

después sus manos ascienden poco a poco por mis piernas. Se detiene en los muslos y los aprieta. Doy un respingo cuando me besa la parte interior. Es una sensación maravillosa porque tan sólo aprecio su respiración. A ciegas es mucho más excitante: estoy descubriendo aspectos a los que no he dado tanta importancia en otras ocasiones, ya que siempre me concentro en él y nunca en mí. Sin embargo, la oscuridad me está ofreciendo un sinfín de posibilidades.

Pero tengo una duda: se supone que iba a castigarme, ¿no? Esto no me parece que lo sea; es como si quisiera que todo el placer recayera en mí. Por ello, intento acariciarle el pelo; no obstante, me empotra los brazos contra la cama. Protesto un tanto disgustada.

—No me obligues a anudarte las manos, Sara –murmura contra la piel de mi entrepierna.

Aspira con fuerza y a continuación suelta todo el aire que ha retenido, provocando que lo note por mi carne. Me empiezo a impacientar. Me gustaría que su experta lengua recorriese mis rincones más íntimos. Alzo el trasero para darle una pista de lo preparada y excitada que estoy. La fina tela del minúsculo tanguita se ha humedecido y se mete en mi sexo. En ese momento me da un pequeño mordisco en el pubis, lo que me hace soltar un gritito de sorpresa. Meneo las caderas de un lado a otro. Quiero cerrar las piernas y capturar los calambres de placer que me sacuden, pero no me lo permite.

—¿No te tengo dicho que no seas tan impaciente? –Su voz es cada vez más ronca.

Sé que mi alteración también está excitándolo. Apuesto lo que sea a que sus ojos se han oscurecido y que me está observando con una borrosa mirada de fogosidad.

De repente pasa las manos por debajo de mí, las pone en mis nalgas y me alza. Mi vientre topa con su frente. De inmediato el pulso se me dispara porque su lengua juega con mi entrada. La empuja sin quitarme el tanguita. La sensación es tan indescriptible que mi única respuesta es revolverme entre sus manos.

—Quiero sentirte dentro –le digo de forma entrecortada.

Suelta una risita. Ahora es su dedo el que palpa la braguita alrededor de mi acceso. La suavidad de la tela me provoca unas tremendas cosquillas. Mi sexo palpita con cada uno de sus avances hacia lo más profundo. Se arrastra hasta colocarse a mi altura sin dejar de palparme.

—Aún queda un rato para eso –dice, pícaro.

Me da una palmada en el pubis y yo grito sobresaltada. Me mete la lengua en la boca y como resultado saboreo mi propio aroma. Mientras, sus dedos me acarician las ingles hasta que con un rápido movimiento aparta la tira y por fin su piel entra en contacto con la mía. Oh, Dios, oh, Dios. Tengo que controlarme para no gritar. Me muerdo los labios y arqueo el cuerpo. Voy a explotar si continúa moviendo los dedos

de esa manera.

—Más –pide mi boca. No me reconozco. Todos mis poros se han dilatado. El pulso me late en las sienes e incluso noto un poco de mareo.

—Te daré todo lo que quieras, pequeña. –Me besa con ansia, apretando los labios contra los míos. Nuestros dientes chocan a causa de la avidez que nos trastorna. Su sabor me vuelve loca. Se me escurre por cada uno de los rincones de la boca, lengua, garganta y paladar.

Saca los dedos de mí y una vez más se aparta. Yo chasqueo la lengua, disgustada. Como ahora no me tiene sujeta, junto las piernas y las aprieto para retener el placer que me ha proporcionado. Mientras trastea por ahí, me pregunto si haremos el amor con la venda. Lo cierto es que con tan sólo pensarlo me humedezco más.

—Sara, ¿confías en mí? –Le escucho preguntar desde los pies de la cama.

Arqueo una ceja. Parece mentira que me pregunte eso ahora, cuando sabe que la respuesta es un sí rotundo. Pero insiste, dándome unas palmaditas en el tobillo.

—Claro que sí –respondo. Tengo otra vez la garganta seca–. ¿Me puedes dar un poco de vino? –le pido.

A los pocos segundos el delicioso líquido cae en mi boca. Saco la lengua y me relamo. Trago con avidez. Tengo mucha sed debido al acaloramiento que estoy cogiendo.

—Abre las piernas –me ordena.

Hago lo que demanda sin perder ni un momento. De nuevo sus dedos se deslizan por la cara interna de mis muslos hasta alcanzar la entrepierna. Arqueo la espalda de forma juguetona cuando siento que me está separando la tela del tanga.

—No te asustes –me dice de repente–. Me dijiste que nunca habías probado juguetes, así que he querido darte una sorpresa.

Lo escucho trajinar con algo. Parece que está abriendo un bote de alguna cosa. ¿Pretenderá usar lubricante o algún tipo de crema para darme un masaje?

—¿Perdón? –Alzo la cabeza sin comprender–. ¿Has comprado un vibrador o algo de eso?

—Algo parecido. Esto te va a gustar, Sara –susurra con una voz tan caliente que me hace arder–. Sólo tienes que estar relajada. Antes te he dicho que harías todo lo que yo quisiera por haber perdido en el póquer, pero ten claro que, si no estás cómoda, paramos.

—No. Quiero seguir. Estoy excitada, sólo que como llevo el pañuelo no sé qué vas a hacer.

—¿Has oído hablar alguna vez de las bolas chinas?

—No mucho… –respondo, intentando recordar.

Me besa las piernas con suavidad; a continuación lame mis labios externos con

delicadeza. La tensión se marcha al tiempo que lanzo un suspiro. Gimo de placer al notar su lengua explorando mis pliegues.

—Muy bien, Sara, así… Relájate… –Susurra cerca de mi sexo. Yo cada vez estoy más excitada y noto cómo me voy lubricando–. Dime, ¿quieres hacerlo? ¿Quieres que juguemos con las bolas?

Asiento con la cabeza, muy caliente y con una asombrosa curiosidad. Coloca la punta de los dedos en la entrada de mi sexo. Después los introduce, aunque puedo apreciar que hay algo más. Los menea en mi interior como si buscase una zona en concreto. Cuando parece encontrarla los saca, y yo noto una sensación desconocida y, al tiempo, placentera.

Sin poderlo evitar, se me escapa un gemido de placer.

23

Intento moverme pero me tiene sujeta por las piernas, así que sólo puedo menear el torso, las manos o la cabeza.

—¿Están ya dentro? –pregunto con curiosidad. Noto algo frío en mi interior, pero pensaba que iba a ser doloroso.

—Ahora no las sientes tanto porque estás en reposo –me explica–. Sólo piensa en que esto te va a provocar un placer indescriptible. –Afloja la presión en los muslos–. No te muevas hasta que yo te lo diga.

—¿Por qué?

—Hazme caso.

Retira las manos de mis piernas y me deja tumbada allí, con ganas de saber ya qué es lo que me tiene preparado. De súbito, aprecio que me alza en vilo. Noto un leve cosquilleo en la entrepierna que me viene desde muy dentro. Se me escapa una exclamación de sorpresa. ¿Pero qué…?

Me deja en el suelo y me obliga a juntar las piernas. Después me coge los brazos y me los coloca alrededor de la barra que he visto antes.

—Sujétate –me indica.

Me tiemblan las manos, pero acato su orden. Se aparta de mí, aunque todavía está muy cerca.

—Esto no es una barra de bomberos como ya te habrás dado cuenta, Sara.

Abro la boca para decir algo, pero no me sale la voz. Lo que haya metido en mí empieza a hacer su efecto. Estoy húmeda sin entender muy bien los motivos.

—Es una barra para que tú bailes.

—¿Quéé? –grito. Me llevo una mano a la venda, pero enseguida impide que me la quite–. ¡Pero si yo bailo muy mal!

—Si quieres primero podemos bailar juntos.

—Me da vergüenza –murmuro. Pero lo cierto es que, por unos segundos, me he imaginado a mí misma moviéndome ante él, completamente desnuda, y de nuevo me ha venido esa sensación de poder. Puede que sí me guste descubrir sus ojos recorriendo todo mi cuerpo. Podría impedirle que me toque, así yo le daría también un castigo juguetón. Sí, podría ser divertido. Me acaricia la nuca con delicadeza mientras yo pienso en todo esto.

Nunca he bailado para nadie. No al menos de esa forma. Ni siquiera en broma. ¿Qué movimientos puedo hacer en la barra? Intento recordar alguna película en la que haya bailes de este tipo. Tan sólo me viene a la mente *Showgirls*. ¡Uf! Demasiado

provocativa. Pero quizá me puedan servir algunos pasos que Demi Moore realiza en *Striptease*. ¡Oh! ¿Pero qué estoy pensando? ¿De verdad voy a bailar de esa forma? Se me escapa una risita juguetona.

—Bailaré. Pero quiero que te pongas lejos de mí, y que solo me mires –le propongo.

—Será uno de los mejores momentos de mi vida. –Su voz me sacude por completo. Tan *sexy*, tan impregnada de matices eróticos–. Cuando empieces a bailar, quiero que recuerdes lo hermosa y sensual que eres. –Me da un rápido beso en los labios.

Me quedo agarrada a la barra, sin hacer un solo movimiento. Alzo la cabeza poniendo el oído alerta para descubrir dónde se encuentra. Me parece que ha ido hacia la puerta, aunque no estoy segura. De repente escucho un arrastrar que muy posiblemente proviene del sillón que he visto antes.

—No te quites la venda hasta que yo te diga, ¿vale? –dice, desde algún punto de la habitación–. Concéntrate en las sensaciones que te llegan con cada movimiento.

Y todavía llevo dentro lo que sea que me ha metido, que imagino que serán las bolas. Aprieto las piernas porque me parece como que se está deslizando hacia abajo. Contraigo los músculos del suelo pélvico para que no caiga.

—Sara –me llama. Alzo la cabeza en dirección a su voz–. Quiero que primero te muevas muy lentamente.

Arrugo la nariz. Encima me va a dar órdenes de cómo debo bailar. Lo haré como me dé la gana. Cuando me quiero dar cuenta, una suave y sensual melodía flota en el ambiente. Si no me equivoco, se trata de Insatiable de Darren Hayes. Sus gemidos al inicio de la canción ya avisan de lo que viene después. Tiene una voz muy erótica. «Uh… Uh… Yeah… Oh, yeah, yeah, yeah. When moonlight crawls along the street chasing away the summer heat. Footsteps outside, somewhere below. The world revolves, I've let it go…». Yo estoy quieta escuchándola pero no soy capaz de realizar ningún movimiento. De repente, la música se detiene.

—Vamos, Sara, baila. –Escucho a Abel.

—No sé qué hacer.

—Lo que quieras. Puedes empezar quitándote la blusa –me propone.

Me suelto de la barra. Vale, lo voy a intentar. Le voy a demostrar que soy capaz de bailar muy *sexy*. Voy a excitarlo como ninguna mujer lo ha hecho antes. Le hago un gesto con la mano para avisarle de que estoy preparada y de que puede poner la música. La sitúa desde el principio. En cuanto escucho los sensuales gemidos del cantante, yo muevo la cintura con suavidad, aún sin soltarme de la barra. En cuanto lo hago, aprecio algo en mi interior que me sorprende totalmente. Unas oleadas de cosquillas maravillosas.

—¡Oh, Dios! –murmuro, mordiéndome el labio inferior.

—¿Te gusta, Sara? –Lo escucho a unos metros de mí.

—Es… diferente… Pero sí, me gusta.

Ha detenido la música otra vez. Yo me agarro a la barra con fuerza. Me tiemblan hasta las piernas del placer. El sexo me palpita. No sé por qué, pero el morbo me está invadiendo. Me suelto y separo las piernas un poco con decisión. Me llevo las manos a la blusa y la bajo por mis hombros justo cuando Abel ha reanudado la música. «We practiced love between these sheets. The candy sweetness scent of you it bathes my skin, I'm stained of you». Dejo que caiga al suelo y después me quito la faldita, la cual se desliza por mis piernas acariciándomelas. Entonces me vuelvo a acercar a la barra, alzo una pierna y la coloco sobre ella mientras me apoyo con la otra en el suelo. Me agarro con fuerza y trato de bailar de la forma más sensual posible. Mientras me rozo con la barra, un sinfín de vibraciones me traspasan. ¡Oh, joder, esto es magnífico! Me muerdo los labios con tal de no gritar.

—Muy bien, cariño –oigo decir a Abel, al que le tiembla la voz. Estoy consiguiendo excitarlo–. Ahora quítate el corpiño.

Me llevo las manos a la espalda y lo desabrocho sin dejar de menear las caderas de un lado a otro muy lentamente. Me concentro en cada movimiento pues con cada uno de ellos me invaden oleadas de placer. Gimo sin poder evitarlo. Me deshago del corpiño y dejo mis pechos libres. Apoyo la espalda en la barra y arqueo el cuerpo al tiempo que me acaricio yo misma los pezones. Cada vez estoy más mojada. Echo la cabeza hacia atrás y suspiro de placer. Estoy bailando medio desnuda, con los ojos tapados, en una barra. Doy una vuelta en ella de la forma más erótica posible. Mi sexo se contrae y atrapa las bolas con ese movimiento más brusco.

—Ten cuidado, nena. No quiero que te hagas daño. –La voz de Abel se alza por encima de la música.

Pero no lo escucho. Ya he perdido el control. Me aparto de la barra y doy un par de pasos hacia delante, con lo que las bolitas se mueven en mi interior y me arrancan suspiros. Soy completamente consciente de mi zona genital, la tengo más despierta que nunca. A cada segundo que pasa, mi deseo aumenta. Estoy tan caliente que lo único que quiero es bailar para que el juguete me dé más y más placer. «Turn the lights down low. Take it off… Let me show my love for you is insatiable». Agarro el elástico del tanguita y juego con él, simulando que me lo voy a bajar. Tengo a Abel cerca, porque lo escucho respirar con dificultad. Dibujo una sonrisa. Dejo que la ropa interior caiga al suelo. Alzo un pie, luego otro. Las bolas chocan en mi interior y las sensaciones que me llegan me producen vértigo.

Ha desaparecido todo lo que hay alrededor. Tan sólo somos la sensual música, las maravillosas bolas y mi cuerpo. Extiendo los brazos para guiarme y enseguida alcanzo la barra. Me pego a ella, rozando mi cuerpo con el frío metal. Me deslizo

hacia abajo con suavidad, abriendo las piernas y contoneándome como si fuese la mujer más *sexy* del mundo. Luego asciendo lentamente, acariciándome el sexo con la barra. Mi clítoris choca con ella y suelto un gritito de sorpresa y placer.

—Súbete la venda y acércate a mí –me ordena Abel.

Obedezco. Tengo que parpadear un par de veces hasta que los ojos se me acostumbran. Está sentado en el sofá con las piernas separadas. Se halla completamente desnudo y apuntándome con su sexo, el cual brilla a causa de la excitación. El mío se contrae ante tan apetecible espectáculo y las bolas vuelven a chocar. «I fall asleep inside of you. There are no words, there's only truth. Breathe in, breathe out, there is no sound».

Me arrimo a él con pasos muy sensuales, acariciando mi vientre. Clavo la mirada en la suya. Me cercioro de cómo observa todo mi cuerpo, con un increíble apetito. Sé que está deseando comerme, pero se está conteniendo. Ni siquiera se está tocando a sí mismo; tiene las manos apoyadas en ambos muslos. Me coloco ante él, rozándome el sexo con ambas manos. Él suelta un suspiro y se muerde los labios. Veo cómo palpita su excitación.

—«We move together up and down…» —canto ante él, contoneándome, balanceando las caderas de un lado a otro. El pulso se me dispara con cada choque de bolas. Mi voz se impregna de gemidos.

«We levitate, our bodies soar. Our feet don't even touch the floor».

Me coloco justo delante de él y me giro, dándole la espalda. Me inclino hacia delante, tocando el suelo con las palmas de las manos. Le ofrezco una perfecta panorámica de mi trasero y mi sexo. Está luchando por no tocarme. Meneo el culo delante de su cara. Las oleadas de placer hacen que lo mueva más y más.

—Joder, Sara, joder…

Me doy la vuelta para mirarlo de nuevo. Se ha llevado una mano al sexo y está rozándose la punta. Me pone a mil ver cómo se masturba gracias a mi baile. «Turn the lights down low. Take it off…». Me sitúo a su espalda y me inclino para acariciarle el pecho. Le doy suaves besos en el cuello. Suspira, gruñe. Alza una mano y la coloca en mi pelo, apresándolo entre sus dedos.

Noto que cada vez me atacan más espasmos. Entiendo de lo que se trata. Joder, estoy a punto de irme. Me sitúo otra vez ante él y me coloco encima de sus piernas, aunque sin llegar a sentarme. Le rozo los muslos con mi trasero y cierro los ojos. Arrimo el rostro al suyo y cuando me va a besar, me separo. Ahora soy yo la que está castigándolo a él. Acerca las manos a mis nalgas pero se las sujeto y se lo impido. Muevo las caderas hacia delante y hacia detrás, acariciándome el sexo. Su mirada se oscurece cuando comprende lo que está a punto de sucederme.

—Sí, pequeña. Lo estás haciendo muy bien.

—Abel… –gimo, a punto de derrumbarme.

—Tiéntame. –Dejo que apoye una mano en la parte inferior de mi espalda mientras con la otra me aprieta una nalga–: Tiéntame sin límites, cariño.

«Turn me on, never stop. Wanna taste every drop. My love for you is insatiable».

—Déjate llevar. Siente todo lo que ellas te ofrecen –me susurra al oído con voz grave.

Me apoyo en sus hombros sin dejar de contonearme. Las bolas chocan en mi sexo, el cual late desbocado. Cierro los ojos, a punto de irme.

—No. Mírame, Sara. Vamos, mírame. –Le tiembla la voz.

Los abro de golpe. Las olas me sacuden, me llevan a la orilla más alejada del placer. Grito una y otra vez; creo que me voy a desmayar y sin embargo no puedo ni quiero dejar de mover las caderas. Él me aprieta las nalgas y gime conmigo, aunque todavía no ha llegado al orgasmo. Me pierdo en lo más profundo de su mirada. Puedo leer en ella las ganas que tiene de introducirse en mí. Pero yo todavía estoy deshaciéndome en sus piernas. Al cabo de unos segundos los espasmos empiezan a remitir.

Abel no me da tregua. Me coge de la cintura y me alza al tiempo que se levanta del sofá. Me vuelve a colocar la venda en los ojos y de un rápido movimiento me lleva a la cama. En un abrir y cerrar de ojos lo tengo sobre mí, lamiéndome los pechos con gula. Gimo bajo su cuerpo y me retuerzo experimentando un increíble placer. Cuando me quita las bolas, casi me siento vacía. Pero la cuestión es que mi sexo está más dilatado que nunca y muy húmedo. Está totalmente preparado para recibirlo.

—Lo has hecho muy bien, Sara. Me has puesto a cien –me susurra al oído.

Se levanta de la cama. ¿Qué estará buscando ahora?

Doy un brinco cuando un frío líquido cae en mis pechos. Vierte un poco en mis pezones y a continuación sorbe el vino. Sus dientes me rozan la carne y yo me arqueo bajo su duro pecho. Le voy a pasar las manos por el cuello cuando me coge de las muñecas y me las pone por encima de la cabeza.

—No, Sara. Sigamos jugando.

Y entonces noto que cierra algo sobre ellas. Un chasquido me avisa de que son unas esposas. ¡Joder! Qué cabrón, tenía aquí unas de recambio. Suelta una risita.

—¿Qué te parece, mi pequeña Justine? –bromea.

Jadeo. Aunque he estado tantos días dándole vueltas, ahora que me hallo en la situación me da muchísimo morbo. Ya no me importa haber perdido el control. No puedo verlo; me es imposible tocarlo y cada vez tengo más ganas de hacerlo y perderme en su piel.

—Sin límites –murmuro.

Doy un pequeño gritito cuando derrama el vino en mi sexo. Me separa las piernas y

echa más. El contraste entre el calor de mi vagina y el líquido helado es maravilloso. No puedo más que retorcerme cuando lo sorbe. Lame cada uno de mis rincones más íntimos.

—Abel, para, o me correré otra vez –jadeo, agarrándome a las sábanas, aunque me es un poco difícil debido a las esposas.

Asciende por mi cuerpo, dibujando en él un camino de vino. Lo limpia con su delicada lengua. Se detiene en mi ombligo y juega con él. Me muero por tocarlo, por agarrarlo del trasero y obligarlo a meterse en mí. Me está haciendo sufrir y mi sexo late cada vez más ansiando su llegada.

—Dámelo –le suplico.

—¿El qué, Sara? –pregunta, con orgullo. Sabe perfectamente lo que quiero, pero le excita escucharlo de mi boca.

—Tu sexo. Mételo en mí –murmuro con la boca seca. Trago saliva.

Pero lo que hace es gatear por la cama y acercármelo a la boca. Yo la abro y saco la lengua. Le chupo la punta con suavidad. Cuando me la mete, le rozo con los dientes, a lo que él responde con un gruñido. Se la lamo con ansiedad, saboreándolo con deleite.

Echo la cabeza hacia delante para introducirla más en mi boca. Hago movimientos circulares con la lengua al tiempo que meneo mi cuello hacia delante y hacia detrás. Y entonces noto cómo le palpita. Succiono con más ganas hasta que el sabor familiar inunda mi boca. Él jadea, da un golpe a la pared mientras se viene en mi boca. La abro y dejo que se deslice un poco por mi barbilla.

—Esto no ha acabado, Sara –dice con voz trémula.

Se sitúa sobre mí y me separa las piernas con violencia. Sin darme tiempo a pensar nada, se introduce de golpe en mí hasta el fondo. Suelto un grito y doblo las piernas hacia arriba. Las enrosco en su cintura, apoyando los talones en su trasero. Nuestros sexos están tan húmedos que sale y entra en mí sin ningún obstáculo. Gracias a las bolas estoy tan dilatada que puede penetrarme de una forma carnal y violenta, como a él le gusta. Me gruñe al oído. Nuestras pieles están calientes y resbaladizas a causa del vino y del sudor. Pugno por acercarme más a él, aunque estamos tan pegados que parece que en cualquier momento vayamos a fundirnos el uno con el otro.

—Te necesito, Sara. No sabes cuánto –jadea contra mi cuello.

No sé cómo, pero consigo meter su cabeza por el hueco que hay desde mis brazos hasta las manos esposadas. Logro apoyarme en su cuello, aunque no lo puedo coger. Pero él me tiene sujeta de tal forma que sé que jamás me podré escapar.

—Por favor, Abel, no puedo…

Siento el corazón como si estuviera a punto de romperse. La sangre palpita en la yema de mis dedos. Me da tanto placer que incluso sollozo.

—Sí puedes. Te deseo. Puedes. Podemos juntos. –No puede articular bien las frases.

Entonces me retira la venda y nos veo. En el techo hay un enorme espejo. La visión me sacude las entrañas. Observar su cuerpo desnudo, su perfecto trasero y su ancha espalda mientras se mueve sobre mí es más de lo que puedo soportar. Clavo los talones en sus nalgas. Descubro mi propio rostro bañado de placer y gimo. Me sorprenden mis mejillas sonrosadas a causa de la conmoción. Él bombea dentro de mí con más fuerza. Todo mi cuerpo se pone en tensión cuando me da la última sacudida. Sus manos aprietan mis caderas con fuerza y entonces me desboco. El temblor en mi interior es una sublime tortura. Une sus gritos a los míos.

Podría morir ahora mismo.

24



Cierro los ojos y trato de controlar la respiración. Mi pecho sube y baja a un ritmo desenfrenado. Abel se derrumba sobre mí y oculta el rostro entre los almohadones. Quiero acariciarle el pelo, pero todavía tengo puestas las esposas. Su corazón late sin control contra el mío. En un momento dado parece que sólo hay uno, enorme y extasiado.

Al cabo de un minuto se aparta, aunque al salir me deja una dolorosa sensación de vacío. Desearía tenerlo todo el tiempo dentro de mí porque en esos momentos encuentro sentido al mundo en el que vivo. Cuando está en mis más profundos recovecos sé que yo he nacido por y para algo.

Ladeo el rostro hacia él con los ojos entrecerrados. Lo veo estirar el brazo y coger una llave diminuta con la que abre las esposas. Me las quita con sumo cuidado. Intento girar el cuerpo pero estoy tan agotada que las extremidades no me responden, así que me quedo en esa postura, con los brazos por encima de la cabeza y las piernas aún separadas.

El vientre se me contrae en cuanto sus dedos lo recorren. Le sonrío y él me devuelve el gesto. Está tan sudado como yo, y tiene también las mejillas encendidas y el cabello un poco alborotado. Me enternece verlo así, tan cerca de mí. Es hermoso. Y es mío.

—Eres una pequeña provocadora –murmura con voz pastosa.

Las yemas de sus dedos hacen círculos alrededor de mi ombligo.

—Jamás había probado algo así. –Me desperezo con satisfacción.

—Siempre hay una primera vez para todo. –Me mira con curiosidad y me pregunta–: ¿Te ha gustado?

—¿Tú qué crees? –Arrimo el rostro al suyo y lo beso con suavidad. Él desliza la mano hacia abajo y en cuestión de segundos vuelvo a estar excitada. Me demuestra que no se queda atrás apretando su bulto contra mi cadera.

Sin dejar de besarme pasa una pierna por encima de las mías y se coloca de forma que su excitación me roza la parte interna de los muslos. Suelto un suspiro y bajo las manos por su espalda hasta llegar al prieto trasero. Se lo estrujo con ganas. Qué ganas tenía de poder hacerlo.

Mientras juega con mi cuello, alzo la vista al espejo del techo. Uf, es tremendamente excitante. Se siente como si me hubiese desdoblado, como si la chica que me observa con ojos impregnados de placer fuese mi otro yo, aquel que se deja arrastrar por los más secretos deseos. Pero todo el goce es para mí por partida doble. Sonrío ante mis propios pensamientos. Deslizo la vista por su espléndido cuerpo. Observo con deleite

cómo se le contraen los músculos de la espalda y de los glúteos.

Entonces reparo en algo que no había visto antes debido a lo sumergida que estaba en el sexo. Muevo la mano hasta su coxis y rozo lo que hay unos milímetros por encima. Desde aquí no puedo apreciar bien la forma. Él se pone tenso.

—¿Abel? –pregunto, extrañada.

—¿Mmmm? –Apoya las palmas a ambos lados de mi cabeza y se me queda mirando. Está intentando disimular, pero noto en sus ojos que hay algo extraño. Creo que empiezo a conocerlo.

—Tienes un tatuaje. –No lo pregunto. Estoy afirmándolo. Se lo vuelvo a acariciar y entonces se aparta con brusquedad y se tumba boca arriba.

—Sí –responde, formando una sonrisa.

Pero qué pensaba, ¿que no iba a verlo? De todas formas, si lo que le preocupa es que me enfade, a mí no me importa que lleve un tatuaje. De normal, me parecen sensuales tanto en hombres como en mujeres. Lo único que me asombra es que no me lo haya dicho y que encima se lo haya hecho en la misma zona que el anterior. ¿Será el mismo? Pero no, no puede brotar después de habértelo quitado, imagino.

—¿Cuándo te lo has hecho? –Lo agarro de las caderas con la intención de darle la vuelta.

—Hace una semana más o menos. –Quiere restarle importancia.

—Enséñamelo, ¿no?

Parece pensárselo unos segundos. Al fin, se coloca bocabajo. Yo me pongo de lado, con un codo apoyado en la cama, y acerco el rostro. En realidad no lo tiene en el lugar exacto que el anterior. Este se encuentra un poco más arriba y es muy pequeño. Es una esfera con una diminuta estrella de cinco puntas en su interior, en las que se enreda lo que parece una serpiente negra. El que se lo haya hecho tiene que ser todo un experto en dibujar miniaturas. Lo acaricio con lentitud, pasando el dedo por cada pico de la estrella. La verdad es que es bastante *sexy* y tiene un toque misterioso y místico. Me pregunto si el anterior no se lo hicieron bien y por eso se lo había quitado.

—¿Por qué no me dijiste que te ibas a hacer uno? –le pregunto, levantando la barbilla para mirarlo.

Él se sitúa de lado como yo y apoya una mano en mi cadera. Me observa durante unos segundos, tratando de descubrir si estoy enfadada. Pero estoy tan agotada tras el maravilloso sexo que no me quedan fuerzas para nada.

—No sabía si te gustaría.

—Es muy sensual –le digo, cogiéndolo del trasero y acercando su cuerpo al mío–. Los tatuajes me gustan mucho. Quizá me haga uno algún día.

—Sería una buena idea. –Un destello de deseo le brilla en los ojos.

—Y haré como tú: lo guardaré en secreto hasta que un buen día lo descubras

haciéndome el amor –respondo con sarcasmo.

Él chasquea la lengua y me aprieta la cadera. Me besa en la mejilla, en la comisura de los labios y por fin mete la lengua en mi boca. La saboreo muy lentamente.

—Te lo iba a decir, pero no he tenido tiempo.

Arrugo el ceño y me aparto un poco para mirarlo a los ojos y comprobar si dice la verdad. En realidad no lo puedo saber porque vuelve a tener esa mirada que cierra con diez llaves.

—¿Y te ha dado así de repente por hacértelo o...?

—Más o menos –responde. Acerca una mano a mis pechos, me coge uno y me lo toquetea mientras lo mira, perdido en sus propios pensamientos–. Me gusta vivir rápido. –Alza los ojos y los clava en mí.

—Eso no está mal. –Suspiro a causa de las cosquillas que siento cuando un dedo suyo me roza el pezón.

—Hacer las cosas sin pensar –continúa, sin apartar la vista de mí para comprobar mis reacciones.

—A veces puede estar bien –acepto. Aunque a mí me guste calcularlo todo, desde que estoy con él muchas veces me dejo llevar y tampoco está tan mal. Siempre que no sean asuntos muy serios, claro.

—Quiero experimentar cuantas más sensaciones mejor. –Hace círculos en mi areola y me saca un suspiro–. En cualquier momento podría dejar de existir. –Me mira con gesto grave.

—Todavía te queda mucho por vivir –le digo, echándome a reír–. Yo creo que es mejor dejar cada cosa a su tiempo.

—La vida es una carrera de velocidad, Sara. –Lleva la mano a mi cuello y me lo coge con delicadeza. Me está observando con tanta profundidad que se me pone la piel de gallina–. Hay que aprovecharla al máximo. Correr lo máximo en el menor tiempo posible. ¿O es que no recuerdas lo que decía nuestro querido Garcilaso? «Coged de vuestra alegre primavera el dulce fruto, antes de que el tiempo airado cubra de nieve la hermosa cumbre».

—Bueno, Garcilaso pertenece a una corriente literaria que abogaba por disfrutar de los placeres que ofrece la vida, está claro. Pero no puedes ir por ahí haciendo todo lo que te dé la gana sin pensar –le llevo la contraria.

—¿Ah, no? –Se ríe y a continuación me sujeta de la nuca y me besa con fuerza, apretando sus labios contra los míos y dejándome casi sin respiración–. Pues yo quiero hacer contigo todo lo que me apetezca. Sin pensar. Sin calcularlo. Sin planearlo. Sólo sentir.

Recuerdo que así es como ha sido antes. Cuando tenía las bolitas dentro de mí no podía pensar. Estaba dominada por las vibraciones y los impulsos eléctricos que ellas

provocaban en mi interior. Y tengo que reconocer que ha sido maravilloso.

—Mi madre era así –dice de repente, colocándose boca arriba. Se contempla en el espejo y yo lo imito–. Le gustaba levantarse muy temprano para ver el amanecer por si era la última vez que lo hacía. Adoraba sentarse en un acantilado con las piernas colgando y contemplar el horizonte. Cuando viajaba por cuestiones de trabajo, visitaba los lugares más recónditos porque despertaban en ella vivos sentimientos. A veces me sacaba cuando llovía a cántaros y corríamos como locos mientras ella cantaba. Cuando íbamos al campo los tres, solía pedirnos que nos tumbáramos en la hierba y dijéramos cosas imposibles que quisiésemos hacer. Los domingos tenía por costumbre encerrarse en la biblioteca de nuestra antigua casa y recitar poemas en voz muy alta, casi gritando. Cada vez que leía un libro se enamoraba de sus personajes y les rogaba que la dejaran en paz, como si realmente estuviesen vivos. Aunque bueno, para ella lo estaban. –Gira la cabeza y me mira. Tiene los ojos brillantes, aunque también leo orgullo en ellos.

—Suena muy romántico –respondo. Antes ya me había contado cosas sobre su madre, pero no tan íntimas. Es la primera vez que lo hace por voluntad propia. El corazón se me acelera con tan sólo pensar que quizá estoy empezando a romper sus muros.

—Supongo que si mi madre hubiese nacido en otra época, habría sido precisamente en el Romanticismo. –Me sonríe. Noto en sus ojos la melancolía del recuerdo de alguien que ya no está. Alargo una mano para acariciarle la mejilla. Cierra los ojos y suspira–. Mi padre a veces le decía que estaba loca. Pero de broma, claro. Él la adoraba porque le ofrecía la posibilidad de vivir sin frenos.

—Debía ser maravilloso –murmuro, sin saber muy bien qué decir.

—Lo era –asiente, escrutando mi cara–. Pero como ya sabes, todo romántico tiene un lado oscuro. Una tormenta que se desata en su interior en ocasiones. Mi madre era así, aunque no sé muy bien si sus estudios filosóficos aumentaron ese carácter turbulento. Por suerte, mi padre estaba allí. Se complementaban.

—Creo que eso es fantástico en una pareja –opino, apretándome más contra él. Al apoyar la mano en su pecho, puedo notar lo deprisa que le late el corazón.

—Yo he sacado de mi madre ese carácter.

—Lo sé. Ya he comprobado la mala leche que tienes algunas veces –bromeo.

Se pone muy serio. Me agarra de la parte baja de la espalda con posesión y durante unos segundos me clava la mirada. Yo contengo la respiración, totalmente fascinada.

—Mi madre encontró a mi padre –dice, en voz baja–. Y yo a ti. Tú eres quien puede detener esas tempestades que me atacan. –Se le oscurecen los ojos y leo en ellos una pizca de preocupación.

—Y lo haré –le aseguro, con gesto grave.

—¿Sabes? –De repente, sus rasgos se han endurecido y parece enfadado–. Es curioso que mi madre amara tanto la vida y, sin embargo, la perdiera tan pronto.

—Al menos, por lo que me acabas de decir, vivió de forma satisfactoria –intento tranquilizarle, pero tan sólo consigo que se inquiete más y no entiendo los motivos.

—¿Tú crees? –aparta la mirada y la clava en un punto indefinido más allá de mí–. Supongo que en los últimos días antes de su muerte no pensó eso.

Abro la boca e inmediatamente la vuelvo a cerrar. ¡Joder! Nunca sé qué decir si han perdido a algún ser querido. ¿Qué puedo hacer? Tan solo quiero verlo sonreír. Pongo una mano sobre su cabeza y le acaricio el cabello al tiempo que acerco su rostro al mío.

—Ella era fantástica –le susurro, a pesar de que no la conocí. Pero lo tengo claro, es como si una parte de mí lo supiera–. Y tu padre también lo es. Eres afortunado de tenerlo.

—Lo sé –fuerza una sonrisa, aunque todavía está tenso–. Mi padre ahora tiene a Isabel. Al principio me costó aceptarlo, pero ella es una buena mujer.

—Y tu padre te quiere muchísimo. Está orgulloso de ti y se le nota en la mirada –le digo, pensando en el mío, que nunca tiene una palabra cariñosa.

—Tu padre también lo está de ti.

Niego con la cabeza. Ahora soy yo la que se siente un poco triste. A pesar de que le he explicado cómo es, Abel continúa pensando que mi padre se alegra de mis aciertos y triunfos. Sin embargo, nunca ha sido así y no creo que lo sea nunca.

—Me da igual. He aprendido a vivir con el amor de mi madre y me es suficiente.

De repente, recuerdo que me dijo que lo invitara a mi cumpleaños. Le doy unos toquecitos en la nuca.

—Por cierto, vas a tener que venir a comer a mi casa –arrugo la nariz.

—Por mí, estupendo.

—El día…

—Veintiséis del mes que viene es tu cumpleaños –acaba por mí. ¡Vaya, se ha acordado! No puedo evitar sonreír.

—Exacto. –Deslizo la mano por su cuello hacia la incipiente barba. Rozo su mentón–. Mi madre se ha empeñado en que vayamos los dos.

—Me parece perfecto. –Deposita un beso en la punta de mi nariz–. Mi morena pecosa. –Se ríe. Al menos, parece que ha dejado atrás la tristeza.

—Espero que mi padre se comporte… –murmuro con voz somnolienta. Se me están cerrando los ojos después de tanto trajín. La suave respiración que sale de su boca y aterriza en mi cara me tranquiliza. El movimiento de su pecho y el latir de su corazón me hacen sentir segura.

En cuestión de minutos caigo en un reparador sueño.

Al despertar me siento fantástica. No sé qué hora puede ser, pero me parece haber dormido por lo menos diez, algo que no hago desde hace mucho por unas cosas u otras. En lo primero que pienso es en el maldito correo de Gutiérrez. Voy a tener que acudir a su despacho para que me explique en persona lo que le parece mal en mi ensayo. De inmediato trato de despacharlo de la mente para que no me nuble el día. Quiero pasarlo con Abel y que sea fantástico. Anoche no pudimos terminar de hablar porque me quedé dormida, pero espero que hoy todo continúe tan bonito, que no tenga que marcharse a ningún lugar.

Me incorporo y lo busco con la mirada. La persiana todavía está bajada pero se filtra algo de luz. Cuando mi vista se posa en la barra en la que bailé, me pongo colorada. Descubro en el suelo las bolitas. Las recojo y las observo con una sonrisa. Quizá se las pida para llevármelas a casa. Camino por la habitación con los pies descalzos. Entonces reparo en que la puerta que ayer estaba cerrada hoy se halla entreabierta y sale luz de su interior. ¿Qué puede ser?

Me acerco de puntillas y al asomar la cabeza suelto una risita. No es nada extraño, simplemente esta habitación comunica con un maravilloso cuarto de baño muy similar al que yo usé la primera vez que estuve en esta casa. También hay una enorme bañera, aunque no tanto como la otra, de mármol blanco. En realidad, todo es tan brillante que casi me duelen los ojos. ¿Tendrá una mujer de la limpieza para que todo esté siempre como los chorros del oro?

Entro y me quedo de pie en el centro, echando un rápido vistazo al resto del baño. La ducha ovalada con mampara, un pequeño taburete que se encuentra cerca de la bañera, y el alargado lavabo en el que se pueden asear al menos tres personas a la vez. Y ahí está él, desnudo, con sus perfectos glúteos mostrándose a mí, y el tatuaje que cada vez se me antoja más excitante, sin darse cuenta de que he entrado. Se está afeitando con toda la concentración del mundo. Al acercarme, por fin me descubre. Me mira a través del espejo y sonríe.

—Buenos días, pequeña tentadora.

Lo abrazo desde atrás y apoyo la cabeza en su ancha espalda. Aspiro su aroma matutino. Me encanta. Quiero quedarme así toda la vida.

—Hoy… –empieza.

Le aprieto la tripa y suelta un pequeño quejido. Me pongo de puntillas y asomo la cabeza por su hombro.

—Ni hablar. Cancela todo lo que tengas que hacer hoy –le digo de forma mandona–. No voy a permitir ni una vez más que te vayas y me dejes sola. Y si lo tienes que hacer por obligaciones, entonces me avisas, me llamas o cualquier otra cosa que me haga saber de ti –le suelto todo casi sin respirar.

Él ha parado de afeitarse y me mira con los ojos muy abiertos. Se echa a reír y

continúa con su tarea. No sé por qué, pero me excita ver cómo se rasura con tanto cuidado.

—Te iba a decir que hoy haríamos lo que tú quisieras.

Vaya, menos mal. Pero bueno, era hora de que le dejase las cosas claras, aunque no es la primera vez que lo hago. Y espero que le haya quedado bien clarito. A veces echo de menos aquellos momentos en los que casi parecía que me perseguía. Bueno, tampoco es que quiera tener a un controlador, pero al menos sí saber lo que hace o tiene que hacer porque si no, siempre acabo preocupada.

—De todos modos, ya te dije que no quería atosigarte –dice, dejando la cuchilla en el mármol.

—Tú te vas a los extremos. –Le doy una fuerte palmada en el culo.

—¿Quieres que nos demos un baño? –Me señala la bañera con una sonrisa pícara.

—Claro que sí –respondo de inmediato.

Me acerco y estudio todos los grifos y botones para saber cómo funciona. Vaya, tiene hidromasaje y todo. ¡Qué perfección! Me inclino y pongo el tapón. A continuación abro el agua caliente y la dejo llenándose.

—¿Puedo ir a beber agua? –le pregunto.

—Claro. Coge lo que quieras. –Se masajea la barbilla y las mejillas con el *aftershave*–. Hay fresas. Tráelas si quieres. –Hay un destello fugaz en sus ojos.

Suelto una risita nerviosa porque imagino que quiere jugar otra vez. Me dirijo hacia la puerta y antes de salir le digo con voz sensual:

—Las traeré para que las coma en mi cuerpo, señor Ruiz.

Se relame los labios. Salgo antes de que pueda decir nada. Me dirijo a la cocina. Entonces me doy cuenta, al reflejarme en la nevera, de que estoy desnuda. Pero me siento tan relajada que ni me acordaba. Me echo a reír. Con lo escrupulosa que he sido siempre. Nunca me gustaba despertarme desnuda, ni siquiera al lado de Santi. Y sin embargo, con Abel puedo hacerlo con toda la confianza.

Abro el frigorífico y saco un plato lleno hasta arriba de fresas. Cojo también una botella de leche y la de agua. Me sirvo esta última en un vaso y bebo con avidez. Mientras estoy tragando, escucho una melodía. Se trata del móvil de Abel. Y suena cerca de aquí.

—Sara, ¿puedes cogerlo? –lo oigo–. Mi padre tenía que llamarme hoy.

—¿Dónde lo tienes? –Salgo de la cocina y me asomo al pasillo.

—En el salón –grita.

Voy todo lo deprisa que puedo, pero cuando llego ya ha colgado. Lo cojo y me fijo en el sobrecito de la pantalla.

—Te ha dejado un mensaje en el buzón de voz. –Salgo al pasillo.

Pero entonces, vuelve a sonar. Me extraña porque el número no está guardado, e

imagino que tendrá en la agenda el de su padre. Aunque quizá esté llamando desde otro teléfono, quién sabe.

—¡Cógelo! –exclama. Cierra la puerta del baño. Supongo que está haciendo pis o algo.

Aprieto el botón verde y me llevo el móvil a la oreja. Antes de poder preguntar, una voz de mujer dice de forma seductora:

—He regresado a España. Quiero verte.

Me quedo helada. El corazón se me echa a correr como un loco. Trago saliva y pregunto:

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Abel?

—Ahora no está disponible.

Y sin añadir nada más, la mujer cuelga.

25



Pensativa, observo la pantalla del móvil. No era la voz de Nina. Se trataba de una mujer algo mayor. A ver, no nos pongamos nerviosas. Quizá era una antigua compañera de trabajo, o una amiga –no, espera, él dice que no tiene…–, incluso un familiar. O lo peor: una ex. Vale, no quiero decir que sea algo horrible porque todos tenemos, pero después de haber conocido a la modelísima, si todas son igual que ella vamos mal.

Por un momento se me pasa por la cabeza escuchar el mensaje de voz que esa mujer le ha dejado. Sin embargo, me controlo. No soy así. Eso es irrumpir en la intimidad del otro de forma brusca. Así que lo que hago es acudir al cuarto de baño. Como todavía está la puerta cerrada, llamo antes de entrar. Me dice que pase y lo descubro metido ya en la bañera. Me quedo plantada en la puerta con el móvil en la mano.

—¿Qué te ha dicho? –me pregunta.

No sé si moverme, pero al final me acerco a él y se lo tiendo. Me enseña las manos mojadas.

—No era tu padre.

—¿Y quién era entonces?

—No… no lo sé –respondo, agachando la mirada. Me muerdo el labio para no desatarme. Estoy tranquila, estoy tranquila…–. Era una mujer. Ha dicho que estaba en España y que quería verte. Luego ha colgado.

De repente se levanta armando un revuelo enorme. Por un instante pienso en un joven y poderoso Poseidón saliendo de las aguas del mar. Uf, qué perfecto es. Me quedo boquiabierta estudiando su cuerpo desnudo, completamente mojado. Desciende los escalones y me quita el móvil de la mano. Así no vale: me ha dejado sin palabras con su desnudez.

—Abel, ¿ocurre algo**I**?

—Espera. Dame un minuto.

Se arrima al espejo y toquetea el móvil. A continuación se lo lleva a la oreja. Supongo que va a escuchar el mensaje. Se apoya en el lavabo y me mira a través del cristal. La cara le cambia en cuestión de segundos. Las mejillas sonrosadas pasan a estar pálidas. Se pone muy serio y le rechinan los dientes. Parece enfadado. Me sorprende cuando lanza el móvil contra el mármol al tiempo que suelta una palabrota. Me acerco a él y lo agarro del brazo. Lo giro hacia mí y lo miro con cara de preocupación.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nada, Sara. No quiero preocuparte por nada. –Me acaricia la barbilla. Sin embargo, sé que sucede algo.

—¿Quién es ella? –El nudo del estómago empieza a agrandarse.

—Podríamos decir que fue mi primera relación seria –responde, agachando el rostro y clavando su mirada en la mía–. Yo no la llamaría así, pero ya sabes, las mujeres…

Así que es una ex. Vale. ¿Cuántas tiene? Yo tenía claro que se había acostado con numerosas mujeres, pero tonta de mí pensé que tan sólo había tenido una relación duradera. Imaginé que era de los que usan y tiran. Parece que me equivoqué. O quizá ella sea una novia anterior a su etapa de mujeriego. Quién sabe. La cuestión es que me empiezo a poner nerviosa. Las amantes brotan como setas.

—Bueno, ella quiere verte… No pasa nada. Si vosotros sois amigos lo entiendo porque Santi y yo también lo somos –Fuerzo una sonrisa que hasta me tiembla. A ver, no me importa que se lleve bien con sus exnovias, de verdad. Siempre y cuando no se comporten como Nina.

—No lo somos –murmura él, alzando la cabeza y mirando al frente.

—¿Entonces por qué quiere verte?

—Ella es insistente. –Me pasa las manos por la espalda y me la acaricia.

—¿Cómo? No te entiendo –niego con la cabeza. Aunque me da a mí que sé por dónde van los tiros…

—A veces nos acostábamos juntos después de terminar la relación –me explica.

—¿También cuando salías con Nina? –Lo miro con curiosidad.

—No, Sara. Yo no soy infiel. –Se muestra molesto–. Además, ella no estaba en España cuando yo salí con Nina. Y aunque alguna vez fui a visitarla a Holanda, nunca pasó nada.

—¿Ella lo intentó? –pregunto, un poco inquieta.

—Sí.

—Joder –me limito a decir. ¿No se puede echar novias normales que luego pasen de él una vez han cortado? ¿Lo van a perseguir toda la vida?

—No te preocupes. –Sus manos se deslizan por mi espalda arrancándome escalofríos–. Me escribió hace un par de semanas para decirme que vendría y ya le dije que no quería verla.

—¿Por qué no me lo dijiste? –Le pongo mala cara. Me aparto un poco.

—Sé que te pones nerviosa enseguida. No quería alterarte sin ningún motivo. –Me agarra de la muñeca y me atrae hacia él–. No voy a quedar con ella. No me interesa. Hace mucho que no. Ni siquiera sé si la quise.

Me quedo perpleja. Bueno, ¿entonces por qué salía con ella? No entiendo nada. Parece darse cuenta de mi confusión porque añade:

—Teníamos una extraña relación.

—¿Has tenido alguna normal? –le pregunto con sarcasmo.

—Sí. Contigo. –Se inclina y me besa, sonriendo contra mis labios. Le paso las manos alrededor de la cintura–. ¿Dónde están esas fresas? –Está fingiendo serenidad, pero lo noto nervioso.

—¿Y me dices que conmigo es normal? –Arqueo una ceja.

—¿Y qué es normal, Sara? –Me mira con ojos divertidos–. ¿Puedes definir tú la normalidad? Porque entonces eres la más inteligente del mundo.

Le doy un cachete en plan juguetón. Salgo del cuarto de baño en busca de las fresas. Bueno, aunque no me haya dicho antes lo de esa antigua novia, al menos me lo ha confesado ahora. Pero espera, ¿lo habría hecho si el móvil no le hubiese delatado? ¿Esto quiere decir que continúa teniendo secretos? No, espera. Tan sólo es porque no quería preocuparme. Exacto, eso es lo que él me ha dicho. Y voy a creerle porque no tengo otra opción. Ha dicho que no va a verse con ella. Y estoy segura de que es la verdad. Confiamos el uno en el otro.

Regreso con el recipiente de fresas. Tengo la cabeza en otra parte y él se da cuenta. Me ayuda a meterme en la bañera con cuidado. En cuanto entro y me abraza, todo mi cuerpo entra en tensión. El agua está bastante calentita, y notar sus manos en mi cuerpo es una sensación sublime. Me besa en los labios muy lentamente, saboreándome con cada movimiento de nuestras lenguas. Se detiene de repente y se aparta para mirarme.

—Si te vas a quedar más tranquila, puedo escribirle o llamarla delante de ti.

Niego con la cabeza. Me acaricia el cabello, que ya se me ha mojado en las puntas. Me aprieto contra él, sin dejar espacio al agua. Le acaricio el pecho mojado.

—Confío en ti.

Me coge de las nalgas y clava su excitación en mi vientre. Dejo escapar un pequeño gemido cuando se acerca a mi entrada. Oh, joder, ya estoy tan excitada que ni yo misma me lo creo.

—Quédate esta semana aquí conmigo –me susurra en la oreja.

—Pero Cyn está sola en el piso…

—Que se vaya al estudio con Marcos. –Me lame el lóbulo y yo me remuevo entre sus brazos.

Aprieto mis pechos contra el suyo. Ladeo la cara buscando su boca y lo beso con ganas, agarrándolo de la nuca. Él suelta un gruñido y acaricia mis nalgas. Asiento con la cabeza dándole a entender que me quedaré. En realidad, es algo que esperaba hace tiempo, poder pasar unos cuantos días con él, tranquilos y disfrutando el uno del otro.

Coge una fresa y me la acerca a la boca. La abro al tiempo que él también lo hace, imitándome. Muerdo un trocito sin apartar la vista de sus ojos oscurecidos. Se muerde

los labios cuando yo mastico la fruta con lentitud, de forma sensual. Se pone el resto de fresa entre los dientes y acerca el rostro para que se la quite. Acabamos besándonos como si no hubiese un mañana. El sabor de la fresa y el suyo conforman una mezcla tan excitante que el vientre me tiembla. Al moverse, el agua forma unas pequeñas olas que chocan contra mi sexo y me provocan cosquillas. Lo observo mientras me termino el fruto. Parece tener algo que decirme.

—Por cierto… –empieza.

—¿Sí?

—Este viernes no, al otro, tenemos una cena con Marcos y tu amiga.

—¿Quéééé? ¡Pero si Cyn no me ha dicho nada!

Se encoge de hombros y me acaricia el cuello con los labios. Me aparto un poco para mirarlo con gravedad.

—¿Y a qué viene ese plan?

—Quiero que hagamos cosas como una pareja normal. ¿No es lo que tú deseas también? –Me mira confundido.

Arrugo las cejas y suelto un suspiro. Está bien, tiene razón. No puedo estar quejándome por todo. Y al fin y al cabo, Marcos es su hermano y tengo que aprender a llevarme bien con él. Además, supongo que como estará Cyn será más amable.

—Vale. Pero podrías habérmelo dicho en otro momento. –Le doy un suave mordisco en el labio.

—Sara… Sara… Te me estás descontrolando –dice, de forma pícara y sensual.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada. Él me coge de las caderas, me gira y me apoya contra la pared de la bañera. En cuestión de segundos me ha abierto de piernas y lo tengo dentro de mí, sin poder dejar de gemir.

No quiero que esto se acabe nunca.

Dos días después, le pido que me lleve a la capital para hablar con Gutiérrez. Abel me ha dejado imprimir el ensayo porque quiero que mi tutor marque en él todo aquello que le parece mal o que podría mejorar. No es que piense que yo soy la mejor y que no puedo estar equivocada, pero considero que ha sido un poco duro conmigo.

Durante el trayecto me empiezo a poner nerviosa. No sé lo que le voy a decir ni cómo hacerlo. Intento ensayar en voz baja. Parezco tonta y me pongo colorada al notar que Abel a veces me lanza miradas. Sin embargo, cuando me giro a él me doy cuenta de que está sonriendo.

—¿De qué te ríes?

—Eres una chica muy disciplinada –dice, deteniendo el coche en el semáforo. Se baja las gafas de sol hasta la punta de la nariz y me mira por encima de ellas con ojos muy calientes. Uf–. Igual que en el sexo. ¿Ensayas también en casa? –bromea.

—Ja, ja –respondo de mal humor. Dejo los papeles del ensayo sobre mis piernas y

le digo–. Sólo quiero demostrarle que estoy lo suficientemente preparada para el proyecto.

—Sigo pensando que no tendrías que demostrarle nada. –Arranca el coche en cuanto el semáforo se pone en verde–. Él ya debería saber lo buena que eres.

—Parece que Patri lo es más que yo –digo con frustración.

—¿Puedes dejar de compararte con ella? –me regaña–. Céntrate en lo que tienes que hacer tú y olvida a esa chica.

—Pero si es que siempre está por medio –me quejo, observando el paisaje a través de la ventana.

—Entonces apártala tú. –Me guiña un ojo de forma rápida.

—Como si fuera tan fácil –gruño.

—A veces eres un poco quejica y negativa, ¿eh?

Le doy un suave puñetazo en el brazo y se echa a reír. El estómago me ruge y él se burla de mí. Hemos quedado en que comeríamos en Valencia. Me va a llevar a mi sitio preferido cuando estoy ansiosa: el Burger King. Así podré comer todas las cochinadas que quiera. Hoy no me va a frenar nadie, ni siquiera esa pequeña lorcita que me está empezando a salir en la tripa.

Nos pasamos unos quince minutos buscando aparcamiento. Al final lo deja en zona azul porque no hay otras plazas libres. Pero por suerte, lo hemos estacionado cerquita. Sin comerlo ni beberlo, me coge de la mano mientras caminamos hacia la Facultad. El corazón se me desboca. Oh, mírame, ahí voy, agarrada del tío más bueno de la faz de la tierra,al menos para mí lo es, con una sonrisa de tonta en plena cara. Unas cuantas chicas se nos quedan mirando, unas con fascinación y otras con mal gesto. Me pregunto si algunas sabrán quién es o simplemente les gustaría meterse entre sus sábanas. Hincho el pecho cada vez que nos observan porque me siento orgullosa de tener un hombre así a mi lado. Y no sólo por su físico espectacular, sino también porque es divertido, inteligente y me ha elegido a mí.

—Hacía tiempo que no venía aquí –dice, alzando la vista hacia la fachada de la Facultad.

—Desde la graduación –sonrío al recordar aquella fantástica noche.

—Estabas tan bonita. –Posa un beso en mi coronilla.

Lo miro sorprendida. Vaya, si al final Cyn va a tener razón y todo y Abel también es cariñoso. Uf, me encanta. Me pongo de puntillas y le planto un beso en todos los morros delante de un par de chicas que bajaban las escaleras. Una de ellas sonríe y le dice algo a la otra, como que le parece bonito el amor o algo así. ¡Y a mí, a mí también me lo parece!

Lo cojo de la mano y tiro de él para que entre conmigo a la facultad. Se la enseño un poco: el sótano donde están las aulas en las que estudié el último año de carrera, el

salón de actos que ya conoce por la graduación, la cafetería, la secretaría y el ascensor en el que vamos a subir hasta el tercer piso. Cuando nos metemos y pulso el botón, me agarra de la cintura y me atrae a él.

—Todavía no lo hemos hecho en un lugar así…

Recuerdo que en Barcelona estuvimos a punto, aunque nos interrumpieron. Pero por mucho que Abel provoque en mí el fuego de mil infiernos, no voy a hacerlo en los ascensores de la Facultad. ¡Tengo un límite! Después no podría mirar a los profesores a la cara. Sé de un par de historias que corren de estudiantes que tienen sexo en los baños e incluso en los despachos de los profesores. Por supuesto, todo son leyendas urbanas.

—Contrólate –le digo, apoyando las manos en su pecho y arqueando la espalda hacia atrás.

—No puedo si te tengo cerca –murmura con ojos sonrientes.

Él acerca el rostro al mío y me besa de forma muy sensual y caliente. Uf, su lengua húmeda me explora la boca de un modo fascinante. Ya casi se me está olvidando que estamos en la Facultad. ¡En los ascensores! Maldito fotógrafo que me convierte en una inconsciente.

—Después, en casa… –Suspiro contra sus labios.

En cuanto el ascensor se detiene, yo me aparto dando un saltito. Él intenta atraparme pero no lo consigue. Me mira mordiéndose el labio inferior, con una sonrisita.

—Es que pienso en ti como una colegiala y me desboco, Sara. –Se ríe.

Chasqueo la lengua porque sé que me está gastando una broma. Recuerdo el día en que nos conocimos, cuando acudí a una sesión fotográfica en la que me pidió que me vistiera con un uniforme de colegiala. No accedí a ponérmelo, por supuesto. Aunque ahora que lo pienso, desde entonces he hecho cosas que jamás imaginé. Y no me arrepiento de nada. Quizá le sorprenda algún día con ese disfraz. Apuesto lo que sea a que le gustaría.

Cuando salimos del ascensor, me doy cuenta de que pasa algo raro. En la parte de Lengua todo parece normal, pero en la de Literatura hay un montón de escritorios, armarios y cajas por el suelo. Me quedo mirando a Abel y me encojo de hombros. Echo a caminar hacia allí cuando escucho que me llaman. Al girarme descubro a Antonio, mi profesor de Fonética.

—¡Muchacha! Cuánto tiempo. ¿Cómo estás? –Lo tuve en primero de carrera, y aunque lo he visto por la Facultad muchas veces, hacía bastante que no coincidíamos.

—Vengo a hablar con Gutiérrez –le informo.

—¿No sabes que van a hacer obras en el departamento de Literatura?

Niego con la cabeza. Vaya, Gutiérrez no me había advertido. No me digas que hemos venido a Valencia para nada. Ahora podría estar en la piscina, derritiéndome

bajo los abrazos de Abel.

—Están mudando todas sus cosas a unos barracones cerca de la Facultad de Psicología –me explica Antonio, sin perder su amable sonrisa–. Pero quizá lo pilles, quién sabe. Sé que esta mañana ha venido temprano para prepararlo todo. Creo que no hay ningún otro profesor del departamento. Pero ya sabes que a Gutiérrez le gusta hacerlo todo antes que nadie.

—Sí –respondo–. ¿Y cómo estás tú? ¿Se presenta mucho trabajo este año?

Asiente con la cabeza. Me doy cuenta de que no para de lanzar miraditas a Abel, pero no me atrevo a presentárselo.

—Este año soy también profesor del máster, así que trabajo por partida doble.

—Entonces nos veremos en clase –le digo con una gran sonrisa.

Un par de minutos después nos despedimos. Le digo a Abel que me espere sentado en uno de los bancos, pero prefiere quedarse cotilleando las notas de estudiantes a los que no conoce. Yo me río para mis adentros mientras intento traspasar las docenas de cajas y muebles que hay diseminados por el suelo. Al asomarme al pasillo descubro que Antonio estaba en lo correcto. Parece que no hay ningún profesor. Todas las puertas están cerradas y las luces apagadas. No se escucha ni un solo sonido.

Suelto un suspiro. En mala hora he venido hasta aquí. Tendría que haberle enviado un correo a Gutiérrez, pero he pensado que hoy tendría sus tutorías habituales. Ya podría haberme escrito él. Es muy probable que se le haya pasado con todo este jaleo. Me pregunto si Patri le estará ayudando también con la mudanza. Es tan amable la chica.

Cuando estoy a punto de irme, me fijo bien en que la puerta de Gutiérrez está entreabierta. Aún tendré suerte y lo encontraré en el despacho. Aprieto los papeles de mi ensayo con fuerza. Me seco las manos en la camiseta porque ya me han empezado a sudar.

Me acerco al despacho con lentitud. Tampoco quiero molestarlo si está enfrascado en algún trabajo. Sin embargo, un extraño sonido me pone en alerta. No acierto a adivinar lo que es, pero me parece familiar. A medida que estoy más cerca, lo descubro. Son suspiros. Muy bajitos, pero lo son. Y a continuación un suave gruñido. Joder, pero qué... Se me hace un nudo en el estómago.

No quiero mirar, pero lo hago por el hueco.

Y veo a Gutiérrez de espaldas, medio descamisado y con los pantalones bajados, haciendo el amor a una mujer que está encima de la mesa. Me llevo la mano a la boca para sofocar un grito al darme cuenta de quién es ella. Estoy tan sorprendida que no puedo ni mover un músculo.

Y entonces Patri abre los ojos y me descubre. Me sobresalto, pero ella esboza una sonrisa.

Esa de superioridad que tanto odio. Se está burlando de mí.

Siento las náuseas en mi garganta. Por fin mi cuerpo responde y me aparto de allí, echando a correr por el pasillo. No me lo puedo creer. Joder, no, no es posible. No lo es porque todo en lo que he creído siempre se acaba de derrumbar ante mis ojos.

Abel alza la vista cuando aparezco ante él. Cambia la sonrisa por un gesto de preocupación al ver que tengo lágrimas en los ojos. Va a decir algo pero yo lo cojo de la mano y tiro de él hacia el ascensor. En cuanto entramos, me llevo las manos a la cara pero lo único que veo es el movimiento de caderas de Gutiérrez y la pérfida sonrisa de ella. Abel me las aparta y me mira asustado.

—Acabo de ver a Patri y a mi tutor haciéndolo en su despacho –digo con un hilo de voz.

26



Cuando llamo a Eva para contárselo, ella no para de gritar a través del móvil. Tanto que parece que me van a explotar los oídos. Abel me mira asombrado.

—¿Ves? ¡Te lo dije! Esa es una trepa cabrona. ¡Y Gutiérrez es un pervertido!

—Técnicamente no estaban haciendo nada malo. –Intento hacerme oír a través de sus exclamaciones.

Abel arquea las cejas ante mi comentario y niega con la cabeza. Le hago un gesto para que se quede al margen.

—Otro día vamos por sorpresa y si los volvemos a pillar, les hacemos una foto –propone mi amiga.

—¡No seas loca! No puedo hacer eso. Gutiérrez es mi tutor y Patri nuestra compañera.

—¿Tú crees que a ella le importa lo que te pase a ti? –Suelta un suspiro de impaciencia–. Bueno, sí, se alegrará si te ocurre algo malo.

Continuamos hablando un rato más acerca de lo que ella hará este año. Se lo va a tomar sabático y después ya se decidirá porque no tiene nada claro. Le suplico una vez más que se apunte al máster conmigo para no estar sola, pero no le interesa. Tras colgar, me dejo caer en el sofá y me limito a observar el techo con la mirada perdida. Abel se acerca un par de veces, pero no dice nada. Por la noche prepara la cena y me la trae. Es emperador con patatas asadas y tiene una pinta deliciosa, pero en cuanto lo huelo me sobreviene una arcada. Me tengo que levantar y salir corriendo por patas al cuarto de baño.

—¿Sara? ¿Estás bien? –pregunta al cabo de diez minutos.

Estoy sentada en el váter, observándome las uñas comidas a causa de los nervios. Tengo el estómago fatal, pero es lo que siempre me sucede cuando estoy muy nerviosa. Tras varias llamadas más le digo que pase. Se arrodilla ante mí y me mira con gesto de preocupación.

—¿Has vomitado?

Asiento con disgusto. Me levanto dispuesta a lavarme los dientes por si me quiere besar. Mientras lo hago, él me observa a través del cristal y estudia cada uno de mis movimientos. Baja la vista hacia mis senos y luego al vientre.

—No estarás embarazada, ¿verdad?

Casi me atraganto con el agua. La escupo y toso un par de veces. Me seco los labios y lo miro con incredulidad.

—¿Qué dices? Abel, uso el parche. ¡Claro que no lo estoy!

—Ha sido ver la comida y has venido corriendo al baño. –Se encoge de hombros. Me aparta el cabello sudado de la frente y deposita un beso en ella–. Y encima estás ardiendo. ¿Tendrás fiebre? –Apoya la palma de la mano en mi piel.

—Son los nervios. Me pongo muy mal cuando me estreso –le explico.

—Pero no tienes que ponerte así. Me sorprende. –Descansa la barbilla en mi cabeza y me abraza. Yo me sujeto a él con los ojos cerrados–. Si te lo tomas todo tan a pecho, acabarás enferma.

—Ya lo estoy. –Me estremezco al recordar la terrible escena.

—Entonces tienes que hacer algo. –Me echa hacia atrás para mirarme.

—¿El qué?

—Denunciarlo al consejo de estudiantes, por ejemplo. No sé cómo funciona eso.

Salgo del cuarto de baño y me dirijo al dormitorio. Lo único que quiero es dormir ya. Me echo en la cama sin siquiera desvestirme. Me tapo los ojos con el brazo.

—Yo tampoco. Y no creo que estuviesen haciendo nada malo. Era sexo consentido entre dos adultos –digo con un nudo en el estómago.

—Sí, pero sexo en un despacho. En el lugar de trabajo de tu tutor. –Se sienta en el borde de la cama y me aparta el brazo–. Entre un profesor y una alumna. Y en realidad tú y yo pensamos lo mismo acerca de la profesionalidad de tu compañera.

—Ya, ¿pero qué quieres que haga? No puedo ir y contar algo así, directamente no me creerían.

—No sé cómo funcionará en España, pero en otros países puede ser motivo de suspensión del empleo.

Me pongo blanca al pensar que pueden quitarle el trabajo a Gutiérrez. No soy así. En realidad es Patri la que está comportándose mal.

—A lo mejor están enamorados y hemos pensado mal –digo, más para mí que para Abel. Intento convencerme a mí misma porque no quiero creer lo que he visto.

—Sara, a veces los hombres hacen cosas que no están bien porque se vuelven locos por lo que las mujeres tienen entre las piernas.

Me mira muy serio. Yo hago un gesto de asco y vuelvo a taparme los ojos con las manos.

—Lo único que quiero ahora es dormir, Abel. –Me pongo de lado, ofreciéndole la espalda.

—De acuerdo. Entonces duerme. Pero no pienses más en esto de momento. –Me acaricia el pelo un buen rato, hasta que me quedo dormida.

Tal y como me prometió, se toma el fin de semana libre. Me conmueve muchísimo cuando se tumba a mi lado, susurrándome palabras tranquilizadoras. Así pasamos todo el sábado y me siento mucho mejor. Nunca se había comportado de esa forma tan dulce. Hasta el domingo no consigo probar bocado. Cada vez que me arrimo a la

comida, me entran arcadas. Abel me mira con cara rara en cada ocasión. Supongo que continúa pensando que estoy embarazada.

Al empezar la semana le ayudo a elegir unas cuantas fotos que le han pedido para una exposición que se presentará el viernes. Iremos antes de la cena con Marcos y Cyn. Dice que las fotos son antiguas y nada buenas, pero a mí me parecen maravillosas. Son paisajes hermosos que despiertan en mí cierta melancolía. No le van a pagar mucho, pero menos es nada y está empeñado en comprar un coche nuevo para Isabel y su padre, ya que el viejo no funciona bien y ellos no se lo pueden permitir.

Mientras elegimos las fotos siento que cada día le quiero más y es como si él se abriera poco a poco. Que confíe en mí para hablar y decidir sobre su trabajo es mucho más de lo que había imaginado. Pero cuando rozo el cielo es a mitad de semana, cuando me entrega unos libros cuya autora es su madre.

—Te dije que quería que supieras más de ella –me dice mientras lo miro medio atontada por la sorpresa–. Pero a cambio tienes que dejar que lea tu ensayo.

—¿Quéééé? ¿A santo de qué? –pregunto con mala cara. Me da demasiada vergüenza.

—Quiero ver si está tan vacío como Gutiérrez dijo.

—¿Y tú lo vas a saber? –Arqueo una ceja.

—Sara, recuerda que mi madre era catedrática. Sé más de ese mundo de investigación de lo que tú crees. Puedo discernir entre un buen trabajo y uno pobre.

Al final me convence y se lo acabo dejando. No me puedo negar a su mirada de cachorrillo abandonado. Yo me paso la tarde leyendo uno de los libros que me ha prestado. Las ideas que defendía su madre me parecen sencillamente maravillosas. Tenía una visión del mundo, y de todas sus disciplinas, muy particular. Supongo que mientras yo navego por el mar de palabras de su madre, él lo hace en las mías. Cada uno estamos en una habitación distinta y se nos hace de noche. Ni siquiera me doy cuenta de que es hora de cenar hasta que me trae un sándwich de jamón y queso. Me lo como mientras me mira de forma particular. Tras lavarnos los dientes nos vamos a la cama porque él tiene que acudir a la capital a hablar con los organizadores de la exposición. Yo me quedaré aquí e intentaré buscar más información para mi ensayo.

Sin embargo, acabamos durmiendo a las tantas porque nada más meternos en la cama, la pasión nos sorprende. Como durante el finde he estado enferma, no habíamos hecho nada. Disfrutamos de un estupendo sexo durante horas. Es muy diferente a lo que me tiene acostumbrada. Es cariñoso y pasional al mismo tiempo. Tenerlo dentro de mí provoca que se detenga el tiempo. Crecen flores alrededor de la habitación cuando noto su cuerpo sobre mí, cuando su ardiente piel se funde con la mía. Mientras se balancea hacia delante y hacia detrás, le susurro las palabras prohibidas sin poderlo evitar.

—Te quiero.

Pero para mi sorpresa, esta vez no pone mala cara ni se marcha. Lo que hace es sonreír sin dejar de moverse. Pone una mano sobre mi frente y me acaricia los mechones que me caen por ella. A continuación me besa con suavidad.

—Lo sé, Sara. —Me mira con profundidad. Creo que estoy leyendo en sus ojos que le ha gustado.

Vale, aún no he conseguido que me lo diga él también; sin embargo, hay algo en ese iris azul intenso y en esas pupilas que me indica que su corazón se está conmoviendo. Oh, Dios, ¿se estará enamorando de mí? Porque yo lo estoy de él como una tonta. Y deseo que muy pronto me dé lo mismo.

Clavo mi mirada en la suya. Las olas de su mar se mezclan con el que se está embraveciendo en mi vientre. Mientras me deshago en cientos de calambres de placer, grito su nombre.

Al día siguiente me despierto bastante tarde. Palpo el lado de Abel pero al cabo de unos segundos recuerdo que se ha ido a la capital. Me hago la remolona en la cama unos diez minutos más. Cuando me ruge el estómago, decido levantarme. Son las doce del mediodía y hace un día estupendo. Me sirvo un zumo de piña y me asomo al jardín mientras bebo. Sonrío como una tonta, pero es que me siento como la dueña de la casa. Quizá me tenga que plantear mudarme aquí como ya intentamos una vez. El problema es que tendría que llevarme todos los días a Valencia y no sé si le sería posible.

Después me pongo a cocinar porque quiero darle una sorpresa. He encontrado muslos de pollo en el refrigerador, así que decido prepararlos al horno con patatas, cebolla y un chorrito de vino blanco. Cuando él regresa ya está casi hecho. Entra en la cocina con una sonrisa y se me queda mirando con las cejas arqueadas.

—¿Qué es lo que huele tan bien? –Me agarra para darme un beso.

—He cocinado para ti. –Me acerco al horno, lo abro y le muestro el pollo.

—Tiene una pinta estupenda. –Sonríe y vuelve a besarme–. Me gusta tenerte aquí, Sara. Me hace sentir seguro. Cuando me he ido sólo podía pensar en el momento de regresar, encontrarte aquí y darte besos hasta que me pidieses que parase.

—Entonces deja de hablar y hazlo. –Me engancho a su cuello de puntillas.

Tenemos que parar porque el horno me avisa de que el pollo ya está hecho. Este hombre tiene unos electrodomésticos de lo más modernos. Mientras comemos me explica que al final expondrán sus fotos durante una semana, así que le pagarán un poco más. Me alegro mucho por él ya que se le ve más tranquilo. En realidad no sé nada sobre su dinero, pero según me dijo Eric, siempre le ha gustado vivir bien. Puede que esta casa esté hipotecada o algo así. Me gustaría ayudarle de alguna forma y quizá lo haga con parte del dinero que voy a cobrar en la campaña. Él debería haber

sido mi fotógrafo.

Tras la comida nos vamos a la piscina. Nadamos un ratito, aunque él se queda un poco más y yo salgo para relajarme tomando un helado en una de las hamacas. Mientras lo lamo, observo a mi Abel nadar con vigor. Desde luego que podría vivir así para siempre, bajo este estupendo sol, comiendo helados y nadando en la piscina en la que hay un hombre espectacular.

Me estoy empezando a quedar dormida cuando noto que alguien me observa profundamente. Los abro agitada pero, como es de esperar, sólo se trata de Abel. Me incorporo y me lo quedo mirando con los ojos entrecerrados. ¿Por qué me mira así, qué es lo que pasa ahora?

—¿Qué?

Él se queda callado unos instantes, con una sonrisita en la cara.

—Hoy he estado cerca de tu universidad…

—¿No habrás hecho nada, no? –Tuerzo el gesto, indicándole que no me haría ninguna gracia.

—Estuve a punto de subir a buscar a tu tutor.

—¿Para qué? –pregunto, confundida.

—Pues para hablar con él y dejarle claro que te debe tener más en cuenta.

—¿Pero qué dices, Abel? ¿No lo habrás hecho al final, no? –Me empiezo a poner nerviosa. Si se ha atrevido a hablar con Gutiérrez sin consultarme, me enfadaré realmente con él.

—No, Sara, no lo he hecho. –Me mira sin borrar la sonrisa del rostro–. Sabía que te molestaría si lo hacía, y lo último que quiero es que te enfades. Estamos muy bien últimamente, ¿no?

Chasqueo la lengua y me vuelvo a tumbar. Menos mal que no ha hecho nada, porque si no me habría muerto de la vergüenza. A saber qué habría pensado Gutiérrez si Abel se pasa por allí.

—Pero creo que deberías ir a hablar con él –continúa al cabo de unos minutos.

—¿Para qué? ¿De verdad crees que eso va a cambiar algo?

—Sí.

Me giro a él con un gesto de disgusto. Cuando se pone cabezota, me pone muy nerviosa. Pero lo cierto es que quizá tenga razón. ¿Por qué siempre tengo tanto miedo de hablar con los profesores? ¿Por qué me asusto cuando tengo que demostrar que yo valgo?

—Está bien. –Abel se levanta en ese momento y yo me incorporo de golpe, sin entender qué hace.

—¿Adónde vas? –pregunto.

—A la capital otra vez. Al final tengo que hablar yo con él.

—¡No! –exclamo, levantándome y yendo a su encuentro. Le cojo por el brazo y él me aprieta contra su cuerpo, para terminar posando un beso en mi nariz. Le empujo de forma juguetona, aunque estoy un poco molesta–. No vas a ir tú, Abel. No eres tú el que tiene que solucionar esto. Puedo llevar las riendas de mi vida.

—¿De verdad? Entonces demuéstramelo, Sara. Ve y vístete y te llevo a la capital.

Me quedo pensativa, mordiéndome las pielecillas de los labios. Joder, ya me he puesto nerviosa y aún no he hecho nada. ¿Qué le voy a decir a Gutiérrez cuando esté delante de él? Seguro que no me salen las palabras. Tengo claro que mi trabajo es bueno, pero cuando lo tenga que defender, no sabré qué decir.

—Vamos, Sara. Confía en ti. Demuéstrale a ese hombre que Patri no es tan buena como tú. –Abel me clava sus intensos ojos–. ¿Es la verdad, no? Es lo que quieres, por lo que has estando luchando durante tantos años.

Trago saliva y me doy la vuelta con la cabeza hecha un lío. Segundos después, suelto un suspiro, asintiendo.

—De acuerdo. Pero antes le llamaré porque no sé si hoy estará en el despacho.

Abel se me queda mirando de manera divertida. Creo que ya me conoce mucho y que, en realidad, tengo la esperanza de que Gutiérrez no esté o me diga que hoy no me puede atender. Marco el número de mi tutor con el estómago apretado y, cuando escucho su voz, el corazón se me acelera. Dios, pero qué tonta soy.

—Buenas tardes –digo, casi sin voz.

—Hola, Sara. ¿Sucede algo? –parece nervioso. Oh, joder, joder.

—Me preguntaba si puedo acudir a su despacho esta tarde, para hablar con usted.

—Claro. Es más, estaba a punto de llamarla yo porque me gustaría que recogiera un par de libros que tiene que transcribir al español actual.

—Oh, claro que sí.

—¿Le viene bien a las seis? Yo estaré aquí hasta las siete o siete y cuarto.

Le digo que en una hora estaré allí y cuelgo. Me dirijo al jardín con el corazón palpitándome como un poseso en el pecho. Ahora tendré que prepararme el discurso que le voy a dar. Me voy al dormitorio y me visto lo más rápido posible. Cuando salgo, Abel me está esperando tumbado y muy satisfecho, con las manos cruzadas bajo la nuca.

—¿De verdad que no has hecho nada? –le pregunto, aún incrédula.

Él se inclina hacia delante y muestra una ancha sonrisa. Lo miro con curiosidad.

—Sara, te juro que no. No soy tu dueño. Tus problemas te los solucionas tú como una mujer adulta –parece molesto.

—Pues le he notado un poco raro –respondo, sin apartar la mirada de la de él.

—Quizá se ha dado cuenta de que estaba en un error.

Trato de descubrir si me está diciendo la verdad. No puedo ver en sus ojos que se

sienta culpable o arrepentido. Parece muy serio con todo esto. Y, de todos modos, si hubiese ido allí, me podría enterar. ¡Se lo podría preguntar a Patri, que esta siempre se chiva de todo!

—Tengo que ir a su despacho por unos libros –le informo cuando me he tranquilizado un poco.

—Bueno, pues ahora ya tienes la excusa para hablar con él de lo tuyo –me dice, acariciándome la barbilla–. ¿Te llevo entonces?

Asiento con la cabeza. Treinta minutos después él está duchado, vestido y preparado para llevarme a la capital. En el coche me limito a mirar por la ventanilla. Por el camino me dedico a pensar lo que le voy a decir a mi tutor. Cada vez se me ocurre una forma de empezar, pero todas me parecen terribles. No quiero parecer una prepotente o una listilla, pero tampoco quiero que piense que estoy insegura, porque eso no me va a ayudar en nada. Quizá lo mejor sea improvisar allí y que sea lo que Dios quiera.

Una vez llegamos a la facultad y aparcamos más o menos cerca, la boca se me seca y las manos me empiezan a sudar. ¿Cómo actúo ante Gutiérrez? ¿Y cómo lo miro a la cara? Si es que me voy a imaginar su trasero meneándose hacia delante y hacia atrás. ¡¿Y si los pillo copulando una vez más?! Oh, joder, estoy por pedirle a Abel que entre conmigo. Pero no, no, tengo que ser valiente y hacerlo yo.

Cuando me quiero dar cuenta ya estoy ante la puerta del despacho. Me paso unos cinco minutos repasando mentalmente cómo voy a entrar, qué le voy a decir, cómo voy a sonreír e imaginando qué hará él. De repente, la puerta se abre de forma brusca y yo doy un respingo. Patri me está mirando con cara de malas pulgas.

—¿Qué haces ahí? –me pregunta.

—He venido por unos libros. –Hago amago de entrar. Ella se aparta y veo a Gutiérrez tecleando en el ordenador.

Cuando me ve, esboza una sonrisa. No sé cómo de falsa será. ¿De verdad quiero continuar con esto? Quizá deba intentar cambiar de tutor. Pero, ¿y si se enfada? Bueno, entonces yo puedo decir lo que vi. Aunque evidentemente no me iban a creer porque aquí es él el importante. Se acerca a mí y me da la mano. Patri está a mi espalda y puedo notar su malestar.

—Buenas tardes, Sara. Qué bien que hayas acudido –dice Gutiérrez. Parece sincero. Pero… hay algo raro. ¿Desde cuándo me tutea? ¿Debo hacerlo yo también? ¡No sé!

—Tengo muchas ganas de transcribir esos libros –confieso. Y es verdad, por mucho que esté ocurriendo todo esto.

Él se dirige a una pila y rebusca en ella. Mientras lo hace, yo cojo aire, aparto la mirada de la pesada de Patri y me dispongo a decirle todo lo que he pensado:

—Mire, Gutiérrez, pienso que mi trabajo merece una oportunidad. Quizá no sea

perfecto, pero sí creo que es lo suficientemente bueno como para que usted lo revise otra vez con más atención. –Me callo de golpe. Oh, mierda. ¿De verdad he dicho eso? Parece que me esté metiendo con su forma de leer o que haya dicho que ha leído el trabajo así como de pasada. Él todavía está buscando, no parece molesto… Así que trato de corregirme–. Lo que quiero decir es que me gustaría que lo leyese otra vez. O quizá podamos hacerlo juntos… Dígame aquello que no le parece bien y lo modificados juntos… O… No sé, pero por favor, señor… Me he esforzado mucho y… –Ya no sé qué más decir. Se me están humedeciendo los ojos y Patri no deja de observarme de manera burlona. ¿Por qué tiene que estar ella aquí mientras hablo sobre mis asuntos?

De repente, Gutiérrez se gira y me mira con atención. Yo abro la boca, pero la vuelvo a cerrar, empapada ya en un sudor nervioso. ¿Se ha enfadado conmigo? Sin embargo, lo que me dice a continuación me deja con los ojos muy abiertos.

—Siento mucho aquel correo que te envié. Como he estado tan ocupado con todo esto de la mudanza, es posible que no leyera bien tu ensayo. –Cuando encuentra lo que buscaba se gira hacia mí–. Pero permíteme decirte que tus ideas son muy innovadoras y están perfectamente justificadas.

—¿Y lo de la bibliografía? –pregunto mientras recibo los dos libros que me entrega.

—Tienes razón: hay muy poca sobre ese tema. Por ello, tiene mayor mérito el trabajo que estás haciendo. –Me dedica una ancha sonrisa. Suelto un suspiro silencioso con el que dejo escapar todo el miedo que tenía–. Y no dude de que lo voy a presentar en la reunión que tendremos en octubre. De verdad que lo merece.

Me doy cuenta de que Patri está mirando los libros con curiosidad. Entonces, me sorprende dirigiéndose a Gutiérrez:

—Fernando, me dijiste que me encargaría yo de esas transcripciones. –Las señala. Vaya, si le llama por su nombre y todo. Supongo que es normal después de tener sexo como locos encima de esa mesa en la que he estado a punto de apoyarme. ¡Qué asco!

—Lo sé, Patri, pero Sara ha sido siempre muy buena con las transcripciones y, de todos modos, todavía tienes que preparar la introducción de tu tema. Me dijiste que me la enviarías hace dos días, pero sigo esperándola. –Se muestra duro con ella. Yo me quedo boquiabierta.

—Bueno, si no me necesita para nada más, me tengo que ir –les interrumpo. Se puede cortar el ambiente con un cuchillo.

Me despido de él con un apretón de manos y salgo del despacho. Todavía estoy como una nube por todo lo que ha pasado. ¡Tengo ganas de saltar de la alegría! Por fin Gutiérrez va a valorar mi trabajo como se merece. ¡Abel tenía razón! Menos mal que me ha animado a que hablara con él, porque seguramente yo aún estaría quejándome y sin hacer nada. Pero mi alegría se borra cuando me doy cuenta de que Patri me está

siguiendo y que, a medio camino, me alcanza. Yo no me detengo y ella se coloca a mi lado.

—¿Sabes que nuestro tutor está haciendo esto porque le das pena, no?

—¿Ah, sí? –Abro los ojos fingiendo sorpresa.

—No sé lo que le habrás dicho a Fernando para que decida darle una oportunidad a tu trabajo, pero…

Nos estamos acercando a Abel, el cual se pone tenso al vernos. Supongo que ha escuchado lo que Patri me decía. Está a punto de venir a nosotras cuando yo le hago un gesto para que se quede quieto. Entonces, me giro hacia mi compañera, que a partir de ahora es más rival que nunca, y le digo de forma fría:

—No soy tan cerda como otras.

Ella suelta una risa desdeñosa y se cruza de brazos.

—¿Sabes? En realidad creo que lo que te pasa es que no eres valiente. No te atreves a contar nada porque sabes lo que te juegas.

La miro con incredulidad. ¿Pero de qué va esta zorra? Giro la cabeza hacia Abel. Nos observa muy atento. Hay algo en su forma de mirarme que me hace sentir fuerte. Con él cerca no tengo miedo de nada.

—¿En serio? –vuelvo a hablar a Patri. Le dedico una falsa sonrisa–. ¿Crees que soy yo la que se la juega más?

—Lo que creo es que deberías dejarnos tranquilos y meterte en eso de la moda. Es lo que le pega a las zorras.

Y entonces hay algo en mí que se descontrola. Suelto un grito furioso y me lanzo contra ella. La agarro del cabello y se lo estiro. Patri forcejea para soltarse de mí. Abel acude corriendo y nos separa antes de que Gutiérrez nos escuche. Me limpio un hilito de sangre que me corre por la mejilla debido al arañazo que me ha dado con sus uñas de bruja.

—No puedes conmigo –escupe las palabras con rabia. Se está colocando el pelo. Dirige una mirada a Abel, que todavía la sostiene por el brazo. Se suelta de malas formas. Parece querer decirle algo, pero al final se lo piensa mejor y se dirige a mí–: Esto es la guerra, Sara.

Sostengo su mirada. Las dos echamos chispas por los ojos. Al fin ella da la vuelta y regresa al despacho de Gutiérrez con la cabeza bien alta. Yo me giro hacia Abel y me pongo colorada.

—¿He actuado como una barriobajera, no? –pregunto con timidez.

Él agarra mis mejillas entre sus manos. Me besa donde Patri me ha arañado. A continuación se echa a reír.

—Por un momento he pensado que tenía que echaros al barro.

—No me he podido controlar –suelto un sollozo que estaba conteniendo desde que

me ha seguido. Estoy muy avergonzada. Jamás he actuado así–. Es mala persona.

—Lo sé, Sara, no te estoy juzgando. –Me pasa una mano por los hombros y me conduce al ascensor–. ¿Todavía ves una buena idea continuar con tu tutor?

—¿No la has oído? –lo miro enfadada. Él me la devuelve confundido–. Esto es la guerra, Abel. Y nadie me gana a competitiva.

27

Nos encontramos en la puerta de entrada del Museo de Arte Moderno para la presentación de las fotos de Abel. Él ha tenido que reunirse antes con los organizadores, así que mi amiga, Marcos y yo hemos estado haciendo hora en un bar.

—Tía, está claro que todo eso es porque te tiene envidia.

La miro como si estuviese loca. Me pongo la rebequita porque está empezando a enfriarse la tarde. Ya casi estamos en octubre y creo que este año el otoño va a ser un poco más frío que el anterior.

—¿Envidia de qué?

—A ver, Sarita, es evidente.

—No me llames así –odio cuando lo hace. Suele ser cuando se pone condescendiente.

—Tienes un novio macizo que te adora. –Alza una mano para que no hable porque ya la iba a interrumpir–. Ya sé que esa no es la razón más importante. –Mira a Marcos y le pone morritos–. También está el hecho de que eres más guapa, más inteligente y mejor persona. Y ella lo sabe, por supuesto.

—Lo que creo es que le gusta joderme y ya está. Sin ningún motivo en especial. –Estiro de la puerta hacia delante para abrirla, intentando olvidar lo mal que lo he pasado esta semana por culpa de Patri.

En cuanto piso la entrada, la cabeza se me llena de recuerdos. Por aquel entonces no me quería dar cuenta de que haría lo que fuese por encontrarme con él. Aquí fue donde lo vi por segunda vez, donde lo conocí un poco más, cuando mi corazón empezó a latir al unísono del suyo. Y me engañaba a mí misma, pero estaba claro desde un principio. Ambos nos buscábamos. ¿Será verdad eso que dicen de que estamos destinados a una persona especial?

En estos momentos no está el guarda de aquella vez. Hay varios grupos de personas que charlan entre ellos, esperando a que los organizadores los inviten a pasar. Descubro a los que acompañaban a Abel aquella mañana. Uno de ellos se me queda mirando, aunque no sé si me ha reconocido o ha sido pura casualidad. Me doy cuenta de que también hay un par de periodistas del periódico y la televisión local. Esto no es tan a lo grande como las campañas que hacía con Yvonne y Nina, así que me pregunto si está satisfecho.

—¿Creéis que después nos darán algo de comer o de beber? –pregunta Marcos en ese momento.

—Se pasa el día comiendo y mira lo bien que se mantiene. –Pasa la mano por su

abdomen.

Pongo los ojos en blanco al ver que Cyn le da una palmadita en el hombro al tiempo que suelta una risa tonta. Giro la cara y me pongo a mirar los folletos en los que se presentan las próximas exposiciones. Mientras leo, Marcos y mi amiga cotorrean sobre toda la gente que hay aquí.

—Mira, parecen modernos intelectuales –dice Cyn en un susurro, acercándose a mí.

—¿Quieres callar? Te van a escuchar –la regaño, guardándome un folleto en el bolso.

—Me parece que las presentaciones de fotos de moda son más divertidas.

—Sobre todo si te ponen la zancadilla y te caes –digo, acordándome de la fiesta.

Al cabo de unos diez minutos, uno de los supuestos organizadores abre las puertas que conducen a las salas en las que se exponen las obras. Según nos ha dicho Abel, las suyas están en el primer piso. Dejamos que los presentes nos adelanten para subir nosotros con más tranquilidad. Una vez arriba nos encontramos en una estancia con todas las fotos en las paredes. En una esquina hay una larga mesa con un mantel blanco en la que han colocado canapés y bebidas. A Marcos le cambia la cara cuando lo ve. Cyn le da un codazo para que se comporte, aunque lo mira con gesto divertido. Yo me estoy poniendo de los nervios con sus tonterías. Minutos después de nuestra llegada aparece Abel. La gente se calla. Yo contengo la respiración porque, aunque lo he visto antes, cada vez que lo miro me parece que está más guapo. El traje le queda tan bien que me dan ganas de lanzarme a sus brazos.

—Buenas tardes, amigos. Muchas gracias por asistir a la presentación de mi obra fotográfica titulada «Ensoñaciones». En ella quise capturar la esencia de cada lugar que…

Lo escucho atontada. Habla muy bien. Pone pasión a su discurso. Se nota que ama su trabajo y no parece importarle haber bajado de nivel. Quizá este es su verdadero entorno y aquel era el que le proporcionaba más dinero. Lo veo feliz y eso es lo único que me importa.

Tras su breve pero categórica explicación, un par de personas alzan las manos. Él contesta a las preguntas sin borrar la sonrisa del rostro, incluso cuando uno de los periodistas le insinúa si va a volver a trabajar con Yvonne. Miro al hombre con mala cara. ¿A qué viene eso ahora? Este trabajo no tiene nada que ver con el anterior. Cómo les gusta meter cizaña.

—Y ahora me gustaría presentarles a una persona muy especial. Puede que aquellos que sigan mi trayectoria la recuerden como la becaria que sustituyó a Nina Riedel –se escuchan unas cuantas risas. Yo me cruzo de brazos malhumorada, pero cuando me busca entre el público y clava sus ojos en mí, el corazón se me acelera–, pero para mí es mucho más. Es mi musa. Algunos quizá hayan visto sus fotos en la revista *New*

Photography, así que pueden entenderme. –Se oyen murmullos de aprobación y me pongo coloradísima. Él estira un brazo y me hace un gesto para que acuda. Cyn me da un empujón y yo me muevo como una autómata. En cuanto llego a su lado, me da un beso en la mejilla y después vuelve a dirigirse al público–. Ella es Sara, mi novia. Una mujer que me apoya en todo. Incluso me ha ayudado a seleccionar las mejores fotos –Sonríe. Alguno que otro suelta una risita.

Yo lo único que puedo hacer es mirarlo asombrada mientras él continúa hablando. Me está cogiendo de la cintura delante de esta gente y me ha presentado como alguien especial. Nos hacen un par de fotos para las que yo sonrío como si no hubiese un mañana. Me duelen hasta los músculos de la cara. A continuación, el periodista insolente vuelve a preguntar:

—Señorita, ¿va a continuar trabajando con el señor Ruiz?

Me quedo callada porque no lo sé. Él no ha insinuado nada de querer volver a fotografiarme y no sé si debo decir que en realidad lo hará otro. Pero Abel se me adelanta antes de que yo pueda expresar algo.

—Sara va a realizar una campaña dentro de poco.

Se alzan murmullos de asombro. Me echan un par de fotos más. Estoy totalmente sorprendida. ¿De verdad es necesario que lo sepan? El periodista pesado pregunta por la campaña, pero Abel dice que no puede hacerlo público. Por fin, después de cinco minutos en los que me sudan las manos a chorros, la presentación se acaba. Los asistentes se retiran para comer y beber. Cuando me quiero dar cuenta, Marcos ya se ha unido a ellos. Cyn se acerca a nosotros y me da un abrazo enorme.

—¡Que al final te haces famosa!

—No es lo que pretendo –digo, encogiéndome de hombros. Me pregunto por qué Abel ha dado esa información cuando ni siquiera va a ser el fotógrafo.

Como está hablando con un hombre, el cual le ha preguntado por una de las fotos, mi amiga y yo nos acercamos al bufete. Marcos está probando todos los canapés y se ha servido una copa de cava. En cuanto nos ve le pone una también a Cyn. Yo me quedo esperando la mía, pero no llega.

—¿Le puedes servir una a Sara? –le pide ella con una caída de pestañas. Y él se presta enseguida.

A nuestro lado hay dos mujeres charlando sobre las fotos. Usan palabras técnicas y no entiendo nada de nada. La que está frente a mí alza la vista y la clava en mí con una sonrisa. Le hace un gesto a la otra y ambas se acercan. Yo me quedo tiesa.

—Vimos tus fotos. Son realmente hermosas. Abel ha sabido captar toda la inocencia que hay en ti, pero también ese lado un poco más travieso que todas tenemos –me dice la que me había mirado. Se saca algo del bolsillo y me lo entrega. Es una tarjetita con su nombre: Maite Aguilar. Y es fotógrafa también. Señala a la otra mujer–. Lydia y yo

realizamos sesiones de *Boudoir* y quizá algún día te interesaría trabajar con nosotras. Creemos que eres perfecta para ese tipo de fotos.

Asiento como una tonta. En realidad no entiendo nada de lo que me están diciendo. Me despido de ellas y busco a Abel. Está en un rincón, observándome muy serio. Pero no está enfadado, sino que puedo leer en esos ojos azules un gran deseo. Me sonríe y me acerco a él muy despacio.

—Así que ya has conocido a Maite –me dice.

Me quedo callada. ¿Se habrá acostado con ella? Bueno, si es así, no me importa. ¡Es su pasado! Le tiendo mi copa de cava y le da un trago. A continuación se inclina y me besa con los labios húmedos y fríos. Oh, qué bueno.

—¿Qué es *Bouvoire*? –pregunto.

—*Boudoir* –me corrige con una risa–. Bueno, según Maite, es el arte de fotografiar el cuerpo femenino. El *Boudoir* quiere mostrar el lado más sensual y dulce de la mujer. Normalmente se las hacen para regalar a alguien, a un novio, por ejemplo. Son similares a las que yo te hice, aunque con conciencia de que lo que se quiere transmitir es belleza y sensualidad.

—Oh –me quedo muda. Ahora resulta que no sólo me quieren para Brein Gross, sino también para fotografías sensuales. Cada vez alucino más.

Unos cuarenta y cinco minutos después nos marchamos los cuatro. Todavía se han quedado algunas personas debatiendo sobre fotografía y otras artes. De camino al restaurante, Abel nos cuenta que está contento con la exposición. Asegura que desde que ya no está tan ligado al mundo de la moda, vive más tranquilo. Entonces yo pienso si será muy complicado, y si es lo adecuado para mí, que me pongo nerviosa con el vuelo de una mosca.

El lugar que esta vez ha elegido para cenar es muy bonito. La comida es mediterránea y tienen una terraza en la parte de atrás a la que nos lleva un camarero muy amable. Me habría apetecido más quedarnos dentro porque tengo un poco de frío, pero lo cierto es que cuando salimos, me alegro de que cenemos aquí. El ambiente es más tranquilo y es una zona muy romántica, con diversos tipos de plantas y flores adornándola. En cada mesa hay una vela de diferentes colores. El camarero enciende la nuestra antes de que nos sentemos. Nos deja las cartas en la mesa y después se marcha, no sin antes preguntarnos por las bebidas. Echo un vistazo alrededor: hay dos parejas jóvenes más y un matrimonio con un hijo adolescente.

—¿Qué te vas a pedir? –le pregunto a Cyn mientras Abel y Marcos hablan sobre la campaña que hizo este último en Benidorm.

Ella abre la carta y echa una ojeada por encima.

—Pues no sé, probablemente una ensalada.

—¿Te has puesto a dieta otra vez? –chasqueo la lengua. Una vez al año lo hace,

pero siempre va al revés del resto de personas, pues no la empieza de cara al verano, sino en invierno.

No contesta. Le da unos golpecitos a Marcos en el hombro y en el momento en que este reacciona, le pone la carta delante para que la lean al mismo tiempo. Abel gira la cabeza y me mira. Supongo que quiere que haga lo mismo, así que coloco el menú sobre la mesa y lo abro por la primera página, dedicada a los entrantes y a diferentes tapas. Él me rodea la cintura con el brazo y arrima el rostro al mío.

—¿Sabes de qué me he acordado? –Hace una pausa y yo niego con la cabeza–. De aquella vez en que te sorprendí en el cuarto de baño del restaurante italiano de mi amigo.

Me tapo la boca con la mano para no echarme a reír. Lo recuerdo muy bien. Yo todavía pensaba que Nina era su novia y estaba muy enfadada con él. Como lo único que intentaba era seducirme, corrí al baño para quitarme la tensión de encima, pero tan sólo conseguí que me persiguiera y estuviésemos a punto de hacerlo allí mismo.

—Quizá luego podamos rememorarlo... –me muerde la oreja.

Le doy una palmada en la mano para que se esté quieto. Pero cuando alzo la vista descubro que Cyn y Marcos están más acaramelados que nosotros.

—Se os ve genial –les digo, esbozando una sonrisa. Marcos sigue sin caerme bien, pero si veo a mi amiga feliz, entonces yo también lo estoy.

—Cyn es maravillosa –alega él, sin dejar de abrazarla.

Veo arcoíris y ositos amorosos de colores por todas partes. Me parece que les salen chispas de los ojos en forma de corazón. Abel sonríe y me aprieta la mano. Parece que él también está contento por su hermanastro y Cyn le cae bien.

—¿Sabes, Sara?

El camarero nos interrumpe en ese momento. Yo todavía no he decidido lo que voy a pedir, pero al final me decanto por el solomillo con salsa de boletus. Abel solicita lo mismo que yo. Marcos se decanta por el pescado y Cyn elige una ensalada de queso de cabra.

—Pues como te decía, Sara… –Se inclina hacia delante, mirándome con sus azules y risueños ojos. Yo me acerco también, interesada en lo que tiene que contarme–. Es muy posible que el mes que viene empiece a trabajar en un bufete.

—¿En serio? –Casi me atraganto con el agua. Alargo las manos y se las cojo, presa de la alegría–. ¡Eso es estupendo!

—Mi padre le ha hablado al director sobre mí, y este ha accedido a hacerme una entrevista. La tengo la semana que viene, pero ya he hablado con él antes y lo veo muy interesado en mí.

—Sí, yo sé en qué está interesado –protesta Marcos. Vaya, pero si es también un marcador de terreno como Abel.

—Que no, cariño. ¡Si está casado y tiene hijos! –exclama Cyn, acariciándole la barbilla. ¡Ya basta de muestras de cariño en público!

Entonces él dirige la vista a Abel y le pregunta:

—¿Cómo está el tema de las fotos robadas?

—Paralizado –responde, pasando las yemas de los dedos por las puntas del tenedor. Alza la mirada y la posa en su hermano–. Pero creo que lo mejor será dejarlo correr.

Lo noto nervioso. A Marcos también le ha cambiado la cara: de sonreír ha pasado a estar un poco enfadado. No entiendo lo que sucede, y Cyn parece que no se ha dado cuenta de nada porque está concentrada en su manicura.

—Y tú, Sara, ¿estás contenta? –Marcos ladea la cara hacia mí. Ahora sí sonríe, pero se nota que es un gesto falso.

—¿Por? –pregunto, sin entender a qué se refiere.

—Hombre, vas a ser la modelo de Brein Gross. Cualquier tía que aspira a ser una gran modelo lo estaría.

—Claro. Sí lo estoy –respondo, bajando los brazos de la mesa. Me estoy poniendo nerviosa. Yo no aspiro a nada. Tan sólo a llegar a ser una excelente investigadora.

—¿Y Eric? ¿Debe de estarlo también, no? –Ensancha la sonrisa. Abel se pone tenso a mi lado.

—Supongo –digo con un hilo de voz. Me retuerzo las manos bajo la mesa. Cyn también me está observando y parece un poco incómoda.

—Es magnífico que tengáis esa conexión, ¿eh? –continúa Marcos.

¡Joder! Si es que sabía que la cena no iba a transcurrir tranquilamente. Me imaginaba que el musculitos tendría algo que decir.

—Sólo es un trabajo que nos beneficiará a los dos –me atrevo a decir, mirándolo directamente a los ojos.

—Eso es indudable –lo expresa con un tono de voz que no me gusta ni un pelo. Me revuelvo en el asiento.

—Marcos, ya basta –interviene en ese momento Abel. Me giro hacia él sorprendida. Está mirando a su hermano con el ceño arrugado y cara de malas pulgas.

—Eric nunca me ha caído bien. No tengo por qué fingir que sí –protesta como si fuese un niño pequeño.

—Vale. Pero esto es entre Eric, Sara y yo, ¿de acuerdo? Recuérdalo.

Marcos se remueve en su silla y parece que va a decir algo, pero Cyn se adelanta y alza su copa. Se levanta de la silla y exclama:

—¡Venga, cariños, vamos a brindar por una noche excelente!

Abel es el siguiente en dejar el asiento. Yo lo imito y Marcos es el último, pues está molesto porque su hermano mayor le ha parado los pies.

—Y por nosotros –dice Abel, alzando su copa de vino.

Los cristales tintinean junto con nuestras risas. El resto de la noche pasa sin ningún sobresalto. La cena está buenísima y después vamos a un club cercano en el que ponen *jazz*. Marcos y Cyn se dirigen a la barra para pedir unas bebidas y Abel y yo nos quedamos en una mesa alta esperándolos. Él me abraza desde atrás y apoya el rostro en mi mejilla.

—Esta noche está siendo una de las mejores de mi vida, Sara.

Noto una agradable calidez en el vientre. Alzo el brazo y le acaricio el cabello de la nuca. Él me besa en la sien y en cuestión de segundos nuestras lenguas se están fundiendo. No duramos más de veinte minutos en el club. Nos despedimos de Marcos y Cyn con una tremenda prisa. Por el camino hasta el coche nos abrazamos y besamos como unos recién casados. Nos reímos ante los tropezones que nos damos. La complicidad que estamos ganando es maravillosa.

La semana siguiente la pasamos en su estudio porque tiene que acudir un par de días a la exposición, además de arreglar otros asuntos por los que no le pregunto, aunque creo que están relacionados con su padre. Yo lo espero esos días en los que se ausenta un par de horas preparando la comida y cuando llega me alza en vilo y me come a besos y casi siempre acabamos teniendo un sexo maravilloso.

La noche antes de mi partida a Ibiza me susurra lo mucho que me va a echar de menos mientras está haciéndome el amor. Yo me aprieto contra él y sonrío.

Soy auténticamente feliz por primera vez desde hace mucho tiempo.

¡Y espero que dure!

28



Abel me lleva hasta el aeropuerto con el coche. Los otros miembros de la campaña acudirán cada uno por su cuenta, ya que parten de diferentes ciudades. Pero se supone que Eric ya tendría que estar por aquí y no lo veo por ninguna parte.

—Pórtate bien –me susurra Abel al oído, dándome una palmada en el trasero.

—Siempre lo hago. –Pongo mi mejor cara de niña buena.

—No dejes que se te peguen muchos moscones –continúa, pasando las manos por mi cintura y arrimándome a él.

—No estoy tan dulce como para eso –me burlo, acariciándole la espalda.

—¿Que no? –Lame mis labios y se me pone la piel de gallina–. Nos vemos la próxima semana, Sara. Vendré por ti.

—Sé bueno tú también, ¿eh?

—Y tú llámame en cuanto estés en el hotel.

Me separo de él con muy pocas ganas. Me quedo mirándolo hasta que se sube en el coche y se despide con la mano. Yo la alzo también con una sonrisa en el rostro. Creo que esta relación está yendo por buen camino. En una situación como esta, pero hace unos meses, me iría con el corazón en vilo. No obstante, ahora estoy tranquila y confío plenamente en él.

Me meto en el aeropuerto y observo a toda la gente que va de aquí para allá con las maletas. De repente, descubro un cabello rubio muy familiar y una mano alzada. Es Eric, que acaba de llegar en el metro. Mientras esperamos en la cola de facturación cotorreo con él porque estoy muy nerviosa. Eric tan sólo asiente y sonríe para tranquilizarme. Antes de embarcar todo va bien o al menos, relativamente bien para lo inquieta que estoy, pero en cuanto me pongo el cinturón y escucho a la azafata hablar, el estómago se me cierra y el miedo me invade. Eric se da cuenta de que ocurre algo y se gira hacia mí con sus grandes ojos avellana.

—¿Estás bien?

—Un poco nerviosa –contesto. Miro por la ventana y al instante me arrepiento porque la pista se está quedando atrás y de repente un horrible cosquilleo me inunda los intestinos y una sensación extraña me sacude el corazón.

—Estás helada –advierte al tocarme la mano. Yo cojo la suya y la aprieto intentando controlar la ansiedad. No quiero que me dé un ataque de pánico y quedar en ridículo ante toda esta gente.

—Estoy cagada, Eric –le confieso en un murmullo.

—¿Y eso? –Esboza una sonrisa.

—Es la primera vez que viajo en avión y acabo de descubrir que me aterroriza –digo, intentando tragar saliva.

—¿En serio? –Se queda pensativo–. Bueno, no eres ni la primera ni serás la última a la que volar le dé miedo –Me anima con unas palmaditas en el dorso de la mano–. Intenta respirar lentamente.

—A ver, el corazón me late a mil por hora y estoy imaginando que el avión explota y cae a trozos o algo parecido. ¿Crees que así puedo respirar con tranquilidad? –lo suelto todo muy rápido, casi sin vocalizar.

—Eres única, Sara. –Menea la cabeza divertido.

—Oye, no te burles. Lo estoy pasando muy mal de verdad –protesto. Pero como soy un poco masoquista, vuelvo a asomarme a la ventana. Ver las nubes me provoca vértigo.

—Intenta dormirte y verás como cuando te despiertes ya hemos llegado.

Trato de seguir su consejo y al menos durante un rato consigo amodorrarme; sin embargo, empiezo a notar un ligero malestar en el estómago que me hace abrir los ojos asustada. Eric está leyendo una revista de fotografía.

—No me encuentro bien. Creo que me estoy mareando –le aviso, con una mano en la tripa.

Ladea el rostro parar mirarme. Me abanica con la revista, pero las náuseas no me dan tregua y cada vez me entran más sudores. Por un momento se me pasa por la cabeza la posibilidad que Abel dijo. ¡Pero es imposible! Si es que hace que me vuelva loca sin auténticos motivos.

Al final Eric me acompaña al servicio. Entra conmigo por si acaso. Es muy pequeño y está tan arrimado a mí que me pongo más nerviosa. Oh, joder, joder, voy a vomitar delante de él. Pero al final consigo contener las arcadas y me lanzo a lavarme la cara. También me mojo la nuca. Unos diez minutos después me siento un poco mejor. Supongo que el problema ha sido el nerviosismo debido a la campaña. Me quedo dormida el resto del vuelo, hasta que me despierto con los golpecitos de Eric en el hombro.

—¿Ves? Ya hemos llegado.

¡Menos mal! Soy de las primeras en bajar del terrorífico avión. No pienso subir a uno nunca más. Me giro para mirarlo y me estremezco. Eric me apoya una mano en el hombro y nos vamos por las maletas. Una vez las tenemos, nos dirigimos a la zona de taxis, ya que Gross nos paga también los desplazamientos. Al cabo de unos diez minutos entramos al centro de la ciudad. ¡Bien, ya estamos en Ibiza!

—¿Puede llevarnos un momento al puerto? –le pido al taxista.

Eric me mira sin comprender. Se supone que el hotel está en la otra parte, pero es que yo me muero por ver el mar y encima hace un día maravilloso. Como estamos en

octubre y el sol no es tan fuerte, podré tomarlo en las estupendas playas de la isla sin que me ponga como una gamba.

—Tenemos que ir al hotel. Los demás ya estarán por allí –me dice Eric, que es el que aún mantiene la calma. Yo no puedo dejar de observarlo todo. ¿Se nota que no estoy acostumbrada a viajar mucho?

Junto las manos en un gesto de súplica y le pongo ojitos. Hago pucheros hasta que al final accede. Una vez en el puerto, me dedico a mirar con admiración los restaurantes, los turistas que caminan de aquí para allá. En especial me llama la atención un grupo de jóvenes alemanes que van cantando con cervezas en la mano. Y, sobre todo, el mar y sus enormes barcos. Hay uno que me recuerda al *Titanic*. Cuando damos la vuelta y nos vamos hacia el hotel, yo protesto.

—Cuando tengamos un rato libre, venimos. ¿Vale? Y comemos en algún restaurante. –Me aprieta el hombro y me achucha como si fuese una niña pequeña.

—¿Cómo crees que será el hotel? –pregunto, recordando en el que nos alojamos en Barcelona. Aunque claro, aquella vez Abel me pagó una increíble habitación en la que estuvo el poeta Antonio Machado. Nada se le puede igualar.

—Por lo que he oído, Gross es bastante generoso con sus empleados –responde con una gran sonrisa.

Al cabo de un rato nos estamos metiendo por una zona en la que hay playa. Oh, qué magnífica. El agua es tan azul y clara. Pronto vemos un increíble hotel recortándose en el frente. Pues no tiene nada que envidiar al de Barcelona. ¡No me puedo creer que esté viviendo todo esto! El taxista se detiene ante las puertas y nos aclara que ya recibió el dinero, así que no tenemos que pagarle nada. Salgo del taxi con emoción contenida. Me podría poner ahora mismo a dar saltitos, pero no quiero parecer una tonta.

Cuando el taxi se ha marchado, nos metemos en el hotel. Es muy moderno, elegante y estiloso y tiene una decoración en tonos relajantes. Caminamos por el vestíbulo con nuestras maletas. Una chica de sonrisa Profident nos recibe en recepción.

—Bienvenidos al Corso, ¿en qué les puedo ayudar?

—No sabemos muy bien cómo funciona esto. Formamos parte del equipo de Brein Gross –dice Eric. Menos mal que no tengo que hablar yo.

—Oh, claro. –La chica, que por cierto es muy guapa, se pone a teclear a una velocidad asombrosa. En cuestión de minutos nos da un papel para firmarlo y nos entrega unas tarjetas que, evidentemente, abren las puertas–. Los otros miembros deben de estar todavía en el bar salón. Si quieren acudir, se encuentra en esta planta, al fondo y después a la derecha.

Nos despedimos con una sonrisa. Yo observo el bonito techo con curiosidad y después a los turistas con pinta de tener pasta que entran en ese momento. Nada más

asomarnos al bar, escuchamos los gritos de exclamación de Thomas. Y enseguida lo tengo lanzándose a mis brazos con gran ímpetu, con lo que casi me tira.

—*My darling*! –me chilla al oído.

Me pongo roja como un tomate porque tampoco creo que sea necesaria toda esa exaltación. Pero tengo que acostumbrarme: Thomas es así. También le da la mano a Eric con alegría, incluso le pega unas palmaditas en la espalda como si lo conociera de toda la vida. Nos pasa a los dos los brazos por los hombros y nos acompaña hacia el resto de miembros. En realidad tan sólo hay cinco: tres mujeres y dos hombres que nos miran con curiosidad.

—*Guys*, estos son Eric y Sara, nuestro fotógrafo y nuestra *cute* modelo. –Me coge de la barbilla y me la aprieta. Yo fuerzo una sonrisa.

Reconozco a uno de los hombres enseguida. Se trata de Rudy. En persona es mucho más atractivo, muy alto y sus rasgos exóticos son más marcados. Viste de forma casual, con unos vaqueros y una camisa de color blanco. Me tiende la mano y yo se la estrecho, esta vez con una sonrisa sincera porque me cayó muy bien cuando hablamos por Skype.

—Hola, bella Sara –me saluda con los ojos brillantes. Los tiene mucho más verdes al natural, de felino salvaje. No estoy segura, pero por su aspecto y su acento, posiblemente es de la India.

Asiento con la cabeza. Ya me he quedado en blanco. Qué vergüenza tener que posar con este hombre. Espero no tener que hacerlo muy arrimada a él.

—Este es Francis, mi ayudante. –Thomas nos señala al otro hombre, que tendrá unos treinta años.

Le doy dos besos y a continuación me giro hacia las tres mujeres, que me miran sonrientes. Una de ellas me recuerda a Judith, también es menuda y tiene cara de duendecillo travieso. En ese momento me doy cuenta de que echo de menos a mi amiga. ¡Me gustaría que fuese ella la que me maquillara para la campaña!

—Esta es Viviana, la peluquera. –Señala a la mujer pelirroja con muchas pecas por todo el cuerpo–. Y esta Didi, tu maquilladora. –Apunta con un dedo a la más alta, que lleva rapado medio lado de la cabeza– y Ariadna, la estilista. –La pequeñita se acerca, se pone de puntillas y me da dos besos. Hasta en el desparpajo se asemeja a mi querida Judith.

Thomas nos cuenta que todavía faltan por llegar algunos miembros más del equipo, aunque en realidad no son relevantes para nosotros, a excepción de África, la otra modelo. Me quedo a cuadros. Pensaba que iba a estar yo sola.

—Ella sólo saldrá en dos fotos –nos explica Thomas–. Era la modelo de la campaña del año anterior y siempre participan en la siguiente.

Ah, vaya, comprendo. Me ha sorprendido mi reacción. Por un momento me he

sentido molesta porque alguien me iba a quitar el protagonismo. ¿No me digas que ya se me ha subido a la cabeza y aún no he salido ni en las fotos?

Nos vamos a comer al restaurante del hotel. La comida está riquísima. No puedo dejar de zampar y sé que me están mirando, pero no me importa. De momento no me han puesto ningún impedimento, y no creo que aceptara que quisieran controlar mi peso para unas fotos. Thomas apenas come nada de lo emocionado que está. Nos anuncia que la sesión empezará el jueves, pero que tendremos que ir mañana también para ver el lugar y familiarizarnos con él. La campaña se va a realizar en San Antonio, otra isla a veinte minutos de Ibiza.

—Se pueden ver unas puestas de sol preciosas desde allí –nos informa Ariadna. También come bastante. Es de las mías. Me cae bien. Y también Didi y Viviana. Me han preguntado sobre mí y se han mostrado interesadas en mi investigación.

—Eric, el miércoles nos gustaría hacer algunas fotos de prueba –le dice Thomas, con una sonrisa de oreja a oreja–. ¿Te parece bien?

—Claro. Aquí mandas tú –contesta él, llevándose un trozo de pescado a la boca.

—Oh, no, no, *my friend*! Aquí todos somos amigos. ¡Somos un gran equipo! –Se levanta y nos obliga a imitarlo. Brindamos entre risas. Lo cierto es que cuando te acostumbras a su energía, Thomas es muy divertido.

En los postres hablamos sobre la campaña porque él tiene muchas ideas. Les explica a las mujeres cómo le gustaría que me vistieran, maquillaran y peinaran. Pero también es flexible y permite que ellas den su opinión. Se pasan un rato hablando de estilos y de no sé cuántas cosas más que no entiendo. Me doy cuenta de que tanto Eric como Rudy me están mirando y yo agacho la cabeza de forma tímida.

En ese momento, Thomas suelta otro de sus gritos de emoción. Me giro para ver qué es lo que le ha llamado tanto la atención y descubro a una chica rubia muy alta y delgada, vestida con un top y unos mini *shorts*, que se está acercando a nosotros. Lleva puestas unas gafas de sol y anda raro, como si no se encontrara bien.

—¡África! –exclama Thomas, levantándose y corriendo hacia ella.

—¡Holaaa! –saluda la chica, también con efusión, arrastrando la última vocal.

Se abrazan, se dan besos, y al final vienen adonde estamos los demás. Todos la saludan y, evidentemente, Eric y yo también lo tenemos que hacer.

—Esta es Sara, la modelo de la campaña de este otoño –me presenta Thomas.

Yo sonrío, aunque tengo miedo de que ella se moleste, de que me coja manía o algo por el estilo porque no sé cómo funciona esto y si pensará que le he quitado el puesto. Sin embargo, ella sonríe y me abraza con efusividad.

—¡Encantada! Me alegro mucho, de verdad, guapa –habla como si estuviese un poco bebida, aunque no estoy segura. Después se gira a Eric y le pregunta–: ¿Y tú quién eres?

—Eric, el fotógrafo. –Le tiende la mano, pero ella se arrima y le suelta también dos besos. No puedo evitar percatarme de la sonrisita que se le ha dibujado a mi amigo. ¡Estos hombres!

—¡Qué bien! Este año por fin tenemos uno guapo. –Se gira hacia Thomas con un mohín.

No sé cómo es ella porque aún no se ha quitado las gafas de sol, pero tiene unos labios muy carnosos y unos pómulos bien altos. Por no hablar de ese espectacular cuerpo, claro. Y yo aquí me siento como una enana. ¡Basta, Sara! Deja atrás tus complejos. Te han elegido para posar, así que algo debes tener que llama la atención.

Tras un rato de charla más, cada uno nos dirigimos a nuestras habitaciones, las cuales van a ser compartidas. Por lo que me ha dicho Thomas, a mí me ha tocado con África. No obstante, mientras esperamos el ascensor, ella se acerca a mí y me susurra al oído:

—¿Te importa que cambiemos? –Yo la miro sin entender–. Tu chico es el compañero de Rudy. Y bueno, él y yo… querríamos estar en la misma habitación.

—¿Mi chico? –pregunto, confundida.

—Tu fotógrafo cañón. –Se baja las gafas y descubro unos hermosos ojos azules, muy grandes y redondos.

—Oh –respondo, poniéndome colorada de inmediato–. Él no es mi chico. Sólo somos amigos.

—Ah, vaya. –Se encoge de hombros. ¿Qué pasa? ¿Que en este mundo lo normal es que los fotógrafos y sus modelos estén liados? Por lo que me ha dicho, ella lo está con Rudy–. Bueno, ¿entonces te importaría que Eric fuese a nuestra habitación y yo me voy a la de ellos? Pero que no se entere Thomas, por favor, que luego dice que no rendimos. –Suelta una risita.

La miro con los ojos muy abiertos. Me está proponiendo que yo me tire casi una semana durmiendo en la misma habitación que Eric. Ella pone morritos, me mira con ojos suplicantes y, al fin, yo accedo.

—Está bien –digo con un hilo de voz.

¡Mierda! ¿Por qué no sé decir que no a la gente que no conozco? ¡No tiene ningún sentido! Me da un efusivo abrazo y se dirige hacia Rudy y Eric. Les dice algo y veo que se les ilumina la cara a ambos. Oh, joder, ¿por qué Eric parece tan contento? Yo me estoy muriendo de la vergüenza y como Abel se entere va a arder Troya.

En el ascensor me mantengo en un rincón, cavilando la situación. Eric está charlando con África y Rudy, pero a pesar de todo no me quita el ojo de encima. Cuando se abren las puertas cada uno nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones. África finge que se va a quedar conmigo hasta que Thomas desaparece por la esquina del pasillo.

—En serio, guapa, ¡te debo una! –exclama. Se lleva dos dedos a los labios, los besa y después los planta en mi mejilla.

Se marcha con su balanceo de caderas en dirección a Eric y Rudy. Este la acoge con una sonrisa. Ambos se meten en la habitación y yo me quedo ante la puerta de la mía, mirando a Eric de reojo. Se acerca con las manos en los bolsillos y una sonrisita en su atractivo rostro.

Yo no digo nada, me limito a abrir la puerta con mi tarjeta. Al entrar suspiro de alivio. Es una habitación enorme y las alcobas están separadas, así que en realidad no estaremos durmiendo juntos. Él da un paseo por la estancia, toqueteando cosas y soltando silbidos de admiración. Yo me voy a la alcoba de la izquierda y empiezo a sacar la ropa de mi maleta. Unos segundos después noto su presencia a mi espalda.

—Te aviso de que duermo desnudo.

Me pongo como un tomate. Me giro y le lanzo lo primero que tengo en la mano, que resulta ser una de mis braguitas, la cual aterriza en su cara. Se la quita y se echa a reír. Yo me quiero morir de la vergüenza.

—Guau, Sara, frena un poco –se burla, guiñándome un ojo.

Suelto un gruñido furioso, lo empujo y lo saco de la habitación.

¡Joder! Al final van a ser unos días muy largos. Espero que no pisemos mucho el hotel.

29



Llamo a Abel y hablamos durante una media hora. Por supuesto, no le digo que voy a compartir habitación con Eric. ¡Es un secreto que me voy a llevar a la tumba! En realidad no tendría por qué ser así, pero entre unas cosas y otras estoy segura de que se enfadaría. Y en el fondo, si él me dijese que va a estar en un dormitorio con una mujer casi una semana, también me molestaría. Sé que tenemos mucha más confianza que antes, pero el recelo nunca abandona al ser humano. De todos modos, me preocupan más ellas que él ahora que lo conozco más. Desde que estamos juntos no ha mirado a otra mujer, no ha comentado nada sobre ninguna y ha cumplido con creces lo de ser fiel. Vale, era un mujeriego, pero conmigo no ha mostrado nada de eso.

Por otra parte, a pesar de que Eric es su amigo, puedo entender la preocupación. A veces se pasa de cariñoso o de bromista. Yo misma he pensado alguna vez que se sentía atraído por mí. Y encima está el hecho de que desde que los conozco no parecen estar muy unidos. ¿Habrá sido por mi culpa que su amistad se haya resentido? Espero que no, porque me sentiría muy apenada.

—¿Te gusta el hotel en el que os alojáis? –me pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—La verdad es que es genial y tengo unas vistas estupendas –respondo, asomándome a la terraza una vez más. Aprovecho que Eric ha bajado al bar a tomarse algo para disfrutar del espectáculo maravilloso que tengo ante mí.

—Me alegro, Sara. ¿Cómo se llama?

—Corso. Está justo en primera línea de playa. Creo que mañana, después del ensayo, iré a tomar el sol un poco.

—Ten cuidado no te quemes –se echa a reír.

Con tan sólo escuchar su sensual voz, me pongo. Me muero de ganas de verlo, de estar junto a él de nuevo. Pero aún me quedan unos cuantos días. La suerte es que como estaré bastante ocupada, no se me harán demasiado largos.

—¿Sabes lo que llevo puesto? –Se me ocurre de repente. Me apetece jugar. El sexo telefónico es algo que nunca he intentado.

Él se queda callado. Supongo que mi pregunta le ha sorprendido.

—Dime –dice al fin con voz grave.

—Un vestidito de color azul.

—¿Sólo? ¿Qué llevas debajo? –Me sigue el juego.

—Un sujetador y unas braguitas blancas con encajes. –Pongo mi voz más sensual.

—Qué *sexy* –dice él–. Me gustaría meter la mano bajo ese vestido y acariciarte las

piernas, y después subir por tus muslos.

—¡Mmmm! –Me limito a decir. Abandono la terraza para meterme en la habitación. Me dejo caer en la cama–. ¿Tú que llevas puesto?

—Tan sólo unos pantalones cortos.

Pienso en su espléndido cuerpo. En su perfecta y ancha espalda, en ese torso musculoso, en el vientre plano y en sus fuertes brazos. ¡Uf, qué calor me ha entrado!

—Imagina que te estoy besando ahora mismo –continúa él, bajando la voz, con lo que adquiere un tono mucho más erótico–. Lo hago muy suave, en los labios, y en el cuello. –Se detiene un momento–. ¿Estás sola, no?

—Sí –respondo.

—Súbete el vestido, o quítatelo. Acaríciate.

Me pongo a mil con sus órdenes. Obedezco a ellas. Me empiezo a acariciar los muslos mientras escucho su voz. Paso los dedos por mi vientre, muy lentamente, imaginando que son los suyos. Suelto un suspiro al rozarme los pechos por encima de la tela del sujetador.

—Meto la mano por dentro de tus braguitas. ¿Lo notas, Sara? –Suelto un débil «sí»–. Te acaricio el pubis, mis dedos buscan tu clítoris… Vaya, qué mojada estás.

—Sí, sí que lo estoy –digo, llevando la mano a mi ropa interior para tocarme por encima–. Estoy excitada, Abel.

—Y yo, cariño –me susurra desde el otro lado de la línea–. Piensa que te quito las braguitas. Te pongo encima de mí. Mi sexo roza el tuyo deliberadamente. Me introduzco un poco en ti. Dios, lo tienes tan caliente, Sara.

Suelto un gemido y él me corresponde con un gruñido.

—¿Te estás tocando? –me pregunta con voz entrecortada.

—Sí, ¿y tú?

—Sí. No sabes cómo está por ti.

Casi me pongo roja de las cosas tan subidas de tono que me dice. Pero estoy excitadísima. Juego con mis labios y con el clítoris. Me arqueo en la cama con un gemido.

—Así, pequeña. Déjate llevar –murmura–. Dime qué es lo que estás haciendo.

—Estoy acariciando mi sexo y pienso que estás dentro de mí.

—Muy pronto lo estaré otra vez, Sara. Te cogeré en brazos y te pondré contra la pared. Haré que grites, que ruegues, que imagines que vas a morir de placer.

Introduzco un dedo en la vagina y cierro los ojos. Apoyo el móvil en el almohadón para poder acariciarme los pechos. Mis pezones han despertado y cuando los rozo un sinfín de calambres me azotan. Entre gemidos digo su nombre.

—Joder, Sara, cómo me pone escucharte así.

—Estoy moviéndome encima de ti. –Me atrevo a decirle. Él suspira al otro lado de

la línea y yo continúo–. Doy saltitos, introduciéndome tu sexo cada vez más. Estoy excitadísima y no puedo dejar de gritar. Tú mientras me coges los pechos, te incorporas y lames mis pezones, juegas con ellos –¡Madre mía! Nunca había pensado que podría hacer esto.

—Te estoy notando, pequeña. –Su voz cada vez tiembla más.

—Me aferro a tu espalda, te la araño…

Abro los ojos de golpe. ¡Mierda! Me parece que han abierto la puerta de entrada. ¡Y yo no he cerrado la de la habitación! Joder, tiene que ser Eric y yo estoy aquí abierta de piernas, con el vestido subido y las bragas por las rodillas.

—Abel, tengo que colgar –le digo con prisas–. Mi compañera de habitación acaba de llegar.

—De acuerdo. –Se nota que está decepcionado–. Llámame por la noche, por favor.

Me despido con un «adiós» rapidísimo y me bajo la falda, pero antes de que pueda hacer nada más, Eric está llamándome.

—¿Estás ahí, Sara?

—¡Sí, sí! –exclamo.

—¿Estás bien?

—Espera, ahora salgo –le pido.

Me levanto de la cama con rapidez. Ni siquiera me miro al espejo, porque con la poca delicadeza que tiene es capaz de venir a la habitación a la de ya. Asomo la cabeza y lo veo de cara al televisor, buscando algún programa.

—Hola –le saludo, de forma tímida.

Él se gira hacia mí y me mira con una expresión que no logro entender. Para evitar ponerme más roja, me doy la vuelta y voy a la mini nevera. Me inclino y busco entre las bebidas.

—¿Quieres algo? –le pregunto.

Lo noto a mi espalda. Puedo escuchar su respiración, más profunda de lo normal. Y de repente, siento su mano rozándome el trasero. Doy un brinco y me giro hacia él con ojos asustados. Alza las manos y se echa para atrás.

—Tenías el vestido subido y se te veían… –no termina la frase.

—Me podrías haber avisado en lugar de hacerlo tú. –Arqueo una ceja. Sé que estoy completamente roja porque me arden las orejas.

—Lo siento, Sara. No he podido aguantarme –dice, esbozando una sonrisa nerviosa–. Estabas ahí, agachada hacia delante y… Bueno, soy un hombre. Perdona, en serio.

—Vale, tranquilo. –Alzo una mano para restarle importancia. Al fin y al cabo ha sido en parte culpa mía.

Al agachar la cabeza descubro un bulto en sus vaqueros. ¡Mierda! ¿Es lo que yo

pienso? No, ¡qué vergüenza! Y lo que es peor… ¿por qué no me molesta que esté así? ¿Por qué me siento un poco excitada? No, no. Estoy segura de que no es por él. Es sólo que todavía tengo en el cuerpo la tensión que antes me ha provocado Abel. Me aparto y me siento en el sofá que hay justo delante de la televisión. Abro la bebida y sorbo sin parar, tratando de que el calor se me pase. ¡Uf, tengo que salir de aquí!

—Voy a ir a tomar un helado –digo. La vista se me vuelve a ir a sus pantalones y aunque ya no hay nada, por mi cabeza pasa de forma muy rápida una escena calenturienta. ¡No, no! Me levanto de golpe y corro hacia mi alcoba para coger el bolso.

—Espera, ¿puedo ir contigo? –Me detiene antes de salir.

¡Joder! La verdad es que no lo sé. ¿Va a ser incómodo? Aunque quizá lo mejor sea que nos dé un poco de aire a los dos. Al menos yo lo necesito.

—Vale –respondo. Y salgo sin esperarlo.

Nos tomamos el helado en el puerto. Yo me pido un cucurucho de chocolate y él un vasito de avellana. Paseamos mientras vemos los barcos. Al cabo de un rato a mí ya se me ha pasado todo y me siento más tranquila. Son imaginaciones mías, no hay ninguna tensión sexual entre este hombre y yo. ¡Estamos comiendo un helado como buenos amigos! Es perfecto. Recorremos los restaurantes y decidimos que mañana por la noche podríamos venir a alguno para cenar. Un par de horas después regresamos al hotel y el resto del día se nos pasa muy rápido y yo estoy tan agotada que me quedo dormida sin acordarme de llamar a Abel.

Cuando me despierto al día siguiente y recuerdo que hay que ir a ensayar, me pongo nerviosa. Me ducho, me maquillo para estar presentable y espero a que Eric salga de su habitación.

—¡Buenos días, preciosa! –Aparece con tan sólo una toalla en el cuerpo. Se está secando el cabello y a mí lo que se me seca es la boca al verlo así. Joder. ¿Por qué estoy rodeada últimamente de tíos macizos? Y encima no del tipo Marcos musculitos de gimnasio, sino tíos que dan ganas de tumbarlos en la cama y no dejarlos escapar en todo el día porque tienen algo que engancha. Eva lo llama *follabilidad*. Y me parece una palabra muy acertada.

Para dejar de pensar en todo eso, me voy a la habitación y decido encerrarme hasta que él esté vestido. Al encender el móvil descubro que Abel me llamó anoche un par de veces y me envió unos cuantos wasaps. Los primeros eran normales, pero en los siguientes puedo leer su ansiedad y preocupación. Lo llamo para tranquilizarlo, pero el móvil está apagado. ¿Se habrá enfadado? No puede ser, ahora que todo nos iba tan bien.

Diez minutos después, Eric llama a la puerta corredera y yo salgo con cara de lechuga. Bajamos a desayunar junto con el resto del equipo, hoy mucho más numeroso.

Thomas me los presenta uno a uno pero enseguida olvido sus nombres. Tras el desayuno nos dirigimos a un par de furgonetas que nos esperan a la salida del hotel. Yo me paso el viaje hasta San Antonio intentando contactar con Abel, pero tampoco le llegan mis mensajes.

Una vez en la isla me empiezo a sentir mejor. Nos hemos detenido en una hermosa cala. Es muy tranquila y apenas hay gente. El mar se muestra claro y azul, y hace un día estupendo. Creo que quiero tomar aquí el sol cuando la jornada termine.

Thomas se pone a explicar a todo el equipo lo que pretende conseguir. Termina de contarlo a media mañana y nos da un pequeño descanso para almorzar. Yo me tomo un zumo, sentada en la orilla de la playa, meditando lo que puede haberle sucedido a Abel, el cual me parece que se enfada demasiado pronto. Por suerte, Eric no se acerca a mí: está demasiado ocupado hablando con una de las asistentes del equipo. No sé por qué, pero me molesta un poco que no esté prestándome atención. Creo que tengo problemas de bipolaridad o algo así.

Después de la pausa todos nos disponemos a visitar la zona. Thomas decide que el mejor lugar para hacer las fotos será en la cala que se encuentra unos metros al este. Es allí donde nos tiramos hasta el mediodía. Eric me saca un par de fotos a petición de Thomas. A continuación otras a Rudy y al fin unas cuantas a los dos juntos, aunque son un poco más libres que las que haremos mañana. Se queda muy satisfecho con el resultado. A las dos y media el equipo empieza a recoger sus utensilios para marcharnos a Ibiza. Yo me acerco a Thomas.

—¿Me puedo quedar aquí o vamos a hacer algo?

—*Honey*, quieres tomar el sol, ¿no? De acuerdo, pero tan sólo una hora como mucho. No quiero que te pongas roja para mañana. ¿Lo entiendes, verdad?

—Claro –asiento con la cabeza, aunque un poco disgustada. Yo me quedaría aquí toda la tarde.

Al final decido ir primero a comer a uno de los chiringuitos de otra playa cercana y volver a la cala cuando el sol no dé tan fuerte. De todos modos, estoy segura que a principios de octubre es difícil ponerse como una gamba. Cuando estoy marchándome escucho que me llaman. Es Eric, que se acerca a mí corriendo.

—Hey, me ha dicho Thomas que te quedabas. Podrías haberme avisado. ¿O es que quieres estar sola? –Se hace visera con una mano para mirarme.

—Bueno, no sé. No había caído en la cuenta. Como has conocido a esa chica, pues yo…

—Me apetece más comer con una buena amiga. –Me sonríe y apoya una mano en mi hombro.

En el chiringuito nos lo pasamos genial. Bebemos cerveza y comemos unos bocadillos. Eric me cuenta unas cuantas anécdotas de su carrera fotográfica. Son todas

muy divertidas y yo no puedo dejar de reír. A veces me doy cuenta de que lo hago hasta con la boca abierta, pero me siento tan cómoda con él, que no puedo evitarlo. Así es Eric: logra que de estar avergonzada por pensamientos raros, pases a sentirte como una colega. Y eso es lo que más me gusta de él, que puede hablar de todo sin problemas.

Nada más terminarnos los bocadillos nos dirigimos a la cala. Por el camino le pregunto sobre la chica del equipo con la que ha estado hablando.

—Es muy simpática –responde. No añade nada más y yo me quedo callada.

Una vez en la cala caigo en la cuenta de que tengo que quitarme la ropa. Y eso es algo que me da vergüenza, aunque sea delante de un amigo. Eric parece no tener ningún problema porque ya se ha despojado de todo y está corriendo hacia el mar. Yo al final hago de tripas corazón, me saco la falda y la camiseta y me quedo en bikini. Él me hace gestos desde el agua para que vaya. Corro todo lo rápido que puedo con tal de que no vea mi cuerpo. Soy tonta, ya que quizá mañana tenga que posar en ropa interior o de baño, quién sabe. Y lo haré delante de muchísima más gente y todos me observarán durante horas.

Cuando llego a su altura me coge de la mano e intenta llevarme más adentro. Yo niego con la cabeza con gesto aterrorizado. Las olas que vienen son muy altas, así que no quiero meterme más. Él se encoge de hombros y se sumerge, dejándome allí sola. Me paso un ratito observando la cala desde el agua. Tan sólo hay un par de personas más, y se encuentran alejadas de nosotros. Me pregunto si mañana también habrá gente porque entonces todavía será más vergonzoso. Me giro y apoyo la mano en la frente para ver dónde se encuentra Eric. Atisbo su cabeza rubia en la lejanía. Me preocupa, pero al fin y al cabo es muy buen nadador, así que supongo que no tendrá problemas.

Al cabo de un rato me aburro de estar en el agua y nado hacia la orilla. Una vez en la arena estiro la toalla y me pongo de rodillas. Rebusco en la mochila y saco el protector solar. Ahora tampoco es que pegue muy fuerte el sol, pero más vale prevenir. Me estoy untando la crema por los brazos cuando unas gotas aterrizan en todo mi cuerpo. Suelto un gritito de exasperación. Eric se ríe y coloca su toalla a mi lado. Se tumba boca arriba, aunque con la cabeza ladeada para mirarme.

—Oye… –de repente recuerdo algo que quería preguntarle.

—¿Sí?

—¿Cómo te va con la chica aquella?

—¿Cuál?

—La que dejaba su perfume en tu baño. –Sonrío hacia dentro mientras extiendo la cremita por las piernas.

Él se recuesta de lado y me mira con una sonrisa. Yo giro la cara a él y arqueo una ceja.

—¿Al final estáis saliendo o qué?

—Ya te dije que sólo nos divertíamos. –Sigue con la vista todos mis movimientos–. Vamos, Sara, que follábamos. ¿Lo entiendes?

Chasqueo la lengua y lo miro con gesto divertido.

—Bueno, se puede hacer eso y tener una relación.

—No es lo que quiero –responde él, agarrando un puñado de arena y mirándome con atención–. ¿Quieres que te ponga crema en la espalda?

Dudo unos segundos. Bueno, es sólo un amigo poniéndome protector. Y mi mente no va a imaginarse nada extraño. Ni la suya. Así que asiento con la cabeza, le entrego el bote y me tumbo bocabajo con la cabeza de lado.

—¿No te gusta lo suficiente? –le pregunto.

—Me gusta mucho –dice, colocándose más cerca de mí. En cuanto noto sus manos en mi espalda, me pongo tensa. Pero a medida que me masajea, me voy relajando–. Y alguna vez la quise.

—¡Oh! –Alzo un poco la cabeza, observando el horizonte–. ¿Entonces la conoces de hace tiempo?

—Sí.

Sus dedos aprietan mi piel, la masajean con contundencia. Yo cierro los ojos y suelto un suspiro. ¡Joder, qué bien que está esto!

—Ahora hay otra persona en mi cabeza –suelta de repente.

—¿Ah, sí? ¿También os acostáis juntos? –No sé por qué, siento como un poco de molestia.

—No. –Se echa a reír como si le sorprendiera mi pregunta. Sus manos suben por mi cuello lentamente–. De momento no.

—Seguro que a esa chica le gusta ir lento –digo, apoyando la cara en mis manos cruzadas–. ¿Cómo es?

—Guapa –se queda callado unos segundos, deteniendo también su masaje–. Amable. Inteligente. Luchadora. A veces un poco irritante… –Vuelve a tocarme y siento un calambre–. Tiene unos ojos preciosos. Me gusta su sonrisa. Y su forma de ver la vida. No he conocido a nadie como ella.

Esa descripción me parece muy familiar. Todo mi cuerpo se tensa. Pero a ver, hay muchas chicas que pueden coincidir en esos aspectos. No nos volvamos locos ahora mismo. Me remuevo bajo sus manos y él para un momento.

—¿Quieres que siga?

Por un momento estoy tentada a decirle que sí. Sus manos son muy suaves, cálidas y expertas. Me gusta cómo me estaba masajeando. De recordarlo se me pone la piel de gallina.

Pero en ese momento una sombra se cierne sobre nosotros y cuando escucho su voz,

se me nubla la vista.

—Os lo estáis pasando muy bien, ¿eh?

Alzo la vista y me topo con Abel. Y con su extraña sonrisa.

30



En el autobús de camino a Ibiza el ambiente es extraño. Eric se ha sentado en los asientos de la derecha y Abel y yo nos encontramos en los de la izquierda. Tengo un problema: debo comunicarme con África lo más pronto posible para avisarla de que tiene que volver a nuestra habitación a la de ya. Cuando estamos entrando a la ciudad, decido abrir la boca para distender el ambiente. Apoyo la mano sobre la de Abel y, para mi sorpresa, me la coge. Esperaba que la rechazara o algo mucho peor.

—No he podido aguantar, Sara. Después de lo que hicimos por teléfono me di cuenta de que necesito pasar cada segundo a tu lado –me dice de repente.

Miro por encima de su cabeza, pero Eric no parece seguir nuestra conversación. Se han saludado en la playa, pero he notado que tan sólo lo han hecho por cortesía. ¿Dónde ha quedado aquella buena amistad que tenían?

—Abel, ¿has venido porque me echabas de menos o porque pretendes vigilarme? –De repente se me ocurre esa idea y no puedo guardármela.

Él me mira con el ceño arrugado y chasquea la lengua. Se gira de forma disimulada hacia Eric, el cual está mirando por la ventanilla y no parece enterarse de nada.

—Quizá por los dos motivos. –Me clava sus ojos azules y yo me siento casi desnuda, como si pudiese descubrir todos mis pensamientos–. Pero no tengo nada de qué preocuparme, ¿verdad?

No sé si lo está diciendo con un doble sentido o no. No encuentro en su tono de voz ningún matiz. Me sorprende que esté tan neutral. Cuando nos ha visto en la playa pensé que iba a montar un numerito, pero todo ha transcurrido de la manera más sencilla posible. Y eso me asusta más que si se hubiese puesto a gritar o me hubiese mirado enfadado. De esta manera no sé a lo que atenerme. Pero quizá está intentando ser menos celoso y darnos tregua tanto a Eric como a mí.

—En el hotel me encontré con Thomas y me dijo que estabas en esa cala. Me ha costado encontrarla, ¿eh? –Sonríe y me parece que ahora sus palabras sí están tomando otro rumbo–. Te gusta pasar desapercibida, ¿no, Sara?

Miro al frente para ver dónde estamos. La siguiente parada es la nuestra porque es la que más cerca nos deja del hotel, según nos ha dicho el conductor. ¡Joder, quiero escapar de todo esto!

—Me sorprende lo amigos que sois Eric y tú –continúa, apretándome la mano. ¡Oh, no, ahí vamos!–. Pensaba que no te gustaban los hombres tan… ¿cariñosos? No, espera, esa no es la palabra…

—Abel, por favor. No empecemos. –Alzo una mano con la intención de pararle los

pies. Él me mira sin borrar esa tétrica sonrisa del rostro. Me acerco para que su amigo no nos escuche–. Entre Eric y yo no hay nada extraño. –Le agarro del rostro y arrimo su oído a mi boca–. Soy una mujer que sabe distinguir lo que es amistad y lo que no.

—¿Estás segura? –Ladea el rostro y sus labios se sitúan a unos milímetros de los míos. Su aliento olor a menta llega hasta mí y me sacude con una fuerza increíble.

—Claro que sí. –Me sobrepongo ante su táctica de seducción.

—Vale. Entonces no añadiré nada más. –Se aparta con una sonrisa burlona y se levanta dejándome con la boca abierta.

Yo me mudo al otro asiento, dispuesta a salir también. Eric me dice de forma muy rápida:

—Distráelo si quieres y voy a hablar con Rudy.

Lo miro sin saber qué decir. Él me guiña el ojo y va hacia la puerta. A continuación bajo yo. Abel está esperándome, apoyado en el poste de la parada. Me siento fatal porque no quiero tener secretos con él, pero no sé si se creería que compartir habitación con Eric ha sido de forma involuntaria. ¡Yo no he tenido nada que ver!

—Me voy para el hotel, que estoy bastante cansado. ¿Por qué no vais a dar un paseo por el puerto, tortolitos? –nos propone Eric en ese momento.

Yo me giro hacia Abel con una sonrisa nerviosa y lo descubro observando al otro con gesto molesto. Lo cojo del brazo y lo meneo para que me mire a mí.

—¿Cenamos en algún restaurante bonito? –le pregunto.

Para tranquilidad mía accede sin poner pegas. Nos despedimos de Eric y nos encaminamos dirección al puerto. Está cayendo la noche y la gente empieza a salir de sus casas, apartamentos u hoteles, para disfrutar de todo lo que la isla les puede ofrecer. Antes de ir a cenar nos metemos por las callejuelas colindantes al puerto. Hay un mercadillo y, por supuesto, a mí me encantan. Me tiro un buen rato rebuscando entre las baratijas, la ropa y los bolsos, y al final me compro uno muy bonito de estilo informal. Abel no deja de mirarme en todo momento. Cuando me doy cuenta siempre me dedica una sonrisa y yo se la devuelvo. En el fondo, me encanta que esté aquí. Ha sido toda una sorpresa, pero para bien.

Tras nuestro paseo por los puestos ambulantes nos ponemos a buscar un restaurante donde cenar. Ya hay mucha gente en todos ellos, la mayoría turistas. Pasamos por delante de uno en el que reconozco a una persona.

—¡Mira, si es la cantante de La Oreja de Van Gogh! –le digo, toda sorprendida.

Abel se echa a reír y me abraza por la cintura. Supongo que para él no es nada extraño codearse con gente más o menos famosa, pero para mí es toda una novedad. Como me hace ilusión, me lleva al restaurante donde está cenando ella. Por suerte, hay una mesa libre. Me doy cuenta de que, aunque el lugar es bastante lujoso, los

clientes visten de manera informal, ellas con vestidos playeros y ellos con pantalones sueltos. Menos mal, porque yo llevo mi falda y mi camiseta, que son lo más corriente del mundo. Evidentemente el que más destaca es Abel, incluso con sus Levi's y su camisa blanca.

Pedimos marisco, con lo que no puedo evitar recordar la primera vez en la que me llevó a comer con una de sus artimañas. ¡Era un restaurante de comida afrodisiaca! Él parece darse cuenta y da un trago a su vino con una sonrisa.

—¿Qué tienes en esa linda cabecita?

—Estaba recordando aquella vez que comimos langosta en Le Paradise.

La sonrisa se le borra de forma automática, como las otras veces en las que he mencionado el nombre del restaurante. Me quedo mirándolo extrañada y dejo en el plato mi gamba a medio pelar.

—¿Qué pasa?

—Fue una equivocación llevarte allí –dice, con voz ronca–. No es un sitio para ti.

—¿Ah, no? ¿Y por qué? –Lo observo confundida y un poco enfadada.

—Tú mereces lugares más refinados.

Agacho la cabeza y me dispongo a continuar pelando la gamba. Como él ya ha terminado, se va al baño. Sigo todos sus movimientos de camino al interior del restaurante. Adoro su espalda. Y su culo. Joder, me encanta todo su cuerpo. No hay nada que me disguste. ¡Ojalá pudiese decir lo mismo de su carácter! Pero bueno, todos tenemos defectos. Aunque no sé por qué, no me ha quedado claro lo que me ha dicho acerca de Le Paradise.

Me echo por encima la chaquetita que me he traído. Observo a los clientes de las otras mesas. Todos parecen muy felices de estar aquí. Yo giro la cabeza y observo con atención el mar, las luces en el horizonte, el enorme crucero que está detenido cerca del restaurante. Supongo que esa felicidad se debe a la magia que desprende la isla.

En ese momento el móvil me vibra. Se trata de Eric, avisándome de que todo está solucionado y de que ya tiene su maleta en la habitación de Rudy. África dormirá conmigo a partir de esta noche. Suspiro con alivio y guardo el teléfono a tiempo, pues Abel ya está saliendo del restaurante. Ni siquiera tomamos postre porque a mí ya me está empezando a entrar sueño. Él se da cuenta y propone marcharnos al hotel. ¡Mañana también tendré que madrugar! Recuerdo que Thomas nos ha dicho que debemos estar en la recepción a las nueve y no quiere retrasos.

—¿Dónde vas a dormir esta noche? –le pregunto a Abel de camino al hotel.

—En el mismo hotel que tú –me dice, arrimándome a él y apretándome a su cuerpo. Estoy tiritando, pero inmediatamente el calor de su cuerpo me inunda.

—Quizá pueda pasarme por tu habitación –murmuro, con la mejilla apoyada en su

cálido pecho. Escuchar los latidos de su corazón me tranquiliza. Es una maravillosa sensación.

—Claro, Sara. Pero creo que hoy estás bastante cansada.

La verdad es que me está costando mantener los ojos abiertos. Suelto un murmullo de placer cuando me abraza. Lo abrazo con fuerza y alzo la cabeza, dispuesta a recibir uno de sus maravillosos besos. En cuanto sus calientes labios rozan los míos, ya estoy perdida. Las olas de la playa no son nada comparadas con las que me ascienden por las piernas al sentir el roce de su lengua en mi boca.

—Se me va a hacer duro no hacerte el amor esta noche, Sara –susurra contra mis labios–. Pero tienes que estar fresca para mañana.

Me da un cachete en el culo y me separa de él. Yo suelto un gemido de protesta, pero sé que tiene razón. Si nos pasáramos toda la noche practicando sexo, mañana no podría ni moverme de la cama.

En el hotel nos separamos. Yo estoy en una planta diferente a la de él. Me acompaña hasta mi habitación. Se despide con un fuerte beso, apasionado, sensual y muy dulce. Uf… Quiero estar así toda la noche, besándonos sin pensar en nada, tal y como él me dijo hace poco. Sólo sentir… Lo veo alejarse por el pasillo con sus sensuales movimientos. Yo entro en la habitación con un suspiro. Todas las luces están apagadas y las puertas de la alcoba de África están abiertas. Vaya, no ha vuelto todavía. ¿Estará con Rudy?

Me quedo dormida nada más tocar la cama. Entre sueños me parece escuchar risas y la voz de una mujer. Es África, que llega a altas horas de la madrugada. Pero me vuelvo a dormir en cuestión de segundos.

Al día siguiente me despierto bastante fresca, mucho más pronto de lo que esperaba. Abro las puertas y asomo la cabeza. Las de África todavía están cerradas, así que supongo que continuará durmiendo. Voy a regresar a mi alcoba para asearme, cuando de repente aprecio por el rabillo del ojo un movimiento en el sofá de la sala. Me tapo la boca para no gritar al descubrir a un tío durmiendo en él. ¡Y con una botella de *whisky* en sus manos, abrazándola como si fuese un bebé! Me acerco de puntillas y al mirarlo bien a la cara descubro que no es Rudy. También es un chico moreno, pero no se parecen en nada. Se nota que este es español.

Me aparto de él y corro hacia mi alcoba, pero antes de poder meterme, escucho las puertas de la de África. Me giro malhumorada, dispuesta a echarle la bronca por traer un tío a nuestra habitación. Sin embargo, me quedo de piedra al ver a otro hombre, vestido con tan sólo unos *boxer*, y que está mirándome con cara de sueño.

—Hola –murmura.

No me salen las palabras. Me doy cuenta de que yo también llevo sólo una camiseta de dormir y unas bragas. Me meto en mi dormitorio a toda prisa y me pongo un

pantalón corto por encima. Salgo y me encuentro al chico rebuscando en la nevera. Se saca una cerveza. ¡Pero si son tan sólo las ocho de la mañana!

—Perdona, pero… ¿tú eres?

—Mario. –Se acerca para darme dos besos, pero como ve mi cara de susto, se lo piensa dos veces y se queda quieto.

—Ah, vale. –Lo observo mientras le da un trago a la lata. Tiene el pelo castaño corto, y un cuerpo muy musculoso. ¿De dónde ha salido? ¿Será otro modelo?–. ¿Está África ahí dentro?

—¿África? –pregunta él, como si no entendiese.

—Sí… La chica con la que estabas durmiendo. ¿Recuerdas?

—Ah, claro. Entonces se llama África. –Se termina la cerveza y la deja en la mesa. ¡Será posible! No la tira ni a la basura–. Sí, está durmiendo.

—¿Y quién es ese? ¿Lo conoces? –Señalo el sofá con el dedo.

Mario dirige la vista en esa dirección y se echa a reír. Se rasca el pecho y dice de forma tranquila:

—Es Germán. Trabajamos juntos en Amnesia.

—¿Sois camareros?

—Gogós.

Oh, vale. Tendría que habérmelo imaginado. Con ese cuerpo tan musculoso, ¿a qué otra cosa podrían dedicarse? Asiento con la cabeza, un tanto preocupada. No me digas que África se ha acostado con los dos a la vez… ¡No me lo puedo creer!

—Oye… Yo tengo que ir a prepararme. Trabajamos a las nueve. ¿Puedes avisar a mi compañera?

—Claro. –El chico me muestra una ancha sonrisa y a continuación se gira y se mete en la alcoba.

Escucho una voz somnolienta que protesta. A los pocos segundos, risas y gemidos divertidos. ¿Quéé? ¿No me digas que se van a poner a jugar otra vez? Para colmo, el tío del sofá parece estar KO. Suelto un gruñido de frustración y me meto en el baño. Me empiezo a duchar con una mala leche increíble. Al cabo de un rato estoy más relajada, y al salir del baño he recuperado el buen humor. Me pongo lo primero que encuentro, unos vaqueros y una camiseta, ya que sé que allí me vestirán como quieran. Una vez estoy arreglada, salgo y me encuentro con que los dos tíos –creo recordar que se llamaban Germán y Mario– están sentados en el sofá viendo la tele. ¿Por qué cojones no se van ya?

Me acerco a ellos y me planto a su lado, pero como no apartan la vista de la pantalla, me coloco delante. Ambos sueltan un gruñido de protesta que se asemeja al de un zombi.

—¿Y África? ¿Ha salido ya? ¿Qué hacéis aún en mi habitación?

Por fin me devuelven la mirada. Se nota que están resacosos. El que estaba antes tumbado en el sofá boquea como un pez. Es Mario el que de nuevo habla:

—Se ha vuelto a dormir.

Y me da un suave empujón para que me aparte. ¡Será posible! Me dirijo a las puertas de la alcoba de mi compañera. Golpeo con los nudillos, pero ella no contesta. La llamo por su nombre sin recibir respuesta. Miro el reloj: las nueve menos diez. Suelto un suspiro. Que se las apañe. Me cae bien, pero no puedo hacer más por ella. Echo un último vistazo a los gogós. Cojo el bolso y salgo sin decir nada. Espero que no estén cuando vuelva.

No me da tiempo a desayunar bien, pero me paso por el restaurante y cojo una manzana para comérmela en el ascensor. Saco el móvil con la intención de avisar a Abel de que me voy a trabajar, pero en cuanto se abren las puertas y salgo al *hall*, lo veo con el resto del equipo. Voy hacia ellos sorprendida y él en cuanto me ve, me coge de la cintura y me planta un beso en los labios. Thomas y las chicas sueltan un suspiro de adoración.

—No guardo rencor a tu novio –dice en ese momento él–. Me habría gustado que te fotografiase, ¡pero qué se le va a hacer! –Me parece que acabo de descubrir que Thomas es gay. Por la forma en que está mirando a mi novio, parece que los hombres le encantan. Le voy a tener que poner un babero.

—Thomas me permite ir a la sesión. –Abel esboza una tierna sonrisa.

—¿Dónde está África? –pregunta en ese momento Thomas. No sé por qué, pero le digo que no se encuentra muy bien. Si le confieso que se ha pasado la noche de fiesta con dos tíos, la mata. Él suspira y al final accede a marcharnos, no sin antes avisar a la recepcionista para que llamen un taxi cuando la modelo baje.

De camino a San Antonio no puedo evitar pensar que Abel viene para controlarme. Y es algo que no me gusta nada. No quiero que me mire mientras poso para las fotos. ¿Pero cómo decírselo? Una vez en la cala el equipo despliega todos los bártulos. Abel incluso les ayuda. Vaya, qué amable está de repente. Aunque quizá echa de menos su trabajo.

Thomas me lleva a una especie de tienda de campaña enorme en la que se encuentran Viviana, Didi y Ariadna. Me peinan, me maquillan y me visten mientras admiran mi piel, mi cabello y mis ojos. Yo me pongo colorada cada vez que me dicen algo bonito. Cuando salgo ya están todos preparados. Thomas y su asistente hablan con Eric, supongo que dándole explicaciones. Yo trago saliva porque estoy muy nerviosa. Visto una falda larga de estampado de serpiente muy bonita, pero con una raja desde el tobillo hasta el muslo. En la parte de arriba tan sólo llevo el bikini. Eso sí: en mi muñeca destaca un hermoso reloj Brein Gross.

Me doy cuenta de que Abel se ha colocado lejos, justo al lado de la mesita donde

han dejado el café y los bollos para el almuerzo. Con él hay un par de personas más que escriben en unos cuadernos. Alza una mano y me saluda con una sonrisa. Yo le devuelvo el gesto. Me siento muy pequeña ante toda esta gente. Y mucho más cuando el impactante Rudy se acerca a mí. Sin embargo, desde un principio se muestra muy amable conmigo e intenta tranquilizarme. Los primeros treinta minutos parezco un autómata de lo rígida que estoy. Cada vez que Rudy se tiene que acercar a mi cuerpo, yo me pongo tensa y Thomas grita desesperado.

—¡No, *my darling*! Cierra los ojos, siente la brisa marina, déjate llevar con las caricias de Rudy.

Yo asiento una y otra vez. Y Eric lanza una foto tras otra, pero ninguna agrada por completo a Thomas. Llego a pensar que les estoy defraudando, que querrán prescindir de mí. Debido a esos pensamientos me pongo aún más nerviosa y me equivoco en todo lo que me indican. Hay un momento en que me tropiezo y caigo encima de Rudy, el cual se echa a reír. Está teniendo más paciencia que un santo. Aunque he de decir que Thomas también, porque además África no ha venido aún y no puede hacer las fotos en las que participa ella. Y encima cada vez que desvío la vista para mirar a Abel, lo descubro con su sonrisita de autosuficiencia. ¿Se está burlando de mí o qué? ¡Será gilipollas!

Pasado el mediodía, Thomas avisa a todo el equipo para que empiecen a recoger. Se acerca a Eric, Rudy y a mí secándose el sudor. Se le ve muy agitado.

—*Guys*, tendremos que repetir mañana. Por suerte, dejé un día entre la sesión y la fiesta por si lo necesitábamos.

Cuando ya estamos a punto de meternos en las furgonetas, aparece África en un taxi. Se apea y viene corriendo hacia nosotros con sus inseparables gafas de sol. Thomas la grita agitando los brazos de un lado a otro y ella sólo sonríe.

Abel está a mi lado y noto que se pone tenso. Voy a preguntarle lo que sucede cuando África gira el rostro hacia nosotros y, de repente, suelta un gritito de alegría. Se quita las gafas de sol al tiempo que corre en nuestra dirección. Pienso que va a abrazarme o algo similar por salvarle el culo, así que me quedo con la boca abierta cuando se lanza a los brazos de Abel. Él no se lo devuelve, pero sí los dos besos que ella le da. No para de gritar, así que no la puedo entender bien.

—¡Así que Abel es tu novio! Qué calladito te lo tenías… –Me guiña un ojo y después se pone las gafas–. ¿Te lo puedo robar unos minutos? Hace mucho que no hablamos.

Y dicho esto lo coge del brazo y se van caminando por la playa. Él se gira hacia mí con ojos suplicantes. Ah, ya se le ha borrado esa sonrisa condescendiente, ¿eh? ¡Pues que le den! En ese momento alguien se sitúa a mi lado. Es Eric, el cual me mira con un gesto extraño.

—No lo sabías, ¿no?

Arqueo las cejas en señal de incomprensión. Él me apoya la mano en el hombro y dice:

—África y él salieron juntos un tiempo.

¿Quéééé? ¿Pero con cuántas mujeres con las que ha estado me voy a encontrar? ¡Esto ya es el colmo! Entonces por un momento pienso si es ella la mujer que llamó el otro día. Pero no puede ser… No parece la misma voz, aunque es verdad que hay gente a la que le cambia por teléfono.

Cojo mi bolso con un rugido y echo a andar sin siquiera esperar a Eric.

31

ÁAfrica se pasa todo el trayecto hablando con Abel. Yo los miro con los brazos cruzados desde mi asiento. A ratos se me escapa un bufido y Eric, que está a mi lado, me da una palmadita en la mano.

Cenamos todo el equipo. A mí me toca sentarme lejos de Abel, ya que Thomas me quiere cerca. A África no le hace ni caso porque está enfadado debido a su ausencia en la campaña, así que ella aprovecha y, ¡oh!, adivinad dónde decide colocarse. En efecto: al ladito de mi novio. Esta situación me recuerda a la que viví en Barcelona, salvo por la diferencia de que África me cae bien y, además, ella no tiene la maldad de Nina.

Durante la cena, Thomas me suplica que me relaje, pues mañana debo hacerlo mejor. Tengo suerte: es muy comprensivo y me siento más tranquila al saber que todavía tengo su apoyo y confianza. También la de Eric y Rudy. Incluso Didi, Viviana y Ari se han mostrado atentas y muy cercanas. Me prometo hacerlo bien mañana: me convertiré en la mejor modelo del mundo. O al menos, de Brein Gross. Vale, quizá lo que tenga que hacer es intentar no ser patosa y no parecer una autómata. No les voy a defraudar. Es algo que me obsesiona. Y, cómo no, mi cabeza vuela hasta Gutiérrez y mi proyecto. Ya se habrán reunido en el departamento y quizá lo habrá enseñado tal y como me prometió. ¿Les habrá gustado?

Hasta que termina la cena yo no paro de darle vueltas a todo. Alguna vez que otra lanzo una mirada a Abel, el cual parece muy aburrido a causa del interminable monólogo de África. ¡Que se aguante! Tiene que pensar antes de acostarse con todo bicho viviente. Nos retiramos a nuestras habitaciones bastante temprano. A excepción de África, la cual se despide dispuesta a marcharse de fiesta.

—¡Si sales por esa puerta, mañana no te quiero en mi campaña! –grita un Thomas desquiciado.

Pero ella sabe que Thomas no puede prescindir de su trabajo, así que le dedica una inocente caída de persianas y se marcha balanceando el espléndido trasero. Lo único que espero es que no regrese de madrugada con dos tíos más. O lo que es peor: con los mismos.

Echo un vistazo por el *hall*, pero no veo a Abel por ningún lado. Entonces noto un pinchazo en el corazón. ¿Y si ha quedado con África…? ¡No! ¿Pero qué estoy diciendo? Menuda loca. Él no es así, no me engaña… Me apresuro a subir a la habitación para llamarlo y descubrir dónde se encuentra. El pasillo está vacío, muy silencioso. Tan sólo se escuchan mis pisadas. Y como soy bien miedosa y mi mente

me juega pasadas, me parece escuchar a alguien detrás. Corro hacia la puerta y cuando la estoy abriendo, alguien me agarra de la cintura. Suelto un grito y doy manotazos al aire. Suelto un suspiro de alivio al escuchar a Abel riéndose a mi espalda. Me giro con cara de enfado. Él me sujeta de la cintura y arrima su rostro al mío, dispuesto a besarme. Pongo una mano en su boca.

—Estoy cansada –me excuso. En realidad quiero castigarlo.

—Sara, esta noche no voy a consentir que te me escapes –Intenta darme un mordisco, pero vuelvo a impedírselo.

—¿Qué haces que no estás con África? –pregunto con retintín.

—No sé por qué tendría que estarlo. –Me mira confundido. Entonces parece comprender y dice–: No sé qué te habrá contado Eric, pero es una vieja amiga.

—¿Amiga? Pero si tú no tienes. –Le dedico una sonrisa inocente.

—Ya me entiendes, Sara. –Se le nubla la vista.

Yo finjo un bostezo y lo aparto de mí con un suave empujón.

—En serio, voy a dormir.

Le tiro un beso al aire y cierro la puerta en sus narices. ¡Toma! Suelto una carcajada al recordar la cara de circunstancias que se le ha quedado. Antes de pisar la habitación ya me ha llegado un wasap.

«Mañana te vas a enterar».

Me río una vez más y dejo el móvil en la mesita. Esa noche duermo como un bebé al saber que vuelvo a tener las riendas de la relación. Por la mañana abro los ojos convencida de que voy a hacerlo muy bien. Me ducho con rapidez y al salir compruebo que África no está en su alcoba. Pero por suerte no hay gogós a la vista. Mientras bajo en el ascensor imagino que se me ha adelantado para no enfadar más a Thomas, pero cuando me junto con el resto del equipo, descubro con sorpresa que no está con ellos. Por supuesto, él está muy molesto, suda como nunca y no para de soltar berridos. Tampoco veo a Abel, pero de todas formas me siento más tranquila, ya que de algún modo su presencia en la sesión me intimida.

Partimos a San Antonio sin esperar a África. Una vez allí empieza, como el día anterior, la tarea de dejarme perfecta. En el momento en que me coloco ante la cámara de Eric, todo mi cuerpo se tensa. Thomas se da cuenta y esboza unos cuantos pucheros. Al ver su cara de desesperación, me obligo a ser una mujer. Miro a Rudy a los ojos, y el apoyo que descubro en ellos me da fuerzas. Durante una hora ambos posamos de forma elegante y sensual. Thomas a ratos nos da consejos con voz aliviada. En la pausa me muestra toda su alegría con un montón de abrazos y besos. En ese momento aparece África con cara de no haber pegado ojo. Thomas se dirige a ella, le grita como ya es habitual mientras ella se deja maquillar y peinar. Vivi, Ari y Didi son fantásticas: la dejan como nueva.

En la segunda mitad de la sesión tengo que posar con África. En cuanto se sitúa a mi lado, cambia la actitud y se convierte en toda una profesional. Me contagia su seguridad y poso sintiéndome bella. Según Eric, las fotos han quedado hermosas. Por último, modelo yo sola. Primero tumbada en la arena boca arriba, mostrando el reloj a la cámara. Después Thomas me dice que me meta en el mar y me moje todo el cuerpo. Tengo que seducir al fotógrafo. De repente, descubro a Abel en la lejanía. No sé cuándo ha llegado, pero deseo mostrarle de lo que soy capaz, así que pongo la mirada más sensual que tengo, al tiempo que lanzo mi pelo hacia atrás. Cuando se termina la sesión, todos me aplauden. Y en los ojos de mi novio leo sorpresa… pero también admiración y deseo. Sé que se ha excitado al verme en esa postura, con tan sólo una falda y un bikini muy mojados.

Esa noche vamos a celebrarlo por Ibiza a un famoso y exclusivo club. Bebo y bailo con mis compañeros para hacerme la desentendida de Abel. A ratos me mira enfadado, y en otros momentos me suplica con la mirada, pero no caigo. Consigo mantenerme dura e impasible. Bailo con Eric un poco, aunque bastante separados. Y después es Rudy el que me saca a la pista.

—Ha sido maravilloso trabajar contigo –me habla alto para hacerse oír a través de la música–. Aprendes rápido y eres modesta, pero también luchadora. Creo que son buenas cualidades para hacerse un hueco en este mundo.

—No es lo que me interesa –respondo con una sonrisa. Sus halagos me ponen un poco roja–. Pero la verdad es que me he divertido. A mí también me ha gustado posar contigo.

Me da un suave beso en la mejilla. Es totalmente inocente, pero siento la furiosa mirada de Abel desde algún punto de la sala. Sonrío para mis adentros. Él ha tenido muchas mujeres en su vida, todas le adoran… Pero yo también podría disponer de los hombres que quisiera.

Bien entrada la madrugada regresamos al hotel. Thomas ha bebido bastante y va cantando por la calle como si no hubiese un mañana. Yo me río, contagiada de su alegría.

—*Yeeees*… «Weeee are the champiooons, my frieeends» –canta a grito pelado.

Al cabo de unos segundos todos nos hemos unido a él. La gente que pasa por nuestro lado nos mira con una gran sonrisa en el rostro. Me gustaría que Judith estuviese aquí, que hubiese sido ella mi maquilladora. La echo de menos. Me pregunto cómo le irá con Graciella. Decido que al día siguiente le enviaré un mensaje.

—Recordad que mañana es la fiesta de gala. Empezará alrededor de las ocho, así que os quiero a todos aquí a las siete y media –nos dice Thomas una vez estamos en el hotel. Junta las manos en un gesto de emoción, nos mira de forma pícara y exclama–. He conseguido convencer a figuras bastante importantes para que asistan. Habrá

directores de otras firmas que andan buscando nuevas caras… Así que, Sara –Se gira hacia mí y me señala con un dedo–, a ti te quiero perfecta. Tenemos la posibilidad de que les llames la atención.

Miro a mi alrededor. Todos me observan con una sonrisa. Me pongo colorada. No sé si realmente quiero continuar con esto, si estoy preparada para participar en otra campaña. Había imaginado que se acabaría con esta. Me marcho a mi habitación con la cabeza como un bombo. Tampoco permito que Abel se quede conmigo, ni voy yo a buscarlo. Apago el móvil para dormir con tranquilidad porque he visto su cara de enfado. No me duermo hasta un buen rato después, y aun así, África no ha vuelto.

Al día siguiente me levanto bastante tarde y como quiero estar descansada para el evento de esa noche, llamo a recepción y pido que me suban el almuerzo. Cuando me lo traen, me quedo a cuadros. Hay café, tostadas, bollos, fruta… Y todo tiene una pinta estupenda. Como con ansia mientras leo el periódico del día, el cual me han subido junto con la bandeja de la comida.

Una vez enciendo el móvil, descubro las llamadas de Abel, pero continúo haciéndome la remolona. Duermo una estupenda siesta de una hora y después tomo el poco sol que hace en la terraza. El sonido de las olas del mar me tranquiliza.

A las siete me empiezo a arreglar. He traído el vestido que me regaló Eric. Sé que a Abel le molestará, pero es perfecto para la ocasión. He aprendido a maquillarme lo suficientemente bien como para estar presentable. Al mirarme al espejo me siento hermosa. Me lo confirman los silbidos que me dedican en el momento en que salgo del ascensor y me reúno con el equipo. Eric sonríe al verme con el vestido. Abel, por su parte, pone mala cara.

En cuanto abandonamos el hotel, nos aborda la prensa. Me quedo patidifusa sin saber cómo actuar. Thomas me agarra y me empuja a la furgoneta. Cierra la puerta, pero aún escucho a los periodistas gritando desde fuera.

—¡Sara, Sara! ¿Cómo llevas tu relación con Abel Ruiz? ¿Y con su exnovia, Nina? ¿Qué se siente al pasar de becaria a modelo?

—¡Sara! ¿Cómo ha sido trabajar con Damián Gross?

Entonces se ve que descubren a Abel porque se ponen a gritar su nombre. Sube a la otra furgoneta, así que no sé cómo se sentirá ante todo este despliegue de la prensa. Eric aparece en ese momento y me agarra de la mano para tranquilizarme. Thomas es el último en entrar y me mira con expresión interrogativa para saber si estoy bien. Durante el trayecto me quedo en silencio, pensando en lo que me depara el futuro. No soy famosa. Tan sólo he participado en una campaña de moda. ¿Cómo es posible que suceda esto? Quizá se deba a que soy la novia de Abel y se supone que se lo robé a Nina. ¿Se habrá enterado de algún modo de que formo parte de esta campaña y se lo habrá comunicado a la prensa?

En San Antonio nos dejan en una casita al lado del mar, la cual ha alquilado Damián Gross para nosotros. El lugar es perfecto. El sol está abandonando su puesto poco a poco, se refleja en las tranquilas aguas dotándolas de un aspecto casi mágico.

En la fiesta ya hay mucha gente. Algunos son modelos que trabajaron con anterioridad para Gross; otros son fotógrafos y algunos, simplemente personalidades del mundo de la moda. Nada más entrar, todos van acudiendo a mí para felicitarme, aunque no conozco a nadie. No dejo de sonreír en todo momento y a medida que pasan los minutos, me empiezan a doler los músculos de la cara.

—Sara, ¿ves a ese, *my darling*? –Thomas me abraza y me señala a un hombre de unos cuarenta años que no deja de mirarme. Tiene el pelo corto, un poco gris, que le da un aspecto atractivo–. Es el responsable de Pieces of Dreams en España.

—¿Qué es eso? –pregunto, confundida.

—Nena, ¿dónde te has metido hasta ahora? –Pone los ojos en blanco–. Es una de las marcas de joyas más famosas actualmente. Empezaron en Dinamarca y se han extendido por toda Europa. Sus campañas siempre son muy atrevidas y originales.

—Ah –me limito a decir, observando al hombre, que alza su copa hacia mí, con una inclinación de cabeza.

Al cabo de un rato por fin me dan un respiro. Me dirijo a la barra para pedir una bebida, pero antes de llegar alguien me tiende desde atrás una copa de cava.

—¿Cuánto más me vas a rehuir, Sara? –la susurrante voz de Abel junto a mi oído me eriza todo el vello del cuerpo.

Cojo la copa y le doy un sorbo. Está helada y me recuerda a la noche en que jugamos con el vino.

—El que crea conveniente –respondo sin darme la vuelta.

Me acaricia la espalda con un dedo. Sube a la nuca. Se pega más a mí y me roza el cuello con los labios.

—Esta noche estás preciosa –murmura con la respiración entrecortada. Yo también estoy empezando a emocionarme–. Y ayer, allí mojada, estabas muy sensual. No sabes el poder que tienes.

Su mano se pierde dentro de mi vestido. Miro alrededor, pero nadie nos presta atención. Todos están hablando, bailando o bebiendo. Eric coquetea con la chica del otro día.

—Te has portado mal –digo, ladeando el cuello. Él se inclina y me lo besa con suavidad–. Vi cómo sonreías cuando me salió mal la sesión.

—Entonces tendrás que castigarme tú a mí. –Me estruja una nalga al tiempo que me muerde el lóbulo–. Ve al baño. En cinco minutos estoy allí. –Se aprieta contra mí, mostrándome su excitación.

—Vas a hacer todo lo que yo diga –le digo con voz traviesa.

—A sus órdenes, señorita Fernández.

Me dirijo al baño con el deseo latiéndome en el vientre. En los baños hay una antesala con asientos de piedra y una fuentecita en el centro. Menudo lujo. Parece que no hay nadie. Me echo un vistazo rápido en el espejo cuando entro a los servicios. Pero en ese momento se abre la puerta de uno de los retretes y sale África tambaleándose y provocándome un susto de muerte.

—Ah, estás aquí. –Me mira con los ojos entrecerrados. Dios, está muy borracha.

—¿Te encuentras bien? –le pregunto, porque parece que se vaya a caer.

Se echa a reír mientras hurga en el bolso. Me sorprende al sacar una bolsita transparente con unos polvos blancos. Los echa sobre el lavabo y los ordena con una tarjeta en una fila fina y larga. Se inclina sobre ellos, pero antes me pregunta:

—¿Quieres?

—No… Yo… África, no creo que eso sea bueno para ti. –Me atrevo a decir.

Suelta otra carcajada hueca, pero sus ojos están tristes. Hace caso omiso y esnifa toda la coca. Se aprieta la nariz al tiempo que sorbe y hace gestos raros.

—África, en serio, no está bien que…

Le cambia la cara. Se pone muy seria y me observa con expresión enfadada.

—Niña, ¿quién eres tú para darme consejos? No te las vengas dando de buenecita.

Me sorprende que me hable así porque ha sido muy simpática en todo momento. Pero no puedo enfadarme con ella. Puede que tenga algún problema, que esté enganchada o algo así. En cierto modo me da pena, y me gustaría ayudarla.

—Yo nunca he probado eso –le digo, un poco molesta por su insinuación.

—Vamos, Sarita. No me creo que Abel y tú no os hayáis pegado buenas fiestas –Coge la bolsita y la agita en el aire.

Sus palabras son un golpe directo en mi estómago que me deja sin aire.

—¿Qué estás diciendo?

—Oh, vamos. Todos adoraban sus fiestas. Siempre había en ellas material de primera calidad –Se frota los dientes–. Él y yo…

No la dejo terminar. Doy media vuelta y salgo corriendo del baño. En ese mismo momento Abel está entrando en la antesala y me mira con sorpresa.

—¿Sara?

Le doy un tremendo empujón. Dejo atrás a todas las personas de la fiesta. Me parecen totalmente irreales. Corro por la arena, con Abel pegado a mis espaldas.

No puedo respirar.

32



No puedo frenar ahora. El corazón me late a mil por hora. Parece que me va a explotar de un momento a otro. Pero no quiero detenerme. Necesito huir, escapar de mi vida. Por mi mente tan sólo pasan los malos momentos de mi familia. Los vicios de mi padre. Las veces que ha llorado mi madre. Las noches en las que él ha llegado con la sangre llena de alcohol. Lo que me ha contado África ha desatado en mí una tormenta que no puedo calmar. No puedo sufrir más. Simplemente mi triste corazón no lo va a soportar.

¿Y quién es el hombre que corre tras de mí, llamándome a gritos? ¿Por qué siento que todos lo conocen más que yo, a pesar de ser su pareja?

El sol se ha ocultado casi por completo. Dicen que los atardeceres más hermosos se ven en San Antonio. Pero el horizonte carmesí se me antoja sangriento. ¿Por qué siento tanto dolor, joder? Si hay alguien ahí arriba, ¿cuándo vas a detener todo esto? ¿No puedo ser feliz con alguien por una vez en mi vida?

—¡Sara, detente! –grita Abel.

—¡Déjame! –chillo desquiciada. Me quito los zapatos para correr mejor. Sin embargo, se me enredan los pies y caigo de bruces en la arena. Aturdida, me coloco boca arriba, sin entender nada.

Él llega hasta mí y me toma entre sus brazos. Yo pataleo, le golpeo con los puños allá donde puedo, trato de morderlo. Sin embargo, no me suelta.

—¡¿Quién eres?! ¡Quién eres! –lloro desconsolada.

—¿Qué? Sara, ¡basta, por favor! Tranquilízate o te va a dar un ataque de nervios. –Me inmoviliza contra la arena y apoya una mano en mi frente.

Ladeo el rostro, cierro los ojos y libero toda la tempestad que hay en mí. Puedo llenar con mis lágrimas el mar que se extiende a nuestra izquierda.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho daño alguien? –me pregunta, con voz preocupada. Su pecho sube y baja, presa de los nervios. El mío también. Me cuesta horrores poder respirar.

Niego con la cabeza e intento golpearlo de nuevo. Me agarra de las muñecas y se pone a susurrarme al oído palabras conciliadoras. Me remuevo, pero al final me quedo quieta.

—El problema eres tú, como siempre –digo cuando el nudo de la garganta me lo permite.

—¿Qué he hecho ahora, Sara? –Se inclina sobre mí.

Esto es ridículo. Estoy tumbada en la arena, con todo el vestido y el pelo lleno de

granitos. Dirijo la vista al cielo, en el que empiezan a asomar las estrellas. Cómo me gustaría ser una de ellas y decir adiós a todos los problemas que tengo en este mundo.

—Me he encontrado a África en los baños. –Me tiembla la voz demasiado.

—No sé qué te puede haber dicho, pero…

—¡Calla! –le espeto, golpeando la arena con ambos puños–. ¿Sabes qué estaba haciendo? ¡Metiéndose coca, Abel! –Se me quiebra la voz. No puedo mirarlo–. Y me ha confesado que… que tú… antes…

Consigo clavar mi mirada en la suya. Aprecio temor en ella, preocupación, y ese tormento tan infinito que me sacude por completo. No puedo escapar de él, me inunda, me atrapa, quiere llevarme con él… ¿Voy a permitirlo? ¿Voy a unir mi dolor al suyo? Me siento tan cercana a él después de todo…

—¿Es verdad, eh? ¿Eras el rey de las fiestas?

Tarda unos segundos en contestar, y para entonces su voz ha cambiado. Más vieja, más sabia… y completamente derrotada.

—Sí, Sara. Llámalo así si quieres.

Me echo a llorar de nuevo. Estoy muy triste, pero en realidad no sé muy bien por qué. Supongo que por todos los recuerdos que han acudido a mi mente. Ahora mismo no sé qué hacer, ni qué decir.

—No es algo tan raro, Sara –dice, mirándome fijamente–. La gente que menos te lo esperas, la consume.

—Yo no –niego con voz hueca. Vuelvo a dirigir la vista al cielo. Aún me cuesta respirar, pero el corazón está regresando a su ritmo normal.

Si él supiera por qué estoy así, ¿me entendería? Me da tanto miedo sufrir como mi madre. No quiero vivir como ella. Quiero ser feliz. Odio las recaídas. Las que mi padre tenía de vez en cuando. Los gritos. Los portazos. Los llantos. Como si Abel me leyese la mente, dice:

—Estoy limpio, Sara. –Apoya la mano en mi mejilla y esta vez no lo evito–. Desde hace tiempo. Cuando salía con Nina ya empecé a dejarlo. No quería seguir destruyéndome. Pero escucha, antes estaba perdido, cariño. No aguantaba el dolor que había en mí –Acerca el rostro al mío.

Lo miro y descubro en esos ojos azules algo que no puedo entender, pero que a pesar de todo me estremece.

—Sé lo que es sentir dolor –respondo de forma seca. Intento ladear el rostro, pero me obliga a mirarlo–. Hay muchas formas de enfrentarse a él.

—Yo no las encontraba. –Creo que está a punto de echarse a llorar, porque le brillan los ojos. Una punzada me cruza el pecho–. Sara, no me puedes odiar por esto.

—No te odio. Sólo estoy triste. Me ha hecho recordar muchas cosas.

—¿El qué? –Me aprieta los pómulos, pero me niego a contestar–. Cariño, te lo juro.

Por favor, mírame. –Me besa en los ojos, en la barbilla–. No lo he vuelto a probar desde hace mucho. Y no lo quiero. No lo necesito. Tampoco el alcohol. Puedo vivir sin ello.

Otro pinchazo, esta vez en el corazón. Ahora lo entiendo; por eso apenas bebe. Pero, ¿cómo sé que no va a recaer si antes tuvo problemas? ¿Cómo puedo pensar que todo irá bien si a mis padres no les ha funcionado? No, pero no somos ellos. Abel no es como mi padre. No puede serlo porque entonces no le encontraré sentido a la vida.

—No me lo ibas a decir nunca, ¿verdad?

—No es algo de lo que esté orgulloso. –Su voz cada vez es más triste. Siento pena por él–. No hay apenas nada de mi pasado que me guste. He hecho muchas cosas de las que me arrepiento. No quiero involucrarte en ellas porque tú eres perfecta, Sara. Tan inocente. Nunca has hecho nada malo, a diferencia de mí. Tengo miedo de que cuando descubras mi otro yo, te marches y no regreses nunca.

El estómago se me encoge al escuchar sus palabras. ¿Qué cosas malas ha hecho? ¿Tan graves son que no puede revelármelas? En ese momento me sujeta de las mejillas y me da un largo beso, en el que saboreo el arrepentimiento, su dolor, furia, vergüenza.

—No puedo más, Abel. –Me separo, negando con la cabeza–. ¿Cuándo voy a poder ser feliz? De verdad que quiero serlo contigo, pero cuando empezamos a estar bien, hay algo que lo echa todo a perder.

—Y siempre es por mi culpa, lo sé. –Me pasa la mano por la nuca y me ayuda a incorporarme. Me abraza con fuerza. Noto su acelerado corazón contra mi pecho.

—No sé si puedo seguir sabiendo más…

—Sara, no. No, cariño… –me vuelve a agarrar de la cara. Me escruta los ojos, muy asustado–, no digas eso. Es mi pasado. Hay algunas cosas de las que no puedo deshacerme tan fácilmente, pero lo lograré. Jamás dejaré que sufras, en serio, Sara.

Le devuelvo la mirada. Ha anochecido y hace frío. Pero en sus brazos apenas lo noto. El calor de sus ojos me traspasa. Tengo miedo. Y al mismo tiempo seguridad. ¿Cómo puede ser que este hombre me trasmita sentimientos en apariencia tan contradictorios?

—Hubo un tiempo en que fui un cobarde, un egoísta, un cabrón… Estaba loco. Y me sentía solo a pesar de haber mucha gente a mi alrededor. Sé que tú también te has sentido así, por eso congeniamos tan bien, Sara –lo dice todo muy rápido. Está nervioso.

—Abel, al final una pierde la paciencia…

—Lo sé, lo sé. Pero te juro que ahora me siento fuerte. Me gusta la vida por fin. Y es por ti, Sara. Tú haces que cada día quiera sonreír y luchar y dejar atrás todo lo demás. Olvidar aquel que fui antes. Tú haces que sea mejor persona. Sé que te has

dado cuenta.

Lo aparto y me levanto con las piernas temblorosas. Entiendo sus palabras; están llenas de tormento y quiero aceptarlas. Pero tengo tanto miedo.

—Ayúdame a seguir así, Sara. –Me agarra de la mano para que no me vaya–. Tú me haces creer que puedo ser bueno.

Lo miro con tristeza. Le acaricio la mejilla, paso los dedos por su bonita y cuidada barba.

—Y lo eres. Eres un buen hombre, Abel. –Le sonrío con melancolía–. Pero no sé si yo soy la mujer adecuada para ti. Ya sabes que no me gustan las emociones fuertes. –Me desembarazo de su mano y echo a andar, con un peso horrible en el estómago.

—¡No! –ruge a mi espalda–. Dijiste que querías correr el riesgo.

—¿Y no lo he hecho? ¿Qué más puedo darte, Abel? –exclamo sin girarme, con los brazos en alto–. ¿Qué pasará la próxima vez, eh? ¿Qué descubriré? ¿Que eres un asesino? –suelto una amarga carcajada.

—No te vayas.

Niego con la cabeza. Me agacho para recoger los zapatos y continúo andando una vez los tengo en mi mano.

—Sara –vuelve a llamarme. Alzo un dedo para que se calle–. Sara, te quiero. –Apenas un susurro.

—¿Qué? –Me giro, completamente sorprendida. El corazón a punto de saltar de mi pecho y lanzarse a sus brazos.

Parece confundido. ¿Es que se le ha escapado o qué? ¿Lo ha dicho únicamente para que no me vaya? Pero entonces camina hacia mí, me agarra de los codos y lo que veo en sus ojos me deja atónita. Por primera vez descubro en ellos amor. Es inmenso. Y es por y para mí.

—Te quiero –repite, con seguridad. Se lleva una de mis manos a los labios y la cubre de besos. A continuación me clava una oscurecida mirada–. Te amo. Desde el primer momento. Subiste las escaleras y eras como un ángel. Mi ángel. Llegaste para mí, Sara.

Sus palabras me dejan boquiabierta. Me echo a llorar una vez más. He esperado tanto tiempo que ahora no sé qué hacer, ni qué decir. Ha tenido que darse cuenta de que me perdía para confesarse. Tendría que estar enfadada, pero lo único que siento es una luz que pugna por salir de mi pecho e iluminarnos en toda esta oscuridad.

—Eres la mujer de mi vida. –Me aprieta contra su cuerpo. Acaricia mi cabello lleno de arena. Recorre todo mi rostro con sus ojos, y es como si me estuviese viendo por primera vez–. Quiero tenerte siempre cerca, mi amor. Protegerte. Que no sufras nunca más.

Y sé que dice la verdad. Su mirada es tan intensa que apenas puedo soportarla. Me

está abrasando. Apoyo una mano en su rostro. Él posa su frente sobre la mía. Respira contra mis labios. Lo deseo. Lo quiero. El palpitar de la sangre en mis venas me convence de que seguiré a este hombre hasta el fin del mundo. Y que él estará conmigo hasta el final de los tiempos. El estremecedor amor que siento en mi piel me demuestra que quiero descubrir la vida con él. Que si le sucede algo, quiero estar a su lado. Que besaré sus heridas y cantaré sus triunfos. Es mío. Es el hombre al que conseguiré librar de sus fantasmas poco a poco.

—¿Y tú, Sara? ¿Me amas? –El dolor que desprenden sus ojos me sacude. Asiento con la cabeza una y otra vez al tiempo que sollozo–. No quiero hacerte daño nunca más, cariño.

—Estoy preparada, Abel. –Le acaricio el rostro–. Estoy dispuesta a recibir todos los golpes que vengan siempre y cuando seas sincero conmigo. Te lo prometí. Cumple tú tus promesas.

Me coge de la cintura y une sus labios a los míos. Todo su tormento me llena, me golpea y al mismo tiempo me excita. Mi cuerpo se estremece al contacto con su piel. Me dejo llevar por las sensaciones que su lengua me provoca.

—Tómame –le pido, mirándolo a los ojos con intensidad.

—¿Aquí? –Se gira hacia la casa. Un par de personas han salido para meterse en el mar.

Le señalo una zona de rocas enormes que se encuentra cerca de nosotros. Entonces me coge en brazos y me lleva hacia allí. Nos besamos sin parar hasta que llegamos y entonces me deposita en la arena con suavidad. Se coloca sobre mí sin rozarme apenas y me aparta un mechón de la cara. Enlazo mis manos alrededor de su cuello y atraigo su rostro al mío. Lo beso con lágrimas en los ojos.

—No más secretos, Abel.

—No. –Me mira con profundidad.

Y sé que está mintiendo. Que aún no he derribado sus muros por completo. Él mismo ha dicho que tiene miedo de que descubra su lado oscuro. Pero lo haré. Voy a luchar para conseguir que nuestra relación sea la más sincera de todas las que existen. Se entregará a mí por completo y entonces seremos felices. Mi vida será diferente a la de mis padres. Sé que puedo conseguirlo.

Me despoja de la ropa con ternura. Hace bastante frío, pero nuestros cuerpos arden de tal forma que apenas sentimos nada. Y mucho menos cuando sus manos recorren todo mi cuerpo, cuando sus labios exploran cada rincón de mi piel. Las estrellas son cómplices de nuestra unión. A lo lejos se escucha la voz de Elvis Presley y me estremezco con la canción y con los apasionados besos de Abel. «Wise men say only fool rush in. But I can’t help falling in love with you. Shall I stay? Would it be a sin?».

Él me mira para comprobar si estoy bien. Tan sólo lloro, pero no lo puedo evitar. Y

lo hago todavía más cuando su lengua se pierde en los recovecos más oscuros de mi intimidad. Me arqueo con cada uno de sus besos en mi sexo. Estoy llorando, sí. Pero ahora mismo es debido al placer. Al abrir los ojos y ver las estrellas, siento que soy una de ellas. Me he disuelto en polvo de astro. Toda yo soy luz. «Some things are meant to be. Take my hand. Take my whole life too for I can't help falling in love with you».

—Tómame –digo, casi parafraseando a Elvis.

Abel me acaricia la frente, me besa en los párpados, a continuación en los labios. Me los muerde, los succiona. Sus dedos están explorando mi sexo, pero lo quiero a él dentro de mí. Quiero que seamos sólo uno. Le quito los pantalones con impaciencia. Le ayudo a despojarse de la ropa interior. Separo mis piernas. Me entrego toda a él. Lo recibo con un gemido. Se introduce en mí con cuidado, con ternura, sujetándome del trasero. Me aferro a su espalda y clavo mi mirada en la suya. Nos observamos con deseo, y con amor. Con un amor que nadie va a derribar. No lo voy a permitir. Este hombre está destinado a mí. Y yo a él. Somos dos almas sumidas en la oscuridad que al unirse se convierten en luz.

—Te quiero, Sara –me susurra.

Se mueve en mi interior con delicadeza. Yo aprieto mis piernas entorno a su cintura. Le acaricio la espalda, la nuca, el pelo. Le beso dándole todo mi ser. Y él está cediéndome el suyo con cada embestida.

—No te vayas nunca –gime contra mi boca.

—No lo haré. –Lo aprieto contra mí–. Me quedaré contigo pase lo que pase.

Y se mete en mí una vez más con toda su fuerza. Su mirada se clava en mí, provocando que las olas de mi vientre se unan a las del mar que casi nos toca. Abel se une a mis gritos, llenándome toda de él. Sus ojos oscurecidos y llenos de temor son los que me avisan de que algo no marcha bien. Y aun así vibro, vibro con sus caderas.

33

El último día de la campaña lo paso en la habitación de Abel. Ambos nos quedamos hasta bien entrada la tarde tumbados en la cama, abrazados, sin siquiera hablar. La inquietud no me abandona, pero no puedo separarme de él. A regañadientes bajamos para la última reunión con el equipo. Todos me aplauden al entrar en el bar y Thomas me abraza con lágrimas en los ojos.

—*Honey*, has sido una modelo magnífica. –Me mira con un brillo especial en los ojos–. Y creo que al jefazo de Pieces of Dreams le has encantado. Puede que dentro de poco recibas una llamada mía.

—No sé si quiero continuar con esto –respondo, con los hombros encogidos.

—¿Pero cómo que no? Tú lo vales, Sara. Te lo aseguro. –Me da un beso en la mejilla.

El resto del equipo también se despide de mí. Me da un poco de pena, aunque nos veremos en un mes. El acto de presentación de la campaña se celebrará el primer fin de semana de noviembre. Por suerte, no tendré que faltar a las primeras clases del máster.

Cuando estoy sacando las maletas de la habitación, aparece África. La miro sin saber qué decir. Ella tampoco, ni siquiera se atreve a mirarme. Al final, la tomo de una mano, la acerco a mí y la abrazo. Algo totalmente inusual en mí, ya que no suelo ser afectuosa con la gente que apenas conozco. Pero esta chica despierta en mí un instinto maternal. Hace que quiera protegerla. ¡Maldita sea! Es ese carácter mío de querer salvar a los demás.

—No sé si he hecho algo malo, Sara –dice con la barbilla apoyada en mi hombro. Es tan alta que tiene que arquear la espalda–. Abel me dijo que no me metiera donde no me llaman y que siente la cabeza de una vez. –Me mira con ojos llorosos–. Pero no recuerdo nada.

—No te preocupes. –Le acaricio la espalda. Esta chica es amable y buena. No es como Nina.

—Ya sabes mi problema, ¿no? –Esboza una triste sonrisa. Una lágrima se desliza por su mejilla.

Asiento con la cabeza. No sé qué responder. Tan sólo puedo mirarla e intentar comprenderla.

—Me gustaría no ser así. Pero este mundo es difícil. Si te descuidas, te despedazan con sus garras.

—A mí me gusta cómo eres, África. –Le doy un nuevo abrazo y ella me aprieta

fuerte.

—Hubo un tiempo, hace bastante, en que estuve enamorada de Abel. –Suelta una risita mientras se seca las lágrimas–. ¿Pero quién no? Aunque volvió con Nina. Siempre regresaba a ella. Yo creo que ella fue la que le arrastró cada vez más a… –Se tapa la boca.

—Tranquila, si ya lo sé.

—¡Oh! –Se señala a sí misma y yo asiento con la cabeza. Suelta un suspiro. A continuación me agarra de las manos y las aprieta en un gesto cariñoso–. Tienes suerte, Sarita. Es un hombre increíble, ¿verdad?

—Sí –asiento con una enorme sonrisa, aunque el corazón me vuelve a latir desbocado.

—Me alegro de que esté contigo y no con esa… –suelta un bufido. Vaya, tampoco le cae nada bien Nina–. En fin, Sara, mucha suerte si decides seguir en este mundo.

—Si algún día necesitas algo… No dudes en llamarme, ¿vale?

Ella saca el móvil y me lo entrega. Anoto en él mi número de teléfono. Me da un beso en la mejilla y otro abrazo con el que casi me rompe los huesos. Mientras me alejo por el pasillo, siento que estoy feliz de haber conocido a una chica como África. La observo plantada ante la puerta de la habitación, tan hermosa y desvalida.

Antes de ir a la habitación de Abel, me paro en la de Rudy y Eric. Por suerte se encuentran los dos haciendo sus maletas. Mi compañero me abraza con fuerza, me da dos besos y sonríe.

—Espero trabajar contigo en el futuro.

Yo no respondo porque tengo que pensar sobre esto. ¿Lo podría compaginar con mi doctorado? No estoy segura. Eric no me da tregua, me coge en brazos y me da una vuelta por la habitación. ¿Por qué está tan feliz?

—A Thomas le ha encantado mi trabajo. Quiere que me una a otro de sus proyectos –me anuncia con una sonrisa.

—Eso es maravilloso. –Le sonrío. Me alegro de que las cosas le vuelvan a ir bien.

—Nos vemos en noviembre, ¿no? –Mira hacia atrás, pero Rudy se ha marchado a su alcoba para continuar con la maleta, así que estamos solos–. O quizá antes. –Me encojo de hombros–. Bueno, si vas a estar muy ocupada no pasa nada.

—No te preocupes, que te mandaré mensajes o te llamaré. –Le doy una palmadita en el brazo.

—Sí, hazlo. –Me mira con intensidad y yo doy un paso atrás porque he sentido un calambre al rozarme su mano–. Estos días han sido estupendos. Aunque hayas pasado tanto tiempo con Abel, te he tenido mucho más cerca.

Me quedo callada. El corazón se me ha desbocado. Miro sus ojos sin entender a qué viene todo eso. Hay algo en ellos tan familiar… ¿Acaso es el mismo sentimiento que

vi en los de Abel la otra noche? Él parece que va a decir algo, pero antes de que pueda, cojo la maleta y corro a la puerta.

—Adiós, Eric. Hablamos. –Me despido y salgo de la habitación sin darme la vuelta. ¿Estoy haciendo algo mal? ¿Por qué siento que se comporta de forma extraña cada vez que estamos a solas?

No puedo creer que esto se vaya a convertir en un triángulo amoroso. Sólo existen en las películas románticas y en los libros para adolescentes. No en la vida real, ¿verdad? Nadie se enamora de la novia de su amigo, ¿no? Al menos yo nunca he tenido un caso cercano. Me va a tocar hablar con Cyn y preguntarle.

Abel me está esperando en la puerta de su habitación con una maleta pequeña. Me fijo en que su aspecto no es nada bueno. Está pálido y tiene unas profundas ojeras.

—¿Ocurre algo? –pregunto preocupada.

—Me habrá sentado mal alguna comida. –Se inclina para recoger mi maleta, pero entonces se tambalea.

—¡Abel! –exclamo, sosteniéndolo entre mis brazos.

Se lleva una mano a los ojos y se los frota. Me indica con un gesto que espere. Se apoya en la pared con la mirada perdida. Un par de minutos después esboza una sonrisa forzada.

—Tranquila, Sara. Estoy bien. –Alarga un brazo y me acaricia la barbilla. Yo lo abrazo, le doy un profundo beso.

Como sabe de mi reciente pánico a las alturas, hemos comprado billetes de barco. Pero en cuanto mi trasero toca el asiento, el estómago se me revuelve. Me paso todo el viaje vomitando. Abel no me puede acompañar al baño porque aún está mareado. Va a ser verdad que nos ha sentado mal algo. Al llegar a Valencia insiste en que nos quedemos en su casa, pero yo prefiero estar en mi piso con Cyn, así que él opta por ir a su estudio para mantenernos cerca.

Gutiérrez me ha enviado varios correos. Quiere que vaya al despacho todos los días hasta que empiece el máster. Cuando Abel se entera, se muestra nervioso y se ofrece a acompañarme. Insisto en que se quede en el estudio trabajando o simplemente descansando, pero se pone tan pesado que al final accedo para no volver a discutir.

—Te esperaré en aquella cafetería –dice cuando llegamos a la Facultad.

—Voy a estar toda la mañana aquí, Abel. –Le recuerdo.

—No importa. He traído mi portátil. –Se gira al asiento trasero, en el que descansa un maletín negro–. Yo también trabajaré.

Suelto un suspiro. Me coge de la nuca y atrae mi rostro al suyo para unirnos en un intenso beso.

—Te quiero, Sara.

Salgo flotando del coche. Aún me cuesta creer que me lo diga, que yo misma lo

compruebe al reflejarme en sus ojos, al sentir sus abrazos y besos. Pero es real.

Como es de esperar, Patri también se encuentra en el despacho. Al entrar y sentarme en el escritorio que Gutiérrez me ha cedido, se dirige a mí con una falsa sonrisa porque él nos está mirando.

—¿Qué tal, Sara?

—Bien, gracias. –Saco los textos de trabajo sin mirarla.

Durante toda la mañana trabajo de forma ininterrumpida. Patri no me quita ojo de encima, así que al terminar la jornada yo he avanzado mucho y ella nada. Gutiérrez admira mis transcripciones y me explica que el resto del departamento está muy interesado en mis ideas. Después se gira a Patri y le dice:

—Tienes que esforzarte más. ¿No quieres la beca?

Ella pone cara de susto y agacha la cabeza. Cuando estoy saliendo, la alza y me dirige un gesto hosco. Pero ya no me da miedo, así que le dedico una sonrisa triunfal. «Hala, bonita, ya puedes tirártelo esta tarde», pienso mientras bajo en el ascensor.

Los días siguientes son perfectos, si no tengo en cuenta los prontos extraños de mi novio, que aún no comprendo del todo. Me cuida, me mima, se preocupa por mí. Cada día me demuestra que quiere estar conmigo. No se despega ni un minuto, pero en el fondo, yo también lo necesito cerca aunque a ratos me agobie. Podría vivir en esta rutina: me recoge por las mañanas y me lleva a la Facultad. Cuando termino, viene por mí. Comemos en algún bar o en mi piso, por las tardes vemos series o películas, salimos a pasear o corremos por el parque. Incluso visitamos a Eva en el trabajo familiar. Alguna que otra noche Abel se queda a dormir, hacemos el amor, jugamos con las bolitas y me descubre nuevos placeres. Cyn casi nunca está en casa porque Abel les ha cedido el estudio a Marcos y a ella.

Una mañana salgo más tarde del despacho de Gutiérrez. En el instante en que la puerta del ascensor se abre, aparece Abel con el rostro desencajado. Me coge de la barbilla y me mira como si no fuese real. Me abraza, me besa con ímpetu.

—¿Estás bien?

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

El que parece no sentirse muy bien es él desde que dejamos Ibiza. No sé si está preocupado, estresado, o todo al mismo tiempo. Quizá los recuerdos del pasado le están poniendo enfermo. Yo le repito cada día que acuda al médico, ya que me empieza a preocupar. Alguna vez lo pillo con la mirada vacía, perdida, y al acercarme tiene las pupilas tan dilatadas que me asusto. Y entonces gira el rostro hacia mí y me observa como si no me reconociese, como si hubiese estado muy lejos, en algún otro lugar desconocido para mí.

En ocasiones su control se me antoja preocupante. No obstante, cuando se lo voy a decir, me descubro reflejada en el mar tormentoso que es su mirada, y olvido todo.

Me mojo y nado en él y dejo atrás todos los miedos. Ya no quiero saber nada más… Tan sólo dormir cada madrugada de mi vida a su lado.

—Espero que pasado mañana todo salga bien –le digo dos noches antes de mi cumple.

—Saldrá perfecto. –Me da un tierno beso en la frente.

Estamos tumbados en mi cama tras haber disfrutado de una sesión de sexo genial. Seguro que Cyn se ha escandalizado con mis gemidos, a pesar de que ella está acostumbrada a casi todo. Acaricio el pecho de Abel y le pregunto de forma pícara:

—¿Qué me has comprado?

—El regalo soy yo. –Se señala el escultural cuerpo desnudo–. ¿Qué más quieres?

Me echo a reír y le intento hacer cosquillas. Él me coge de las muñecas y se coloca encima de mí.

—Quiero muchas cosas –contesto, agitándome bajo sus fuertes brazos. Me paso la lengua por los labios–. Pero tranquilo, todas están relacionadas contigo.

Consigo desembarazarme de su apretón y me levanto de la cama. Le hago un gesto para que se esté quieto. Entonces voy a la cómoda y rebusco en el cajón. ¡Oh, ahí están! Saco las esposas y las agito en el aire con una sonrisa juguetona en la cara. Abel me la devuelve. Se le oscurece la mirada. Su sexo palpita en cuanto me empiezo a acercar a él sinuosamente. Como sé que le gusta verme bailar, me paro frente a él y canto casi con gemidos:

—«It's so hot in here and I need some air…». –Paso las esposas por mis pechos. Él se muerde los labios, mirándome con intensidad.

—Yo te doy el aire que quieras –dice, divertido. Se echa hacia delante con los brazos extendidos. Pero no permito que me coja. Doy un saltito hacia atrás y me escapo de él.

Me doy la vuelta y le muestro mi espalda y mi trasero desnudos. Me lo acaricio con las esposas. El terciopelo es tan suave que me hace cosquillas.

—«And boy, don't stop cause I'm halfway there…». –Giro la cabeza y lo miro. Me llevo un dedo a los labios y lo chupo.

Se está excitando cada vez más con mis sensuales movimientos. Se recuesta en la cama, dispuesto a disfrutar del espectáculo que le estoy ofreciendo. Me vuelvo a colocar de cara a él y paso las esposas por mi vientre, hasta llegar al pubis. Él me observa con expresión lujuriosa. Su pecho sube y baja cada vez más rápido.

—«Two bodies synchronizing. Don't even need to touch me. Just breathe on me…». –Suspiro y me subo a la cama colocándome a horcajadas encima de él.

Estira las manos para cogerme del trasero, pero yo se las aparto, y se las coloco en el cabezal de la cama mientras niego con la cabeza.

—No, cielo, no –digo, poniendo cara de traviesa. Él me mira sin borrar la sonrisa

del rostro. Las pupilas se le dilatan. Sus ojos azules no pueden estar más oscuros. Meneo las esposas delante de su nariz–. Hoy vas a ser tú el que no pueda tocar nada.

Y dicho esto, le cojo las muñecas y lo esposo. Él me observa con una mezcla de asombro, curiosidad y deseo. Debajo noto su sexo, cada vez más ansioso de mí. Yo también estoy ya húmeda y preparada. Clavo mi mirada en la suya al tiempo que me llevo dos dedos a la boca, los lamo, y a continuación los pongo sobre su excitación y hago círculos en ella. Se arquea a causa del placer, mordiéndose los labios. Entonces me acerco a él, me cojo un pecho y lo arrimo a su boca.

—Es para ti. Juega con él –le ordeno.

Él me mira muy serio, de esa forma lujuriosa que me excita tanto. Saca la lengua y rodea mi pezón con ella. Lo lame despacio, a continuación aumenta el ritmo, y por último lo mordisquea. Me muevo encima de él hacia delante y atrás, rozando mi sexo con el suyo. Suelta un gemido cuando me coloco para que entre en mí. Me encanta hacerlo rabiar.

—Vamos, Sara, joder… –Echa la cabeza hacia atrás. Su excitación tiembla contra mi carne.

Entonces me dejo caer, ayudándome apoyada en su pecho, y dejo que se meta todo dentro de mí. Gimo en el momento en que llega hasta el final. Él me mira con la boca medio abierta, la punta de su lengua asomada a los labios. Me inclino y se la cojo con los dientes, juego con ella. Me balanceo hacia delante, luego hacia atrás, subo y bajo.

—Dios, pequeña, te estás volviendo insaciable –suspira. Le hago callar poniendo mis pechos en su boca. Él los acoge con deleite. Me estremezco de placer con cada uno de sus mordiscos.

—Eres tú, Abel. Haces que quiera gozar contigo en cada momento –le digo con voz entrecortada, apoyando mi frente en la suya.

Estoy volviéndome loca de placer, moviéndome como yo quiero. Deteniéndome para hacerlo sufrir, acelerando cuando me apetece. Me siento su dueña en este mismo instante y me gusta. Pero ansío también sus manos por mi piel, así que cuando noto que no me falta mucho para llegar al orgasmo, le quito las esposas. De inmediato, él me coge de las caderas y me ayuda a moverme con mucha más violencia. Su sexo se introduce en mí a una velocidad increíble. Echo la cabeza hacia atrás, perdida en el devastador placer que me provoca.

—Te quiero, Sara.

Las olas me arrastran. El huracán me envuelve. La tempestad me hace volar. Grito una y otra vez con cada calambre de placer. Él se derrama dentro de mí, repitiendo mi nombre entre gemidos. Cuando consigo una tregua, detengo los movimientos y me inclino sobre él, recostándome en su pecho.

—Yo también te quiero.

Cierro los ojos, reteniendo en mi mente su expresión de felicidad cuando he pronunciado esas palabras.

34

Un tono.

Dos.

Y tres.

Al cuarto me empiezo a impacientar. Con el quinto me llevo una uña a la boca y la empiezo a morder. El sexto me avisa de que algo no marcha bien. Cuelgo y me dirijo a la ventana. Ya tendría que estar aquí. Habíamos quedado a las doce y son las doce y veinte. Echo un rápido vistazo por la ventana, pero llueve tanto que apenas puedo ver. Marco de nuevo su número. Con cada tono taconeo en el suelo, impaciente, nerviosa y un poco molesta. «Quizá se ha retrasado por culpa de la lluvia», me obligo a pensar. Y entonces descuelga el teléfono y suspiro aliviada.

—¿Abel? ¡Te estoy esperando! –exclamo.

Él se queda callado unos segundos. Al fin, dice con voz asustada:

—Lo he olvidado, Sara.

—¿Cómo? –Me parece que no le he entendido bien.

—He olvidado que era hoy cuando habíamos quedado con tus padres.

Mi mente se queda en blanco. Sus palabras no pueden ser ciertas. ¿Pero qué cojones le pasa?

—¿Cómo puede ser, Abel? Lo estuvimos hablando hace dos días.

—Lo siento. Es que… tengo la cabeza hecha un lío.

Escucho voces que resuenan a través de altavoces. ¿Dónde está, joder?

—¿Estás en un hospital? –pregunto–. ¿Has decidido justo hoy ir a ver qué te pasa?

—No. Estoy acompañando a Isabel a hacer unas compras…

Me echo a reír. Pero no es una risa de alegría, ni de felicidad, ni nada por el estilo. ¡Estoy carcajeándome de forma histérica!

—No te preocupes, Sara. No estoy en Valencia pero puedo llegar en una hora.

—¿En una hora? ¡Tendríamos que estar de camino hacia mi casa! –exclamo, perdiendo la paciencia que me quedaba–. ¿Sabes cómo se pondrá mi padre si llegamos tarde?

—Sólo será una hora, en serio…

—Da igual, no vengas –le digo, con voz derrotada–. Voy a coger un taxi.

—¡No! ¿Cómo vas a ir tú sola?

—Como siempre. –Me quedo callada unos segundos. Él también. Noto que está asustado y preocupado–. Ya hablaremos. –Y cuelgo.

Lanzo el móvil contra la cama de manera furiosa. ¡No puedo creer que se haya

olvidado de la comida de cumpleaños! ¿Qué tiene en la cabeza tan importante como para que me deje plantada? El teléfono vibra con sus llamadas, pero no lo cojo, sólo doy vueltas por la habitación. Tengo ganas de llorar. Y estoy muy enfadada. La idea que se me ocurre no es nada buena. En realidad no debería hacer lo que estoy pensando, pero estoy tan furiosa que no logro discurrir con claridad. Busco el número de Eric en la agenda. Quizá estoy yendo demasiado lejos. Tentando a la suerte o algo por el estilo. Estoy loca, lo sé. Pero tan sólo se me ocurre eso para molestar a Abel.

—¿Sí? –contesta al otro lado de la línea.

—Eric –digo, con voz ahogada.

—¿Estás bien? –me pregunta con tono preocupado.

—Sí. Sólo es un pequeño disgusto, pero enseguida se me pasa. Yo quería…

Y entonces escucho una voz de mujer a lo lejos. Claro, la chica que vive con él. Me resulta familiar, aunque no caigo. ¿La que conoció en Ibiza en el equipo de Thomas? No, no puede ser porque vivía en Madrid. De todos modos, escucharla me hace abrir los ojos y comprender que lo que iba a hacer es una locura.

—¿Qué? ¿Qué querías, Sara? –inquiere. Lo noto expectante.

Callo, respirando con dificultad. Me pita el móvil con otra llamada entrante de Abel.

—Nada. Decirte que la semana que viene ya nos vemos otra vez. Y que siento no haberte llamado antes –lo digo todo muy deprisa, casi sin vocalizar. Y cuelgo.

Meto el teléfono en el bolso, me pongo la chaqueta, cojo un paraguas y salgo pitando de casa. Voy a llegar tarde y a mi padre le gusta empezar a comer a la hora que él dice. Ni un minuto más ni uno menos. Por suerte, la lluvia está empezando a remitir. Camino con cuidado, sorteando los charcos, en busca de un taxi. Cinco minutos después pasa uno libre y me subo a él a toda prisa. Me costará bastante caro, pero he recibido en la cuenta el dinero de la campaña, así que no pasa nada si gasto un poco en esto.

Media hora más tarde de lo acordado llego a mi pueblo. El taxista me deja justo debajo de casa. Le pago y salgo del coche sin siquiera despedirme. Es mi padre el que contesta al timbre y por su voz ya sé que está de mal humor. Trago saliva. Supongo que este tampoco va a ser un cumpleaños demasiado agradable.

—Hola, mamá. –Me está esperando en el rellano. Mi perro sale a recibirme, lo abrazo y le doy besos. Ella me está mirando preocupada.

—¿Dónde está Abel? –pregunta.

—No ha podido venir.

—¿Habéis discutido o qué?

—No, mamá. No te preocupes. –La abrazo y nos metemos en casa. Me hace un gesto indicándome que mi padre ha bebido–. ¿Otra vez? –Chasqueo la lengua. Estoy

empezando a alegrarme de que Abel no haya venido.

—Ha dicho que como no venías, pues que tenía que hacer tiempo. –Ella se encoge de hombros como si no hubiese otra solución. Cada vez estoy más enfadada entre lo de mi novio y la actitud sumisa de mi madre.

En el comedor nos está esperando mi padre, comiendo patatas y bebiendo cerveza. Encima de la mesa hay cinco botellines más. Lanzo una mirada preocupada a mi madre, pero ella se escapa a la cocina. Yo no sé qué hacer, así que me acerco a él y me inclino para darle dos besos. Su aliento a alcohol me echa para atrás. Me siento a su lado en el sofá porque al menos hoy me gustaría mantener una conversación, pero él no aparta la vista del televisor.

—¿Sabes, papá? –digo de repente. Sigue sin prestarme atención–. Mi tutor está muy contengo conmigo. Les está gustando mucho el proyecto y…

Me hace un gesto para que me calle y me señala la pantalla. Está viendo una telenovela. Agacho la cabeza con un nudo en el estómago. Por suerte, mi madre aparece en ese momento con una enorme cazuela de arroz al horno que deja en el centro de la mesa.

—He hecho mucho, pero creía que también iba a estar Abel.

—Eso, ¿dónde está ese novio tuyo? –pregunta mi padre. Para eso sí presta atención, sí.

—No ha podido venir –respondo, levantándome y yendo hacia la mesa.

—Menuda falta de respeto. Con el tiempo que se ha tirado tu madre en la cocina para preparar todo –Se sienta enfrente de mí, con el mando a distancia en la mano. Sube el volumen de la televisión.

—No pasa nada, Sara. Os lo pongo en táperes y ya está. Y así que lo pruebe, ¿vale? –Mi madre me acaricia la barbilla. Le devuelvo una sonrisa triste.

Saca también unos cuantos platos de picada. Hay patatas bravas, huevos rellenos y aceitunas. Se me enrosca una náusea en la garganta. Demasiada comida para tan poca gente, y encima he perdido el apetito. Pero me obligo a comer para que mi padre no diga nada y para que ella no se disguste. Cuando estoy por la mitad de mi plato de arroz, suena el timbre. Doy un respingo, y me levanto de inmediato de la mesa.

—¡Yo voy! –grito cuando estoy ya en el pasillo.

—Sara. –escucho al otro lado del telefonillo.

—¿Abel?

—Ábreme, por favor.

—¿No te dije que no vinieras? –le replico–. ¿Te olvidas de la comida y luego vienes como si todo fuese tan normal? Tío, eres increíble, en serio.

—No lo he hecho a propósito, y lo que cuenta es que he venido, ¿no? –Su voz suena triste.

—¿Quién es? –pregunta mi madre, que se ha acercado sin hacer ruido–. ¿Es tu novio?

Estoy a punto de negar, pero al final asiento con la cabeza. Ella esboza una sonrisa y me quita el telefonillo de las manos para abrir. Minutos después Abel aparece en el descansillo con una sonrisa. Tiene el pelo muy alborotado y las mejillas sonrosadas. Está tan, tan guapo. Se ha puesto un pantalón negro, una camisa blanca y un bonito chaleco del color del pantalón. Imagino que ha pasado por su casa para cambiarse. Y después habrá venido volando con el coche. Vamos, para haberse matado.

—Hola, señora. –Saluda a mi madre con dos besos–. ¿Cómo está?

—Abel, tutéame que si no me siento muy vieja. –Le regala una anchísima sonrisa. Hasta ella cae rendida ante los encantos de mi novio.

Mi madre encabeza la marcha por el pasillo y Abel aprovecha para colocarse justo detrás de mí y susurrarme al oído:

—Sara, lo siento. Te lo voy a compensar, te lo juro.

Niego con la cabeza y lo miro enfadada. Le hago un gesto indicándole que ya hablaremos después. En cuanto entramos al comedor, la tensión es palpable. Me da una vergüenza tremenda que Abel vea a mi padre de ese modo. Durante la comida ha bebido un par de cervezas más, y apenas puede abrir los ojos. Mi novio se acerca a él y le estrecha la mano sin perder la sonrisa.

—¿Dónde estabas tú? Mi hija estaba esperándote. Y mira la comida que ha preparado mi mujer por ti. –Señala la mesa.

Miro a mi madre asustada. Ella se encoge de hombros. Sin embargo, Abel no parece molestarse. Se sienta en la silla a mi lado y deja que mi madre le sirva.

—Está muy bueno –le dice tras probar el arroz.

Ella sonríe orgullosa, ya que nunca se le ha dado demasiado bien cocinar. Para mi sorpresa, la comida transcurre sin ningún sobresalto. Mi padre no habla, pero por suerte mi madre le hace muchas preguntas a Abel, aunque ninguna de ellas incómoda. Cuando terminamos, ella se levanta y me dice que espere en el comedor. La oigo trastear en la cocina y al cabo de unos minutos regresa con una enorme tarta en las manos y dos velitas con mi edad. Guau, veinticinco años ya. No me lo puedo creer.

—Vamos, sopla –me pide ella, que es como una niña pequeña.

Cojo aire y lo suelto. Las dos velas se apagan y Abel y ella aplauden. Mi padre nos mira muy serio, sin decir nada. Pido un deseo: ser feliz junto a mi novio. No quiero ni necesito nada más. Mi madre nos sirve un pedazo de tarta a cada uno. Después nos deja para preparar café. La esperamos para comer el pastel los cuatro juntos. Y entonces, cuando pienso que ya ha pasado todo, mi padre clava la vista en Abel y le dice con voz pastosa:

—He escuchado que todos los fotógrafos o son maricones o les va la juerga.

–¡Vicente! –exclama mi madre horrorizada. Alarga una mano y la apoya en el hombro de mi novio–. Lo siento, cariño, no le hagas caso. Ha bebido un poco y…

—No se preocupe, señora, de verdad.

—Rosa, sólo estoy diciendo la verdad –interviene de nuevo mi padre. Observa a Abel con expresión seria–. ¿Y ganas mucho dinero en eso?

—Depende –responde él. No sé cómo mantiene la sonrisa.

—¿Has fotografiado a tías desnudas?

Suelto un gruñido. Lanzo la servilleta y me levanto, casi volcando la silla. Mi madre me mira asustada.

—Nos vamos ya, mamá.

—Espera, hija, te tengo que dar todavía el regalo… –Hace amago de incorporarse, pero mi padre la detiene.

—Tu madre me ha dicho lo que has hecho –se dirige a mí.

—¿El qué? –pregunto sin entender.

—Vas a salir en unas fotos.

Miro a mi madre, no me lo puedo creer. ¡Joder! Me había prometido que no se lo iba a contar. Pero vamos, en el fondo debería haber sabido que se le iba a escapar. No lo hace a malas, pero a menudo mete la pata.

—Sí –contesto, con la barbilla alzada–. ¿Y qué, papá? ¿Ahora te importa? Porque no hay nada sobre mí que lo haga.

—Sara. –Mi madre alza una mano intentando poner paz, pero de nuevo mi padre le hace callar.

—En mi casa no quiero atrevidas.

Abel se pone tenso a mi lado. Le tiendo la mano para que se levante y, por suerte, me hace caso. Pero entonces, se atreve a intervenir:

—Señor, su hija ha posado para una firma de relojes muy importante. No tiene nada que ver con lo que usted cree.

—¿Y qué es lo que piensas que creo? –Clava la mirada en la de Abel y por unos instantes se quedan muy quietos, observándose el uno al otro.

—Mamá, la comida estaba muy buena. –Decido interrumpirlos para que toda esta incómoda y vergonzosa situación acabe.

Ella me abraza con las lágrimas a punto de saltársele. Le acaricio la mejilla para tranquilizarla. Me dispongo a salir del comedor cuando me llega la voz de mi padre otra vez.

—Como vea yo que esas fotos son de puta, te vas a enterar de quién soy. Si mis amigos me dicen algo de ti que…

Abel va a decir algo de nuevo, pero apoyo una mano en su brazo para que me deje a mí. Siento una furia terrible dentro, porque indirectamente esa fea palabra siento que

me la ha dedicado a mí. Me acerco a mi padre, que todavía está sentado, y lo miro desde arriba.

—Jamás haría algo que te avergonzase, aunque tú creas que sí. Y esa palabra es muy fea. Yo no lo soy. Y aunque lo fuera… ¿qué pasaría? Lo son esas mujeres a las que tú has ido alguna vez y habrás tratado con desprecio, como si sólo fuesen animales. Si te parece tan malo ser eso que has dicho, ¿por qué has acudido a ellas y…?

No me deja acabar. Se levanta como un resorte, veo su brazo alzándose en el aire, y a continuación lo único que siento es un dolor lacerante en el rostro. Me llevo la mano a la mejilla, no me creo que mi padre me haya golpeado. Se me escapan un par de lágrimas, pero no son de dolor, sino de rabia. Me gustaría decirle tantas cosas. Sin embargo, al ver a mi madre llorando, me callo.

—No me vuelvas a hablar nunca así, Sara. Eres mi hija y me debes un respeto.

—¡El mismo que le debes tú a tu esposa! ¡El que no le has dado en todo el matrimonio! –le grito, sin poderme contener.

Me mira con los ojos desorbitados. El puño le tiembla. Me estoy jugando otra bofetada, pero el corazón me arde. Me ha avergonzado delante de la persona que más amo.

—He sido siempre una hija perfecta para ti, intentando que me quisieses, que me dieses algo de cariño. ¿Y qué has hecho? ¡Di! Te has ido a emborracharte, nos has dejado solas muchas noches. He visto a mi madre llorar tantas veces por ti que ni siquiera puedo contarlas. La he tenido que calmar mientras me moría por dentro porque no podía hacer nada. –Le suelto lo que llevo guardado tantos años. Alzo la barbilla, y lo miro orgullosa, desafiante–. ¿Y sabes qué? Te odio. Y este sentimiento lo has provocado tú.

Su mano se alza de nuevo. Yo me encojo, dispuesta a recibir otra bofetada más. Pero entonces algo se mueve a mi lado con suma rapidez. Cuando me doy cuenta, Abel está sujetando el brazo de mi padre y se dispone a golpearlo.

—¡No! –exclamo, lanzándome contra mi novio para detenerlo.

Se me clavan en la cabeza los gritos de mi madre. El puño de Abel está a tan sólo unos centímetros del rostro de mi padre, el cual mira a su alrededor con pánico. Yo lo zarandeo para que se detenga.

—Abel, ¡no, por favor! –le ruego.

Nunca había visto esa mirada tan furiosa. Podría matar con ella. ¿Es ese su otro yo del que me habló? Con todos mis esfuerzos consigo que lo suelte. Lo agarro de las mejillas y lo obligo a mirarme. Parece haber perdido la razón.

—Ya está, cariño. No hagas nada de lo que te puedas arrepentir –le susurro.

Por fin consigue enfocar la vista en mí. Traga saliva y asiente con la cabeza. Le lanza una mirada a mi padre, el cual se ha sentado en la silla porque no para de

temblar.

—Lo siento, Sara –se disculpa, acariciándome el rostro–. No puedo soportar que te hagan daño. No me importa quién sea. Pasaré por encima, aunque sea tu padre.

Mi madre también está sentada y tiene el rostro enterrado entre las manos. Abel se acuclilla y apoya una mano en sus rodillas, intentando calmarla.

—Señora, discúlpeme. No he podido soportarlo. No aguanto ver llorar a su hija.

—Si tienes razón, hijo, tienes razón. –Retira las manos de los ojos y mira a Abel con los ojos rojos. Este coge una de sus arrugadas manos y posa un beso en ella–. Yo tampoco quiero verla sufrir.

Se me rompe el corazón al ver llorar a mi madre. Pero no sé cómo actuar. Todo ha sucedido demasiado rápido. Todavía tengo el corazón en la garganta. Abel se acerca a mí de nuevo y me coge de la cintura. Se gira a mi padre y le dice:

—No sabe la suerte que tiene con Sara. Es la mujer más hermosa, por dentro y por fuera, que he conocido. –Yo lo miro con cara embobada–. ¿Y usted la trata con ese desprecio? ¿Cree que puede hacerlo sólo porque es su padre?

Va a añadir algo más, pero se lo piensa mejor y se calla. Mi padre no contesta. Se levanta de la silla y se marcha a su dormitorio sin decir nada. Da un portazo que hace retumbar las paredes. No se ha ido porque esté avergonzado, sino porque siente que no se ha salido con la suya. Lo conozco demasiado bien. Me despido de mi madre. La abrazo con fuerza y la mezo entre mis brazos asegurándole que estoy bien, que no pasa nada. Ella le da las gracias a Abel.

Cuando estamos en el coche, me besa en la mejilla en la que mi padre me ha golpeado.

—¿Lo ha hecho alguna otra vez, Sara?

—No. Es la primera –le aseguro–. Pero su indiferencia es mucho más dolorosa que esto. –Me señalo la enrojecida piel.

Él arranca el coche con un gesto triste. Me lleva al piso vacío, porque Cyn está con Marcos, por supuesto. Sin que yo se lo pida me deja en la cama, me quita la ropa y me pone el pijama. Después se desnuda él y se tumba a mi lado. Nos arropa a los dos y me abraza con fuerza. Yo cierro los ojos e intento olvidar lo que ha sucedido, pero el enfrentamiento entre los dos acude a mi mente una y otra vez.

—Te prometo que yo nunca seré así, Sara –dice de repente. Ahora ya sabe mis miedos, mi punto débil.

Lo miro con tristeza. Él me inunda con todo el amor de sus ojos azules. Me mece en sus brazos y, a pesar de todo lo que ha pasado, me siento la mujer más afortunada del mundo al tenerlo.

35



Dos días después de la fallida comida, me llama mi madre. Quiere disculparse con Abel porque se siente muy avergonzada por la actitud de mi padre.

—No está ahora, mamá –respondo, con el móvil apoyado en el hombro. Estoy ultimando una transcripción para enviársela a Gutiérrez antes de marcharme.

—Entonces díselo de mi parte –me pide.

—¿Querías algo más? –le pregunto, ya que aprecio angustia en su tono de voz.

Se queda callada un buen rato. Yo tampoco me atrevo a decir nada. Por mi cabeza pasan un sinfín de imágenes: mi padre gritándola, golpeándola, humillándola, y muchas más cosas. Al fin, ella carraspea y me informa con voz temblorosa:

—Me voy a separar de tu padre.

Aguanto la respiración. He escuchado esa frase demasiadas veces, y después todo ha continuado de la misma manera. ¿Cómo puedo creer que esta es la definitiva?

—Mamá, siempre dices lo mismo, pero luego no haces nada –protesto. Sé que le molesta que la regañe, pero no puedo evitarlo. Lo único que deseo es que sea feliz.

—Es que ya no aguanto más –prosigue con lo suyo–. Lo miro y siento que no es la persona con la que me casé. Yo ya sé que esto lo tendría que haber hecho mucho antes, pero no me atrevía. Hija, no tengo estudios y soy muy torpe para algunas cosas. ¿Qué iba a hacer yo sola por ahí? Eso es lo que pienso siempre y me entra el miedo. Pero ahora prefiero estar sola y feliz que acompañada y sufriendo.

—No estarías sola. Yo te acompañaría en tu nueva vida –le recuerdo.

—También es que pienso que adónde iría tu padre sin trabajar ni nada, no tiene apenas dinero.

Lo sabía. Ya empieza a recular. Trago saliva y suspiro. Me están entrando ganas de llorar. Estoy con la menstruación y tengo la sensibilidad a flor de piel. Pienso que mi vida es una repetición de frases, situaciones, rostros y dolor. ¿Por qué no puedo mantenerme al margen y seguir mi camino? ¿Por qué ella tampoco me lo permite? A veces me da rabia quererla demasiado.

—¿Estás ahí, Sara? –Su voz me llega lejana.

—Sí, mamá –me apresuro a contestar. Paso los dedos por el teclado del ordenador, sin saber qué más decir. Al final, añado–: Piénsalo, ¿eh? No voy a aconsejarte nada porque eres tú la que tiene que decidir lo que hacer.

—Si nos separáramos, yo podría ir a León a vivir con la tía –continúa ella, pensando en lo suyo.

—Claro, mamá –asiento. Me sé todas sus palabras de memoria. Después empezará a

decir que no quiere ser una carga para la familia y que por ese motivo no se ha marchado antes.

Hubo un tiempo en que no comprendía su actitud. Y hubo días en los que despertaba y deseaba dormirme otra vez. Entonces decidieron que yo no estaba muy bien y me propusieron visitar una psicóloga. No tenía otra opción, y la verdad es que necesitaba a alguien con quien hablar. Me sentía demasiado sola. Ni siquiera Cyn y Eva lograban tapar ese hueco negro que se había abierto en mi vida. Lo cierto es que la doctora me ayudó mucho porque me hizo abrir los ojos. Comprendí que yo no era culpable de nada, sino que mi madre tenía un pensamiento diferente al mío. Ella estaba dominada por el miedo y le era imposible deshacerse de él. Con el paso del tiempo pude ir entendiéndolo. Ahora que tengo a Abel a mi lado, todavía más.

En ocasiones, el corazón no atiende a nuestra razón y funciona de forma independiente. Se sumerge en el amor que sentimos por la otra persona. Nos cegamos con los increíbles momentos que vivimos, a pesar de que quizá sean muy inferiores a aquellos en los que sufrimos.

De todos modos, ¿quién soy yo para juzgarla? Muchas veces dije que jamás actuaría como ella. Pero por mi cabeza ronda la idea de que si Abel recayera en aquella espiral de drogas, alcohol y sexo, quizá yo me quedaría para ayudarlo. Así que no puedo ser dura con mi madre, sino simplemente apoyarla en lo que finalmente decida. Ahora tengo las suficientes fuerzas como para empezar mi propia vida con Abel. Y creo que ella lo entenderá, aunque le cueste.

—Este fin de semana es la presentación de la campaña –la interrumpo porque me doy cuenta de que su voz cada vez es más triste. Me está contando los últimos derroches de mi padre con el dinero. No quiero escuchar más sobre ello–. A lo mejor me ves en alguna revista dentro de poco.

—Seguro que estarás guapísima –dice con repentina alegría. Y eso es lo que admiro de ella: que es capaz de sobreponerse a las dificultades con gran rapidez.

—Te quiero, mamá –murmuro antes de despedirme.

—Y yo, hija. –Noto tanto amor en su voz, que el corazón se me encoge–. Y dale un beso a ese novio tan guapo que tienes.

—Lo haré. –Cuelgo con un suspiro.

Durante un rato me quedo mirando la pantalla del ordenador con la mente en blanco. Cuando reacciono, ya casi es hora de cenar y Abel está llamando a la puerta. Se queda en el piso, aprovechando que Cyn tiene una cena con el resto de abogados del bufete en el que va a trabajar en un par de semanas.

Le cuento lo que he hablado con mi madre. Pero con cada una de mis palabras, descubro que aún no soy tan fuerte. El corazón se me va humedeciendo y cuando no aguanto más, rompo a llorar. Él me acuna como una niña pequeña hasta que me quedo

dormida. Lo último que siento antes de perderme en el oscuro vacío son sus cariñosos labios en los míos.

El viernes amanece nublado. Me levanto temprano porque estoy nerviosa. Esa misma noche va a celebrarse la presentación. Estaré rodeada de un montón de personas a las que no conozco, me harán más fotos, la prensa intentará llegar hasta mí… y a saber qué sorpresas más me encuentro. Todavía no sé qué me puedo esperar en este mundillo.

Después de desayunar me pongo con la maleta. No quería llevar el vestido negro una vez más, así que cogí un poco más de dinero del que cobré y lo utilicé para comprarme ropa nueva. Esta vez he escogido un vestido largo y vaporoso de color azul. El cuello cuelga hacia delante y me deja toda la espalda al descubierto. Es tan hermoso que cuando lo vi en la tienda supe que tenía que ser para mí. Lo acompañaré de un chal de color negro para no pasar mucho frío.

En veinte minutos termino de hacer la maleta. No he metido apenas nada porque tan sólo me voy a quedar el viernes. El sábado por la tarde Eric y yo volveremos a Valencia. El AVE parte a las dos, pero quiero ir con tiempo porque si no, me pongo nerviosa.

Echo un vistazo al dormitorio de Cyn. No ha venido a dormir tampoco. Está aprovechando los últimos días libres antes de empezar el trabajo. Sabe que en el bufete todo será más duro y que apenas tendrá tiempo para dedicar a Marcos. Así que por eso, últimamente se pasa todas las noches con él.

Saco el móvil del bolsillo para ver si tengo noticias de Abel. Nada. Anoche no vino a dormir porque no se encontraba muy bien. Se negó a que yo fuera a su casa alegando necesitar soledad. Sabe lo que me molesta cuando se pone así, pero he de admitir que tampoco me gusta estar con nadie si he enfermado.

Me encantaría despedirme de él antes de marcharme. Va a ser sólo una noche, pero siempre le echo demasiado de menos. El WhatsApp marca que no se conecta desde esta mañana a las siete. Pues vaya, ¿por qué no me ha mandado un mensajito o me ha llamado? Me dispongo a hacerlo yo cuando suena el timbre. El corazón se me sobresalta de la alegría. Seguro que es él. Y se me ocurre que quizá me haya comprado esas rosas azules que tanto me gustan para felicitarme por la presentación. Cuando regrese mañana, lo celebraremos a nuestra manera. Tan sólo de pensarlo me suben por los mulos unas excitantes cosquillas.

Corro a la puerta con una gran sonrisa. Y en efecto, cuando la abro, se trata de él. Pero me quedo perpleja. Viene con un aspecto de lo más dejado. Lleva el pantalón vaquero sucio como si se hubiese caído en barro y la camisa arrugada. Se tambalea y se apoya en el marco de la puerta para no caerse. Me mira con los ojos entrecerrados y una sonrisa ladeada. Se inclina para darme un beso y entonces el olor a alcohol me

echa para atrás. Lo miro con la boca abierta.

—¿Puedo pasar? –pregunta con voz grave.

—¿Has bebido? –Lo observo incrédula.

—Claro que no –responde él, forzando una sonrisa.

Me aparta con suavidad y entra en el piso. Yo cierro la puerta y me giro. Pero por Dios, si va haciendo eses, ¿cómo me puede decir que no ha bebido? ¡Y encima tan temprano!

—Me estás mintiendo, Abel. Es evidente que estás borracho –le espeto con rabia.

Él se apoya en el respaldo del sofá y se encoge de hombros con una sonrisita tonta. Mis peores temores se han confirmado: ha vuelto a beber. Como cuando estábamos separados y lo descubrí en su casa totalmente ebrio. Estoy defraudada. ¡Y muy enfadada! Apenas unos días antes me prometió que no lo iba a hacer.

Intento tranquilizarme. Cojo aire, lo suelto poco a poco. Él me mira sin poder abrir casi los ojos. Voy a entenderlo. Necesita mi ayuda. Y se la voy a dar, pero necesito que me explique por qué lo ha vuelto a hacer. Aunque supongo que tal y como está no podrá razonar mucho. Y encima llega en el peor momento porque en nada me tengo que marchar a la estación.

—Abel, mira, si quieres quédate aquí en el piso, ¿vale? –le propongo, acercándome a él–. No hay nada de alcohol. Aquí estarás bien. Mañana por la tarde estaré contigo de nuevo.

Él me observa como si no entendiese muy bien lo que estoy diciendo. Me coge del brazo de repente y me aprieta contra él. Intento desembarazarme porque no me gusta el fuerte olor a alcohol que desprende.

—Quédate conmigo.

—¿Cómo?

—No vayas a la presentación.

—¿Perdona? ¿Pero qué estás diciendo? –Apoyo las manos en su pecho y me impulso hacia atrás.

—No es necesario que vayas.

—Sí lo es –protesto, con una ceja arqueada–: ¿A qué viene ahora esto? Me apetece ir y creo que es lo menos que puedo hacer por ellos, que han confiado tanto en mí.

Me sujeta contra él. Parece enfadado. Su respiración se acelera. Se inclina hacia mí, tratando de besarme una vez más. Yo ladeo la cabeza, así que sus labios chocan contra mi mejilla.

—¡Eh! –protesto. Lo miro enfadada, pero la furia que aprecio en sus ojos me deja sin palabras.

—No vas a ir allí, Sara –dice, con voz más clara, a pesar de que su mirada todavía está nublada por los efectos del alcohol.

—¿Ya estamos celosos otra vez? –pregunto. Cada vez estoy más molesta.

—Eric me importa una mierda –contesta, con una carcajada–. Él es mi menor problema. Tengo miedo de que…

—¿Entonces qué coño te pasa, Abel? –No le dejo terminar la frase. Consigo soltarme de su feroz abrazo y me dirijo a la habitación. Él me sigue.

—Hay personas que no quiero que te vean.

—¿Pero estás gilipollas o qué? ¿A qué viene esa tontería? –Cojo la maleta con una mano y la percha con en el vestido con otra–. Me va a ver un montón de gente en la publicidad, así que ve acostumbrándote.

—Y eso ya ha sido suficiente. ¿No crees, Sara? –me pregunta con los ojos echando chispas.

—Pues a lo mejor no. –Me giro hacia él y le reto.

Nos miramos durante unos interminables segundos. Ninguno va a ceder, lo estoy viendo. Pero ahora mismo no quiero más problemas, no quiero discutir. Tan sólo ir a la campaña, pasarlo bien y regresar a sus brazos. ¿Tan difícil es para él?

—Hay personas que no deberían verte –continúa él, acompañándome fuera de la habitación. Me intenta coger del brazo y me escabullo.

—¿Los hombres, no? ¡Pues me van a ver! Y en algunas fotos salgo con tan sólo el bikini –le recuerdo. Estoy tan furiosa que no puedo evitar cabrearlo más.

—¡Eso me importa una mierda, Sara! –exclama, deteniéndose en medio del salón. Se queda mirando unos papeles que hay en la mesa. Los coge y les echa un rápido vistazo. Son apuntes que tomé sobre lo que se me ocurría al leer los artículos de su madre.

—Me voy, Abel –lo interrumpo–. No pienso llegar tarde porque a ti te haya dado una rabieta. Aprende a comportarte como un adulto –le digo. Me encamino a la puerta. Antes de abrirla, añado–: Cuando regrese, espero que estés aquí y podamos pasar un buen fin de semana.

Todo sucede muy deprisa, como aquella vez que discutimos en su casa y tiró los vasitos con las velas. Esta vez los que sufren son mis apuntes, los cuales lanza al suelo. Y a continuación ataca todo lo que hay en la mesita: los artículos de su madre, el libro del marqués de Sade y el de *Orgullo y prejuicio*. Me quedo con la boca abierta, observando los papeles desordenados en el suelo. Las lágrimas empiezan a agolparse en mis ojos.

—¿Pero qué coño haces? ¿Estás loco o qué? –le grito, corriendo hacia donde se encuentra. Me agacho y me pongo a recoger las hojas, intentando ordenarlas.

Lo miro desde abajo y me sorprende encontrarlo llorando. Sus lágrimas son furiosas, impregnadas de un tormento que todavía no puedo entender. Me levanto lentamente, con un montón de papeles entre mis brazos, encogida ante la mirada que

clava en la mía.

—¿Eres como ella, eh? –Señala los trabajos de su madre.

—No entiendo qué quieres decir…

Se frota los ojos, limpiándose las lágrimas. A continuación se lleva las manos a la cabeza, frotándosela, y da un par de vueltas por la habitación. Su voz atruena en mis oídos.

—Sois unas mentirosas. Hacéis promesas que nunca cumplís –ruge, dando vueltas como una bestia enjaulada–. ¿Para qué me dices que me quieres si no es verdad, Sara?

—No digas eso porque no es cierto. –Alzo un dedo para advertirle que se está pasando, pero no me deja terminar. Me agarra la muñeca y me mira con una horrible tristeza que me deja sin respiración.

—Y os marcháis. Las mujeres a las que quiero me dejáis solo.

—No, Abel. Ya te dije que yo…

—¡Calla! –brama, con los ojos muy abiertos. Continúa llorando y me parte el corazón porque no entiendo este arrebato. No puede ser debido a unos simples celos–. Dime, Sara, ¿por qué lo hacéis?

No sé qué contestarle porque no entiendo nada. Me suelta la muñeca y yo cojo el pomo de la puerta. No quiero irme, pero tengo que hacerlo. Llegaré tarde, y todos me están esperando. Sé que después me arrepentiré por no haberme quedado con él, pero ahora mismo estoy tan enfadada por cómo me está hablando que no puedo pensar en nada más.

—Hablaremos mañana con más tranquilidad, Abel –le digo, abriendo la puerta–. Quédate en el piso, en serio. Te llamaré en cuanto llegue a Madrid para ver cómo estás.

—Joder, Sara, eres una maldita egoísta que…

—No te pases, Abel. Te lo he dicho ya: no eres mi dueño. No puedes ordenarme lo que tengo que hacer a cada momento y tú me juraste que no lo harías. –Salgo, pero me quedo quieta en el umbral, esperando que se disculpe. Tan sólo me observa, aún furioso. Suspiro decepcionada–. Aprende a controlar tus ataques de celos, tus inseguridades o lo que sea. Te llamaré, en serio.

En cuanto pongo el pie en el primer escalón, él ruge:

—¡Si te vas a esa fiesta, no regreses!

Bajo sin decir nada. No puedo creer que se haya puesto así. Mi mente no da a basto con tanta información. Él continúa armando jaleo, pero ni siquiera sé lo que dice. Al final los vecinos van a salir para ver lo que sucede. Peleo con la funda del vestido, pues se ha enganchado en el final de la escalera.

—¡Sara, no regreses! ¡No vuelvas! ¡Aléjate de mí!

Salgo a la calle con el corazón a mil por hora. No puedo apenas respirar. Mi cabeza no puede asimilar lo que ha sucedido segundos antes. ¿En serio me ha echado de su vida tan fácilmente?

36



Llego a la estación con los nervios a flor de piel. Eric ya está esperándome allí. Nada más verme la cara, se da cuenta de que me pasa algo y me pregunta, preocupado. Pero no quiero contarle lo ocurrido; es demasiado fuerte y ni siquiera me salen las palabras como para poder explicárselo. Así que le pongo la excusa de que estoy con la menstruación.

—He conocido a algunas mujeres que realmente lo pasaban muy mal –dice mientras nos dirigimos a la cola.

—Pues yo soy una de ellas. –Fuerzo una sonrisa.

—¿Estás preparada para ser la reina de la fiesta de esta noche? –Me pasa el brazo por los hombros y me arrima a él.

—Creo que no. –Suspiro. Ahora mismo mi cabeza está en Abel. No puedo pensar en otra cosa. Estoy preocupada. ¿Tendría que haberme quedado con él? ¿He sido una egoísta tal y como ha dicho?

Entregamos nuestros billetes a la chica, la cual sonríe a Eric de forma abierta. Él se la devuelve y cuando ya hemos pasado, me susurra al oído:

—No sabes lo calientes que son las azafatas.

—Eres un asqueroso –le reprocho. Pero me ha hecho reír.

—Sólo te digo que los servicios de algunos trenes y aviones son un lugar estupendo para tener sexo. –Me guiña un ojo.

—¿Estás insinuando algo, Eric? –bromeo.

—¿Yo? Ya sabes que soy un angelito. –Pone su mejor cara de niño bueno. Si no lo conociera, hasta podría creérmelo.

Me ayuda a subir la maleta aunque es muy pequeña y no pesa nada. Me quedo el vestido para llevarlo conmigo en el asiento. ¡No quiero que se arrugue nada! Una vez estamos en nuestras plazas, Eric señala la funda y pregunta:

—¿Es el negro?

—No. Es uno nuevo que he comprado.

—¿Y cómo es? –Intenta abrir la funda, pero lo aparto con rapidez. Él hace pucheros.

—Quiero que sea una sorpresa hasta para ti –le digo, con una sonrisa fugaz.

—Entonces me voy a ir preparando. –Posa un dedo sobre mi nariz–. No quiero que me dé un ataque al corazón por culpa de esta pecosa.

Se la aparto y le doy un cachete suave y juguetón en el brazo. El tren llegará enseguida a Madrid, pero tenemos la comida incluida. Nos traen de primero ensalada de queso de cabra y de segundo emperador a la plancha. Está todo muy bueno, pero yo

ni siquiera puedo terminarme el primer plato. Eric se da cuenta y vuelve a insistir.

—Tú no estás bien. ¿Te duele? –Posa su mano en mi vientre, y yo doy un respingo. ¿Por qué siempre noto electricidad cuando me toca? Es algo que me pone nerviosísima.

Lo aparto, quizá con demasiada brusquedad. Lo miro para disculparme. Él me sonríe de forma tierna; me observa de una forma que me hace sentir bien. Por un momento se me pasa por la cabeza que estando con él no tendría todos los dolores de cabeza que, en ocasiones, me provoca Abel. Pienso durante unos segundos que una relación con Eric sería mucho más sencilla, cómoda y tranquila. Cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, me siento avergonzada.

—¿Puedo abrazarte? –me pregunta de repente.

Lo observo muy seria. ¿Debería dejarme después de lo que he estado pensando apenas segundos antes? Tengo miedo porque me siento vulnerable, pero al mismo tiempo tengo ganas de sentirme arropada. Así que sin responder, apoyo la cabeza en su hombro. Él se mueve con cuidado para no tirar la bandeja con la comida. Me frota el brazo en un gesto de ánimo y a continuación me acaricia el pelo con ternura. Me siento bien. No hay nada de malo en esto. Eric es cálido y me transmite serenidad, lo único que necesito en este momento. Apoyo una mano en su pecho y cierro los ojos. El corazón se le va acelerando poco a poco. Levanto la barbilla con sorpresa, un tanto confundida.

—Tus ojos son preciosos, Sara. –Me acaricia la mejilla con un dedo.

Yo no contesto. Tan sólo intento tragar saliva. Quiero apartarme de su hombro, pero no lo consigo. Cuando me quiero dar cuenta, su rostro está inclinado sobre el mío.

—Disculpen, ¿les retiro las bandejas?

Doy un respingo y me separo de Eric. Me giro hacia la chica y le entrego mi comida casi intacta.

—¡Sí, por favor!

Uf, menos mal. Le daría un abrazo a la azafata. Me ha salvado de cometer una estupidez. Porque… Eric estaba a punto de besarme, ¿verdad? Y yo no estaba apartando el rostro, ni le estaba diciendo que se quedase quieto ni nada por el estilo. ¿Pero cómo puedo estar tan loca? Hace apenas una hora estaba discutiendo con Abel. Y ahora por poco me beso con su amigo. Todo esto tiene que terminar. Debo poner una solución.

—Voy al baño.

Lo sigo con la mirada hasta que sale del vagón. Entonces pienso en lo que me ha dicho antes. ¿Y si es una indirecta? ¿Y si está esperando a que yo acuda también para tener sexo? No, no, no es posible. Eric no es así. Tan sólo le han entrado ganas de hacer un pis, como a cualquier persona normal. Y yo no debería pensar en cómo es en

la cama, ni cómo sería sentirme tocada por él, o besada. Yo amo a Abel. ¿Cómo es posible que tenga esos pensamientos inadecuados con otro hombre? Debo comentarle esto a Cyn. Necesito saber si es normal fantasear con otros aunque tengas pareja. Supongo que no es tan malo siempre y cuando no traspases la frontera.

Al cabo de unos minutos, Eric regresa de su incursión al baño. No hablamos en todo el rato porque él se pone los auriculares. Por otra parte, lo único que hago yo es comerme la cabeza. Por eso, cuando llegamos a Madrid, suelto un suspiro de alivio. En nada estaremos en la sala de eventos donde se celebrará la presentación. Eric saca de su mochila un mapa y lo estudia durante unos minutos.

—Está un poco lejos. En la zona industrial.

—Pero antes tenemos que ir al hotel. Supongo que Thomas también estará por allí, ¿no?

Cogemos un taxi para no perder más tiempo. Un ratito después estamos en la recepción del hotel Reina Victoria. El recepcionista nos avisa de que ya han llegado los demás, entre ellos Thomas y Rudy. Me gustaría pasar a saludarlos, pero tengo que vestirme. Por suerte, he quedado con Vivi, Ari y Didi para que me ayuden. Llamo a Ari por teléfono y diez minutos después las tengo en la puerta de mi habitación. Me maquillan, me peinan, me colocan el vestido para que luzca perfecto en mi cuerpo… Una vez más, al mirarme al espejo, me veo preciosa. Me han peinado con un moño hermosísimo. Ellas sonríen y me abrazan. Tras unos cuantos halagos, se marchan a sus respectivas habitaciones para arreglarse. Quedan casi dos horas para que empiece el acto, pero yo quiero irme ya hacia allí, así que voy al dormitorio de Eric y llamo a la puerta. Cuando me abre, parpadea como si no se creyese lo que ve.

—Dios mío… –se lleva una mano al corazón, bromeando. Hago un gesto para restarle importancia. Él me abraza y posa un beso en mi cabeza–. ¿Qué haces aquí?

—Estoy nerviosa. Quiero ir ya para allá –le pido.

Le espero mientras él termina de ponerse la camisa y la chaqueta. Le ayudo con la corbata y él me dedica una bonita sonrisa. Yo se la devuelvo, pero después agacho la cabeza, recordando lo ocurrido en el tren.

—Bueno, pecosa, ¿estás lista? –Me tiende un brazo. Me agarro a él.

Bajamos al *hall*, donde se nos quedan mirando unas cuantas personas. Sé que mi vestido es precioso, pero tampoco pensaba que causaría tanto furor. Hablamos con la recepcionista para que nos traiga el coche que Gross nos ha puesto. En ese momento escucho un gritito a mi espalda y al girarme descubro a Thomas, el cual corre hacia mí haciendo aspavientos. Detrás está Rudy, que se ríe por las exageradas muestras de alegría de su jefe.

—*Daaarling*, no puedo creérmelo. ¿Cómo puedes estar tan magnífica? –Me achucha entre sus brazos.

Nos vamos los cuatro hacia las salas donde se celebra la presentación. En el coche Thomas no para de hablar muy emocionado porque el jefe de Pieces of Dreams le ha llamado y está interesado en trabajar con él y… ¡Me quiere a mí como modelo! No sé lo que responder; necesito pensármelo ya que no estoy segura de estar hecha para esto. No quiero más problemas con Abel, pero tampoco me gusta su actitud posesiva y dominante.

Cuando llegamos ya hay bastante gente entrando en el evento. Me fijo en que alguno llega con limusina y yo me quedo flipando. ¿Tan importante es todo esto y la gente que está aquí? Nada más salir del coche nos atacan los periodistas. Los flashes de las cámaras saltan una y otra vez.

—¡Sara, Sara! ¿Dónde está Abel Ruiz? ¿Todavía sois pareja?

Entiendo que pregunten todo esto, porque estoy agarrada a los brazos de dos hombres espectaculares: Eric y Rudy. Ellos sonríen a las cámaras, así que me toca hacer más de lo mismo. Una vez dentro los asistentes me empiezan a felicitar. Doy besos y más besos, estrecho manos, sonrío y me muestro serena, a pesar de que por dentro estoy nerviosísima. Un rato después el presentador anuncia que el acto va a dar comienzo. En primer lugar sube Thomas al escenario y habla sobre la campaña. A continuación nos llaman a Rudy y a mí. Tengo que cogerme el vestido porque es un poco largo y temo tropezar. Todas las miradas se clavan en nosotros. La gente nos aplaude. Madre mía, todo esto es como un sueño. Desde el escenario puedo ver las miradas de los asistentes: me doy cuenta de que algunas mujeres me observan con desprecio. Tras Rudy tengo que ofrecer unas palabras al público, así que agradezco la confianza que han depositado en mí. Más aplausos. Y por último, las fotos de la campaña aparecen en una pantalla enorme que hay sobre nosotros. ¡Son espectaculares! Eric ha hecho un trabajo maravilloso. Oigo los murmullos de los asistentes: creo que están empezando a rifárselo como fotógrafo.

Una hora después pasamos a otra sala en la que se celebra el cóctel. Los camareros van para aquí y para allá con bandejas repletas de canapés y copas de cava. Thomas no se separa ni un momento de mí. Está orgulloso de que la presentación haya sido un éxito y por eso me va presentando a todos los que ve. En media hora ya he conocido a cinco fotógrafos, cuatro fotógrafas, una docena de modelos, dos jefazos de importantes firmas y tres redactores de revistas. El jefe de Pieces of dreams habla un rato conmigo, insistiendo en que debo trabajar con ellos. Thomas me mira suplicante, pero yo contesto una vez más que lo tengo que pensar.

Dos horas después la fiesta es todo un éxito. La gente baila, bebe y cotorrea sin parar. Yo ya estoy cansada de hablar, pero no me dejan sola ni un momento. Las modelos me preguntan cómo he conseguido llegar a Brein Gross, y yo no sé qué contestarles porque ni yo me lo creo aún.

—Tienes que decirme con quién te has acostado –me suelta una rubia de labios operados.

—¿Perdona? —pregunto con los ojos muy abiertos.

En ese momento Rudy me trae una copa y me libra de la chica. Bailamos un ratito y charlamos sobre la presentación y la campaña en general. A él ya le han llamado de otro trabajo y está muy contento porque también se trata de una firma importante. Mientras hablamos, noto una intensa mirada clavada en mi espalda desnuda. Por un instante pienso que es Eric, pero al girarme y buscar entre la gente, descubro que se trata de un hombre muy atractivo, de mirada profunda. Me traspasa con ella. A su lado hay una mujer despampanante que está hablando con Thomas. El hombre me dedica una sonrisa que se me antoja extraña.

—Rudy, ¿sabes quién es ese? –le pregunto a mi compañero.

Él dirige la vista hacia donde yo estoy mirando. Niega con la cabeza.

—Quizá de alguna nueva firma, quién sabe.

En ese momento el hombre alza el brazo con la copa, en señal de brindis. Un tanto confundida, levanto también la mía. La chaqueta se le desliza y descubro algo en su muñeca. No acierto a distinguir de qué se trata, pero…

—¡Sara!

Me giro hacia Eric. Parece muy contento. Lleva una copa vacía en la mano y en cuanto pasa el camarero, coge otra.

—¿Me prestas a esta preciosidad un rato? –le pregunta a Rudy.

—Por supuesto –dice el otro. Me da un beso en la mejilla y se marcha.

Yo busco de nuevo al hombre de la copa, pero ya no está en su puesto. Tampoco la mujer ni Thomas. ¿Dónde se han metido y por qué me siento inquieta?

—Sara, baila conmigo. –Me coge de las muñecas y me atrae a él. Me doy cuenta de que ha bebido bastante–. Llevas todo el día seria. A ti te pasa algo y no me lo quieres decir.

Cuando empieza una canción más lenta de Bruno Mars, permito que me tome de la cintura. «Same bed, but it feels just a little bit bigger now. Our song on the radio, but it don’t sound the same…» No puedo evitar pensar en Abel escuchando esta canción tan triste. Apoyo la cabeza en el pecho de Eric y le confieso al fin:

—He discutido con Abel.

—¿Otra vez?

—Esta vez no sé por qué ha sido. –Alzo la barbilla y lo miro. Él me observa con una cariñosa sonrisa–. Se ha puesto como un loco porque venía aquí. Creo que tiene celos de ti.

—Bueno, yo también los tendría –murmura, distraído.

—¿Perdón?

Niega con la cabeza y me aprieta más contra él. Su mano se desliza por mi espalda desnuda, casi hasta el trasero, provocándome un escalofrío. Por suerte, se detiene en mis riñones, así que decido no decirle nada. De todos modos, está un poco bebido y quizá no es consciente del todo de lo que hace.

—Me dijo cosas acerca de su madre que no entendí –continúo, moviéndome al ritmo que él marca–. Algo como que le prometemos que nos quedamos, pero luego nos marchamos…

—Bueno, Sara, en el fondo es comprensible que a veces se comporte así. Tiene miedo de que la gente lo abandone –suelta Eric de repente.

—Yo no voy a hacer eso.

—Piensa que todavía no ha superado lo de su madre. Abel ha tenido serios trastornos depresivos. Se ha medicado durante bastante tiempo… –dice distraído. Su mano más abajo, pero ya casi no la noto. Sus palabras resuenan en mi mente.

—Pero él no tiene la culpa de que su madre muriese.

—En realidad piensa que es ella la culpable. Pero también lo entiendo.

—¿Cómo puede creer que ella tuvo la culpa de morirse?

—Vamos, Sara. Mucha gente lo piensa cuando algún familiar o persona cercana se suicida.

Sus palabras caen sobre mí como un jarro de agua fría. Le aprieto los brazos empezando a comprender. Pero él se toma mi gesto de modo erróneo, y desliza su mano hacia mi trasero. Se la aparto de un manotazo, y se hace el disimulado. Con la otra acaricia mi cintura. En realidad, lo único que me importa ahora es saber más. ¿Por qué Abel no me ha contado nunca que su madre se suicidó? ¿Acaso es una vergüenza para él? De repente, se me ocurre algo.

—Bueno, yo alguna vez también he pensado que su madre no debería haberlo hecho. –Finjo que lo sé todo para que Eric continúe hablando.

—Mujer, cuando enfermas de alzhéimer siendo tan joven y bonita como lo era ella, es normal que te venza la desesperación.

Aguanto la respiración. Mi mente da vueltas sin parar. Me están entrando náuseas. Por eso Abel me ha dicho todas esas palabras terribles esta tarde. De ahí todo su dolor. Pero no sé por qué, hay algo más. «Now my baby is dancing, but she's dancing with another man», canta Bruno Mars. Me aparto de Eric de golpe. Estoy bailando con el amigo de mi novio. Un novio que tiene un peso demasiado horrible a sus espaldas.

Y entonces, un destello de luz en mi mente. Recuerdo cuando me dijo que le gustaba vivir deprisa porque quizá al día siguiente no estuviese aquí. Pienso en todos los dolores de cabeza que ha sufrido, en las veces en que parecía ido. Y en el día en que se olvidó de mi cumpleaños. Las manos me tiemblan.

Eric intenta cogerme, pero me escabullo y avanzo por la sala con lágrimas en los

ojos. De repente, alguien se sitúa a mi lado. Se trata del hombre que me estaba observando antes. Tiene una mirada profunda, salvaje… Oscura. Parece que me va a decir algo cuando Eric me alcanza y el extraño, de golpe, se pierde entre la gente.

—Sara, ¿por qué corres así?

—Me tengo que ir, Eric. –Me abro paso.

Pero él continúa detrás de mí. Por fin logro llegar a las puertas. Las empujo con fuerza y salgo a la calle. La noche es muy fresca y sólo llevo un chal. Me abrazo para entrar en calor. En ese momento Eric también sale y me sujeta entre sus brazos. Yo me echo a llorar con el corazón roto. Me abraza contra él, me acaricia el pelo con cariño.

—¡Chsss! Sara, no sé qué te pasa, pero estoy aquí. Siempre voy a estarlo.

Alzo el rostro para agradecérselo. Pero entonces, me mira de forma distinta. Ya no me equivoco: hay amor y deseo en ella.

Y cuando me quiero dar cuenta, se ha inclinado sobre mí y me está besando.

Y lo peor es que mi mente se ha quedado en blanco y no puedo reaccionar, tan sólo sentir el suave placer que sus labios, moviéndose contra los míos, me provocan.

37



Eric es cálido. Demasiado.

Y me está transmitiendo ese calor por todo el cuerpo. No puedo apartarme; por más que lo intento mi mente no reacciona. Esto no está bien. ¡Está francamente mal!

Es cálido. Pero también pasional. El deseo con el que me está besando es apabullante. Me aprieta con tanta fuerza contra su cuerpo que apenas puedo respirar. Lo escucho gemir contra mi boca. Entonces abro los ojos. No puedo hacer esto. Porque yo amo a Abel, ¿verdad? Y Eric no es él. Me siento mucho más tranquila en sus brazos, pero no aparece en mí esa sensación de locura que Abel me transmite. Ni el estremecimiento en el corazón. Lo que Eric me provoca es sólo puro deseo, y lo debo evitar.

—No, Eric, no. –Lo aparto con suavidad.

Él no rechista; tan sólo me observa con curiosidad. Yo agacho la cabeza, muy avergonzada. Aún noto el sabor de su lengua en mi boca. Y no puedo comprender por qué me ha gustado. Y por qué sigue haciéndolo. Mi pensamiento vuela una vez más hacia Abel, en lo mal que me he portado al irme, dejándolo solo tal y como estaba. Lo que acabo de hacer es terrible. ¡Joder! ¿Estoy loca o qué? Me estará esperando en casa, aunque hayamos discutido, y yo me estoy dejando seducir por otro hombre, que encima es su amigo.

He ido demasiado lejos, lo sé. Y además, me siento mal por Eric. Quizá, sin ser consciente del todo, le he dado esperanzas.

—Tengo que irme –le digo, echando a andar.

Me sigue, pegado a pocos centímetros de mi espalda.

—¿Quieres que vayamos al hotel? –me pregunta.

Me detengo y me giro, mirándolo pasmada. Niego con la cabeza y continúo caminando.

—Me voy, pero yo sola –le confieso.

—¿Qué? ¿Pero por qué?

—Quiero pensar –digo con voz grave.

—Te acompañaré –insiste.

—Estás bebido. Mucho mejor que te vayas, pero tú solo, a descansar. O vuelve a la fiesta. –Me detengo y le dedico una profunda mirada.

—Estoy bien para irme contigo.

—Eric, cogeré un taxi. No pasa nada.

—Quiero aprovechar cada segundo contigo –dice de repente, acercándose con una

mano en alto. Me va a acariciar la mejilla, pero me aparto a tiempo.

—Eric, por favor…

—Habíais discutido –me recuerda. Su voz pastosa me avisa de que el alcohol cada vez le está subiendo más.

—Da igual. Ahora más que nunca quiero estar a su lado. Y él me necesita a mí –respondo, echando a andar otra vez. Tengo un poco de frío, así que me aprieto el chal en los hombros. ¡Mierda! Esto de tener que estar divina ya no me gusta tanto. Me encantaría tener mi chaqueta ahora.

—Sara. –Eric me agarra de la muñeca y me detiene. Me giro hacia él con impaciencia, pero me quedo helada al descubrir su gesto de enfado. Nunca se había mostrado así ante mí, pues todo habían sido sonrisas y buenos gestos.

—Eric, me estás haciendo daño. –Señalo su mano. Sin embargo, no muestra signos de oírme ni de soltarme.

Empiezo a sentirme asustada, sobre todo cuando me abraza y me aprieta contra él una vez más. ¡Oh, mierda, me lo he buscado! He jugado con fuego y me estoy quemando. Doy un respingo cuando sus manos me acarician la espalda desnuda. El corazón me late desbocado en el momento en que me besa el cuello con desesperación.

—Déjame hacerte el amor, Sara –susurra, intentando cogerme un pecho. Le doy un manotazo para apartarlo.

—Detente, Eric. Estás borracho y mañana te arrepentirás si continuamos con esto –intento distraerlo con mis palabras. Observo de reojo los alrededores, con el propósito de encontrar a alguien, pero la calle está desierta. ¡Ya podrían haber hecho la presentación en un lugar más céntrico!

—Te he besado antes. Y me lo has devuelto –me recuerda, agarrándome de las mejillas. Trata de juntar sus labios con los míos una vez más. Pero yo giro la cabeza y chocan contra mi mandíbula. Entonces me la lame con deseo.

—Lo sé, Eric. Ha sido un error… Y créeme que lo siento mucho –me disculpo. Echo el cuerpo hacia atrás, pero él se inclina sobre mí. ¡Joder! No sé qué hacer.

—No se lo diremos a Abel –me acaricia la mejilla, al tiempo que me regala una sonrisa ladeada.

—¡Es tu amigo! –exclamo disgustada–. Y tú y yo también lo somos.

—Es tu novio, y a pesar de todo, has estado provocándome todo este tiempo –espeta con rabia–. Y soy tu amigo, pero quiero tenerte entre mis brazos. Deseo estar dentro de ti.

Un ardor me sube por las mejillas. No puedo creer que me esté diciendo esas palabras. Jamás había sido tan directo conmigo. Niego con la cabeza una vez más.

—Sólo esta noche, Sara. –Me acaricia los labios con un dedo–. Te he deseado

desde que te vi en Barcelona con aquel vestido. Pienso en ti cada vez que me acuesto con una mujer.

Abro la boca, totalmente incrédula. No obstante, debería habérmelo imaginado: sus miradas, sus palabras, sus gestos… Todos ellos me indicaban que no eran propios de un simple amigo. Y quizá, yo en el fondo lo sabía y me he regocijado en ello. ¡Joder! ¿Me he vuelto tan caprichosa y manipuladora como Nina?

—Eric, no puedo –le digo, intentando convencerlo de que es una mala idea–. Puede que si nos hubiésemos conocido de otra forma…

—Tú también me deseas. –Se inclina una vez más sobre mí–. Lo he notado en tus miradas, en tu forma de tratarme.

Yo me encojo, ladeo la cara, pero él me besa los pómulos, a continuación la barbilla y se acerca a mis labios. Lo empujo una vez más. Él se echa a reír. Maldita sea, ¿por qué ha bebido tanto?

—Vete a la fiesta. Mañana te llamo y hablaremos sobre todo esto, pero ahora estás confuso por el alcohol. –Apoyo una mano en su pecho para que no se acerque.

—No, Sara. Vamos, no me digas ahora que no quieres –murmura contra mi cuello.

De repente, lleva las manos a mi vestido, me lo sube y mete una mano por entre mis piernas. Sus labios muerden los míos con frenesí. Me revuelvo entre sus brazos, pero lo único que consigo es excitarlo más. Él jadea, me susurra al oído que me deje. Al fin logro empujarlo y le doy una fuerte bofetada que resuena en el silencio.

Me llevo la mano a la boca, a punto de echarme a llorar. Eric tiene la cabeza gacha, por lo que no puedo ver sus ojos. No sé en qué estará pensando, si se habrá enfadado mucho conmigo. Le tiemblan los hombros, pero no sé si está llorando o riendo.

Se escuchan unas carcajadas. A medida que se acercan, puedo reconocer a uno de los hombres. Se trata de Rudy, acompañado de otro modelo que estaba en la fiesta. Cuando llegan hasta nosotros, se nos quedan mirando con curiosidad. Rudy repara en mi rostro asustado y en el silencio de Eric. Supongo que se imaginan algo porque en ese momento pregunta el otro:

—¿Va todo bien por aquí?

Asiento con la cabeza. Eric continúa mirando el suelo, con la mano aún apoyada en la mejilla donde le he dado el tortazo. Me fijo en que Rudy me está observando con la ceja arqueada.

—¿Seguro, Sara? –me pregunta, volteando los ojos hacia Eric.

—Sí –asiento con un hilo de voz.

Rudy alza las manos aceptando mi respuesta, aunque no parece muy convencido.

—¿Quieres que te llevemos al hotel?

—No, voy a coger un taxi. Pero gracias. –Me obligo a dibujar una sonrisa.

—Nuestro coche está cerca. –Señala unos cuantos metros por delante–. Es aquel

Focus azul. Vamos ahora hacia allí. Cualquier cosa…

—Gracias, estaré bien. –Me aprieto el chal porque cada vez estoy más helada.

Ellos vuelven a echarle un vistazo a Eric, el cual ha levantado la cabeza y los mira con una mezcla de vergüenza y rabia. Rudy y el otro modelo se despiden de él con un alzamiento de barbilla, al que él no contesta. Mientras se marchan al coche, yo me pregunto lo que estoy haciendo aquí todavía. No sé cómo puede actuar Eric. Me dan ganas de echar a correr, pero no podría avanzar más de dos metros sin caerme.

Como él no dice nada, soy yo la que se atreve a hablar, aunque no puedo dejar de temblar.

—Lo siento.

—No, Sara. Soy yo el que lo siente.

Alzo la vista y lo miro. Está muy serio, con los ojos brillantes. ¿Se va a echar a llorar aquí? No, por favor, no podría soportarlo. No sabría qué hacer.

—No sé lo que me ha pasado –se disculpa, llevándose la mano a la cara y frotándosela.

—Has bebido bastante. Eso es todo –intento que todo vuelva a su cauce.

—No, Sara, no es eso –niega con la cabeza; la agacha avergonzado–. Nunca he querido hacerte daño y ahora la he fastidiado.

—Tranquilo, no me lo has hecho. –Alargo una mano temblorosa para apoyarla en su hombro, pero al final lo pienso mejor y la vuelvo a bajar–. Olvidamos todo esto y ya está, ¿no? –Esbozo una sonrisa, aunque no me está mirando.

—No lo vamos a poder olvidar.

No contesto. En realidad, yo tampoco lo pienso. ¿Pero qué le voy a decir? De todos modos, no me gustaría perder la amistad que habíamos creado. Era demasiado buena… ¿y una mentira? Me lo confirma con sus siguientes palabras:

—No quiero joder a Abel. –Por fin alza la cabeza y me escruta con una seria mirada–. Pero no lo he podido evitar.

—No sigas, Eric, por favor… –le pido.

—Sara, necesito decírtelo. Sólo quiero que lo sepas. –Parece que la borrachera se le está pasando.

Meneo la cabeza con un gesto triste. Pero él me coge de la barbilla y me la levanta para que lo mire. Sus ojos me traspasan. En ellos arde un increíble fuego.

—Estoy loco por ti.

—Es sólo un encaprichamiento. –Intento apartar la mirada, pero no puedo.

—No lo es.

—No siento lo mismo por ti, Eric –respondo con un hilo de voz.

—Lo sé. Y no te estoy pidiendo nada.

Una vez más pasan por mi mente las ideas de que con él la vida sería mucho más

fácil. Sin embargo, interrumpe en ellas el último recuerdo que tengo de Abel, de hace unas horas. Su rostro contraído por la rabia y el dolor. Esos ojos que me suplican que lo salve. Es él quien me necesita, no Eric. Y por supuesto, yo lo necesito también.

—He explotado, Sara. Cada día me resultaba más difícil fingir que era tu amigo. –Se lleva una mano al pelo y se lo revuelve–. No puedo mirar tus labios sin sentir la necesidad de besarlos.

Agacho la cabeza, otra vez ruborizada. Él por fin se aparta de mí, dejándome libre. Ahora puedo irme y, sin embargo, mis pies se niegan a moverse de aquí. Tengo un vacío en el estómago. Me gustaría marcharme sabiendo que Eric va a continuar siendo mi amigo, pero supongo que es imposible.

—Lo siento. Siento causarte más problemas –continúa.

Niego con la cabeza. Levanto el rostro y lo miro con una sonrisa triste. Me despido de él con un gesto de la mano. Echo a andar, dejándolo atrás, con la seguridad de que esta va a ser la última vez que nos veamos.

Llevo dados tan sólo unos pasos cuando me suena el teléfono. Al sacarlo del bolsito descubro que es Cyn. ¿Qué querrá ahora? Y como si se tratase de una premonición, mi corazón se echa a latir desbocado.

—¿Cyn? –pregunto con ansiedad.

—Soy Marcos.

Un tremendo dolor se apodera de mi pecho al escuchar su voz.

—Abel ha tenido un accidente. Está en el hospital.

El móvil se me cae al suelo. Tengo que apoyarme en un coche porque todo se ha vuelto negro.

Noto a Eric a mi lado, preguntándome lo que sucede. Pero no veo nada.

38



Me parece que el taxi va demasiado lento. No paro de insistir al hombre para que conduzca más rápido.

—Oiga, que por aquí no puedo ir a mucha velocidad. ¿Quiere que nos multen? –dice con voz ronca.

Eric se encuentra sentado a mi lado. He apreciado que en un par de ocasiones ha querido darme la mano, pero después de pensarlo la ha apartado. Yo no me atrevo ni a moverme un centímetro. Me he pegado a la puerta y no hay manera de sacarme de ahí. Él está en la otra punta, también muy tieso.

Mi mente trata de darle vueltas a todo lo que ha ocurrido en apenas una hora. Pero no da abasto. Va a sufrir un cortocircuito de un momento a otro. Me duele el pecho tanto que parece que vaya a explotar. El nudo en la garganta no desaparece porque ni siquiera me salen las lágrimas.

Cuando me quiero dar cuenta, el taxista está girado hacia mí, hablándome con mala cara.

—Yo le pagaré –interviene Eric en ese momento.

Yo niego con la cabeza, apoyo una mano en su brazo y se lo aparto. Saco mi monedero y me quedo mirando al hombre para que me diga el precio.

—Veinte euros, chica.

Saco el billete y se lo entrego. Sin esperar un segundo más, abro la puerta y me lanzo a la carrera. Cuando estoy a punto de entrar en la estación, recuerdo que no he cogido la maleta del taxi. Por suerte, Eric está mucho más atento que yo y viene con la suya y con la mía. Se ha empeñado en acompañarme a Valencia. También está preocupado por Abel. He llamado a Marcos y a Cyn un par de veces, pero tienen el móvil apagado. Quizá estén en consulta o quién sabe. Pero yo necesito saber cómo está. Marcos tan sólo me ha dicho que no lo habían visto todavía, así que no estaban seguros de su estado. Y ni siquiera les he preguntado por el hospital.

Corro hacia la ventanilla en la que hay una mujer con rostro somnoliento. Me detengo con la respiración agitada y ella se me queda mirando un tanto confundida.

—¿Sí?

Hurgo en mi bolso con nerviosismo. Saco el billete de tren y lo pongo encima del mostrador. Eric está a mi espalda sin decir ni mu.

—Por favor, necesito cambiarlo. Tengo la salida para mañana, pero quiero coger un tren ahora.

La mujer me observa con hastío. Yo le devuelvo una mirada suplicante. Coge el

billete y le echa un vistazo.

—Tendrá que pagar un extra por el cambio.

—No importa. Lo que sea –respondo con impaciencia.

Se pone a teclear ante el ordenador. La pantalla le ilumina el rostro. Suelta un bostezo y a continuación se gira hacia mí:

—No quedan plazas.

—¿Qué? –pregunto, con los ojos muy abiertos y el estómago ardiendo–. Pero necesito salir en el próximo tren…

—El próximo será el de las nueve y cinco de la mañana –Ella me mira con impaciencia.

—¡No puedo esperar tanto! –grito, pensando en que quizá cuando llegue Abel ya esté muerto. ¡No, no! ¿Cómo se me ocurre imaginar eso? ¡Por nada del mundo le va a pasar eso!

—Por favor, no me grite que no soy sorda… –se queja ella, mostrándose un poco enfadada.

Las lágrimas se me empiezan a saltar. Son las tres de la madrugada. No puedo aguantar aquí en Madrid durante seis horas sin saber cómo está Abel. Sin poder tocar su mano. ¿Y si no lo vuelvo a ver? ¿Y si no puedo despedirme de él después de la discusión que hemos tenido? Jamás podría volver a vivir de la misma forma. Es más, no sé si podría vivir sin él.

—Sara –interviene Eric en ese momento. En realidad se lo agradezco, porque así me saca de todos estos pensamientos terribles–. Aunque cogiésemos el tren ahora, tampoco sabemos en qué hospital están. Y el móvil de Marcos continúa apagado.

—¡Pues vayamos al aeropuerto por un vuelo! –chillo, girándome hacia él.

—Sara, Sara, tranquila, por favor. –Me aparta con suavidad y se dirige a la mujer de la ventanilla–. ¿Seguro que no hay ni una plaza en un tren anterior? Yo puedo quedarme, pero ella…

La trabajadora de RENFE niega con cara de *bulldog*. En un arrebato, me entran ganas de contarle toda la historia y gritarle a su feo rostro que si llego cuando mi novio haya muerto, ella será la culpable y la perseguiré toda la vida para hacerla infeliz. Pero consigo contenerme al reflejarme en la cálida mirada de Eric.

—Entonces denos dos billetes para el tren de las nueve –le pide a la mujer.

Yo le tiendo mi dinero con manos temblorosas, a lo que él hace un gesto de rechazo. Insisto, ya que no quiero que me vuelva a pagar nada, mucho menos después de lo que ha sucedido hace un rato.

Una vez hemos pagado y la mujer nos entrega los billetes, me dirijo a las sillas. Necesito tomar asiento o me caeré. Estoy muy mareada y a punto de explotar. Mis lágrimas van a salir en torrente de un momento a otro. Eric me acompaña en silencio a

mi espalda, y una vez me he sentado, se planta ante mí y me dice:

—¿Puedo dejarte sola unos minutos?

Asiento con la cabeza.

—Voy a ir a comprar un café para mí y algo que pueda relajarte para ti, ¿de acuerdo?

Inclino la cabeza una vez más. Él se queda observándome unos segundos hasta que por fin me deja sola. Aprovecho para sacar el móvil, dispuesta a intentar comunicarme con Marcos o Cyn. Me tiemblan tanto las manos, que se me cae al suelo.

—¡Mierda! –exclamo.

Un señor con barba que está durmiendo enfrente de mí da un brinco y abre los ojos para observarme con una mezcla de susto y curiosidad. Yo le señalo el móvil y le pido disculpas con la mano. Él asiente con la cabeza y se vuelve a quedar dormido antes de que yo haya recogido el teléfono.

Se ha apagado con el golpe. Intento encenderlo una y otra vez, pero no hay manera. Suelto un sollozo de frustración. Miro a un lado y a otro buscando a Eric. Hay una cafetería al fondo a la derecha, así que supongo que ha ido allí. Tarda mucho. O es que a mí se me hace eterno cada minuto. Las piernas se me empiezan a mover como si tuviesen vida propia. Me como las uñas. Y por fin lo veo salir con dos vasitos en las manos. Lo espero con impaciencia.

—Sólo tenían manzanilla –me dice cuando llega a mi altura–. Pero te irá mejor que un té o un café. –Me tiende el vaso de plástico.

Yo lo cojo y me caliento las manos. Le doy un sorbo y arrugo la nariz a causa del sabor. Nunca me han gustado las hierbas, pero es verdad que ahora tengo el estómago como si me hubiesen dado cientos de patadas. Dejo el vasito en el asiento de al lado y le muestro el móvil a Eric, el cual me mira sin comprender.

—Se me ha caído y no se enciende.

Me lo quita de las manos y trastea con él. Lo abre, extrae la SIM, sopla en ella, también en la batería. Pero el teléfono sigue sin dar señales de vida.

—Por favor, llama a Marcos –le suplico, cogiéndolo de la muñeca.

Él se muerde los labios y se queda pensativo. Segundos después se saca el móvil del bolsillo y busca el número en la agenda. Pone el altavoz y el estómago se me contrae en cuanto sale el buzón de voz.

—¿Pero qué pasa? –grito, desesperada.

El hombre de la barba se despierta otra vez y me mira enfadado. Yo me encojo y me disculpo, pero al final él agarra sus bártulos, se levanta, y nos deja allí solos.

—Llama a Cyn. –Pero sin esperar su respuesta, le cojo el aparato y telefoneo a mi amiga. Ni siquiera da señal. Lo único que se me ocurre pensar es que todos han sufrido un accidente, ¡que todos han muerto! Se me escapa un gemido.

—Sara –me llama Eric, al que hago omiso. Me coge de la barbilla y me obliga a mirarlo–. No puedes hacer nada más que esperar. Lo sabes, ¿verdad?

—Tengo miedo –le confieso.

—Lo sé –asiente con la cabeza. Me suelta la barbilla y añade–. Yo también. Recuerda que es mi amigo. –Y no sé bien por qué, le tiembla la voz al pronunciar esa palabra.

Me recuesto en el asiento sin poder pensar en otra cosa que en mi fotógrafo. En las últimas palabras que me ha gritado antes de marcharme. ¿Entonces se refería a eso? ¿No ha sido un accidente? ¿Acaso lo ha forzado él? Me echo a llorar sin poder evitarlo. Eric se inclina sobre mí, supongo que para calmarme en sus brazos, pero al final se lo piensa mejor y tan sólo apoya su mano en mi hombro y me lo frota.

—Todo va a ir bien, Sara.

—Quiero hablar con Marcos o con Cyn –digo entre hipidos.

—Lo sé, pero ahora debes tener más paciencia que nunca. –Me acaricia la espalda.

Sé que no está bien, después de lo que ha ocurrido, pero mi cabeza y mi cuerpo no dan para más. Apoyo la mejilla contra su pecho. Él ni siquiera me toca, se queda muy quieto, tenso, incómodo. Pero no quiero apartarme porque necesito su calor humano. Me noto tan fría por dentro.

—Ha sido mi culpa, Eric –murmuro, secándome las lágrimas.

—¿Por qué dices eso?

Levanto la cabeza y lo miro con solemnidad. Él fuerza una sonrisa.

—Vine aquí a sabiendas de que él no quería. Estaba muy enfadado y no entiendo por qué. Primero pensé que eran celos, pero ahora no estoy segura de nada.

—A veces es difícil comprender a Abel –reconoce, mirando al frente–. Me costó muchísimo convertirme en su amigo y que confiara en mí. Es así de cerrado porque tiene miedo a sufrir tanto como antes.

—Lo sé, pero estoy ahí para ayudarlo –digo con la cabeza apoyada en su pecho una vez más–. No entiendo por qué no se da cuenta.

—También es testarudo. –Noto cierta nostalgia en su tono.

Siento que la manzanilla me está empezando a hacer efecto. Me froto los ojos con tal de mantenerme despierta, pero el cansancio que arrastro de todo el día y el que me ha entrado a causa del llanto, me están llevando hacia el sueño. Eric continúa tan callado como antes. Tengo ya los ojos cerrados cuando noto que su corazón se está acelerando. Acerca una mano a mi cabello y lo roza.

—Sara…

—¿Mmmm?

—Abel y tú sois mis amigos –dice.

—Sí… –murmuro, a punto de quedarme dormida.

—Yo nunca…

—No pasa nada, Eric. Todos nos equivocamos… –lanzo un suspiro.

Su corazón se acelera aún más. Su pecho se alza, y al mismo tiempo mi cabeza. Si no estuviera tan cansada, intentaría calmarlo, pero ahora mismo lo único que quiero es dormir un poco y olvidarme del accidente al menos hasta que salga el tren.

—No, es que…

No escucho nada más. Me he perdido en un sueño oscuro.

Me despierto sobresaltada. Estoy empapada en sudor y, sin embargo, tengo frío. Al principio no alcanzo a comprender dónde me encuentro, hasta que por fin recuerdo que estoy en la estación de tren. Eric da cabezadas a mi lado. Le quito el vasito vacío y me levanto para llevarlo a la papelera. Echo un vistazo a la pantalla de los trenes: el nuestro saldrá en media hora. Me fijo en que ya hay gente haciendo cola para subir, así que regreso adonde está Eric y le froto con suavidad el brazo. Abre los ojos y parpadea un tanto confundido.

—El tren saldrá dentro de nada –le digo en un susurro.

Él asiente, se despereza y ambos nos dirigimos a la cola. Una vez en el tren ya no nos podemos volver a dormir. Mi cabeza no cesa de dar vueltas. Mi corazón palpita y se encoge ante los terribles pensamientos que me sacuden.

Me paso el viaje llamando a Marcos y a Cyn, pero no hay respuesta en ningún momento. Cuando estamos entrando en Valencia, intento comunicarme una vez más, y el teléfono de Marcos da señal, pero nadie lo coge. Se me pasa por la cabeza que están intentando ocultarme algo. Y yo necesito acudir al hospital en el que Abel se encuentra.

Eric me acompaña fuera de la estación. Ambos nos quedamos plantados sin saber qué hacer. Me mira con expresión interrogativa y yo le dedico un gesto nervioso.

—Vayamos primero al Peset –propongo.

Él asiente. Cruzamos el semáforo, pasando por delante de la plaza de toros. Por suerte, hay un par de taxis en la parada. Tenemos menos suerte con el tráfico, pues a estas horas Valencia ya empieza a estar llena. Cuando llegamos al hospital, a mí me parece que ha pasado un día entero. Me entran ganas de llorar porque en recepción me informan de que no hay ningún Abel Ruiz. Eric me mira en silencio; yo lo cojo de la mano y ambos corremos a otro taxi con las maletas detrás. El vestido se me enreda entre las piernas, pero hago caso omiso.

—A la Fe –le pido al taxista.

Otro día más que parece que dejamos atrás, a pesar de que tan sólo hemos tardado unos quince minutos. Atravieso las puertas a toda velocidad, y a punto estoy de chocarme con una anciana que se desplaza en silla de ruedas. Ella me regaña, y yo me disculpo, aunque sin detenerme. Me detengo en la recepción con la respiración

agitada.

—Lo siento, señorita, pero no ha ingresado ningún Abel Ruiz –me dice la mujer que hay tras el mostrador.

Se me cae el alma a los pies. Meneo la cabeza de un lado a otro como si no me lo creyese. Insisto a la señora para que busque una vez más, y así lo hace, provocando que pierda la poca paciencia que me queda. Estoy tan cansada. No voy a poder ir a ningún lugar más. ¿Y si él ha…?

—Vamos, Sara. Tiene que estar en el Clínico. –Eric me agarra de la mano y me saca de allí. Yo me dejo arrastrar como si no tuviese voluntad.

Estamos buscando otro taxi cuando su teléfono empieza a sonar. Suelto un grito y se lo quito de las manos. Es Marcos.

—¿Eric?

—¡Soy Sara! –exclamo.

—Tienes el móvil apagado.

—Se me ha caído al suelo y no me funciona –le explico–. ¡No he podido contactar con vosotros en toda la noche!

—A Cyn se le acabó la batería y yo no sé por qué no tenía cobertura. Tendré que cambiar de compañía…

—¿Y Abel? –pregunto sin dejar que termine.

Él se queda en silencio unos segundos. El corazón se me detiene en ese breve lapso de tiempo hasta que dice:

—Está aquí con nosotros, en el estudio.

—¿Pero está bien? –pregunto a gritos.

—Tiene alguna contusión que otra. Pero ha pasado toda la noche en observación y no hay ningún daño interno.

—Voy ahora mismo. No os vayáis.

—¿Adónde quieres que nos vayamos? –dice, con una risita.

Cuelgo sin añadir nada más. Le entrego el móvil a Eric, el cual me escruta sin decir nada.

—Debo ir sola.

—Claro, Sara –responde en voz baja.

—En cuanto pueda, te llamamos para que vengas a verlo, ¿vale?

—No sé si es una buena idea. Al menos de momento.

Tras pensarlo unos segundos, llego a la conclusión de que tiene razón. Asiento con la cabeza y le doy un fuerte abrazo. Le agradezco que me haya acompañado durante toda la noche. Estoy a punto de subir en un taxi cuando recuerdo algo.

—¿Me querías decir algo en la estación? Me quedé dormida.

A él se le oscurece la mirada. Se muerde el labio inferior. Siento que duda, como si

le ocurriese algo. Niega, inseguro. Como no quiero perder más tiempo, me encojo de hombros y me meto en el coche, despidiéndome con la mano.

Por el camino lloro una vez más, aunque esta vez de alegría, porque no le ha pasado nada a Abel. Porque continúa vivo. Pago al taxista y no espero ni siquiera a que me dé el cambio. Los segundos que Marcos tarda en abrirme se me hacen eternos. Cyn y él me esperan en la puerta una vez llego al rellano.

—Nosotros nos vamos –dice él, dedicándome una mirada seria–. No seas muy brusca –me pide.

Cyn me abraza con fuerza y me da un beso. A continuación, Marcos la coge de la cintura y ambos bajan las escaleras. Yo entro en el estudio y cierro la puerta. Atravieso el pasillo con lentitud. Tan sólo escucho el palpitar del pulso contra mi piel. Las luces me hieren en los ojos. Al entrar en su dormitorio, se me encoge el estómago. Está recostado en la cama, con un ojo morado, la nariz hinchada, y el brazo izquierdo escayolado. Alza la mirada y la clava en mí. Triste, dolorida… y arrepentida.

Me lanzo a sus brazos con un sollozo.

39

—¿Por qué lo has hecho? ¿Eh? –Lloro abrazada a él, que se ha quedado muy quieto–. ¿Me querías dejar aquí sola? –Alzo la cabeza y lo miro.

También llora. Aparta la mirada. En realidad, yo tampoco aguanto verlo así. Acaricio su rostro con suavidad, paso un dedo por el moratón de su ojo y por la nariz. Él hace un gesto de dolor.

—Me haces daño en las costillas –dice con voz ronca.

Me aparto de un salto. Sin embargo, todo mi cuerpo lucha por acercarse a él y no soltarlo nunca más.

—¿Por qué te has querido suicidar, Abel? –le pregunto entre lágrimas.

—¿Qué? –Me mira confundido. Agacha la cabeza y la menea–. No ha sido eso, Sara. Estaba conduciendo porque quería ir a Madrid para disculparme y entonces… Simplemente lo olvidé. No podía recordar cómo manejar el coche. No sabía nada.

Lo miro con la boca abierta. Y sin poderme contener más, le abrazo de nuevo. Él se queja, pero yo no me aparto. Le beso el cuello, la barbilla, las mejillas. Cojo su brazo sano y le obligo a que me abrace.

—Sara, no deberías estar aquí –murmura con voz pastosa a causa de los medicamentos que le habrán dado para el dolor–. Te dije una vez que yo no era bueno para ti. Y ahora menos que nunca…

—Cállate. No te voy a dejar solo –Le suelto con brusquedad. Él abre mucho los ojos–. Deberías haberme dicho antes todo. Me he tenido que enterar por Eric.

Él pone mala cara. Me aprieta la cintura y se queda callado.

—Entiendo que estés enfadado con tu madre. Pero no puedes sentirte así toda tu vida. –Le cojo de la barbilla para que me mire a los ojos–. Y ahora mismo tú estás haciendo conmigo lo mismo que ella hizo contigo –le reprocho, un poco enfadada–. Tu madre quiso que la recordaras joven y bonita. Deseaba marcharse recordándote aún, ¿verdad? Pero no es lo que tú querías. La habrías continuado amando de cualquier forma.

Una lágrima se desliza de su ojo por la mejilla. Se la limpio con la yema del dedo y después le beso por donde ha caído.

—No quería enamorarme de ti, pero el destino me ha jugado una mala pasada. –Esboza una amarga sonrisa.

—El destino sabe que estamos hechos el uno para el otro. –Me inclino sobre él y lo miro con intensidad–. ¿Estás seguro de que…?

—Los médicos todavía no me lo pueden confirmar del todo, pero hay un noventa y

cinco por ciento de probabilidades de que haya heredado el alzhéimer de mi madre. Ya me han empezado a dar medicación para el estrés y los dolores de cabeza que a veces tengo. –Aparta la mirada y la posa en las sábanas de la cama–. El día de tu cumpleaños… estaba en el hospital. No me acordé de nuestra comida, pedí cita para ese día y tú me odiaste.

Chasqueo la lengua para que se dé cuenta de que lo que dice no es cierto. Entiendo lo que sucedió y jamás le odiaría por ello. Nunca podría hacer otra cosa que amarlo.

—No me quiero olvidar de ti, Sara –dice con voz triste.

—Lo sé. –Apoyo mi mano en su mejilla. Él acerca sus labios y me la besa.

—¿Me vas a querer igual cuando no pueda pronunciar tu nombre? –me pregunta, mirándome de forma intensa. El dolor me atraviesa–. ¿O cuando te acerques a mí y no sepa reconocerte? ¿Me desearás de la misma forma cuando tan sólo sea una cáscara vacía?

—No pasará eso, Abel. –Me siento a horcajadas sobre él con mucha delicadeza, tratando de no hacerle daño–. Haré que cada día te acuerdes de mí.

—Sara, no quiero hacerte sufrir. –Niega con la cabeza, apretando los labios.

—Déjame decidir eso a mí. –Me inclino sobre él, arrimando mi rostro al suyo. Su ojo morado cubre toda mi visión y el corazón me late con fuerza–. Seré yo la que elija cómo y con quién quiero sufrir.

—No es justo para ti.

—No lo es para ninguno de los dos, pero nadie dijo que la vida lo fuese. –Lo agarro del cuello con cuidado–. No decidimos a quién amar.

—«Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio» –susurra con una sonrisa triste, parafraseando a Cortázar.

—Tú eres mi rayo, Abel. Eres la lluvia que me moja y el sol que me calienta –le digo dulcemente, rozando mis labios en los suyos–. No eres el único que se sentía como un muerto en vida. Yo también lo estaba por dentro. Creí que jamás podría amar a un hombre porque todos se me antojaban como mi padre. Mi vida era insulsa, cariño. –Le cojo de las mejillas y le sonrío–. Y llegaste tú para iluminarla con tus fotos. Con tus palabras. Con las miradas en las que me veo reflejada y que me confiesan tu amor.

—Hay tantas cosas de las que te quiero alejar…

Pongo un dedo sobre sus labios. Entonces poso los míos en ellos y lo beso con suavidad, deleitándome en el fantástico sabor, en las cosquillas que me empiezan a subir por los pies.

—No me importa tu enfermedad –le digo una vez me he apartado de él–. Ni tu pasado. Me da igual lo que hayas hecho. Te querría igual de cualquier forma. Así es

como he decidido amarte: por encima de todo. Y nadie lo va a impedir. Mucho menos tú –sonrío. Él también y con tan sólo ese gesto mi cuerpo se llena de calidez.

Me aprieta de la cintura y se echa hacia delante para besarme de nuevo. Apoyo las manos en su pecho y recibo su lengua, que explora cada parte de mi boca con una pasión inusitada. Su respiración acelerada me pone a cien, y su corazón palpitando como un demente contra mi pecho me obliga a quererlo más y más.

—Si un día te despiertas y no te acuerdas de mí, lucharé con todas mis fuerzas para que tu cabeza se ilumine. –Le acaricio el cabello. Me estruja contra él y me besa otra vez, lamiendo y mordiendo mis labios. Lo aparto con suavidad y le sonrío. Entonces me levanto, y con suma lentitud, deslizo el vestido por mi piel–. Haré que recuerdes cada una de las partes de mi cuerpo, Abel. –Me arrimo a él y me vuelvo a sentar a horcajadas. Cojo su mano sana y la pongo sobre mi pecho–. Me tocarás cada día, a cada hora, a cada momento. Te haré el amor tantas veces que tus dedos y tus labios me sabrán de memoria. Tu cuerpo despertará con el roce del mío, cariño. –Me aparto las braguitas y lo miro con deseo. Él abre los ojos con sorpresa y esboza una sonrisa.

—Sara, no merezco a una mujer como tú…

No lo dejo terminar. Bajo un poco su pantalón e introduzco su sexo en mí, todo lo dentro que puedo, hasta notar que no hay más espacio. Echo la cabeza atrás, con los ojos cerrados, y lanzo un suspiro. Él me coge con su brazo sano y me menea. Vuelvo a inclinarme hacia delante, apoyo mi frente en la suya, moviéndome con lentitud, sintiendo cada ola de placer que me provoca su sexo entrando y saliendo de mí.

Me recorre la espalda con los dedos. Luego se pierden en mi trasero, me lo aprieta y suelto un gemido.

—Si vuelves a intentar alejarme de ti, te las vas a ver conmigo –le amenazo en broma.

Él sonríe, me coge de la nuca y me acerca a su rostro. Mis labios chocan contra los suyos y nos besamos con desmedida pasión. Le muerdo la lengua, jugueteo con ella, la saboreo, al tiempo que doy saltitos suaves. Mi cuerpo reacciona con cada una de sus caricias. Su duro sexo en mi interior me demuestra que sólo puede ser él el que me dé tanto placer. Mete la mano entre mi pelo, me lo revuelve sin dejar de besarme. Yo me apoyo en su pecho, a continuación me agarro a sus hombros y gimo una y otra vez. Mis movimientos se hacen cada vez más rápidos, al igual que los suyos. Nuestros cuerpos se desean tanto que no hay ni un milímetro de espacio entre los dos.

Me deslizo en su sudor, apretando su vientre contra el mío, acariciando mis pechos contra su pecho. Me sujeto a su espalda con tal de balancearme con más fuerza. Quiero quedarme en este momento, notando el palpitar de su sexo en mi interior. No puede existir nada más bello.

—Te tentaré siempre, Abel. Sin límites –jadeo contra su boca.

Su mano se desliza por mi costado, haciéndome cosquillas. Se detiene en mi cintura y me la sujeta para levantarme con fuerza. Suelto un grito cuando su sexo choca en mi interior con todo su ímpetu. Gruñe contra mi boca, mordiéndome el labio inferior. Yo me sujeto a sus hombros y sacudo mis caderas hacia delante y atrás.

—Te amo, Sara —gime.

Su mirada se clava en la mía. Ese mar azul que me arrastró con sus olas desde el primer momento. No hay nada más que él y yo. Ahora. En este mismo instante. Porque es esto la vida. Esta sensación de placer que invade mi cuerpo. Estos temblores que sacuden mis entrañas. La conciencia de que voy a ser siempre suya. Y él mío.

Grito su nombre cuando el orgasmo se descuelga de mi vientre. Él se aprieta más contra mí, me coge de la cadera, clavándome los dedos en ella. Leo en sus ojos el deseo que le provoco. Aprecio en ellos lo mucho que me ama. El placer no parece querer abandonarme, y menos cuando él se une a mí, y su sexo se estremece en mi interior, llenándome toda, uniéndome a él. Tapo sus gemidos con mis besos; insaciable, ansiosa de tomar todo su placer.

Minutos después se escabulle de nosotros, pero queda impregnado en las sábanas. Me quedo un rato encima de él, con su sexo aún en mi interior, notando cómo se hace más pequeño, pero sabiendo que es parte de mí, que encaja perfectamente en mi intimidad. Apoyo la cabeza en su pecho y suspiro con alivio y satisfacción. Él acaricia mi pelo con suavidad. Su corazón todavía late a un ritmo brusco, y su pecho sube y baja tratando de retornar a la normalidad.

Al cabo de unos minutos alzo la cabeza y lo miro con una sonrisa.

—Entonces, ¿te ha quedado claro todo? –Le saco la lengua de forma burlona.

Él aún tiene una sonrisa triste.

—Supongo que no tengo elección.

—Claro que no. Porque me amas.

Se echa a reír. Deposita un beso en mi nariz. Desmonto de él y me tumbo a su lado, acariciándole el pecho.

—¿Te duele mucho? –Señalo su brazo escayolado.

—Ahora no.

–Eres un temerario. –Le regaño con cariño, haciendo circulitos en su vientre con los dedos.

Doy un brinco al escuchar la melodía de su móvil. Él se inclina a un lado y su gesto cambia al mirar la pantalla. Me incorporo y lo observo con expresión confundida.

—¿Qué pasa?

Le da al botón de colgar y a continuación apaga el móvil. Aspira con fuerza.

—Nada.

—¿Quién era? –le pregunto, cogiéndolo de la barbilla–. ¿Aquella mujer que…?

—Era un número desconocido –se calla unos segundos, dubitativo–. Pero imagino que sí –confiesa.

Arrugo las cejas y chasqueo la lengua.

—¿No dijiste que todo estaba solucionado?

—Es más complicado que eso, Sara –traga saliva.

—Ya hemos tenido que lidiar con una exnovia celosa…

—Sara, ¿has visto en la fiesta a alguien inusual? –me pregunta muy serio. Está inquieto.

—¿Qué? No sé a qué te refieres con inusual… –Entonces recuerdo la pareja que me observaba a lo lejos, en especial al hombre, que no me quitaba los ojos de encima–: Sí, la verdad es que sí había alguien que no conocía. Una mujer y un hombre. Ella estaba hablando con Thomas y él no dejaba de mirarme y alzó su copa…

—¡Mierda! –grita, incorporándose y dando un puñetazo en la cama.

—¿Qué sucede? –Me sobresalto.

Él se da la vuelta y se dispone a levantarse. Todavía tiene el pantalón medio bajado, con lo que puedo ver su tatuaje. Y de repente, se me ilumina la bombilla y sé perfectamente lo que vi en la muñeca de aquel hombre. El mismo símbolo que Abel lleva en su coxis.

—¿Quién es ese tío? ¿Por qué coño lleva el mismo tatuaje que tú? –le pregunto, empezando a inquietarme.

Abel se queda plantado unos segundos, dándome la espalda. Cuando se gira, sus ojos muestran una preocupación y un miedo que me estremecen.

—No quería que te viesen, Sara. Te están buscando –suelta de repente–. ¡Por eso aparecí borracho en tu casa y te dije que no fueras a la fiesta! Imaginé que ellos podían estar buscándote, estaba histérico y no sabía qué hacer…

—¿Qué? Pero… ¡No entiendo nada! –Me levanto de la cama de un salto.

—Debería haberte avisado, pero no quería inmiscuirte. Si ellos descubren que sabes algo, estamos perdidos –me confiesa.

—Abel, por favor, ya estoy perdida… ¿Puedes explicarte un poco mejor?

—No tenemos mucho tiempo, Sara –dice, corriendo a su armario. Con el brazo sano saca una enorme maleta.

—¿Qué estás haciendo? –Corro hacia él. Todavía estoy desnuda.

—No me hagas más preguntas. Tenemos que irnos.

—¿Por qué? ¿Adónde? –Alzo los brazos intentando que me preste atención.

Por fin se gira a mí, y me abraza con fuerza. Su corazón vuelve a latir desbocado.

—No creí que esto fuera a pasar. Pensé que ella no llegaría a estos límites. En realidad no sé de lo que es capaz. Ni siquiera sé lo que quieren, aunque puedo imaginármelo.

—¿Quién es ella?

—Jade es la mujer que me ayudó a convertirme en lo que ahora soy, Sara.

—¿Cómo?

Lo observo mientras mete ropa y más ropa en su maleta, casi sin mirar. Lo cojo del brazo para que se detenga.

—¿Y qué, Abel? ¿Qué tiene que ver eso?

—Le debo mucho. –Reconoce con tono serio–. Pero no sé si es dinero lo que quiere. Y ese hombre que iba con ella… Sara, esto es muy largo y difícil de explicar. Ellos forman parte de un negocio que mueve mucho dinero. Son personas importantes. Y peligrosas. He visto muchas cosas cuando… –se queda callado.

—¿Cuando qué? –le insto a continuar.

—Jade no ha dejado de llamarme con diferentes números. Me ha amenazado con contar mi pasado en público.

—¿Qué pasado? –Alzo la voz cada vez más.

—Y ha querido saber de ti. No le conté nada, por supuesto. Pero te ha visto por la televisión. Ahora eres un poco más conocida, te mueves por lugares que ellos pueden frecuentar de forma fácil. –Intenta cerrar la maleta, aunque le es imposible con tan sólo un brazo, así que le ayudo–. Se han atrevido a ir a la fiesta, así que van en serio. Jade está obsesionada conmigo, Sara. Ella tiene serios problemas mentales.

—Pues llamamos a la policía y ya está.

—No es tan sencillo. Conocen a demasiada gente que mueve los hilos.

Me quedo plantada ante él sin saber qué decir. Mi mente es un caos. ¿No puede haber un momento de tranquilidad en mi vida?

—Sara, ¿confías en mí? –me pregunta, cogiéndome de la mano.

—Sabes que sí.

—Entonces vámonos lejos durante un tiempo, donde no puedan encontrarnos.

Lo miro con la boca abierta. Niego con la cabeza sin comprender nada.

—¡Abel, tengo una vida aquí! ¿Cómo quieres que deje así de repente a mis padres, a mis amigas, la universidad…?

—Cariño –me atrapa de la barbilla, observándome muy serio. Sé que todo lo que me dice es verdad; su mirada preocupada me lo confirma–, ahora mismo no sé cómo puedo protegerte. Necesito un tiempo para pensarlo.

—No puedo irme sin…

—Tus padres estarán bien. Y Cyn y Eva. Puedes hablar con tus profesores para hacer los trabajos o exámenes a distancia. Eres la mejor estudiante, no se podrán negar.

—¿Y qué excusa les voy a poner? –le grito en la cara.

—Ya se nos ocurrirá algo. Tómate esto como unas vacaciones merecidas…

Lo miro sin decir una palabra. Me muerdo los labios, sumida en una desesperación que me sacude por dentro. Necesito saber más, pero él afirma que no hay tiempo. ¿En qué coño me he metido esta vez? Como para darme una confirmación de que estamos en peligro, enciende el móvil y me enseña la pantalla. Hay ocho llamadas perdidas y un mensaje en el buzón de voz. Accede a él y pone el altavoz. Una voz de mujer, aquella que llamó aquel día, resuena en la habitación:

«Hola, cielo. Adivina a quién vimos Alejandro y yo anoche. Exacto, a tu querida putita. Es más bonita en persona. Entiendo que estés loco por ella… Pero recuerda, mi amor: eres mío. Quizá debas ir olvidándote de ella… Si no quieres que su rostro pierda esa magnífica belleza juvenil».

Y el silencio reina de nuevo. Me tiembla todo el cuerpo. Miro a Abel asustada, aún sin entender nada. Tiene razón: esa mujer no está bien de la cabeza. Pero no entiendo por qué simplemente no podemos acudir a la policía y explicar lo que sucede.

—Sara, confía en mí –Sus dedos aprietan los míos–. Vente conmigo. Sólo así podré protegerte.

Lo observo en silencio, con la voz de Jade resonando aún en mi mente. Una voz que me enfría el corazón y que me hace pensar en que, posiblemente, no haya elección.

—¿Sara…? –escucho la voz de Abel más lejos, como si fuera Jade la que está conmigo en la habitación y no él.

Alzo la cabeza, con los ojos muy abiertos. Estiro el brazo y le cojo de la mano sana.

—No me iré de aquí hasta que me cuentes toda la verdad, Abel –contesto con voz dura.

Él me mira con preocupación, con cierta vergüenza y miedo. Pero no tiene opción. Esta vez, por fin, voy a conocer todos los oscuros secretos de la persona que amo.

www.erotica.tombooktu.com

Unas fotos robadas. Un misterioso tatuaje, un pasado que siempre retorna. Traición, sensualidad, pasión, mentiras, secretos. Sumérgete en una tentación sin límites.

Cuando Sara descubre sus fotos desnuda en una revista, piensa que Abel la ha traicionado. Cansada de tantos secretos, decide darse un tiempo con él. No obstante, la atracción que siente es demasiado fuerte y retoman una relación en la que los juegos eróticos los sumergen en una tentación sin límites. Mientras intentan averiguar quién robó las fotos, Sara empieza a meterse en el mundo de la moda, ya que diversas firmas están interesadas en ella. Esto no parece hacer ninguna gracia a Abel, el cual se muestra cada vez más extraño. Y es que los fantasmas del pasado siempre retornan, y esta vez no quieren marcharse. Sara descubre poco a poco los oscuros secretos de Abel y se ve arrastrada por ellos.

Tiéntame sin límites es la continuación de Tiéntame, una historia llena de sensualidad, amor y secretos.

t twitter.com/tombooktu
f facebook.com/tombooktu
tombooktu.blogspot.com

tombooktu.com